

CLODOVALDO HERNÁNDEZ



ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA



COLECCIÓN TERCER OJO

La Iguana Ediciones

Como muchos reptiles, anfibios y peces, la iguana tiene un tercer ojo, un órgano que le permite una visión más completa y que explica, en parte, sus reacciones rápidas y ágiles. Los científicos lo han llamado ojo parietal, ojo pineal o brújula solar porque le sirve para orientarse mediante la luz.

La colección **Tercer Ojo** asume el reto de publicar trabajos narrativos y poéticos que activen entre nosotros esa percepción más allá de la vista común, esa facultad de mirar en las dimensiones de la ficción y de la estética de la palabra.

ESA LARGA, INFINITA
DISTANCIA

Clodovaldo Hernández

Esa larga, infinita distancia, 2022
Clodovaldo Hernández



Coedición

©La Iguana Ediciones
Colección Tercer Ojo
Laiguana.tv
Presidente:

Miguel Ángel Pérez Pirela
La Iguana Ediciones
Directora:

Ximena González Broquen
Caracas: Urb. Los Caobos,
Plaza Venezuela
Torre Phels

Email: mercadeolaiguana.tv@gmail.com
www.laiguana.tv
[instagram/laiguana.tv](https://www.instagram.com/laiguana_tv)
[facebook/iguana.tv](https://www.facebook.com/laiguana.tv)
[twitter/la_iguana_tv](https://twitter.com/la_iguana_tv)

©Vadell Hermanos Editores/
Vadell Hermanos Editores, C.A.
Rif: J-07521580-0
Nit: 0448791076

Valencia: Calle Montes de Oca, Edif.
Tacarigua, Piso 6
Teléfonos: (0241) 858.59.69-
858.59.45 (Fax)

Caracas: Peligro a Pele el Ojo, Edif.
Golden, Sótano, La Candelaria
Teléfonos: (0212) 572.31.08
-572.52.43

Email: edvadell@gmail.com
www.vadellhnoseditores.com.ve

Corrección y cuidado de la edición:
Miguel Raúl Gómez
Diseño y diagramación: Rita Soteldo
Portada: Carlos Rafael Hernández Vásquez

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal: DC2022001674
ISBN: 978-980-212-642-2

Impresión Taller Editorial Trinchera, 2022
Impreso en Venezuela - Printed in Venezuela, Caracas, 2022

ESA LARGA, INFINITA
DISTANCIA

Clodovaldo Hernández

*Para Amarelis,
mi manantial de palabras*

PRESENTACIÓN

UNA NOVELA ALUCINANTE

Incapaz de expresar con claridad sus sentimientos y después de una humillante ruptura amorosa, presa de la desilusión y la zozobra, el protagonista de esta historia se ve acosado por reiterados e inexplicables sucesos que lo llevan a dudar hasta de su propia existencia. Deambulando entre sí mismo, abatido, ha intentado suicidarse sin lograrlo gracias a la acción oportuna de un amigo, tras lo cual, de regreso al edificio donde habita y siguiendo un repentino mandato del subconsciente, emprende febril carrera en el parque cercano. El *jogging* parece liberarlo de un peso inescrutable y resuelve convertirlo en rutina. Solo que lo hará en altas horas de la noche y hasta más allá del amanecer.

Por desérticas calles y avenidas de la gran ciudad, sumido en sus pensamientos, el compungido corredor intenta desprenderse de la reciente humillación hasta que un día, en un parque, es abordado por un gran amigo de la infancia fallecido hace tiempo, quien a la par de él corre como súbita aparición y lo interpela. A partir de este encuentro la realidad, o lo que cree la realidad, lo subsume en otro mar de confusiones, interrogantes y equívocos. El presente se le entremezcla con el pasado, del que guarda una angustiada rémora, aunque ignora estar en un futuro misterioso transformado en pasado y presente al mismo tiempo. Y no cual evanescente emanación ectoplasmática, sino la aparición viva, verdadera, carnal, de su amigo, del que ahora duda si en verdad murió y si asistió a su funeral, le ronda desde entonces a toda hora. Con ella a cuestas, mientras recorre las calles solitarias en la alta madrugada, presencia cuadros conmovedores y acontecimientos ominosos, entre ellos el asesinato de una hermosa mujer. Al paso de los días, entre ambigüedades y distorsiones, duda entonces de la realidad material de las personas a quienes ama o trata y de toda otra presencia humana incluyendo la suya. Así, en medio de un círculo despiadado de planos temporales en donde vida y muerte se confunden, intentará descifrar el misterio de cuanto le sucede.

Tales son los temas centrales abordados desde el primer capítulo de esta apasionante novela, narrada a cuatro manos en primera y tercera persona y estructurada cual damero fascinante que atrapa de inmediato en su laberinto al lector o la lectora. Sabia y sobrecogedora, punto nodal entre el *thriller* psicológico y el realismo fantástico, oscilando entre filosofía y esoterismo, psiquiatría y religión, penetrar en su trama significa sumergirse en la Gran Interrogante de toda materia consciente, puesto que en ella se bifurca el camino que es al mismo tiempo uno y otro, un antes, un ahora y un después en la gran cosmovisión en donde los contrarios se concilian. En esta encrucijada los enfebrecidos trotes y carreras del protagonista parecieran, más que una forma de liberación, guiño o alegoría a la condición humana en su eterna dubitación.

La novela bien ha podido nombrarse El Corredor, puesto que así, bajo este simple apelativo, prefiere tratar el autor a su protagonista por razones que solo en las páginas finales revela. Periodista de excepción dos veces Premio Nacional de Periodismo, poeta

y (como podrán corroborar los lectores de esta su primera incursión en el género) también narrador excepcional, Clodovaldo Hernández es además practicante y cronista del llamado *running* o arte de correr, por lo cual podría decirse que aborda el argumento con conocimiento real - y sobre todo imaginativo - de causa.

Al capturar y mantener en un clima de permanente expectación el interés de quien la lea, Esa larga, infinita distancia lo hace no solo por los atractivos enigmas que plantea, abordando además con propiedad temas considerados pseudocientíficos, sino porque la sostiene una prosa de alta factura, seductora, precisa y transparente. Estoy convencido de su éxito y trascendencia puesto que, como bien sabemos, el desprestigio del primer sustantivo, también en materia editorial, revela en ocasiones piedras mágicas.

Gustavo Pereira

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

PRIMER TRAMO (DE 0 A 6 K)

CAPÍTULO 1

UN OJO CON SOMBRA

AMARILLA

(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

ESPACIO PARA EL EPÍGRAFE N.º 1

Hoy salí a trotar y me encontré con Roderick. Al verlo me sacudió un escalofrío, pues tenía la absurda idea de que había muerto. O, mejor dicho, lo absurdo no era la idea, sino que él, en esa condición, estuviera corriendo por el parque.

Él me miró con su típica expresión de “eres tan bobo” y me abrazó con rudeza de viejos amigos. Le pregunté desde cuándo corría en ese lugar y me respondió con ambigüedad, como un marido interrogado por una celosa astuta.

La escena se me antojó onírica, así que me lo tomé como uno de esos sueños en los que se tiene conciencia de estar soñando, aunque no la total certidumbre. Debo haber puesto, por cierto, cara de ensoñaciones porque lo siguiente que vi de Roderick fue su rostro burlesco. Era la misma cara que ponía cuando éramos niños y yo me quedaba distraído, colgado de alguna extraña idea-nube.

Para sacudir esa sensación insistí en mis preguntas y él siguió sin responder e, incluso, cambió la conversación, se puso a hablarme de León Giménez, un compañero que - ese sí, estoy seguro - había fallecido. Su referencia a él también fue turbia; dijo frases que parecían indicar que lo había visto hace poco, algo imposible porque León murió hará al menos diez años, en un confuso incidente con la policía que su familia quiso denunciar como un asesinato, pero que el barrio en general asimiló como algo que tenía que ocurrir más tarde o más temprano. “Pero, espera un momento: León está muerto”, dije, y mi voz me pareció chillona. Él me miró con aire de fastidio y expresó un enérgico “¿Y quién ha dicho lo contrario?”, que me retrotrajo a los tiempos en los que discutíamos asuntos de niños o de adolescentes y él siempre tenía un argumento apropiado para el desplante, algo que me hacía rabiar, sobre todo porque se suponía que yo era más inteligente que él.

Roderick no había parado de trotar, así que nuestra conversación era de esas gritonas y entrecortadas por las respiraciones agitadas que tienen los corredores. Las percibo como un acto de arrogancia, pues a los hablantes no les importa lo que dicen, sino demostrar que se encuentran en tan buena forma física que pueden correr y hablar con fluidez. Ese extraño día quedé yo envuelto en una conversación de esas, con el agravante de que aún no era capaz de decir frases largas sin jadear. Roderick, en cambio, daba la sensación de estar muy fresco, aunque sus expresiones eran, a propósito, cortas y punzantes.

Hasta ese momento yo había estado corriendo por el lado derecho y Roderick por el izquierdo de la estrecha pista de trote, pero como venía una dama bastante

gorda en dirección contraria, me cambié hacia su izquierda, avanzando por un caminito de tierra paralelo que habían forjado miles de corredores con sus pasos. Hubo unos segundos de silencio y sentí otro corrientazo de miedo pues creí ver en su ojo derecho una sombra amarilla muy antinatural, como las que salen en los espacios blancos de un cuadro al óleo muy antiguo. Aunque estaba engastado en un rostro de caricaturesca alegría, el ojo parecía una denuncia de tristeza larga. Era como una turbulencia muy pequeña en una foto meteorológica, como una tormenta de gases tóxicos en un lejano planeta. En verdad no tenía por qué significar nada, pero se me antojó que denotaba un incierto y repulsivo conjuro. “¿Qué te pasó en el ojo?”, pregunté, y de nuevo la interrogante cayó en un vacío opaco e inmutable.

Por un segundo pensé que yo también acababa de morir, tal vez en el cruce de la avenida principal, en ese semáforo tan irrespetado donde ya han caído varios peatones, incluyendo algún corredor que se creyó inmune al impacto de un vehículo (una idiotez muy propia de los atletas y sus sucedáneos). O, quizá, había sufrido un infarto, un caso de muerte súbita del corredor, algo típico en los exsedentarios que creen haber encontrado el camino a la redención en materia de salud y lo que encuentran es una vía rápida hacia el cese de todas las sensaciones, como dice la frase de Epicuro.

Roderick, hay que aclararlo, parecía estar muy saludable, salvo por el detalle del ojo, y corría con gran energía. Me preguntó: “¿Le damos rápido o tú corres así, como mi abuela?”. Era típico de él en todo tiempo, un humor irónico e hiriente. Más que nada por orgullo le dije “¡Vamos!”, y aceleramos a un paso que yo solo alcanzaba en los largos dominicales porque sabía que luego podía echarme a la cama el resto del día. Pese a estar un poco gordo, Roderick se movía muy bien y pronto impuso un ritmo que me sobreexigía. Era como volver a los tiempos de nuestra infancia, cuando siempre me ganaba en cualquier prueba física. Me dije a mí mismo que para estar muerto y pasado de peso, era un corredor muy rápido.

Durante los primeros minutos intenté ir a la par, pero había en su actitud algo como una determinación a dejarme atrás. Esa es otra de las razones por las cuales soy un corredor solitario: no entiendo por qué siempre sale a flote el espíritu competitivo, aunque he reflexionado mucho sobre eso y he terminado pensando que se trata de órdenes emanadas de nuestro cerebro ancestral, remembranzas de épocas de una animalidad más sincera.

Luego de la curva de la cuneta, Roderick, en una actitud cada vez más retadora, se adelantó tres o cuatro zancadas. En el terraplén abierto, cubierto de fino polvo amarillento, sus pies levantaban nubecillas tornasoladas. Por tonto que parezca, me pareció una prueba de vida, pues un aparecido no causaría ese efecto tan cinematográfico con sus etéricas pisadas.

Vadeando el lago artificial, me sacó al menos dos metros. Me sentí enfadado por su actitud; uno no debe ir a una cancha con el propósito de humillar a los amigos. Era muy infantil de su parte, sobre todo porque, según calculé en mi mente obnubilada por el cansancio y las confusiones, Roderick y yo teníamos al menos quince años

sin vernos. Lo lógico hubiese sido correr con placidez, compartir el momento, hablar de esto y de aquello, desempolvar recuerdos, reconstruir escenas de niños traviosos, otorgarle un espacio a la nostalgia bonita. Pero, nada de eso: Roderick lo que quería era demostrar - otra vez - que podía ganarme. Me sorprendí a mí mismo con los dientes apretados y perforándole la nuca con la mirada. Él ladeó la cara un poco y se me antojó como un dibujo juvenil, hecho con pocos trazos, en las páginas de atrás de una libreta de apuntes.

Llegamos al extremo este y comenzamos a devolvernos hacia el oeste. Pasamos junto a un enorme tanque de agua potable que siempre rezumaba por un borde ya verdoso. Nunca antes me había provocado un pensamiento específico, pero esa vez la baba silenciosa me hizo evocar una caravana de gusanos. Atravesamos un enrejado de luces y sombras sepias. Era nuestra especie de otoño tropical, tiempo de hojas secas amarillas, marrones y ocres que le dan a los pasos un murmullo de celofanes. Bajo esa luz colada por los ramajes casi desnudos de aquellos grandes árboles fue que vi con atención la franela de Roderick. Su corte y tipo de tela era de los que hicieron furor en los años ochenta y, por supuesto, ya nadie se ponía una prenda como esa. Hice un nuevo esfuerzo por emparejarlo y cuando, a duras penas, lo logré, le pregunté dónde conseguía a estas alturas ese tipo de ropa a la que calificué de retro. Esa palabra me dejó en la boca un sabor a óxido. Me miró con expresión de fastidio. “En cualquier lado”, dijo, y dio por concluida la conversación sobre ese tema.

Al llegar a la entrada del parque, como era mi costumbre, comencé a detener el trote. Roderick, en cambio, no aflojó el paso. Me miró otra vez de soslayo y preguntó: “¿Ya?”, con su sonsonete de burla. Le respondí: “Sí, hasta aquí llego yo... tú ¿cuántas vueltas das?”. Me contestó sin palabras, con un gesto de la mano que parecía significar “todas las que quiera”. Antes de que se alejara demasiado le pregunté a gritos cuándo nos veríamos de nuevo, qué días entrenaba. Se encogió de hombros, volteó con su cara de dibujo animado japonés y dijo algo como “cualquier día”. Comenzó a perderse en la larga perspectiva de la pista de trote, confundándose con otros corredores y caminantes. Cuando se había alejado ya bastantes metros, de su gorra de beisbol anticuada (tan anticuada como su ropa deportiva) saltó un destello improbable, como si tuviera incrustado un diminuto espejo.

Por fin se perdió en el horizonte, y entonces caí en cuenta de lo cansado que estaba. El cuerpo, sin preguntarme, se había puesto en la clásica pose del corredor extenuado, con las manos apoyadas en las rodillas y la barbilla hundida en el pecho. Pasó junto a mí un profesor universitario (un jubilado que solo caminaba y llevaba medias antivárices) y me dijo: “¿Carajo, hoy si es verdad que le diste con todo... ¿estás preparándote para el maratón!?”. Traté de responderle y no me salió la voz, sino un resuello lamentable. El profesor, con quien solía hablar acerca de la necesidad de avanzar de forma gradual, de no cometer excesos, me dio una palmada y me recomendó que me sentara a descansar, que otro día le contaría acerca de esta gran faena atlética. “¿Cuántas vueltas diste... como seis?”, comentó antes de

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

marcharse con su andar de adolorido crónico. Me desplomé en el peldaño de una escalinata de concreto. “¡Dios mío!, ¿a qué velocidad estábamos corriendo Roderick y yo?, ¿cuántas vueltas dimos?”, me pregunté en secreto. Vi el reloj, pero con el asombro de reencontrar a Roderick no había tomado la previsión de echar a andar el cronómetro. Tenía la camiseta pegada al cuerpo, empapada como si la hubiese sumergido en el lago artificial. En los brazos relumbraban diminutos granos de sal.

CAPÍTULO 2

APAGONES MENTALES

(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

El descomunal cansancio me ayudó a no morir literalmente de miedo porque el encuentro fue como una gran tormenta que ocasionó apagones en extensas zonas cerebrales. Logré llegar a mi casa de manera automática, sin pensar, a paso lento. Me di un largo baño y luego me acosté semidesnudo y medio mojado. Calculo que dormí unas cuatro horas y al despertar era de noche. La ventana estaba abierta y la corriente de aire me había enfriado el cuerpo hasta un punto que me asustó. Titiritaba, a pesar de que había una temperatura ambiente más bien cálida. Tuve que meterme bajo las cobijas unos minutos y asumir una postura fetal para tomar calor y fue luego que pude vestirme. Me vi obligado a ponerme un pantalón largo y una chaqueta porque seguía sintiendo un desagradable frío. Fui a la cocina a preparar café. Todo el resto del apartamento estaba a oscuras y en silencio, salvo los jirones de luz y de ruidos lejanos que entraban desde la calle. Al sentarme a la mesa, la experiencia de la tarde volvió a sacudirme, como la réplica de un tétrico sismo. Entonces experimenté una sensación terrible: frío con escalofrío. Mi primera reacción fue recorrer el apartamento y encender todas las luces, como si aquel gesto externo pudiera ayudarme a iluminar mi mente, asolada por el apagón.

Soy un individuo formado en la racionalidad. En mi trabajo lo que vale son las cifras: entró tanto, salió tanto y del resultado depende si se hizo bien o mal, si hay que seguir, parar o cambiar. Tengo una tendencia natural a poner todo en esos términos, así que sentía un claro impulso a tomar papel y lápiz y ponerme a garabatear acerca de lo ocurrido. Pero, en verdad, no podía. Estaba exhausto, casi muerto.

Fue mucho tiempo después cuando comprendí que aquel tipo de cansancio solo sobreveníá después de traspasar los límites. Aquella noche intenté aprovecharlo para animarme: me dije que si estaba tan cansado tenía que estar “normalmente vivo” (recuerdo que esas fueron mis palabras, ahora me parecen simpáticas), pues un ser desencarnado no experimentaría sensaciones tan nítidas de agobio físico.

A pesar de la confianza que me daba el cansancio y ciertos dolores que comenzaban a aflorar, apenas recuperé el calor corporal quise tocarme para constatar que estaba completo, que ninguna parte de mi cuerpo era un holograma. Tuve que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta los pies. Estaba aterido, tieso, y entonces recordé que luego del excesivo trote de la tarde, confundido por los peculiares acontecimientos, no me había estirado como lo recomiendan todos los que algo saben de esto.

Subí por todo el cuerpo y me alivió el experimentar las mismas sensaciones de autopercepción de siempre. Era, sin duda, mi pie derecho, con la uña del dedo gordo ennegrecida y dolorosa de tanto correr. Era, también sin duda, mi pierna derecha, flaca, con aquella especie de muesca en la espinilla, producto de un estúpido

accidente de tránsito. Eran mis rodillas, con las marcas de mi más reciente caída (al menos que yo recordase), una clásica ida de bruces en la que aterricé sobre el concreto rústico de una caminería, uno de los pequeños inconvenientes de correr de madrugada. Seguí ascendiendo, me salté los genitales porque no quería pensar en Yoly. Ya tenía bastante con el rollo de haber visto a Roderick tan a destiempo. Me palpé el abdomen a fondo, como lo hacen los médicos al auscultar y me reencontré con una de las sensaciones más gratificantes que deja el recorrer tantos kilómetros: sentir las costillas y la cresta de los huesos de la cadera casi aflorando en la superficie. Alguna gente dice que eso es un síntoma de enfermedad mortal, pero es un pensamiento muy equivocado, producto de nuestras erróneas concepciones sobre la comida. La verdad es que estar muy flaco es la única manera de estar en forma y una garantía de gozar de excelente salud cardiovascular. Al llegar al pecho cerré los ojos y me concentré en los latidos del corazón. ¿Qué mejor prueba quería, caramba? Deslicé una mano hasta el cuello y me palpé la carótida y aproveché para contar las pulsaciones, viendo el reloj del horno microondas. Las tenía en 87, muy por encima del nivel que había ido alcanzando desde que me hice corredor y que, a veces, bajaba a 55 en reposo (bradicardia del corredor, le dicen). Ese pulso tan alto solo significaba que se me pasó la mano, pero de una manera loca. O tal vez significaba otra cosa: que estaba muy asustado.

Haciendo un gran esfuerzo caminé de nuevo al cuarto, dejando todas las luces encendidas. Me recosté y traté de realizar cierto ejercicio que había aprendido en internet. Consiste en agradecer a las partes del cuerpo por el trabajo que han realizado desde siempre y, en concreto, ese día. De nuevo comencé con los pies. Les di las gracias por todo lo que han hecho a lo largo de mi vida y de manera específica en aquella jornada demencial. Los felicité, como quien estimula a un par de obreros hacendosos. Era ya un ritual, pero aquella noche hice aquello con particular intensidad, como si estuviese asiéndome a una cuerda en medio de los gritos desesperados y los atragantamientos salados de un naufragio. Esos dedos inflamados, esas venas brotadas en los metatarsos, esos pinchazos en los tendones de Aquiles y en los tobillos no podían ser sino una fe de vida.

Con las luces y el televisor encendidos me quedé dormido. Fue un sueño profundo pero cargado de asechanzas. Alrededor de las tres de la madrugada tuve un despertar rotundo, de esos en que uno sabe que ya no volverá a dormir. No era insólito, si se considera que hacía unas seis semanas había adoptado el hábito de salir a correr a las tres y treinta. Pero sí era extraño por lo cansado que había estado al acostarme. En fin, así es el cuerpo, no sabe nada de cambios, siempre quiere hacer lo mismo que la vez anterior, aunque todo haya cambiado. La cabeza se encendió con la contundencia lumínica de un estudio de televisión. Con una buena vista podrían mirarse hasta las motas de polvo. Mi yo Racional tomó la voz de mando y preguntó, sin más subterfugios: “¿Entonces, qué fue lo que nos pasó hoy?”. Mi yo Sensible trató de escapar a toda prisa, pero el yo Racional estaba determinado a encontrar las respuestas.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-Vamos a poner las cosas en claro - dijo el Racional - Estos son los hechos: hoy fuimos al parque y vimos o creímos ver a alguien que sabemos que no pudimos haber visto porque ese amigo se murió hace mucho tiempo. Pero lo cierto del caso es que la sensación de verlo fue muy real y muy intensa. No fue una alucinación de segundos, sino algo prolongado, un episodio largo y lleno de detalles. ¿Entonces, qué pasó?

Mi yo Sensible no respondía con parlamentos inteligibles, sino que mascullaba y gemía como un perro castigado.

El Racional ordenó a Cuerpo buscar papel y lápiz y comenzó a borrar.

-Primer punto: ¿Lo vimos o no lo vimos? Si no lo vimos será que lo soñamos, pero ¿cuándo lo soñamos?, ¿en qué momento dormimos?, ¿por qué la sensación de sueño nos acometió mientras corríamos por el parque?, ¿acaso se puede soñar despierto... y corriendo?

Racional formulaba estas preguntas sílaba por sílaba, como si estuviera dictándose las a sí mismo, y al propio tiempo, desplegaba rapidísimos trazos sobre el papel, haciéndolo rechinar. Sensible miraba el furioso movimiento del lápiz como quien observa a alguien cocinar y duda de su talento para hacerlo, a sabiendas de que tendrá que comer lo que salga del fogón. Racional paró en seco, levantó la vista sobre sus lentecitos de analista, miró directo a los ojos de Sensible y reanudó sus interrogantes deletreadas:

-¿Será que el esfuerzo atlético induce a estados narcóticos?... Tienes que averiguar sobre esto en internet. En internet está todo, hasta lo más raro.

CAPÍTULO 3
IGUALITOS
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

Estaba acostado sobre uno de los bancos de cemento del parque, estirando los músculos luego de una agotadora sesión de intervalos de 4 x 400. Había sudado tanto que destilaba chorros por los lados de la gorra. Tenía puestos los audífonos y oía mi música para entrenar a considerable volumen, por lo que estaba aislado del mundo. Levantaba el torso y trataba de alcanzar la punta de los pies para elongar los cuádriceps femorales, algo que también había visto en internet. Al hacerlo, miraba hacia un área del parque en la que hay varias fuentes ornamentales y me venía a la memoria Roderick porque hacia esas fuentes trotaba él cuando nos separamos el otro día.

De súbito, alguien me tocó la espalda. Como estaba pensando en Roderick tuve el presentimiento de que era él. Pero no, no era. Se trataba de un muchacho de unos 16 años, idéntico a Joel Ceballos, un excompañero de bachillerato. Y si digo *idéntico* quiero decir idéntico, su viva estampa. Tenía que ser su hijo.

Salí del aturdimiento del ejercicio y de la música y ya iba a preguntarle al chico si era familia de Joel, cuando me saludó de la misma alegre manera como me saludaba Joel en el liceo, hará veinticinco años: “¿Qué dice el compañerito?”. Me quedé sin palabras. Volé a los tiempos juveniles. Yo era regordete, lampiño, tímido y con cara de niño, mientras que Joel era uno de esos adolescentes que sacan ventaja temprana en la batalla por las chicas porque era velludo y tenía una barba rebelde. No era de extrañar que me tratara como a un hermanito. De vuelta al momento actual, lo extraño es que este personaje lucía idéntico al Joel de aquel tiempo, como si los relojes se hubiesen detenido solo para él.

Tenía que ser un error.

-¿Joel?-pregunté con la voz muy dubitativa, casi temblorosa. Y el jovencito me respondió:

-¡Claro, mi pana!, ¿qué te pasa?, ¿como que hiciste demasiado ejercicio y quedaste turulato?

En verdad, no lograba articular frases coherentes. Balbuceaba palabras cortadas, como en mis fallidos intentos de conversar al trote. Después de aquel encuentro con el satírico Roderick, esto parecía aún más extraño. Al menos Roderick aparentaba tener la edad que debía tener, cosa coherente, si hacemos abstracción del hecho de que estaba muerto, claro. En cambio, Joel era un caso de anacronismo vital. ¿O será que también estaba...? Podría ser porque, después de todo, no sabía nada de él desde aquellos tiempos adolescentes.

Joel seguía mirándome con una curiosidad niña, como esperando que despertara de un profundo sueño. Con la manga de la camiseta intenté en vano secarme el sudor de la cara; la tela estaba empapada. Me levanté del banco y le tendí la mano.

-Hombre, es que estoy confundido porque... ¿cómo te explico?... Te ves demasiado

joven, como si no hubiesen pasado todos estos años -dije, mientras sentía uno de esos corrientazos en la espalda que provoca el miedo.

Joel seguía mirándome con una simpatía transparente, como se mira a un niño pequeño que nos maravilla con alguna ocurrencia. Tardó unos segundos en decir algo y en el espacio de silencio ladró un perro. No sé por qué, pero su ladrido me pareció estúpido.

-Tranquilo, pana, es que el tiempo no pasa en verdad. Todo es una ilusión.

La reflexión tronó en mi cabeza como un golpe de gong, en especial después de aquel necio ladrido. Se alargó en laberínticos ecos. Luego, Joel agregó algo más corriente: -Además, tú también te ves igualito.

No me sonó como el típico cumplido por reciprocidad; me pareció una observación sincera, así que pensé que tenía que verme, con urgencia, en un espejo. ¿Y si no era Joel adolescente el que hacía excursiones fuera de su tiempo, sino que era yo, el adulto, en viaje de retorno a época idas?

Quedé tan sumido en mis dudas que dejé de oír a Joel. Solo veía su boca moverse. Me apresuré a disculparme, pues podría haber dicho algo que me diera la clave del enigma. -¡Perdón, perdón!, no oí lo último que estabas diciendo...

-Te decía que hubiese esperado encontrarte en cualquier parte, menos haciendo ejercicio... Es que eras como medio negado para los deportes... ¿no?

Le respondí, sin pensarlo mucho, que tenía razón, era un desastre en cualquier actividad atlética. La adolescencia no me había causado ese furor enloquecido que caracterizaba a muchos varones, sino un perpetuo letargo. Mientras asentía, mi atención se colgó de un detalle significativo: entonces para Joel también había pasado el tiempo. Por la forma como se refirió al pasado, lo hizo sentir remoto.

Sin que ninguno de los dos dijera hacia dónde se dirigía, ambos comenzamos a caminar con rumbo a la entrada del parque. Mientras me hablaba acerca de dos excompañeros con los que se mantenía en contacto (sin decir sus nombres, solo sus apodos: Caraota y Gusanín) lo miré con sumo detenimiento y ratifiqué mi convicción de que aquello era una imposibilidad científica, a menos que existiera una rara enfermedad que detuviera el crecimiento físico en la adolescencia. Pensé que al llegar a casa investigaría sobre eso en internet. De ser así, sería una de las pocas enfermedades que mucha gente querría padecer.

Pasamos junto a una vendedora de helados caseros y Joel, con un entusiasmo de muchacho, se empeñó en comprarle. Mientras chupábamos aquellos trozos de hielo coloreado, me atreví a preguntar:

-Joel, ¿desde cuándo no nos veíamos?

Sin pensarlo mucho, contestó, con la boca verde por efectos de la falsa manzana:

-No sé, hará como veinte años, ¿no?

Mi helado, sabor a colita, se deshizo y una parte cayó al suelo. No había duda: era Joel, el Joel de aquel liceo, sin la mácula del tiempo, alternando conmigo, ahora mucho mayor que él, debido a vaya usted a saber qué extraordinario evento cuántico.

CAPÍTULO 4

BANCOS CON ARABESCOS
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

Era domingo al amanecer. Se respiraba ese aire esperanzado de fruta madura, había muy poca gente en las calles y estar en ellas en ropas de correr era un estímulo en sí mismo. Atravesé el parque, no por el sendero de los corredores, sino por la caminería central pavimentada. La música me hacía sentir inspirado. Esa mañana estaba en onda clásica e iba con algo de Mozart, aunque no sé con exactitud qué era ni quién dirigía cuál orquesta. Esos son detalles que nunca logro memorizar.

Al llegar a la mitad del recorrido, una zona donde hay varias grandes esculturas en los jardines, mi visión periférica captó algo inusual: un banco típico de parque, con sólida estructura de metal y listones de madera pintados de verde rústico. “¿Desde cuándo hay bancos en este lugar?”, me preguntó uno de mis yo. Tenía años yendo allí - desde antes de ser corredor- y jamás había visto un banco así. Los pocos que había eran simples placas de concreto, sin espaldar. Este no solo era un típico banco; era un bello banco de parque, con la parte metálica pintada de color oro viejo y cargada (más bien recargada) de arabescos. Me detuve a detallarlo y mi asombro fue en ascenso al ver que no era el único banco recién incorporado al parque. A todo lo largo del sendero pavimentado había muchísimos, tantos que se perdían en la perspectiva. “¡Un momento! - pensé - ¿Cuándo pusieron todos estos bancos en esta parte?”. No había forma de instalar tantos bancos de esas características en un tiempo corto. Mientras trotaba, miré sus anclajes en el concreto y concluí que no parecían recién puestos. Mi yo Racional me ofreció una rápida explicación: siempre corría por el borde externo, nunca por el medio del parque, así que tal vez la instalación había comenzado hace semanas, meses quizá. En fin, el sendero pavimentado llegó a su final y estaba decidido a dejar el tema de ese tamaño. Sin embargo, no pude, pues la puerta de salida también había dejado de ser el conjunto de enormes verjas deslizantes, empotradas en una estructura de concreto en obra limpia. Ahora era un portal de ladrillos con rejas de herrería muy trabajada, con tantos arabescos como los bancos, todo con un aire antiguo y regio. “¡Santo Dios, ¿en qué momento hicieron todas estas remodelaciones?!”, dije, supongo que en voz alta.

Lo del parque fue apenas el abreboca. Al salir a la calle, y atravesar la para mí nueva celosía, me encontré con más cambios: faltaba un puente en forma de hoz, la zona contigua era muy diferente, incluso la gran fuente no era parte de la plaza Del País, sino una redoma circundada por gigantescos carros de los años cincuenta, según calculé entonces y pude comprobar luego, en internet. Traté de cruzar la calle por donde siempre lo hacía y me asustaron los frenos de aire de un bus cuyos guardafangos redondos parecían los cachetes hinchados de ese trompetista famoso (me costó lo mío recordar el nombre) Dizzy Gillespie. El conductor sacó la cabeza por la pequeña ventanilla y me gritó que estaba loco.

-Esto ya es demasiado-exclamé aterrorizado, no por el posible atropellamiento, sino

por todo lo que me estaba pasando-. Estoy en una época que ni siquiera pude haber vivido. Yo nací en los años setenta.

Lo dije en voz alta, pues le di un gran susto a una señora que paseaba un panzón mastín napolitano que tenía aires de viejo antipático fumador de pipa. La señora llevaba una especie de bata de casa anticuada... ¿Anticuada? No, de seguro no lo era, solo que yo andaba por ahí de intruso.

Sentí vergüenza y aceleré, dejé atrás a la señora y su perro. Estaba tan aturdido que me lancé por una especie de atajo, sin saber hacia dónde me conducía. Pronto llegué a una autopista en construcción. “¿Qué autopista es esta?”, interrogaban mis voces interiores. Comencé a correr por ella. Tenía tramos ya terminados, recién asfaltados, de un negro mate, immaculado. También tenía trozos de tierra apisonada. Viejos tractores, aplanadoras y mototraíllas se encontraban a la vera, estacionados como cerdos risueños después de hartarse de sus comidas asqueantes. Olía a hidrocarburos refinados mezclados con cemento fresco. Una valla elaborada en una tipografía demodé decía: “El Gobierno nacional construye la Autopista de Valle Fresco, una obra para el futuro”. En la valla aparecía la imagen del gran general, en uniforme de campaña, con la camisa arremangada, echando paladas de tierra en una carretilla que parecía prehistórica.

Me llegó una oleada de miedo. ¿Qué tal si no logro regresar y me quedo encerrado en este trozo de pasado, sin conocer a nadie, sin casa, sin trabajo, sin nada? Pero las oleadas duraban cada vez menos, segundos apenas, así que de inmediato pensé que sí volvería, no sabía cómo, pero volvería.

Aquel día, debo confesarlo, sentí verdadera fascinación por las transiciones de regreso. Fue como un aterrizaje perfecto. Corrí por la autopista en construcción hasta que me topé con un cercado de maderas de desecho y bloques rotos. Era el final de la obra y había otra valla del gran general, con sus invocaciones al futuro promisor, y una cabaña de ingenieros. Salió un vigilante ataviado con unas ropas que yo solo había visto en fotos antiguas, de esa época en la que todos los varones usaban sombreros. Comía algo, parecía ser un sándwich de mortadela y masticaba solo del lado izquierdo, con una cadencia de jirafa. “¿Qué hace usted por ahí, caballo?”, preguntó. Había en aquel hombre una cristalina mirada campechana, como si en lugar de celador de una obra, fuese un pastor que daba de comer a sus cabras. Le pregunté cómo salir de allí y me dijo que me encaramara por aquella lomita y saldría al distribuidor nuevo. Allí podría agarrar el autobús que viene de El Cementerio. Le di las gracias y me sonrió, antes de mordisquear de nuevo el sándwich. “Para servirle, caballo”, expresó y su manera de llamarme me recordó las conversaciones de mis tíos, cuando yo era niño.

Hice lo que el celador me dijo: escalé la lomita y aparecí (no hay un verbo más preciso) en el otro lado, en una zona de intenso tráfico. Ya no estaban los buses cachetones ni los carros enormes. Ahora había cientos de carros compactos, camionetas de lujo y colectivos articulados. Estaba de vuelta en el rudo ahora y corría junto a una ruidosa autopista. Sentí la tranquilidad de quien vuelve a casa luego de una faena alucinante. Pero, como si alguien me guiara desde lejos, pensé que debía regresar a la lomita para descifrar el enigma de la transición. Frené y di un giro tan violento que tropecé con una mujer

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

cargada de bolsas de mercado. Me miró con un odio desproporcionado con respecto a mi falta, lo que me confirmó que estaba en el presente. Llegué al lugar que se supone era un pasadizo de épocas y no estaba. No, no era diferente a lo anterior. No estaba.

CAPÍTULO 5
EL CUADERNO
DEL CORREDOR
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

El Corredor, en medio de una sesión de cuestras que hizo en el cerro de Todosnadie, alcanzó la convicción de que debía reconstruir con la mayor exactitud posible los hechos relacionados con la muerte de Roderick.

Al expresarlo en esa forma, lo invadía el escalofrío instantáneo que había experimentado el primer día, cuando todo esto comenzó, pues al decir frases tan contundentes quedaba firme el hecho de que el hombre estaba muerto; desaparecería cualquier posibilidad de duda, cualquier otra explicación. Y eso significaba admitir que él hacía contacto con eso que suelen llamar *el más allá*. Pero, cada vez que le pasaba esto, un segundo después se recomponía y decía que justo de lo que se trataba era de investigar para encontrar las explicaciones.

Al retorno, molido por haber subido diez veces una cuesta de 300 metros, con descansos en cada bajada, pasó por la papelería de la cuadra de atrás de su edificio y compró un cuaderno. Había decidido anotar todo, desde que se topó por primera vez con Roderick en el parque y dedicar muchas páginas a esclarecer el misterio. Para ello resolvió que volvería a su antiguo barrio, San Germán, y averiguaría con los viejos amigos comunes, sin preguntarles de manera directa pues tampoco quería quedar ante ellos como un demente.

Esa misma tarde, luego de darse un baño y ponerse geles congelados en las rodillas, inauguró el cuaderno, no con el tema del primer encuentro (eso lo dejó para otra ocasión), sino con algo que deseaba escribir ya porque tenía la sensación de que huiría de su cerebro y luego no podría contarle. Puso en palabras escritas todo lo que recordaba de cuando fue al hospital a visitar a Roderick, a quien apenas pudo ver de lejos, pues estaba en una unidad de cuidados intensivos, convertido en un despojo del que emergían todo género de mangueras y cables. También se esforzó por narrar y describir el funeral, al que asistió y en el cual volvió a ver a personas de las que solo guardaba recuerdos muy lejanos. Al dar por terminado su esfuerzo de memoria-por estar exhausto en lo físico y en lo mental- estaba seguro de que no había soñado ni alucinado aquellos acontecimientos tan dolorosos. “Son demasiados detalles”, se dijo, para terminar de convencerse.

Esa noche le ocurrió lo de casi siempre. Tenía una sensación de cansancio tan extrema que temía no poder llegar siquiera a la cama, desplomarse en el piso y dormir doce o catorce horas, pero tan pronto apagaba la luz y se volteaba en la forma acostumbrada sobre la almohada, el sueño huía sin dificultad. Pensó en encender la luz de nuevo y seguir escribiendo, pero ya había cancelado esa tarea y prefirió esperar con paciencia por una segunda avanzada del cansancio extremo que lo rescatara de las garras del insomnio. Mientras esto ocurrió, le sobrevinieron profundas reflexiones filosóficas,

grandes dudas que había arrastrado por siempre y que, de seguro, ayudaban a darle ese aspecto bastante patético que había tenido desde niño. El centro de su dilema era algo así como “¿y si nada es verdad?”, una pregunta que surtía el efecto de un baño de ácido que iba derritiendo y disolviendo todo a su paso, desde la seguridad de tener una madre y un padre hasta la convicción de estar vivo. Tal como había hecho muchas veces en situaciones similares, tuvo que encender la luz, ir a la computadora y revisar sus nutridos álbumes de fotografías familiares, buscando utilizarlas como clavos para fijar la realidad, como certezas de que hay algo verdadero a qué aferrarse.

Tardó horas en dormirse y cuando lo logró ya eran más de las tres de la madrugada, así que canceló su plan de ir a primera hora a San Germán. Terminó llegando a mitad de mañana y solo entonces cayó en cuenta de que no encontraría a nadie de su generación a esas horas por ahí. Todos habrían de estar ocupados en sus trabajos, lejos del barrio, o en sus quehaceres domésticos, encerrados en sus casas. Sin embargo, el viaje a San Germán era largo y dificultoso, así que no quiso cortar el impulso y se quedó vagando por las calles en las que transcurrió su infancia. Vio a muchas personas, pero ninguna conocida. Se detuvo por más de una hora frente a la panadería del Buen Pastor (donde compraba siempre en sus años niños) y ni siquiera así encontró ninguna cara familiar. Luego del mediodía decidió que regresaría a su casa con las manos vacías. Se había ido preparado para retornar al trote, lo que implicaría un trayecto de unos doce kilómetros, suficiente para el día después de una faena de cuestras. En el parque parroquial se quitó el *jean* y la camisa y quedó en *short* y franelilla. Metió las prendas, dobladas con rigor, en su morral tipo joroba de camello. Se puso los audífonos, encendió el iPod y se dispuso a recorrer las avenidas que conectaban a San Germán con el centro de la ciudad.

CAPÍTULO 6
EN MOTO
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

Comencé a correr justo en la larga recta en la que había competido tantas veces con mis amigos Roderick y Fucho, unas carreras en las que Fucho siempre partía adelante (“soy un *sprinter*”, juraba), pero que terminaba ganando Roderick con un fuerte y arrogante remate. Solo una vez pude aprovecharme de las circunstancias (Fucho estaba aquejado de una gripe y Roderick se había golpeado una rodilla en un juego de beisbol) para ganarles. Pero Roderick se encargó de convertir mi victoria en un motivo de burla. “Solo así ganas, chico”.

Había comenzado a sudar apenas. Me molestaba un poco el constante rebote del morral sobre la parte baja de la espalda y por eso iba distraído, tratando de ajustar las correas para acomodarlo. Entonces sentí el ruido de una moto que marchaba a mi lado y la voz del conductor que me hablaba. Volteé, me quité el audifono de ese lado y vi a un sujeto que me pareció un anciano. Sonreía y mostraba una dentadura en deplorables condiciones, enmarcada por unas hilachas de bigote entrecano. “¿No te acuerda de mí?”, dijo, y se quitó el casco. Me detuve y lo miré. Tal vez fuera una trampa para robarme, en cuyo caso sufriría una grave decepción, pues no llevaba casi nada de valor, salvo el iPod y el morral de joroba de camello. El motorizado no esperó más y dijo: “¿Coño, soy Felipe, tu amigo Felipe!”. Y creo que me sonrojé de pena por no haberlo recordado. Para compensarlo me acerqué a la moto y le di un abrazo mientras me excusaba: había sido por el casco y porque soy malo para los rostros.

Felipe me preguntó si me había mudado de nuevo a San Germán, puesto que andaba por ahí, corriendo. Me pareció una labor demasiado cuesta arriba explicar por qué andaba por ahí en esa facha, así que me inventé algo rápido. Le dije que había ido a visitar a la tía Loira y que había planificado retornar con un poco de ejercicio, para así librarme del martirio del transporte público. Felipe se ofreció a llevarme y yo enfurecí por dentro. ¿Por qué será que los no corredores creen que esto es un acto penoso y que un corredor necesita de la caridad de los demás, como si en lugar de ir comiéndose los kilómetros con enérgicos pasos, estuvieran varados a la orilla de la carretera a la espera de auxilio? Traté de no ser grosero: “No, compañero, voy corriendo porque me gusta, no porque no pueda tomar un autobús”, le dije, y sonreí con amplitud. “Te entiendo, hombre... solo te lo dije por si acaso, yo sé que ustedes los atletas son así”, dijo con un dejo al final de la frase que no sé si era de admiración o sarcasmo.

Me apacigué y fue entonces que razoné con claridad: Felipe era mi oportunidad para investigar el asunto de Roderick. Así que, sin darle tiempo a que se despidiera (ya Felipe se aprestaba a hacerlo), dije: “Pero, fíjate, compadre: hace tanto tiempo que no nos vemos, que no estaría mal aceptar tu oferta y así hablamos un poco sobre los viejos tiempos... Total, yo puedo correr a cualquier hora”. A Felipe se le iluminó el rostro. Se acomodó en el asiento para que me subiera a la moto y tuvimos la conversación más

insólita para un reencuentro como ese: en lugar de estar frente a frente, mirándonos los rostros, íbamos uno detrás del otro. Con habilidad, pregunté primero por varios otros amigos de la época. Uno de ellos había incursionado en el mal camino y la policía lo había descosido a tiros el año pasado, en el asalto a una tienda. Otro era líder comunal y con alguna frecuencia aparecía en la televisión exigiendo reivindicaciones. Llegó el momento de hablar de Roderick y elaboré la pregunta para que abarcara la hipótesis de su muerte y también la de que siguiera vivo. “¿Qué fue lo que pasó con Roderick?”, solté. Felipe, que iba abriéndose paso entre un camión y un automóvil pequeño, dio un respingo. “¿Cómo que qué fue lo que pasó?... Si alguien sabe lo que pasó eres tú... No sé, eso es lo que se dice, pues”.

Me sentí acorralado por la repregunta. Para pensar en una respuesta creíble, comenté algo acerca de la mala manera de manejar del camionero. Me vino una idea que podría servir. Me retrotraje a la época infantil y adolescente, dijo que “bueno, tú sabes muy bien que fuimos mejores amigos, él fue un compañero de todas las aventuras de muchacho, por eso me sigo preguntando qué fue lo que pasó con él y cada vez que veo a alguien que lo haya conocido, le hago la misma pregunta”. Me aplaudí por dentro: era una manera muy diestra de salvarme de la incomprensión de Felipe. Este detuvo la moto en una pequeña plaza atestada de palomas. Puso un pie en la acera, para sostenerla y me propuso bajarnos un momento para tomar un café. Acepté. Le pedimos los cafés a una señora obesa con una amplia falda descolorida. “Mira, Rode era tremendo tipo, pero no sabía manejar moto”, dijo Felipe. Me sentí absurdo: en aquella plaza llena de palomas, vestido con ropas de correr, tomando café con aquel abuelo depauperado y entendiendo cada vez menos el misterio que pretendía descifrar.

CAPÍTULO 7

LA MANCUERNA
(LUXACIÓN DE LISFRANC)
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

Luego de mi segundo encuentro con Roderick (que fue bastante anodino), las incertidumbres y angustias se potenciaron a unos niveles tales que hacen pensar en lo coloquial que se vuelven expresiones como “esto me está volviendo loco”. En mi caso, era algo literal. Mi cabeza era un tropel de animales salvajes desbocados que hacían tronar los suelos en medio de aterradoras nubes de polvo.

Quise sobreponerme al ciclón mental mediante el truco de alcanzar un máximo estrés físico. Al llegar a casa, exhausto por lo que había sido un inclemente rodaje con Roderick (velocidad e intensidad inusuales, más el sobresalto de su extraña compañía), no hice lo habitual, que hubiese sido bañarme y echarme un largo rato a la cama, húmedo y desnudo. No. Hice un montón de abdominales, flexiones de pecho y dominadas y luego tomé las pesas y le añadí a mi cansado cuerpo una larguísima rutina de ejercicios de musculación.

Quería llegar al límite, sudaba a mares y estaba rojo como un tomate. Meforcé tanto que tuve un accidente. El tríceps del brazo derecho no aguantó más el peso de una mancuerna, sentí como el pinchazo de una inyección justo al lado de la axila, solté la mancuerna y esta, tras golpear contra el borde de una silla, fue a dar de lleno en el empeine del pie derecho produciéndome un dolor tremendo y el temor de una fractura en los pequeños huesos del metatarso.

Me senté en la cama, me agarré el pie como si pretendiera escaparse. Renqueando fui a la cocina, saqué todo el hielo disponible, lo metí en un tobo y me senté en una de las sillas de la sala con el pie dentro del tobo, para tratar de cubrirlo con el hielo, pero era muy poco.

El dolor iba en aumento y mis angustias también. Seguro tendría que ir al hospital, me pondrían un yeso, pasaría meses sin correr y perdería el contacto con Roderick. Los temores iban pasando ante mí con una rapidez de carrusel. Me levanté a duras penas, caminé hasta el baño, me tomé dos Cataflam, busqué una toalla y volví a la silla. Esta vez traté de envolverme el pie en la toalla con el poco hielo que quedaba.

Trataba, al mismo tiempo, de serenarme, pero iba a una velocidad tan trepidante que la labor era imposible. Me preguntaba cómo iría al hospital, pues surgía una gran cantidad de pequeños pero formidables obstáculos. No tenía dinero efectivo para un taxi, e ir al cajero automático significaba caminar una cuadra y media. Qué difícil se pone al mundo cuando a uno le ocurre una pequeña desgracia. “Tengo que llamar a alguien que me ayude - pensé -, pero ¿a quién?”. Reflexioné acerca de mi concepto de la amistad, la estupidez de no tener buenos amigos y las desventajas de ser un misántropo.

Repasé mis amistades. Haciendo un esfuerzo podrían calificarse como tales Roberto

Tarazona, Manuel Pedro López y tal vez Sandra Montiel, pero ella era más bien un proyecto de novia, una chica lo bastante desesperada como para fijarse en mí en esta época tan precaria de mi vida. Y hablando de novias, tal vez la persona más apropiada para un momento de apuro como este de mi pie abollado por una mancuerna fuera una exnovia, alguien como Yolanda, mi más reciente amor contrariado por incomprendiones y torpezas. Hacía más de un año (¿un año, en verdad?) que no hablaba con ella, pero habíamos sido novios en serio, habíamos hecho planes de casarnos y en medio de unos intensos dolores que ya me llegaban a la rodilla, pensé en ella como la única persona capaz de ayudarme en tan fea circunstancia.

Me aferré al celular y ya iba a marcar el número, pero mi conciencia me dijo que no podía ser algo tan brusco. Claro que era una emergencia, pero Yoly no era del Cuerpo de Bomberos. Sería mejor abrir la conversación con un mensaje de texto.

Pasé media hora escribiendo y borrando posibles mensajes. Por segundos decidí enviar algunos, pero lo pensaba mejor y cambiaba la redacción. Luego consideraba abandonar la idea de Yoly y volver a llamar al número de emergencia para que enviaran una ambulancia.

Escribí: “Hola, Yoly, cuánto tiempo. Lamento llamarte por un apuro, pero ya sabes que no tengo muchos amigos. Tuve un pequeño accidente en casa y necesito ayuda”. Luego hice un ajuste: cambié “pequeño accidente”, por “tengo una dificultad”, y cambié “ayuda”, por “quiero preguntarte algo”. En eso estaba cuando el pie pareció recordarme que no disponía de mucho margen, a través de una terrible punzada. Un redolor en el dolor.

Por fin apreté el botón de enviar el mensaje y sentí un leve alivio físico y mental. Igual, aún faltaba que Yolanda leyera el mensaje, lo evaluara con cautela y decidiera qué hacer. Quizá optaría por ayudarme. Quizá no, pero lo más probable es que se tomara un tiempo para pensarlo. Tal vez hasta la mañana siguiente. Lamenté no haber dejado la palabra “emergencia”.

Porque “dificultad” podía ser cualquier cosa, incluso la necesidad de un préstamo. Bueno, ya estaba hecho, solo quedaba esperar.

Sentí urgencia de ir al baño y pasé un rato evaluando la mejor forma de hacerlo. Marché a duras penas, agarrándome de las paredes y de los muebles. Me torturaba un pinchazo de dolor en toda la pierna. Sentado en la poceta quise revisar el pie y comprobé que ya tenía un hematoma enorme. No entraría en ninguno de mis zapatos. Era nula la posibilidad de ir al cajero para luego buscar un taxi, así que si Yolanda no me respondía tendría que buscar a alguien más o llamar a la ambulancia. Sonó el teléfono y solo entonces caí en cuenta de que lo había dejado en la sala. Una verdadera estupidez de mi parte. Tardé una eternidad en regresar a la sala. Mientras avanzaba con mucha dificultad, el teléfono sonó por segunda vez. Pude verlo moverse sobre la mesita como si tuviera vida, como si fuera una persona en miniatura, un naufrago dando saltos para llamar la atención de los tripulantes de una aeronave. El alma empezó a volverme al cuerpo al constatar que las dos llamadas perdidas eran de Yolanda.

Llamé de vuelta y experimenté una sensación extraña al hacerlo luego de tanto tiempo (¿cuánto?, no lo recordaba con precisión). También me afectaba llamarla desde una

posición tan comprometida. Yolanda atendió rápido con uno de sus alós interrogativos tan propios del tiempo en que me perdió la confianza. Respondí tal como me sentía: muy azorado, le conté lo que me había pasado y le pedí perdón por molestarla en ese trance. Mi vida después de ella no había sido muy sociable.

-Déjate de disculpas, ahora lo que hay que hacer es resolver - dijo y prometió estar en mi casa en media hora a lo sumo cuarenta y cinco minutos para llevarme a una clínica.

Siempre tan asertiva, preguntó si iba a poder abrirle la puerta, y le respondí que en media hora o cuarenta y cinco minutos podría dar diez pasos y llegar hasta la puerta.

-Te lo pregunto porque si no puedes tendré que ir con un cerrajero - expresó ella, siempre tan gerencial, tan solucionadora de embrollos.

Pensé que por eso nuestra relación se había arruinado. “Ella es casi perfecta y yo un perfecto desastre”, pensé y hasta sonreí.

En el cuarto logré cambiarme de ropa, quitarme el *short* y el interior empapados de sudor y ponerme unos limpios, y también un suéter porque sentía frío. Con su clásica puntualidad Yolanda llegó en media hora.

Pude desplazarme hasta la puerta sentado en la silla de oficina que usaba en el escritorio de la computadora. Al abrir estaba a la altura de un niño, y como tal me sentí. Un niño travieso que se mete en problemas y llama a su madre. Yolanda estaba hermosa, informal pero elegante, con esa manera tan suya de ir por la vida resolviendo asuntos.

Le di la llave para que abriera la reja. Ella entró y me dio un beso en la mejilla, reclinándose un tanto y, sin dar oportunidad a silencios molestos, quiso ver el pie. Era ya una especie de bloque de carne tumefacta. Los dedos y la planta estaban blanquecinos y arrugados por la humedad del hielo. Yolanda no sabía nada de medicina o enfermería, pero examinó el pie con una determinación tal que cualquiera hubiese podido pensar que era una bella traumatóloga en su guardia de emergencias de un gran hospital. Cuando presionó el empeine me arrancó un gemido. - Perdón - dijo Yolanda y yo sentí que me moría de vergüenza. Había actuado como un niño mimado, que no aguanta un dolor.

De inmediato, ella organizó todo: bajaríamos en la silla de oficina hasta la planta baja; ella me ayudaría a subir al carro; le pediríamos al conserje que guardara la silla en su apartamento; y así ella me llevaría hasta la clínica. Estaba pensado cada detalle y así fue ejecutado sin tacha. Un par de horas después, gracias a las protestas de Yolanda en la sala de emergencia, me atendían, luego de hacerme una radiografía. El doctor dictaminó que era una fractura de metatarsiano con luxación de Lisfranc. Tendría que estar al menos seis semanas con una bota de yeso y luego someterme a rehabilitación. La noticia era terrible, pero la inesperada situación de Yolanda atendiéndome de manera tan solidaria, amortiguaba los impactos. Además, me dieron un fuerte calmante que me hizo dormir mucho. Al despertar, Yolanda seguía a mi lado, dirigiendo los preparativos para que me dieran de alta y llevarme a casa. Por si todo esto fuera poco, al llegar preparó algo de comer. Nos sentamos en la mesa de la cocina, “como un matrimonio bonito”, pensé. Porque era inevitable comenzamos a hablar de lo que había pasado con cada uno después de nuestra última y - se hubiese podido jurar - definitiva ruptura. Por

supuesto que lo que tenía que contar Yolanda era un millón de veces más interesante que lo acontecido en mi vida. Ella era una ejecutiva de ventas, su vida era un ir y venir por el país con frecuentes viajes al exterior, videoconferencias en inglés, cambios del carro del año pasado. Al saber lo que hacía, cualquiera se podría preguntar qué le había visto alguna vez esta mujer a alguien como yo. Yo mismo me lo preguntaba con cada cuento que relataba. Pasó casi dos horas en la narración de emocionantes episodios, hasta que se dio cuenta del desbalance y me dijo:

-¿Y tú, qué cuentas?

Yolanda tenía en sus ojos un brillo leve, como si su alma estuviera en ahorro de energía. Le contesté que no me había ocurrido nada memorable, excepción hecha de aquella traviesa mancuerna en el pie que, de carambola, la había traído de vuelta a ella a mi aburrida vida.

Reímos juntos de esa manera que tantas veces nos hizo sentir felices.

-¿De verdad no te ha pasado nada más?-preguntó ella con un toque de misterio erótico, con suavidad, casi con ternura.

Yo negaba con la cabeza. Pero en ese momento volvió a mí el asunto de Roderick, y me convencí de que ni siquiera la trepidante vida de Yolanda podría equipararse en intensidad con esto que me estaba pasando. La reflexión debe haberse traslucido en mi rostro, porque Yolanda decretó, todavía risueña:

-No te creo. Tú tienes un secreto. Yo te conozco.

CAPÍTULO 8
RETORNO TRAS
LA FRACTURA
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

Retornar luego de una fractura... ¿cuántas veces había oído hablar de ese tema o leído al respecto en noticias sobre peloteros y futbolistas? Los comentaristas siempre dicen lo mismo: que es complicado y que en el plano psicológico resulta muy difícil sobreponerse, que muchos deportistas no vuelven a ser los mismos luego de algo tan traumático, que siempre les queda, escondido en algún repliegue de la psiquis, el temor a una nueva calamidad. Bueno, pues ahora me tocaba vivirlo en lo personal, lo que me hacía sentir parte de una élite, la de los héroes de guerra, gladiadores que se recuperaban de sus graves heridas y volvían a la batalla.

Yo había sido en extremo cauto, cumplidor de las instrucciones del médico hasta unos niveles maniáticos. Antes de calzarme por primera vez los zapatos de correr y dirigirme al Gran Parque, caminé decenas de kilómetros, hice cientos de minutos de ejercicios de estiramiento y fortalecimiento y cumplí horas y más horas de fisioterapia. Así que, tras un concienzudo calentamiento, inicié un trote suave, muy suave y, poco a poco, todo comenzó a sentirse como antes. Entonces experimenté un verdadero júbilo.

Avancé con lentitud, como en cámara lenta, mientras mi cuerpo todo iba caldeándose y mi respiración se aceleraba. Según mi plan inicial, apenas iba a dar cincuenta o cien trancos, pero la verdad es que me sentí tan bien que resolví dar al menos un cuarto de vuelta al parque. Emocionado, como un preso que vuelve a la calle, avancé por el sendero plano que bordea la parte de atrás del gran teatro. Había un sol rudo, pero ese tramo estaba muy bien cubierto por altos árboles que convertían la luz en manchones brillantes sobre una alfombra de hojas secas. Muy concentrado en evaluar mi pie, crucé junto a la improvisada cancha de fútbol, donde jugaban los concamisa contra los sincamisa. Lo de siempre: gritos altisonantes, pieles húmedas, nubes de polvo y, a cada rato, un balón que huye con saltos de conejo, como si estuviera harto de recibir patadas. Entré al breve bosque del extremo suroeste de la pista, giré casi 90 grados y me encaminé al este franco. Debía pasar de nuevo cerca de los jugadores de fútbol, que seguían envueltos en sus alaridos y sus polvaredas. Siempre que trotaba por ahí sentía un secreto orgullo. Se trataba de muchachos muy jóvenes, algunos niños, pero yo era tan deportista como ellos; si entrara en esa cancha, seguro que aguantaría más que muchos, podría darles una lección al menos en resistencia, no tanto en fútbol porque eso nunca se me había dado bien.

Ese día, la oleada de orgullo fue doble porque “venía de una lesión grave” (me imaginé un titular de prensa) y allí estaba, impávido, sereno, determinado a volver al estado de excelencia atlética. No resistí la tentación de acelerar un poquito al pasar frente a la cancha de los bulliciosos para dar una demostración de buena condición física. En

pocos segundos, los gritos quedaron atrás, trastocados en un rumor lejano, como de guacharacas y loros al atardecer. Llegaba así al cuarto de cancha, suficiente para el *briseo* (una palabra de los hípicas que suena a galope suave) de regreso oficial a las pistas, pero el cuerpo me pedía un poco más. Mi yo Prudente dijo que no, que el plan era cien zancadas y ya habíamos llegado a un cuarto de cancha, suficiente para el primer día. Pero mi yo Audaz presionaba para seguir. “Estamos bien, es una tontería parar tan pronto”. Mi yo Prudente se puso en guardia, alegó que era necesario seguir el programa de recuperación paso a paso, tal como había sido concebido, sin prisa pero sin pausa, pues esa era la forma segura de llegar adonde queríamos, la sanación plena del pie fracturado. Mi yo Audaz ripostó que ya habíamos esperado demasiado, tanto que nos había salido mohó en las articulaciones, que habían sido casi cuatro meses (¿cuatro, en verdad?) de tortura y que si hubiese algún problema, el cuerpo mismo daría el grito de alarma, en cuyo caso pararíamos de inmediato. Mi yo Prudente, que es remilgoso y fanático de la planificación, volvió a hablar, ya con cierta molestia. Advirtió que si cometemos un exceso en estas primeras sesiones de retorno lo que podía ocurrir era una recaída, lo que pagaríamos con otros cuatro meses, o tal vez más, postrados en el desesperante sedentarismo obligado. Mi yo Audaz se exasperó: “¡Coño, si te duele, te paras y ya!”. Mi yo Prudente contestó: “Esperar a que duela es estúpido, y tú lo sabes”. Mi yo Audaz: “Trotar como una abuela no va a resolver nada”. Mi yo Prudente: “No se trata de ser abuela, sino de recuperarse de una fractura, idiota”.

Sin darme cuenta, como testigo de ese diálogo que ya entraba en terrenos de la riña, había acelerado bastante y había pasado ya de la media vuelta. Me detuve consternado. Traté de calmar a mis dos extremos, aunque mi yo Audaz se burlaba del Prudente porque, a fin de cuentas, habíamos ido más lejos y más rápido de lo previsto, sin que pasara nada malo. Hice los ejercicios recomendados: bajar el torso y tocar primero las espinillas, luego los tobillos, luego los empeines y luego la punta los pies, para que los grandes músculos de las corvas se estiraran con suavidad. También me elevé sobre las puntas de los pies y subí los brazos como si quisiera tocar un techo imaginario. Puse las manos entrelazadas detrás de la nuca y giré el torso desde la cintura, uno, dos, tres, cuatro, uno, dos... Iba a hacer ese movimiento cuarenta veces, a muy poca velocidad, sin apuro alguno. El giro me provocaba una sensación robótica, como si estuviera dentro de una cámara de seguridad que barría un perímetro de 180 grados. De pronto, a lo lejos, por la ruta del anfiteatro, con su franela púrpura y amarilla, pasada de moda, vi venir a Roderick.

Me detuve en seco, me quité la gorra y con la parte que aún estaba algo seca, me enjuagué el sudor de la cara, me quité los lentes de sol para aguzar la mirada y estar seguro. Era él. ¿Quién más podía ir vestido de esa forma? Corría a su velocidad habitual, un poco excesiva, al menos para mi concepto de un trote recreacional y también si se piensa en que estaba un poco pasado de peso. No tardó en llegar al borde del parque y en retornar por la pequeña caminería que moría en la puerta del este. De allí hasta el claro cubierto de grama marchita donde yo me encontraba, no había más de cuarenta zancadas. Cuando hizo el giro hacia el oeste y el sol le dio de frente en la cara, pude ver

su gesto burlesco. Fue acercándose sin bajar la velocidad, como si no tuviera pensado pararse a hablar conmigo, pero luego lo hizo, con un frenazo sobreactuado. “¿Qué dices, viejo, en qué hueco te habías metido? Pensé que te habías muerto”. Me pareció una ironía demasiado malvada, habida cuenta del estado dudoso de su existencia. Iba a contarle el episodio de la mancuerna, y a decirle que me ocurrió justo después de la vez anterior que nos vimos, pero Roderick reacceleró y me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Mi yo Prudente se reveló: “¡Eso sí que no! Ese tipo corre muy rápido y ya nosotros nos pasamos del límite”. Mi yo Audaz, siempre llevando la contraria: “Pero, no podemos dejar ir a este amigo...”. Yo (yo, sin apellidos) le grité a Roderick: -¡Espera, espera un segundo!

Roderick hizo un gesto de desdén y dijo algo parecido a “si quieres hablar, entonces corre”. Sin hacer caso de los reproches de mi yo Prudente, de pronto me vi en una loca carrera, tratando de emparejar al gordo y veloz Roderick y, al mismo tiempo, intentando contarle el incidente de la mancuerna. Él parecía no oír o no estar interesado, seguía comiendo metros a su ritmo endemoniado. Opté por decirle que, dada mi reciente lesión, no podía seguir acompañándolo a ese paso, que tenía un plan muy progresivo... Roderick seguía sin interesarse. Me dijo: “Bueno, nos vemos otro día, cuando puedas correr de verdad”, y se alejó delante de una pedante estela de polvo.

Antes de que se alejara por completo, traté de resumir la idea que tantas veces había planeado transmitirle, tan pronto lo viera de nuevo (si es que lo veía): “Chamo, en estos tres meses que estuve enyesado y en rehabilitación, vine varias veces caminando y nunca te ví, ¿qué raro no?”. Las palabras parecieron perderse en el absurdo, como la luz de una bengala lanzada a pleno sol. Llegué a pensar que no me había escuchado, pero cuando ya estaba como a veinte zancadas de mí, volteó un poco, corrió unos metros de lado, como un *linier* de fútbol y gritó: “Yo siempre estoy, pero tú no siempre me ves”.

CAPÍTULO 9
ACÁ EL TIEMPO
NO RINDE
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

Tal como había pasado antes con Roderick vino un segundo encuentro con Joel. Aquella fresca mañana resolví dar, por primera vez desde la fractura, una vuelta completa, si el pie no me daba señales de alarma. Lo logré con más facilidad de lo que había imaginado y, cuando ya me disponía a volver a casa caminando, en la plazoleta de entrada del Gran Parque me crucé con Joel. Esta vez no vestía indumentaria deportiva, sino pantalón azul marino y camisa *beige* con una insignia en el bolsillo del lado izquierdo del pecho. Mi aturdimiento fue mayúsculo, pues ese era el uniforme de nuestro liceo. Además, llevaba un bolso tejido, cruzado desde el hombro derecho a la cadera izquierda. Del bolso sobresalían varios libros y cuadernos. Era Joel, tal como lo veíamos en bachillerato. Volví a quedarme sin palabras y él, con su amistosa sonrisa, volvió a saludarme con su “¿Qué dice el panita?”. Llevaba, tal como en aquella época, una franela negra debajo de la camisa y una trenza de cuero a guisa de collar. Sudé frío, me vi obligado a respirar hondo y creo que entorné los ojos como quien va a desmayarse de un momento a otro porque Joel me agarró por ambos brazos y exclamó: “¿Qué pasa, pana, como que se te bajó la tensión?”. Sus manos me apretaron con mucha fuerza. No era para nada ectoplásmica su presencia. “No, ya se me pasó”, le dije e hice un ademán para que me soltara. Joel se empeñó en que me tomara un jugo de naranja y lo compró con su diligencia de hermano mayor. Nos sentamos en unas pequeñas gradas, bajo la sombra de una gran valla publicitaria que promocionaba un seguro de vida con el lema “El futuro ya llegó”. El jugo me confortó y me dio arrestos para abordar el tema sin más requiebros:

-Joel, una pregunta, amigo: ¿Para dónde vas tú vestido así?

Joel me miró como se mira a alguien recién operado, que acaba de regresar de la anestesia. Sonrió y preguntó, a su vez:

-¿Así? ¿Cómo es así?

Me impacienté un poco. Era tan evidente que solo podía pensarse que se hacía el desentendido o que estaba, en definitiva, loco de atar.

-Así-le hice un gesto simultáneo con la mano derecha y la boca, señalando todo su cuerpo. Él siguió sonriendo y, también con las manos y la boca a la vez, remedándome, preguntó de nuevo:

-¿Así cómo?

De pronto sentí un gran espanto. Tanto Roderick como Joel jugaban conmigo. Me dejaban llegar hasta el borde y luego me trataban como alguien que está mal de la cabeza. Reuní restos de ideas que estaban regadas, como una fruta madura a la que alguien hubiese golpeado con un palo. Respiré y dije:

-Mira, Joel, esa ropa que tú llevas es el uniforme que usábamos en bachillerato... ¿yo estoy loco?

Joel sostuvo un segundo el anterior gesto de no entender nada y luego su cara entera mutó, como lo hubiese hecho un consumado actor.

-Ah, es eso!-dijo-. Es que yo me quedé en esa etapa. No me hagas caso.

Luego de preguntarme dos veces si me encontraba bien, me aseguró que estaba apurado y tendría que marcharse sin más demora. Debía atravesar parte de la ciudad y si no se iba ya, llegaría tarde y se perdería la prueba.

-Ya sabes que acá el tiempo no rinde. Si tú no lo controlas, él te controla a ti y estás fregado - expresó mientras comenzaba a caminar hacia la parada de autobuses, donde en ese momento había uno a punto de arrancar. Con agilidad adolescente, Joel saltó al estribo justo en el momento en que el bus se había puesto en marcha. Desde el borde de la puerta, volteó hacia mí y me hizo un gesto de despedida.

Me quedé sentado un buen rato, distraído en el análisis su última frase. ¿Qué significa “acá”?, me preguntaba intrigado. Y me prometí que la próxima vez me iría con Joel en ese autobús para saber a dónde iba.

CAPÍTULO 10
UNA SEÑAL
(CAMPANAS)
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Desde el mismo día de su primer encuentro con Roderick, el Corredor pensó en ir a la iglesia. No es que fuera un ferviente religioso, pero tenía su formación, sus sacramentos. Es más, cree recordar que la tarde de aquel día vistió ropa apropiada para entrar al templo de su parroquia y salió a la calle decidido a hacerlo. Caminó las tres calles que lo separaban de la vieja iglesia parroquial, atravesó la plaza con mucha determinación (puede recordar que algunas palomas volaron presurosas a su paso), pero al llegar a la puerta, algo externo a él lo obligó a desviarse e ir rumbo al otro extremo de la plaza, donde funcionaba un ruidoso mercadito. Su propia reacción lo asustó. Y el susto le renovó las sensaciones que horas antes lo habían sacudido al correr junto a su amigo. No pudo evitar que una caravana de pensamientos cliché sobre presencias demoníacas pasaran por su cabeza alterada.

Regresó a su casa con una mezcla de miedo y vergüenza, esta última por lo absurdo de su proceder. Decidió calmarse, descansar e intentarlo de nuevo al siguiente día. Sin embargo, la escena de él caminando hacia la iglesia y casi rebotando en sus puertas se repitió una y otra vez a lo largo de varias semanas. Probó, sin suerte, con varios templos cercanos hasta que decidió volver a la iglesia del barrio en el que había vivido de niño y joven, en los tiempos de su relación con Roderick. Pensó que tal vez allá podría entrar sin problemas.

Una mañana muy temprano viajó hacia su antiguo barrio, a bordo de un destartado bus. Llegó a la hora de su primera misa, esa a la que solo asisten ancianas beatas y gente desesperada. Él entraba en esta segunda categoría, reflexionó.

La iglesia de aquel barrio es imponente. Está construida en una especie de emplazamiento que la eleva unos diez metros sobre la avenida. Cuatro pilares fornidos sostienen un frontispicio triangular. Muros de piedra unidos con argamasa se elevan hasta el equivalente de cuatro pisos. La estructura surge arrogante en medio de aquel barrio de casas esmirriadas y edificios enanos. Para darle aún más contundencia, está coronada por tres cúpulas y un campanario.

El Corredor bajó del bus en la esquina noroeste de la plaza, un lugar caótico en el que parecen confluir todas las energías del barrio. Caminó hacia la puerta de la iglesia y recordó sus andanzas infantiles. Mientras ascendía por las escalinatas del emplazamiento experimentó una gran tensión, como si lo que estuviera por ocurrir (entrar o no entrar) no dependiera de su voluntad, como si se observara a sí mismo desde el balcón de uno de los edificios enanos. Al terminar el ascenso estuvo frente al gigantesco portón. Debía tener al menos ocho metros de altura. Entró.

Traspassar el umbral fue como un viaje en el tiempo. Evocó sus años niños, de

catecismo, la primera comunión, la visita del obispo, que llegó al pueblo con sus ropajes grandilocuentes y sus gestos pontificios que a él, a pesar de ser niño, se le antojaron ridículos. La nave estaba en penumbras y en silencio tan solo perturbado por los lejanos ecos del tráfico en las afueras y por los susurros silbantes de las señoras en oración.

Una vez dentro se sintió desconcertado. Tanto se había empeñado en entrar y ahora no sabía bien para qué lo había hecho. Optó por sentarse en uno de los largos bancos de madera, persignarse, arrodillarse sobre la tabla almohadillada, en fin, hacer lo que todos hacen en la iglesia.

Unas voces de ecos largos rompieron el silencio. Eran unos obreros que movían un andamio a través de la nave central. Rezó sus viejas oraciones de niño y al terminarlas se dispuso a hablar con Dios sin fórmulas preconcebidas. Le preguntó de modo directo si lo que estaba ocurriendo en verdad le ocurría o era como un sueño recurrente. Le preguntó si aquello significaba que ya estaba muerto; le preguntó si Roderick lo estaba. O todo había sido una prolongada confusión. Le pidió una señal, una pista, algo que lo orientara. Sonaron las campanas. Eran las siete de la mañana. No entendió el significado específico de la señal, pero decidió que, de manera un tanto forzada, podría interpretarse como la disposición de Dios ayudarlo.

Salió de la iglesia un rato más tarde y el sol lo deslumbró con toda su poderosa luminosidad. Tomó de nuevo el autobús, regresó a su casa y se entretuvo varios días sumergido en internet en busca de consejos espirituales y corriendo hasta dos veces diarias.

CAPÍTULO II
CABALLOS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Hoy, por fin, di el paso. No es un juego de palabras. Con *paso* no me refiero al correr, que tantos pasos ha exigido de mí. Me refiero a ir al psiquiatra.

Me busqué uno que tuviese el aspecto arquetípico: barba tupida, calva incipiente, un saco de traje formal pero combinado con un *blue jean* gastado y una *chemise*, sin corbata, dedos y dientes manchados de nicotina y un consultorio en penumbra permanente. También tenía pañuelitos de papel en el diván.

Claro que tenía sus detalles peculiares. Por ejemplo, los caballos. Óleos, acuarelas, témperas y acrílicos de varios tamaños mostraban caballos de cuerpo entero, en reposo o al galope; cabezas de caballo solas, cabezas de caballo con pescuezo incluido; carreras de caballos, yeguas con sus potrillos, pastando en un prado bucólico; y hasta un unicornio difuminado entre nebulosos efluvios, este último, de verdad, insoportable y cursi.

Como suele pasar, llegué con la expectativa de que en una sesión desembucharía todo, soltaría lo que me atormentaba como si me hubiesen administrado un vomitivo mental. No fue así, parece que nunca lo es. El tiempo se escurrió entre cordialidades y recopilación de datos imprescindibles. Me fui muy decepcionado y ansioso por la próxima cita, en una semana, un tiempo que en ese momento me pareció la eternidad.

Esa misma tarde, casi noche, para enfrentar la ansiedad corrosiva, me fui a correr al circuito de los militares y me exprimí con unos exigentes intervalos de 6 x 800, una auténtica molienda.

La segunda sesión fue más provechosa. Pasé la semana planificando la manera de ir al grano. Lo logré, en cierta medida, como todo lo relacionado con los psiquiatras y psicólogos. Le dije, casi de entrada:

-William (el doctor se negaba a que sus pacientes le dijeran doctor), no quiero más preámbulos, quiero contarte el problema que me trae por acá.

-Adelante-respondió William con una voz grave y aséptica y se arrellanó en el asiento como lo haría un melómano que se dispone a escuchar su pieza favorita, mientras degusta un té.

-Bueno, el punto es que cuando corro tengo encuentros extraños, me veo con gente que no debería estar allí, como si viajaran en el tiempo o como si yo viajara...

Después de tantos días planificando, resultó ser que conté lo esencial y luego no supe cómo seguir. En particular me perturbó que William no tuviera ninguna reacción, ni siquiera un ligero cambio de intensidad en su mirada concentrada. Tomé su silencio como una interrogación rotunda. Enfoqué mi mirada en el caballo que asomaba su cabeza justo al lado de la de William. Era un bayo con aire asustado, como si acabara de ver a un depredador cerca del establo. Se me antojó que relinchaba a lo lejos. Seguí:

-La primera vez que me pasó, doctor... ¡perdón, William!, corría por el parque y me topé con un buen amigo de la infancia que, de ninguna manera, podía estar allí... ¡imposible!

Esta vez, el doctor sí hizo una pregunta, pero no la que yo esperaba. Yo quería que me preguntara por qué era imposible que el amigo estuviera allí y entonces yo, con acentos dramáticos, le respondería: “¡Porque está muerto, William, porque está muerto!”. Pero a William lo que le había intrigado de mi moción de entrada era otro aspecto. Hizo reclinar su silla giratoria con un movimiento gatuno, con un ruido de resortes y muelles poco aceitados y soltó:

-¿Correr?, ¿tú corres?

Lo preguntó con un dejo de incredulidad, como insinuando que no tenía aspecto de corredor. Recordé lo que me dijo una vez mi primo Adolfo, que los psiquiatras siempre quieren agarrarte en falta, que ir con ellos es como someterse a un interrogatorio policial sin que te hayan acusado de nada. ¿Quién haría algo así?, ¿quién iría a la policía a pedir por su propia iniciativa que lo interroguen en un cuarto con una luz en los ojos y unos tipos insinuando que, de un momento a otro, comenzarán a torturarte?

Perdí el foco, me molesté, respondí en la forma más modesta y técnica que pude. Dije que trotaba tres o cuatro veces por semana, veinte o treinta minutos, nada que implicara una gran pretensión atlética, solo para mantener el estado de salud. William me miró como si ya buceara en mis profundidades. Tuve la imagen de que me hablaba desde dentro de una escafandra y por eso, su voz ahora era nasal y metálica a la vez.

-Está bien, no tiene importancia - musitó.

Ese comentario me puso peor. ¿Cómo no va a tener importancia, si correr era lo más importante que había hecho, uno de los pocos logros concretos de mi existencia? ¿Y si no tiene importancia, por qué me cortó la inspiración?, ¿por qué no me preguntó lo otro, lo que sí tenía que preguntar? Respiré con violencia, frunciendo la nariz y los labios, tragué saliva y quise darle otra oportunidad de plantear la interrogante acertada: -Mira, William, el punto medular, lo que me tiene acá, es que esas personas no pueden estar allí donde yo las veo... ¿me explicó? - dije, a sabiendas de que no me explicaba. Solo quería que soltara de una vez por todas un simple “¿por qué?”. Era algo que hubiese preguntado cualquiera, en la casa, en la oficina, en cualquier parte. Pero, por lo visto, William tenía una infalible capacidad para irse por las ramas y hacer preguntas inesperadas. Tal vez es su fórmula para que los pacientes vuelvan una y otra vez. A veces parecía un gato que juega con un pequeño insecto, dejándolo escapar para atrapararlo de nuevo.

-¿No será que las confundes con otras personas? -preguntó.

Me quedé perplejo un instante. Sentí que en mi mirada había odio. “Esto no va a funcionar-pensé-. Este psiquiatra es un tarado”.

-No las confundo, William, he hablado con esas personas y son quienes yo creo. Uno se llama Roderick y el otro Joel, pero no deberían estar allí.

Era la tercera vez que se lo decía. Pensé que en esta ocasión sí me preguntaría por qué no y yo podría explicarle que uno está muerto y el otro como quedado en un tiempo pasado, pero William, tras atusarse el bigote entrecano, explicó su pregunta:

-Entiendo. Te pregunté porque dijiste “allí donde las veo”, así que pensé que solo las veías.

Tenía razón, hasta cierto punto. Me lo dije y pensé que era como un chiste decir que

un psiquiatra “tiene la razón”. Me dio risa. Traté de reorganizar mi discurso, busqué concentración esta vez en un alazán que avanzaba entre briznas de trigo. El silencio parecía la cuerda de un arco en máxima tensión. William hizo un movimiento rápido para tomar un segundo bolígrafo, como si se hubiese acordado de algo y quisiera subrayarlo. Escribió con veloces trazos y dejó salir su voz dulce y cavernosa.

-¿Qué te dijo Roderick?, ¿quién es Roderick?

Pasé entonces un buen rato contándole sobre Roderick, desde nuestros años de infancia hasta que la vida nos envió a cada uno por un lado. William me oía con recalcada atención. Con algunos detalles, sus ojos parecían emitir un mínimo destello, pero seguía sin lanzar nuevas preguntas. Vi el reloj de reojo y constaté que solo faltaban cinco minutos. No podía permitirme otra semana de agonía, a la espera de la próxima sesión, así que dejé el relato y dije:

-William, tú no me lo has preguntado, pero yo te voy a decir por qué Roderick no puede estar donde yo lo veo, y corro, y hablo con él.

William se quedó inmóvil, incluso detuvo el bolígrafo, quizá en medio de una palabra. Guardó un instante más de silencio y luego hizo un microgesto con los ojos y las comisuras de los labios, algo que sin duda significaba “¿y bien?”. No era lo que yo quería. Yo esperaba la pregunta formal, pero algo era algo. Respondí:

-No puede estar allí porque él está muerto, William.

Siguió concentrado. Reanudó el movimiento del bolígrafo, como si hubiese completado la palabra que había quedado en suspenso. Miró el reloj sobre el escritorio y dijo:

-Hemos llegado a un tema grueso... ¡vaya que sí!... Mejor lo desmenuzaremos en la próxima sesión.

Debí haber puesto una cara de auténtica desesperación porque abrió una libreta gorda de tantos papeles metidos entre sus páginas, revisó y me ofreció un salvavidas:

-Pero, si tienes mucha urgencia, tengo un espacio mañana a las tres... ¿Te sirve?

-Sí, tengo mucha, muchísima urgencia.

CAPÍTULO 12

HERME

(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Volvía de una tarde demoledora de cambios de ritmo y *fartlek*. El esfuerzo había sido tal que cristales de sal le cubrían los brazos, le daban aspecto escarchado, sensaciones de haber nadado en el mar y haberse secado al sol.

También experimentaba efectos inusuales, tal vez provocados por una baja de glucógeno. “Quizá esto sea lo que los libros dicen de un golpe de calor”, pensó. También le pasó por la cabeza que estaba en el preámbulo de otra de sus experiencias al borde. Y tuvo miedo. Un miedo que se le antojó infantil, como el miedo al Coco. Se rio de su propio *ping-pong* mental y su sonrisa física fue la puerta de entrada a su vida de Herme Lucas (así se presentó), un hombre de unos cincuenta años, blanco, pecoso, fornido, de acento provinciano. Con la boca hacía los movimientos de una persona anciana, como si tuviera una prótesis dental floja.

El Corredor se sintió desconcertado por la forma como Herme le sonreía, como si lo conociera de toda la vida. “¿Qué le pasará a este carajo?”, se preguntó y comenzaron a asecharlo todas las paranoias propias de una ciudad donde la gente inventa cada día una forma de embaucar al prójimo. Luego, al reconstruir la escena completa, el Corredor comprendió que él había sonreído primero, claro que sin darse cuenta. No le sonrió a Herme, de cuya presencia ni siquiera se había percatado, sino que lo hizo por la reminiscencia del miedo al Coco. Lo que no logró reconstruir fue la razón por la cual se había detenido delante de aquel puesto de libros usados y había posado su mirada en alguno de los volúmenes que reposaban allí y que se le antojaron parecidos a verduras a la espera de amas de casa.

Resultaba obvio que aquel Herme era el dueño de ese puesto de libros o, al menos, el encargado. Entendió entonces que su sonrisa no era la de alguien que lo conoce de toda la vida, sino la sonrisa falaz de un vendedor ladino. El Corredor se criticó en silencio por haber propiciado ese avance del librero. “Ahora voy a tener que comprarle algo”, se recriminó.

-Tengo mucho material para gente como tú-le dijo Herme y, de un compartimiento debajo del mostrador, sacó una pila de revistas *Runners World*. Las dejó caer sobre los libros que estaban en exhibición, con la actitud de un carnicero que le muestra a su mejor cliente el pedazo de carne que le tenía guardado en la nevera.

Como el Corredor no se decidía a escoger alguna de las revistas, Herme levantó una tabla que hacía las veces de puerta y acomodó una silla (la única que había en el puesto, una silla de metal con una vieja y curtida almohada a guisa de cojín).

-Pasa pa'cá y les echas un vistazo, si te gusta alguna te la llevas, mijó - dijo Herme, con aire encantador. El Corredor miró la silla y Herme, entendiendo que era un tipo remilgado, le dio vuelta a la almohada y la golpeó varias veces, con sus manazas (tenía manos de pescador, no de librero). Del infame cojín salió una nubecilla de polvo que

al Corredor le recordó las que salen bajo los pies de quienes pasan por la zona de tierra del parque en época de sequía.

El Corredor, después de todo, accedió a entrar, se sentó y comenzó a hojear las revistas y a apartar las que quería llevar. Había planes de entrenamiento, trabajos especiales sobre zapatos deportivos (los españoles los llaman “zapatillas”, algo que al Corredor siempre le ha parecido ridículo... “correr con zapatillas...”, qué cosa tan idiota), entrevistas con grandes atletas, reseñas de los mejores maratones del planeta. En realidad, todo le interesaba, así que renunció a la selección y le dijo a Herme:

-Me las llevó todas, pero apártemelas porque ahora mismo no cargo dinero, luego pasaré por ellas.

Herme respondió:

-No hay problema, mijó-y abrió una sonrisa que parecía una sombrilla multicolor, de esas que se ponen en la playa y alegran la vida de solo verlas.

El Corredor se levantó para irse a su casa a darse un baño y descansar. Herme volvió a abrir la tabla que hacía las veces de puerta y le dijo, con tono de confidencia:

-En realidad casi no vendo este tipo de publicaciones. Me especializo en otra clase de materiales, como te habrás dado cuenta.

Lo dijo de una manera que el Corredor, atacado de nuevo por sus paranoias, llegó a pensar que el hombre le ofrecía drogas. Entonces cayó en cuenta de que no se había fijado qué tipo de obras tenía Herme en demostración. Se dio una segunda oportunidad y echó una rápida mirada a los libros sobre el gran tablón. Así era imposible decir en qué se especializaba, pues parecía uno de esos típicos puestos de libros viejos que tienen cualquier obra, desde textos escolares hasta incunables.

-¿Y en qué se especializa usted? - preguntó y su propia voz le sonó como ajena, tal vez por efectos el golpe de calor, volvió a pensar.

-En todo lo que tenga que ver con estados intermedios-contestó, esta vez con apenas un ligero asomo de sonrisa en su boca de vieja sin dientes.

-¿Estados intermedios?-preguntó el Corredor, con cara de rozar de nuevo los terrenos del miedo difuso.

-Sí, mijó, pero esas cosas no son pa ti... se ve que eres muy feliz con tu deporte - respondió Herme y le puso a la palabra deporte un acento burlón, como si hubiese querido insinuar que el Corredor era un vago.

-Pero, ¿sabe qué?, igual me agradecería ver de qué se trata - dijo el Corredor -. Me gusta leer de todo un poco.

Y Herme replicó:

-Bueno, entonces, cuando vengas por las revistas te voy a tener un par de libros sencillos para que te informes - y esta vez le puso a la expresión “te informes” un toque de “para que salgas de esa profunda ignorancia y te des cuenta de que el mundo es algo más que dar carreritas”. Por supuesto, todo esto lo agregó el propio Corredor, porque Herme se limitó a reír como una sombrilla playera.

CAPÍTULO 13

INCISO DE LA ESCOLTA DE MARIPOSAS

Cuando corro en el sendero de seguridad de la montaña de Todosnadie, me acompaña— durante largos trechos—alguna mariposa.

Cuando eso ocurre me convengo de que la naturaleza es un gran ser viviente, una totalidad, un todo. Con actos como el correr invocamos sus acentos más esenciales y ella responde con gestos de absoluta belleza, con guiños irrepetibles de niña hermosa, con insinuaciones delicadas que entreabren apenas las puertas de mundos no vividos aún, de ámbitos vírgenes a los que solo puede accederse mediante esas llaves mágicas.

El sendero de seguridad es una trocha rústica que parece haber sido hecha a golpes de pico por batallones de obreropoetas. De otro modo no se explica tanto afán por encontrar a cada paso la belleza y otros regocijos en un camino simple, que en rigor solo sirve para dar acceso a los puestos de guardaparques, a los técnicos que trabajan en las torres de alta tensión y a los bomberos forestales en tiempos de sequía e incendios.

El camino va ceñido a la cintura de la montaña como una discreta correa. Si la montaña extiende un brazo hacia la ciudad, el sendero toma la forma de un balcón privilegiado desde el cual puede verse la urbe enorme, vigorosa, segura de sí misma, haciendo desplantes y rugiendo como una fiera.

Si la montaña se esconde en un pliegue profundo, el sendero la acompaña fiel, se ensimisma también y, con apenas unos pocos metros de recorrido agreste olvida la ciudad altanera y se va de viaje a la selva profunda, poblada de gigantes vegetales barbudos y violentos torrentes que la mayor parte del tiempo fingen ser tranquilos arroyuelos.

Ese juego de contrastes del sendero de seguridad es una experiencia para cualquiera que lo recorra caminando, tal como lo hacen muchas personas, sobre todo los fines de semana. Pero ese onírico paso constante de la ciudad a la selva adquiere un perfil más intenso al ir al trote. La velocidad moderada del correr le otorga a la contemplación alternativa de los dos paisajes una dimensión por completo distinta. Ir en cuestión de segundos desde uno de esos balcones citadinos a las profundidades boscosas es una sensación única. Y se torna todavía más especial si te acompañan mariposas.

¿Qué es lo que tiene de especial? Bueno, a veces voy trotando y me percató de que dos o tres pasos delante de mí avanza un bello par de alas. Durante metros y metros sigue volando a esa distancia, como si me abriera paso o me guiara hacia mi destino. Algunas veces es una mariposa azul eléctrico mate, con milimétricas pinceladas de un brillo aterciopelado. Otras veces es una mariposa de alas azafranadas sobre un fondo negro, como tizones encendidos en medio de la noche cerrada. Van volando, desde luego, pero parecen ir al trote por la forma cómo cambian de rumbo, giran en las curvas, suben o bajan las cuestas o esquivan las ramas de los matorrales que invaden la trocha.

Cada vez que esto me ocurre, un ánimo festivo me invade. Les doy la bienvenida y trato

de conservarlas a mi lado todo el tiempo que sea posible. Son compañeras silentes y coquetas que van derrochando sus encantos. Me elevan a mí - simple mortal en short y camiseta - al nivel de un gran dignatario que va de paso por aquel sendero prodigioso.

Esta mañana fue una de esas veces. Llegué al sendero bien temprano y me encontré casi solo porque hoy es un día de trabajo y la mayoría de los visitantes de ese lugar solo pueden ir si están libres. La soledad es una bendición porque uno se siente como un ser privilegiado en una tierra paradisíaca. Pero también es atemorizante para la razón atosigada por las angustias difusas. El sol, que se derrama sobre la ciudad, cae en este sendero con una personalidad única, no solo por la ya mencionada alternancia de cielo abierto y sombras intrincadas, sino también por los olores que se activan con los cálidos rayos. Es una mezcla irrepitible de aromas de tierra dura, follajes a ratos verdes, a ratos sedientos; retazos de neblina, matices de flores anónimas, requiebros de aguas frescas deslizándose sobre rocas y trazos de humos lejanos. Y todo eso queda mezclado con el olor de uno mismo, animal bramante y sudoroso.

Las mariposas escoltas tienen algo de milagro. Su danzante presencia te obliga a trotar suave, como si lo hicieras sobre papeles de seda y no quisieras romperlos. De pronto sientes que sería perfecto ir descalzo porque en realidad los pies no parecen golpear sobre el suelo arenoso ni sobre los cantos ariscos de ciertas rocas. Viéndolas, te contagias de su don de flotar y planear. No hay manera de invocar ese acompañamiento. No puedes llegar al sendero y decir: "Me gustaría una escolta de mariposas". La única forma es que se imponga la casualidad que impera en la naturaleza desnuda. Cuando a uno le llega, debe disfrutarlo como si fuera un momento regalado por Dios mismo.

Mientras retozaba con mi amiga azul pensé que tal vez en algún lugar del mundo exista un club de observadores de mariposas al trote. Si no existe, yo sería todavía más privilegiado porque me ocurren estas cosas o, más bien, porque reparo en sus rasgos de otro mundo, celestiales en el sentido más cristalino de la palabra.

Una vez que la mariposa me dejó seguir solo (juro que hizo un gesto de adiós con una de sus alas), seguí corriendo mientras reflexionaba acerca de su contundente belleza. Son hermosas estas criaturas, sobre todo por lo que tienen de trazo exquisito en el paisaje vivo. ¿Cuánto estudio cromático será necesario o cuánto talento artístico se requerirá para concebir y hacer realidad uno de esos colores?

Comencé a bajar de la montaña en un trote muy lento, pues esas bajadas son fatales para las rodillas. Mientras lo hacía reflexioné sobre quiénes somos en realidad. ¿Qué tal si en este episodio del universo, tan único, tan irrepitible, yo no soy el hombre que corre, sino la mariposa que vuela en su compañía? Se me ocurre que al integrarnos al entorno de la manera en que lo hace un corredor alerta en esa montaña encantada, podemos intercambiar roles: ser ahora el corredor y luego la mariposa que lo alienta con sus piroetas. Y también, ¿por qué no?, el pájaro que trina en la rama o la rama donde trina el pájaro. En fin, que podemos dejar de ser el corredor y pasar a ser una pieza del todo armónico. ¿No es eso, viéndolo bien, un estado superior?

Y pensé que esas pequeñas alas de compañía puedan ser las de ángeles que nos rondan benévolos, seres queridos que reciben la oportunidad de visitarnos, de ver en qué andamos.

Sea como sea, corridas como la de hoy me cargan de una euforia luminosa que, por mo-

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

mentos, me asusta un poco por lo irracional y, tal vez, infantil. Me digo que es parte de las muchas expresiones alarmantes de mi comportamiento reciente. Quién lo diría: miro a una mariposa y me emociono hasta el borde de las lágrimas.

SEGUNDO TRAMO (DE 6 A 12 K)

CAPÍTULO 14

YOLY LO VE

(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

ESPACIO PARA EL EPÍGRAFE N.º 2

Por más raro que algo sea, uno termina acostumbrándose. Tal vez allí radique la explicación de por qué las aberraciones más alucinantes ocurren bajo la mirada de la gente común. También explica cómo nos acostumbramos a nuestros propios miedos y perversiones. Lo digo porque la quinta vez que vi a Roderick en el parque, si bien estaba consciente de que era una imposibilidad y de que había algo macabro en su presencia allí, me pareció normal.

La diferencia fue que para ese día ya me encontraba bastante en forma, así que acepté el insolente desafío y le seguí el paso. Era uno de esos días inspirados en los que todo sale a pedir de boca.

Parecía que flotaba a escasos centímetros del suelo. La respiración era perfecta y los músculos estaban elásticos y potentes. Roderick, en cambio, ese día lucía agotado y apático. Pareció molesto porque esta vez no iba desprendido delante de mí, marcando el rumbo con trancos decididos. Cuando completamos la tercera vuelta, resoplaba en forma fea y farfulló que iba a detenerse. Yo quise vengarme de todos sus desplantes previos (los de esta etapa de la vida y los de la anterior) y le notifiqué que daría la cuarta vuelta. Roderick aflojó el paso y se detuvo, y yo aceleré el mío y acometí con gran decisión el inicio del circuito, donde alguien había pintado, en amarillo, tres números cero y la letra m. No quise mirar atrás para no remachar lo que había sido mi primera victoria sobre Roderick, sino que esperé hasta llegar a la semicurva del gimnasio al aire libre para ver con disimulo, de reojo. Roderick caminaba cabizbajo hacia la salida. En ese momento, mi pequeña revancha me supo amarga. Pensé que con el orgullo herido, tal vez Roderick desaparecería para siempre. Me angustió que con ese tonto empeño en derrotarlo yo hubiese podido romper un lazo sutil, cerrar una puerta interdimensional, negarle a un ser como él, atorrante pero inofensivo, la posibilidad de volver por acá e interactuar con alguien. Mientras pensaba en esto, había olvidado el control de mi carrera y había acelerado tanto que iba a ritmo de carrera de 800 metros. Me di cuenta al pasar junto a un par de trotadoras que venían en sentido contrario y ellas se apartaron con caras de extrañeza, como si en lugar de un hombre, yo fuera un animal peligroso.

Desaceleré y continué hundido en mis pensamientos. Quizá debería regresar de inmediato, dirigirme a la salida a toda prisa y salir por donde mismo había visto irse a Roderick, alcanzarlo y decirle que el asunto de ganar o perder no tenía la menor importancia, comparado al hecho de ser amigos de nuevo. Podría invitarlo a mi casa. De seguro me saldría con una de sus zafiedades, tal vez una burla acerca de mi hombría o una simple mirada desdeñosa, pero al menos eso sería una garantía de que no piensa evaporarse de nuevo.

Sin darme cuenta había acelerado otra vez y a ese paso ya casi llegaba al extremo este del parque, así que la opción de devolverme y tratar de alcanzar a Roderick estaba cancelada. Preferí completar la cuarta vuelta y regresar a la casa. Giré 180 grados y me puse en dirección al oeste, y mi mente pareció cambiar de frecuencia. Los pensamientos sombríos de unos momentos antes fueron sustituidos por una bullente alegría de haber corrido tan bien esa mañana.

Al llegar a casa bebí, casi de un trago, lo que quedaba en una botella de Gatorade. Me bañé y me acosté desnudo a dormir una siesta. Me sentía casi eufórico, como la primera vez que di dos vueltas al parque. En sueños, el gran perro desbocado se hizo patente. Yo corría a gran velocidad y veía venir un animal enorme, en parte perro, en parte toro, tal vez con algo de caballo. Yo bajaba la velocidad y me salía de la pista de corredores, comenzaba a trotar por una zona de monte crecido, las hierbas me llegaban a las espinillas, el animal se paraba en seco y comenzaba a merodearme, mostrándome los dientes, como en una pérfida sonrisa. Entonces aparecía Roderick y le ordenaba irse, como si fuera el dueño, y me miraba como se mira a un niño tonto. “Siempre te salvo”, fueron sus palabras para mí. De su anticuado pantalón sacaba entonces una especie de pito y comenzaba a soplarlo. Pensé que llamaba de nuevo al extraño perro. Desperté con el timbre del apartamento. Me puse un *short* sin ropa interior, una franela vieja, me calcé unos zapatos ya fuera de uso y fui a abrir. Era Yoly.

Recién había salido de la oficina y estaba espléndida, la chaqueta de su traje de taller colgaba del brazo junto al bolso y a lo que parecía ser el estuche de una computadora portátil. No la esperaba, así que quedé descolocado y ella se dio cuenta. Preguntó si no importunaba.

-Claro que no-le dije y abrí la puerta. Al pasar a mi lado, me invadió su perfume de ejecutiva fiera. Es extraño, pero me sentí incómodo por no llevar interiores, así que le dije que se sentara, fui al cuarto y me puse unos. Colmado de alegorías perrunas, pensé en el dueño de un animal un poco díscolo, que se ve obligado a ponerle bozal cuando hay visitas en casa. Me reí al regresar a la sala y Yoly quiso saber cuál era el chiste.

-Ninguno, vainas que se le ocurren a uno de repente-respondí.

Ella me miró con una simpatía como la que no había sentido sino los primeros días de nuestra relación, en la época en la que empezamos a salir a almorzar. Si algo valía la pena era volver a vivir esos momentos.

Para romper unos segundos de silencio que no se sabía bien hacia dónde podían encaminarse, le pregunté si quería tomar algo. Pensaba en que tal vez quedaría otra botella de Gatorade, pero ella se adelantó (siempre lo hacía, ese fue una de nuestras dificultades) y dijo que le encantaría una buena cerveza. De nuevo me extrañó, porque el asunto de la cerveza había sido otro de los motivos de desencuentro. Ella llegó a decir (lo recuerdo sin dudas porque me hirió) que beber cerveza era algo detestable, cosa de obreros portuarios y de viejos gordos. Aquello no podía ser sino un gesto de acercamiento de su parte, una declaración de querer firmar la paz. En mi cabeza se agolparon las esperanzas de un retorno a nuestra relación. Tuve la imagen de los prisioneros de una cárcel que es tomada por asalto, y deben salir varios centenares por una pequeña puerta.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Fui a la nevera, saque una botella, la destapé y ya me dirigía hacia el estante de los vasos para servirle la cerveza como debe ser, tratándose de una dama, pero ella, que se había venido a la cocina detrás de mí, se acercó y tomó la botella.

-Sin vaso es mejor-dijo y tomó un gran sorbo. Luego preguntó:- ¿Y tú?

No me quedó otra opción que acompañarla. Saqué otra botella y también bebí un largo trago. Me supo a gloria. Era un día maravilloso: primero, la victoria atlética sobre el burlón Roderick, y ahora, mi bella exnovia metida en mi casa, sin motivo aparente, tomaba cerveza conmigo. “El mundo, por fin, me sonríe”, me dije.

Nos sentamos en la sala a conversar. Para darle un aire todavía más sugerente, le pregunté si había visto el concierto de Coldplay en Río de Janeiro. Me dijo que no, así que lo puse a sonar en la computadora. Nunca fuimos una de esas parejas que tienen “su canción”, pero aquella música me recordaba momentos especiales en el carro de Yoly, rumbo a la playa o a algún viaje de trabajo que nosotros convertimos en viaje de enamorados. Oyendo *Paradise* tuve la certeza de que aquella visita se encaminaba hacia un reencuentro sexual. Estaba claro que nos íbamos a meter semiborrachos en la cama e íbamos a comer nos vivos. Achispada, Yoly se había quitado los zapatos y había montado las piernas en el sofá. Se veía increíble así: medio ebria, desinhibida, insinuante. Lástima que, de pronto, dijo algo que lo arruinó todo. Por cierto, ese papel (el de arruinarlo todo con una frase) me había correspondido siempre a mí y me lo he reprochado incontables veces en noches de gris insomnio. Fue como caer a toda velocidad en el vacío, luego empezar a planear con suavidad, como en un paracaídas y, de repente, a metros de tocar el suelo, quedar colgado de la absurda rama de un árbol.

Yoly se quedó mirándome a los ojos. Los suyos lanzaban destellos enigmáticos que acentuaban mi sensación de que estábamos en el prelude de un delicioso episodio de cama. Entonces, casi en un susurro, me contó que hacía un par de tardes había ido a tomar café al museo, en una terraza maravillosa que daba al parque.

-De pronto miré hacia abajo y te vi corriendo con un tipo rarísimo-me dijo con una sonrisa encantadora-. Parecía un personaje escapado de los años setenta, ochenta, qué se yo de cuándo...

La revelación fue como un mazazo en la frente. Hasta ese momento, mis encuentros con Roderick y Joel, mis raras visiones del mismo parque, mi traspaso a la ciudad de 1950, habían sido alucinaciones mías. Eran algo que tendría que enfrentar en algún momento y para eso iba al psiquiatra, pero estas palabras de Yoly lo ponían todo bajo una luz distinta. Le daba a lo ocurrido el sentido de hecho ocurrido. Creo que la expresión de mi cara debe haber reflejado tal nivel de angustia que Yoly congeló su sonrisa y se quedó mirándome, como surfeando en una tabla de sobriedad sobre una agitada embriaguez. Con expresión intrigada dijo:

-¡Hombre, pero ¿qué te pasó?, parece que hubieses visto un espanto!

La palabra *espanto* se separó de las demás y rebotó en mi cráneo como una esfera de acero, haciendo muchas carambolas. Incluso, la sentí como un eco de larguísimas cavernas: espanto, panto, anto, to, o, o, o... Perdí por momentos el contacto con la realidad y pensé en la mancha en el ojo de Roderick.

-¡Epa! - casi gritó Yoly para traerme de vuelta y yo, como si oliera sales para recuperarme de un desmayo, inspiré profundo y pregunté:

-¿Qué, qué dices?

Yoly recompuso su sonrisa.

- Nada, que te dije que te vi en el parque con un tipo y te pusiste muy extraño... Ni que te hubiese visto con la tipa aquella que te hacía ojitos en Finanzas, ¿cómo es que se llama la puta esa?

Yoly reía. Sus ojos seguían destellando buenos augurios para el resto de la noche. Sin duda, su mención de aquella mujer era otra manera de coquetear conmigo, pues había sido otro de los tantos motivos de nuestra separación. Yoly era celosa, más por su orgullo de mujer competitiva que por sus sentimientos hacia mí, eso siempre lo supe.

-No vuelvas con eso-le dije, tratando de sobreponerme al mazazo, que aún me tenía en plena conmoción.

-Es verdad-dijo ella y se acercó mucho, casi podría decir que se me abalanzó-, no vamos a echar a perder este buen momento con esa tipa tan vulgar.

Sentí que con ese gesto, Yoly se había lanzado ya a la carga.

Si esto hubiese pasado unos minutos antes, ya nos estaríamos besando con desenfreno y yo buscaría los broches de su sostén para descubrirle las tetas, que siempre fueron mi gran debilidad, dentro de la debilidad mayor que era toda ella. Pero el mazazo hacía estragos en mí. Estaba aturdido, como si un gran árbol se hubiese caído sobre el tendido eléctrico, con el resultado de un gran apagón. De pronto me vi a mí mismo haciendo algo inusitado, inconcebible: le agarraba las manos a Yoly para que no siguiera avanzando sobre mí en ese plano erótico. Fue un gesto tan inesperado que la mirada ebria de Yoly emitió un relámpago de pismo y contrariedad. En nuestro pasado, cada vez que ella quería, yo quería. Había sido su esclavo sexual. Ella, en cambio, se daba el lujo de elegir el momento y por eso no pocas veces me quedé envarado en medio de la noche, como un adolescente. Así que por su cabeza analítica debe haber pasado la idea de que yo pretendía tomar desquite. Sonrió, miró mis manos que aferraban sus muñecas y dijo:

-Ya entiendo.

Yo la solté, apenado, le pedí perdón y le dije:

-Cuéntame lo que viste desde la terraza del café - pero ya Yoly había perdido el impulso que traía y pude entender que la pregunta le resultó absurda. Volvió al lugar donde estaba antes, se alisó la falda, comenzó a ponerse los zapatos y dijo:

-Mejor es que me vaya.

Yo, que la conozco tanto, supe que ya no habría nada qué hacer; ella se iría, dijera yo lo que dijera. Y, lo más curioso, me sentí aliviado de que se fuera, pues estaba seguro de que, de haberse quedado, no habría podido hacer el amor con ella. El apagón no se iba a resolver en breve, tardaría mucho rato. Me esperaba una noche en vela, tratando de poner orden en aquella cabeza devastada. Y luego, cuando por fin lograra dormir, tendría terribles sueños, al filo del amanecer, que son los peores.

CAPÍTULO 15
DESNUDOS EN EL CAMPO
DE GOLF
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Rodar de madrugada convirtió al Corredor en un testigo de hechos improbables, protagonizados por personas que pisaban la periferia de la normalidad. “Como yo mismo”, solía decirse, cada vez que veía algo raro. “¿Acaso yo soy un tipo normal?”.

La primera escena que lo fascinó fue la de los *Desnudos en el campo de golf*. Con ese título lo anotó en su cuaderno-bitácora número 18. “10k a buen paso, 3.30 a 4.42 a.m., ruta del Club de Campo. Gente desnuda en el campo de golf”. No puso más detalles, pero sucedió así: el Corredor iba al trote por la estrecha carretera que bordea los campos de golf del lugar llamado Club de Campo (una ironía, dicho sea de paso, porque está incrustado en el mero medio de la ciudad, como una obscena ostentación de holganza y vida relajada). Es una vía sin iluminación, salvo una que otra bombilla amarillenta que se pelea con las sombras de las ramas de los altos árboles. Solo se puede correr por ahí en noches de luna llena o con una linterna, tal como lo hacía el Corredor, fiándose de su memoria y de su suerte. Esa noche era de luna, pero estaba un tanto nublado, así que el Corredor avanzaba con apariencia espectral y sin quitar la mirada del pavimento. En esa vía no hay acera sino una especie de arcén de tierra, más bajo que la calle y siempre cubierto de ramas de bambú, muy traicioneras ellas, pues si las pisas suelen levantarse por el lado opuesto y darte una especie de zancadilla vegetal. El Corredor había caído ya varias veces y estado a punto de caer otras más, así que optaba por correr por el asfalto, sin peligro porque a esa hora muy pocos automovilistas se aventuran a pasar por ese sitio. Si venía alguno, el ruido comenzaba a percibirse mucho antes y las luces iban proyectándose en las copas de los árboles y en los vericuetos del camino.

Abriéndose paso entre la música, que siempre llevaba a muy alto volumen (aquella noche tenía un concierto de U2 grabado en Boston), le llegaron unas voces y risas lejanas pero estridentes. El Corredor se quitó el audífono izquierdo para detectar qué era aquello, pero las voces y risotadas iban y venían como una emisora de señal débil en una carretera. Se quitó también el otro audífono. Los ruidos venían desde el otro lado de la cerca, del campo de golf. Algunas eran femeninas y otras masculinas. Las de mujer eran como ágiles y veloces conejos; las de hombre, como ladridos de perro grande. Las risas tenían un cierto acento altanero.

El Corredor trató de encontrar a las personas, pero no vio nada. Pensó que sería gente en la lejana casa del Club de Campo, tal vez una fiesta que a esas horas seguía en pleno apogeo, aunque no se oía música ni ese murmullo de abejorros típico de las fiestas. Ya iba a volver a sus audífonos cuando distinguió una caravana de siluetas que trepaban por uno de los morros del *green*. Estaban como a cincuenta metros de la cerca perimetral y apenas se veían como sombras bajo la débil luz de la luna. Sin embargo, el Corredor

tuvo la impresión de que las personas que avanzaban sobre la grama estaban desnudas. Creyó apreciar el inconfundible color de la piel humana sobre aquel tapiz verde que la noche teñía de gris. El impacto fue grande, al punto de que se detuvo y bajó al arcén de los bambúes. Sí, era un grupo como de diez personas, hombres y mujeres, todos sin ropa retozando en la alfombra del campo de golf. “Deben ser unos millonarios correteando a sus putas”, dijo para sí el Corredor y, de inmediato, se recriminó el machismo implícito en su conclusión. “¿Y qué tal si son unas millonarias correteando a sus putos?”, comentó y soltó una especie de carcajada que, con el resuello alterado por la carrera, se pareció a un freno de aire. En cualquier caso, no era asunto suyo, así que retomó el paso y trató de no mirar de nuevo hacia allá, aunque la tentación era grande, una escena de cine muy erótica, proporcionada por la realidad deformada de las madrugadas.

-Allá va un tipo corriendo-dijo una de las voces de perro grande.

-¡Vámonos de aquí, Sergio!-chilló una de las voces-conejo.

-¿Por qué nos vamos a ir?-ripostó otro de los perros hablantes -. Es solo un loco de esos que corren de madrugada.

-¡La gente sí hace vainas locas!-agregó otra voz perruna, y una de conejo completó entre carcajadas:

-¡Sí, que lo digamos nosotros!

Todos, perros y conejos estallaron en risas. El Corredor tuvo la impresión de que todos los desnudos se detuvieron a mirarlo correr hasta que se perdió en la curva siguiente.

El Corredor tuvo un destello de memoria que no logró asir. Alguien, en medio de la noche, en un enorme terreno abandonado, preguntaba a quién se le podía ocurrir andar por allí corriendo.

En el resto de la ruta, el Corredor se puso a pensar en cómo llevaban su vida esas otras personas. Una orgía a campo traviesa era una experiencia que solo podían permitirse ciertos privilegiados. A él nunca se le hubiese ocurrido, pero no era nada mala la idea. Hasta se podía explotar como negocio. En esas reflexiones andaba cuando vio venir una motocicleta. Esto le había pasado pocas veces, pero siempre le producía un gran sobresalto. Esperaba que no fueran delincuentes y que si lo eran, pensarán en una presa más succulenta. A él solo podrían robarle un iPod bastante viejo, pues a esas horas ni siquiera llevaba celular. Al estar más cerca pudo entender que eran dos vigilantes privados del Club de Campo. Construyó en fracciones de segundo una escena: los tipos lo detendrían y lo interrogarían acerca de lo que acababa de ver y como la gente desnuda era poderosa y multimillonaria, tal vez lo matarían y lo dejarían tirado allí a la orilla de aquella carretera donde su cadáver sería triturado por alguno de los pocos carros que pasara por allí. Una muerte de perro en autopista, concluyó. Respiró profundo y decidió que negaría haber visto algo y si le preguntaran por qué andaba corriendo a esas horas, les respondería que para correr no había horas buenas o malas, sino horas acostumbradas y horas desacostumbradas. Ante ese planteamiento, los vigilantes se encogerían de hombros y volverían a su puesto a jugar cartas. Eso le había funcionado dos o tres veces con la policía.

Pero no hizo falta nada de aquello, porque los vigilantes pasaron a su lado como

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

si el Corredor no existiera y se alejaron rápido, junto con las voces nasales de sus radiotransmisores.

Ya de regreso a la casa, el Corredor no dejaba de pensar en los millonarios que correteaban a sus putas o en las millonarias que correteaban a sus putos. Era una gran idea, no solo para explotarla desde el punto de vista comercial, sino sobre todo para vivirla. Tal vez, si sabía cómo hacerlo, se lo propondría a Yoly y sería una excelente manera de avanzar en la ruta de su reconciliación, luego de aquella accidentada noche en la que él había cometido la grave insolencia de rechazarla. Eso les daría la oportunidad de mezclar su deporte con el baño hormonal del sexo. Claro que no podría ser en el Club de Campo, porque ellos no podrían entrar allí a menos que los invitara algún ricachón y, de momento, al menos él, no tenía ninguno como amigo. Sin embargo, en algún lugar más modesto de este mundo debía haber gente que hiciera esas locuras: correr desnudos un rato y luego hacer el amor en la pradera, como animales. Tomó el teléfono y se dispuso a llamar a Yoly para invitarla a cenar. En medio de la comida, o luego, en la sobremesa, le contaría lo que había visto y sondearía qué posibilidades de éxito tendría su propuesta.

CAPÍTULO 16
LA RARA MUERTE
DE LA JOVEN WILKINS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Salí a trotar las 3.30 a. m., como se había tornado ya mi costumbre. Pasé por el pasillo principal del edificio y vi al vigilante dormido, con la boca abierta y una mano en la cintura, como quien está a punto de sacar una pistola, aunque no tenía arma alguna. Tomé de inmediato rumbo hacia el este, por la avenida desierta. Solo los perros trasnochados repararon en mi presencia casi espectral. La madrugada tenía su olor inconfundible, como a moho y otras sustancias cansadas. El ruido de la ciudad había bajado al nivel de susurros y ventiscas con algún ocasional estruendo de camiones de basura lejanos.

Mi cuerpo entraba en calor cuando ingresé a la avenida donde varias veces me había topado con la prostituta envejecida. ¿Qué habría sido de ella? Tal vez su acelerado proceso de decadencia la había llevado ya a una ancianidad total y así, cabe suponer, era inhábil para ese oficio, por más retorcido que fuera algún segmento del público usuario. La imagen de una abuela que rondaba por aquella calle en busca de clientes me produjo primero una risita tonta y luego una especie de tristeza difusa, parecida a la que me generan esos programas de vida salvaje en los que los animales enfermos o decrepitos son fáciles presas de grandes depredadores y de toda clase de carroñeros. Me dije que aquello de la jungla de cemento era algo más que una frase hecha.

Llegué al recodo del cambio de dimensión social. Es un punto donde termina una urbanización de clase media empobrecida y comienza la zona más exclusiva de este lado de la ciudad, el enorme club con campos de golf y equitación, con mansiones dispersas que se yerguen entre árboles y flores, arrogantes y necias algunas, elegantes y discretas, otras.

Comencé a subir por el borde de una calle que separa a dos de los campos de golf. Los altos árboles parecían dormir recostados uno del otro. En esta época del año, la temperatura allí debía estar cerca de los doce grados, pero un corredor con las calderas encendidas no siente los efectos desagradables y, por el contrario, experimenta cierto orgullo, sobre todo cuando el rítmico aliento se convierte en bocanadas blanquecinas. Ese lugar es oscuro de verdad, así que saqué mi linterna tipo lápiz y comencé a alumbrar tres pasos delante de mí. Siempre que lo hago pienso en que debo verme como una sombra que agita un látigo de luz.

Esa madrugada me había apertrechado de una música muy enérgica que había bajado de internet, una marcha para esas tropas de comando que desfilan al trote y gritan consignas asesinas. Al girar en la boca de una calle ciega que conducía a grandes caserones de apariencia victoriana, me topé con una gran impresión: a lo lejos, en el arcén de las ramas de bambú, muy cerca del sitio por donde iba pasando cuando vi a la gente desnuda en el campo de golf estaba un carro con las luces encendidas. Tenía abierta la puerta del conductor y la trasera del lado opuesto y unas siluetas fornidas se movían con prisa

detrás de las luces. Parecían acarrear un objeto pesado y arrojarlo en el suelo. Frené de súbito, apagué la linterna y me oculté detrás de un gran haz de bambúes. Me sentí como debe sentirse un insecto que huye y trata de colarse por las rendijas de un mueble. Las sombras subieron al carro, dieron fuertes portazos y, sin demora, el vehículo saltó del arcén al asfalto de la calle, derrapando un poco, tal vez porque el suelo estaba húmedo de rocío. Pasó junto a mí sin que nadie diera muestras de percatarse de mi presencia. No se me ocurrió ver la placa, solo pude notar que era un vehículo muy caro, tal vez un Mercedes o un BMW. Una vez que desapareció de mi vista y que se difuminó el ruido del motor, caminé hacia el lugar donde habían dejado el bulto. Todavía sin encender la linterna, oí unos gemidos apagados. Los ocupantes del carro habían dejado allí a una persona. Tal vez era el dueño del carro, a quien habían robado. Los pensamientos avanzaron a velocidad meteórica. ¿Qué podía hacer en esa situación pues no llevaba nunca el celular a esas corridas nocturnas? Me recriminé el salir a esas horas sin portar algo tan imprescindible en estos tiempos.

Luego de dar unos pasos más, encendí la linterna y pude ver en detalle la figura sobre la tierra húmeda. Era una mujer y estaba muy golpeada y semidesnuda. No había sido un robo de carro, o al menos no solo eso, sino que también la habían ultrajado. Era joven, muy linda, y estaba aterrorizada, sangraba por la boca y balbuceaba palabras indecifrables. Se notaba que le habían dado puñetazos directo al rostro, esos malditos desgaciados. La mujer tenía muchas dificultades para respirar, tal vez la sangre le congestionaba la nariz y la garganta. Me agaché junto a ella y le pregunté si tenía teléfono. Apenas pronuncié la pregunta, me sentí imbécil... ¿dónde podría tenerlo si apenas llevaba una blusa hecha jirones? La chica me miraba desesperada, trataba de decir algo. Yo le dije que no tenía celular, que intentaría llegar hasta la garita del club o hasta un puesto policial a buscar ayuda. Ella negó con la cabeza y me agarró fuerte los dos brazos. Sus uñas se hundieron en mi piel. Parecía alguien a punto de caer en un oscuro abismo. Logré retirar aquellas garras de mis muñecas y le juré que volvería con ayuda. De inmediato retorné sobre mis pasos. Sabía que no iba a conseguir a nadie a quien darle la novedad. A esa hora, la ciudad era como un pueblo abandonado luego de un accidente nuclear y yo, el único loco que se atrevía a seguir en él. La impresión que me habían causado estos sucesos me hicieron perder el control de velocidad. Corría a tope, como si estuviera en una carrera de 1500 metros planos. Al pasar junto a los restaurantes chinos entendí que si no bajaba el ritmo llegaría más tarde aún a la casa y tardaría más en pedir ayuda, pues pronto tendría que dejar de correr lento o ir apenas en trote de supervivencia. Aflojé mucho y, como si una cosa hubiese causado la otra, un súbito relámpago de angustia me sacudió: la mujer me había rasguñado (me miré la muñeca y, en efecto, tenía dos marcas que parecía costuras toscas y se notaba que había sangrado). Pensé que si la mujer llegaba a morir, le harían esas experticias policiales y encontrarían mis células en sus uñas, identificarían mi ADN y me acusarían de violarla y matarla. ¿Funcionaban así esas cosas en la vida real o eran mentiras de las series de televisión? Trotaba, aún a paso rápido por la avenida de la prostituta envejecida y pensaba, pensaba, pensaba. Podía ir a un puesto policial y contar la historia tal como había ocurrido, pero era tan irreal

que de seguro terminaría preso. Seguí hacia mi casa a un ritmo endemoniado, mucho más rápido de lo que yo mismo creía que podía correr. Había de ser la adrenalina. La adrenalina y el horror, me corregí yo mismo, porque el asunto no era solo químico. Ya estaba muy cerca de mi casa, me arrojé de nuevo el temor de verme involucrado en el crimen del que había sido víctima la chica. Si llamaba a la policía con mi propio nombre, de una forma o de otra terminaría enredado, sobre todo por lo rara que era mi conducta al andar por ahí corriendo a las tres y treinta de la madrugada. ¿Quién me iba a creer eso? Y si se agregaba el hecho de que saliera a relucir mi ADN, estaría condenado con toda seguridad e iría a dar a una cárcel horrible. Pensé que podría llamar desde mi casa, pero con otro nombre. No obstante, la policía podría rastrear la llamada, aunque tal vez sobreestimaba a nuestros detectives, pero ¿y si la mujer era hija de alguna familia importante, como podría indicarlo el carro utilizado por su agresores? En ese caso, seguro que se afanarían en encontrar a alguien a quien culpar. Decidí que subiría al apartamento, buscaría una tarjeta para llamar desde el teléfono público de la esquina y daría la información en forma anónima. Diría que era un conductor que había pasado por allí y había visto la escena de los tipos que dejaron el cuerpo abandonado... ¡Ya estaba!, me sentí eufórico por haber llegado tan rápido y por haber ideado una fórmula que me permitiría cumplir un deber ciudadano, en lugar de meterme sin necesidad en el gran lío de esta vida. Llegué al apartamento, comencé a buscar aquí y allá, revolví gavetas y tramos de biblioteca. No encontraba la tarjeta y sentía el pasar del tiempo como si estuviese por explotar una bomba de relojería. La mujer seguiría allí, en ese tenebroso rincón, y yo ocupado, buscando una tarjeta. Estuve a punto de tomar el teléfono de la casa o mi celular y llamar, pero cuando ya iba a hacerlo, la tarjeta apareció en un rincón junto al microondas. Bajé tan rápido como pude y llamé desde el teléfono de la esquina al número de emergencias. Me identifiqué como José Velásquez y conté la historia, tal como lo había planificado durante la carrera. El operador, un jovencito con mucho sueño, no pareció impresionado y dijo que me comunicaría con la policía. Pasó casi un minuto hasta que atendieron. Al otro lado de la línea de oía un gran barullo. Hablé con dos hombres que me interrumpieron apenas comenzaba el relato. El tercero fue el que se dignó a escucharme. Tenía una voz ruda y me lo imaginé como un tipo moreno, barrigón, con la corbata floja y la camisa arremangada. Le conté de la forma más sucinta lo que había ocurrido, sin mencionar el hecho de que yo era un corredor nocturno. El policía decía “ajá, ajá”, como si estuviese tomando notas. Luego preguntó:

-¿Cuándo dice usted que pasó esto, señor?

-Hará como cuarenta y cinco minutos-respondí muy entusiasmado, pues pensé que el hombre me estaba prestando atención-. No pude llamar antes porque mi celular está descargado... vayan pronto, tal vez la persona aún este con vida...

El detective suspiró como resignado a tratar con todo tipo de gente y dijo, como si subrayara cada palabra:

-Mira, idiota, ¿tú crees que nosotros estamos acá jugando?, ¿Estás borracho o no puedes dormir? ¿No tienes una mujer con quien tirar o una película porno para que te masturbes?

Me quedé estupefacto con esa reacción. Quise responder, pero solo me salieron unos

balbucesos que me hicieron recordar los de la mujer moribunda. Logré recomponerme y preguntar por qué me trataba así. Juré que todo lo que había contado antes era verdad. El agente me interrumpió:

-¡Anda a burlarte de tu mamá, vago! - dijo, y colgó.

Quedé allí parado, en la caseta, con el auricular en la mano y una mezcla de sentimientos: angustia por la muchacha, miedo de lo que podría pasarme a raíz de este acontecimiento, rabia con los irresponsables de la policía. Manejé la posibilidad de volver a correr hasta el sitio y auxiliar a la mujer, pero el rápido retorno me había dejado exhausto. Por más que quisiera, no lograría correr ni siquiera otros 200 metros y aquel lugar estaba al menos a tres kilómetros. Luego de tan infausta conversación el cansancio se me vino encima como una avalancha de lodo. Subí a la casa, bebí dos vasos de agua helada, me derrumbé en el sofá y diez minutos después dormía como un tronco. En mis sueños, la mujer no era mujer sino una especie de caballito, del tamaño de un perro. El vehículo de los criminales lo había atropellado y había huido. Yo llegaba a prestarle ayuda y el caballito me miraba con ojo vidrioso y aterrizado. Intenté cargarlo, pero el caballito se caía a pedazos y solo quedaba el cuello, la cabeza y las patas delanteras. Me desperté sobresaltado y noté que había dormido doblado sobre el brazo izquierdo. Comenzaba a clarear el día y de nuevo tenía una sed furiosa o, más que eso, un nudo en la garganta.

Me fui a la cama a tratar de dormir de la forma correcta. Me tranquilicé al suponer que ya a esa hora alguien habría reparado en la pobre mujer, pues a partir del amanecer, esa vía comienza a tener tráfico fluido. Tal vez estaría allí la Medicatura Forense levantando el cadáver, y el estúpido policía habrá caído en cuenta del error que cometió al desestimar mi denuncia. Yo, al menos, había intentado cumplir con mi deber.

Volví a dormir, esta vez sin sueños impactantes. Me desperté cerca del mediodía con un hambre desahorada. Fui a la cocina a prepararme un gran desayuno. Se supone que debería haber ido a trabajar, pero por alguna razón en los últimos tiempos no sentía la necesidad de hacerlo y a la gente de la oficina parecía que le daba lo mismo que fuera o no. Decidí que no iría en todo el día. Comería y luego me sentaría ante la computadora y tal vez jugaría un poco de ajedrez en línea.

Antes de entrar a la página de ajedrez decidí echarle un vistazo a los diarios. También tenía varios días sin hacerlo porque, de alguna forma, había perdido el interés en la mayoría de los asuntos mundanos, que cada vez me aburrían más. Vi los resultados del beisbol, una noticia sobre el tema económico, cargada de malos presagios, y una entrevista estilo *ping-pong* con una cantante de apariencia ridícula y presumida. De pronto, allí estaba. Saltó sobre mí como un león a la yugular:

Detienen a sospechoso del crimen de Club de Campo

Era una pequeña nota y tenía una fotografía de la mujer, solo que en su esplendor, sin los terribles golpes que le habían deformado el rostro. Era de verdad bella. El detenido, según se entendía de la torpe redacción periodística, era uno de los autores materiales o, al menos, un sujeto que colaboró para dejar el cuerpo junto al campo de golf. Al parecer, estaba dando buena información para encontrar al responsable principal.

Toqué la nota para que se desplegara. Era un trabajo bastante extenso. Decía que la

policía trabajaba sobre la hipótesis de un homicidio pasional. En un pequeño bloque de texto estaba todo resumido, como para lectores holgazanes o, por el contrario, muy ocupados. Tal como lo había lucubrado, la mujer pertenecía a una familia pudiente, era hermana de un banquero, socio del Club de Campo. Había otra foto, esta sí del borde de la carretera. El cuerpo estaba cubierto con una sábana azul y aparecían varios policías concentrados en su trabajo criminalístico. En el pie de la foto decía:

“Mary Wilkins (28) falleció por traumatismos craneales”.

Devoré el texto. Decía que la mujer había sido secuestrada alrededor de las tres de la tarde, en el estacionamiento de las canchas de tenis del Club de Campo y luego apareció muerta, al amanecer, al borde de la carretera de los campos de golf. En su cuerpo había numerosas evidencias forenses de que había sido torturada y sometida a abusos sexuales.

Sentí un terrible escalofrío. Era cuestión de horas o días para que encontraran mi piel en sus uñas. Luego, en algún momento, vendrían por mí, aunque dudo mucho que la policía tenga mi ADN registrado, pues en esta vida no he cometido ni siquiera una infracción de tránsito.

La nota continuaba con versiones extraoficiales acerca de un divorcio conflictivo y un esposo con tendencia a la violencia doméstica. Me impactó que en apenas unas horas, los periodistas pudieran haber avanzado tanto en sus investigaciones. Seguro que la familia afectada estaba relacionada de alguna manera con el diario. Tal vez el papá banquero jugaba golf con el director del periódico. Así funcionan estas cosas.

Todo indicaba que la bella señora Wilkins y su marido, Felipe Arestegui, eran la comidilla habitual de la alta sociedad, los actores de numerosos chismes que hacían ver al Club de Campo como un arrabal. Los reporteros no se cuidaban gran cosa de insinuar que el principal sospechoso de este asesinato era el marido, de quien se decía que había protagonizado una escena de gran dolor en el funeral, pero, veinticuatro horas después del sepelio, se había largado del país en el *jet* privado de los Wilkins.

Mi entendimiento comenzó a echar chispas, como si fuera un anticuado artefacto eléctrico y una pieza metálica suelta diera topetazos contra otra. Leí de nuevo. ¿Cómo es eso del funeral? Esta mujer, a la que yo vi en la madrugada, debería estar aún en la morgue, en medio de la autopsia. Miré el reloj y eran las doce y cuarenta y uno de la tarde. Yo la había visto con vida, aunque agonizante, no más tarde de las 3.45 a. m. Algo no cuadraba.

Volví a empezar la nota y leí con toda calma. El texto parecía indicar que el secuestro de la dama había ocurrido hacía varios días, lo cual, dicho sea de paso, explicaba la profusión de detalles obtenidos por la prensa. Miré la fecha del diario: sin duda era la edición del día, es decir, del viernes y todo indicaba que la mujer había aparecido muerta el martes con las primeras luces del día. ¿Entonces, por qué yo tenía la convicción de que todo había ocurrido anoche? ¿Sería que por alguna razón desconocida había dormido durante tres días seguidos? Bueno, eso al menos explicaría el hambre feroz de esta mañana. Pero no era tan fácil despachar la incongruencia, pues recordaba a la perfección todo lo que había hecho desde el martes. Incluso, tenía en la bandeja varios correos electrónicos que había enviado y recibido en estos tres días.

A pesar de las angustias que me provocaba la desavenencia temporal, no podía resistir la curiosidad de seguir leyendo el diario. Debajo de la nota estaba la lista de las informaciones que habían sido publicadas en días anteriores. En una de ellas se contaba con gran detalle el incidente ocurrido en el funeral. El marido había llegado muy consternado, desencajado, cerca de un colapso nervioso, se había abrazado al ataúd, fuera de control. El padre de la mujer y sus hermanos se abalanzaron sobre él, lo golpearon y lo habrían linchado, de no haber intervenido un grupo de amigos y guardaespaldas. El hombre tuvo que retirarse de la funeraria y luego se supo que había partido a bordo del avión, rumbo al extranjero.

Busqué en otros periódicos con la esperanza de que todo fuese un error del primero, pero en otros dos medios decía casi lo mismo. En uno de ellos había un dato adicional: el hombre detenido había sido identificado al revisar el material grabado por una cámara de seguridad ubicada muy cerca del lugar donde fue dejado el cuerpo de la víctima. En un léxico lleno de pedantería técnica, hablaban del sitio de liberación del cadáver.

Mi cabeza había entrado de nuevo en ebullición. Las angustias formaban grandes enredaderas y la única forma en que podía poner control era corriendo. Me vestí rápido con mi equipo básico, el de ir a correr: *short*, camiseta sin mangas, gorra, medias cortas y zapatos, el iPod Shuffle, los documentos más necesarios, algo de dinero, una tarjeta de crédito, una de débito y las llaves. Salí y de inmediato empecé a correr. No me gustaba hacerlo de esa manera a esa hora porque había muchos transeúntes en la calle y un tránsito muy inoportuno de automóviles, camiones, buses y motos. Pero no podía postergar la acción de correr. Mi cuerpo se quejó duro. No habían pasado doce horas de mi desquiciada carrera anterior y eso era demasiado poco. Sin embargo, como ya había comenzado a resultar habitual, aquello era más que una cuestión física, era una urgencia espiritual. Me obligué a ir a buen paso y al cruzar frente a los grandes museos ya me sentía algo mejor. No iba a ser una faena fabulosa, pero tampoco sería una de esas que parecen una penitencia. Entré al parque y comencé a trotar a buen paso. Todo fluyó como por magia: si había una cámara ya sabrían que yo estuve allí, fue el punto de partida de la corrida-pensada. Pero, claro, se vería que fui un testigo inocente y que, además, intenté ayudar. Las imágenes explicarían por qué la chica tenía células de mi piel en sus uñas, reflexioné y fue como el clásico encontrar un segundo aire. Los trancos comenzaron a sucederse con limpieza. Las preocupaciones, sin embargo, acechaban agazapadas y venían asociadas con las clásicas punzadas en los costados. Una voz fuerte gritó dentro: “No seas idiota, allí no hay ninguna cámara, eso es un invento de la policía. Todavía existe el riesgo de que te involucren en ese rollo”. Hacia el final de la primera vuelta al parque, una especie de elixir benéfico comenzó a abrigarme. Era claro que la policía tenía identificado al esposo, nadie me iba a culpar de su muerte. Eso del ADN era una cosa rebuscada, producto de ver demasiada televisión.

Lo que sí tenía que descifrar era el enigma del tiempo que a mí, en particular a mí, se me había perdido. Tiene que haber una explicación racional a este fenómeno (así lo llamé en medio del agite del trote) tan raro: un hecho que ocurrió el martes en la madrugada, yo lo presencié el viernes, también en la madrugada y en el mismo sitio. En ese momento,

cuando ordené las ideas de esa manera, como en una de esas líneas de tiempo que usan en los libros de historia, entendí los insultos del policía. Se comprende que el hombre pensó que yo había leído sobre el crimen en la prensa y había optado por fastidiarlos en plena madrugada para denunciarlo. “¡Con razón el tipo estaba tan molesto!”, me dije y solté una especie de carcajada mezclada con la respiración intensa del ejercicio que esta vez terminó como un rebuzno.

El sábado, aún sin resolver el misterio de los tres días perdidos o de la visión de un acontecimiento tres días después de ocurrido, salí a correr *tarde*, a las cinco de la mañana. Por la época del año, aún no había comenzado a amanecer, pero ya había gente por la calle movilizándose con prisa, con mucha probabilidad hacia sus trabajos o a los mercados de mayoristas a comprar víveres. También se veía gente que había parrandeado toda la noche y ahora iba de vuelta a su casa. Dada la doble paliza que me había propinado el viernes, al correr de madrugada y en la tarde, decidí que ese sería un sábado de trote suave. Por gracia de Dios, en las tres vueltas que le di al parque no me encontré con nadie conocido. Regresé a paso lento, como un buey que ha arado ya una legua de tierras duras. En ese retorno tampoco esperaba encontrarme con ninguna persona que requiriera de mí algo más que un saludo gestual o un murmullo de buenos días. Sin embargo, al llegar frente al Gran Liceo Capital, vi que ya Herme había comenzado a montar su tarantín. Me di cuenta tarde en el sentido de que ya él me había visto venir y, por tanto, no podía inventar una excusa para irme por otra ruta o para retomar el trote y pasar sin detenerme. Lamenté mucho mi distracción porque aunque Herme me agradaba, casi siempre terminaba por resultar empalagoso con su estilo campechano de manotearme y sus empeños en compartir el café, en recomendarme libros o en interrogarme sobre los que ya le he comprado o él me ha prestado. En fin, tuve que parar y pagar el tributo a la amistad que habíamos comenzado a cultivar. Herme trabajaba con diligencia para poner todos sus libros en el mismo orden en que estuvieron el día anterior, y el anterior, y el anterior. Mientras lo hacía, no paraba de parlotear con sus aires de pescador bullicioso que regresa con el peñero cargado. Colocó en la mesa frontal los libros de autoayuda con rápidos y precisos movimientos de crupier. Con la misma agilidad, sacó del viejo maletín varios periódicos y los extendió frente a mi vista.

-¿Qué te ha parecido esta vaina?-soltó, mientras señalaba con su dedo índice (gordo, como todos los otros) la noticia del asesinato de la joven Wilkins -. Todos los periódicos dicen que fue el marido, pero yo tengo otra conjetura...

Me dejó con la boca abierta. No podía creer que Herme me hablara de ese asunto y que, además, estuviera tan interesado en él que hasta tenía una hipótesis alternativa. Parecía ser otro de esos sueños raros, pero no lo era. Fingí cierta indiferencia, le dije que algo había leído del tema y le pregunté por qué creía que no había sido el marido, si hasta había salido pitando del país.

-Porque yo conozco muy bien a esa gente-respondió Herme. Y lo hizo con una convicción tan fuerte que la intriga que sentí llegó hasta los confines del miedo, porque abrió la sombrilla de su sonrisa y pude verle una lengua que se me antojó parecida a la de un reptil.

-¿Así es la cosa? ¡Caramba, con que el amigo Herme se relaciona con la aristocracia!,

¿quién lo hubiera dicho?-me atreví a comentar, con un buen humor que no tenía en ese momento.

-¡Ay, compadre, si yo te contara...! O, mejor dicho, cuando te cuente vas a entender lo que te digo. Pero no será ahora porque allá viene Daniel con los libros nuevos y tengo que sentarme a revisarlos dijo Herme señalando con la boca hacia el otro lado de la calle. Venía un hombre a quien había visto varias veces con él. Era pequeño y tenía algo siniestro, aunque tal vez solo fuera su ropa descolorida y sucia y sus facciones de pájaro triste. Traía una de esas maletas con ruedas para llevar los libros que Hermes llamaba *nuevos*, aunque en realidad eran todos usados, muchos bastante viejos y una buena parte raídos y roñosos.

-¿Nuevos?-insistí en ironizar, pero Herme ni siquiera sonrió. Me miró sin expresión definida y me dijo que si podía, en la tarde pasara otra vez para contarme su teoría del crimen del Club de Campo y cosas de “esa gente”.

Ya había comenzado a caminar hacia mi casa, pero Herme dio un silbido y me dijo: -¡Espera un segundo!... Mejor llévate este libro para que vayas entendiendo lo que te voy a contar.

Era un material de tapa dura con el título *El experimento de Filadelfia*. Quise oponerme, le dije que no llevaba dinero para pagarle, y Herme respondió que el libro era prestado, que no pretendía vendérmelo. Su voz sonó indignada. Más de la cuenta, diríase.

∞

Ya en la casa, rompiendo mi costumbre de bañarme al llegar de correr, me acosté a leer el libro. Estaba escrito en un tono truculento que a veces daba risa. Trataba sobre unos intentos hechos durante la Segunda Guerra Mundial para evitar que los barcos militares fueran víctimas de ciertas minas diseñadas para detectar los campos magnéticos de los buques. Se le llamó *desmagnetización* y, al parecer, el proyecto secreto fue más allá de los límites de sus creadores, de manera que al menos una de las embarcaciones desapareció sin más. No solo se desmagnetizó, sino que también se desmaterializó, junto a casi doscientos tripulantes. Es un misterio no resuelto de aquellos tiempos de horror, y que ha sido muy bien escondido por los gobiernos involucrados. Me interesó el asunto, pero no le encontraba relación con el asunto de la chica Wilkins, hasta que llegué al punto en el que el autor del ampuloso texto se decantaba por la tesis de que el barco sometido al experimento había pasado a otro plano temporal, viajó en el tiempo y quién sabe adónde fue a parar, si al pasado o al futuro.

De nuevo, la boca abierta. ¿Acaso sabía Herme de mi más reciente angustia? ¿O es que él sabe, por una vía que nada tiene que ver conmigo, que la muerte de esa señora padece algún tipo de irregularidad temporal?

CAPÍTULO 17
EL CORREDOR SE FASCINA
CON C. G. JUNG
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

En su vida previa, la de los números y balances, la del sedentarismo y la modorra, el Corredor nunca reparó en Carl Gustav Jung. En general, nunca reparó en la psicología ni en ninguna ciencia afín. Todo eso formaba parte de la amplia esfera de asuntos que no le interesaban en lo más mínimo.

Aquella noche, sin embargo, fue tanto el impacto que le causó enterarse de las reflexiones de Jung que llegó al extremo de amanecer leyendo y, lo más extraño, de olvidarse de salir a correr de madrugada.

La conmoción se debió a que, hurgando aquí y allá (en los libros suministrados por Herme y en la gran cantidad de materiales digitales), comprendió que Jung era su eslabón perdido, el que le permitiría conectar su yo racional con su yo sensible. “Jung, dotado de una autoridad indiscutida en el mundo de la psiquiatría y de la psicología, fue también un explorador de la posibilidad de que el nuestro no fuese el único plano de la existencia”, decía la solapa del libro. Esa postura de renuncia al arrogante escepticismo científico fascinó al Corredor. Jung había puesto las cosas en su punto justo: sin rebuscadas supercherías, se negaba a descartar aquello que, de suyo, nadie puede descartar.

El Corredor leía y leía con tal fruición que, de pronto, se percató de que respiraba a marchas forzadas, como cuando corría en intervalos en la pista de atletismo de la universidad. Anotaba también con gran velocidad y afán. Escribió: “Algo de la psique sobrevive al cuerpo. No hay evidencia científica, pero es así. Hechos psicológicos, experiencias individuales pero muy comunes pueden considerarse también como pruebas. No se ha ideado un mecanismo válido para certificar la veracidad de esas experiencias, pero parece claro que ‘la psique no se encuentra sometida a las leyes del espacio y del tiempo’”. El Corredor resaltó en fucsia fosforescente esta última frase, textual de Jung, y dio un alarido, suerte de *jeureka!*

“Este es el punto preciso, y no lo digo yo, que soy un vulgar contador, sino un gigante de la historia de la psiquiatría: no se trata de espantos, fantasmas o aparecidos, sino de que hay algo en nuestro ser que se salva de la muerte y anda por ahí, dialogando con gente que sigue en este mundo”.

La fascinación llevó al Corredor de un lado a otro. Por Jung supo de Joseph Banks Rhine, más conocido como J. B. Rhine, un botánico y psicólogo que, junto a su mentor, William Mc. Dougall, trató de darle carta de legitimidad científica a la parapsicología, al fundar un laboratorio universitario y una revista arbitrada. Lo más importante de Rhine es que realizó experimentos (a los que Jung le atribuyó valor científico).

Amaneció y se hizo potente el sol mientras el Corredor seguía con su lectura y exploraba aquellas posturas con aval científico que le proporcionaban una gran tranquilidad. Tal vez,

después de todo, lo que a él le pasaba no era algo diabólico ni tampoco una perturbación mental, sino que había adquirido la facultad de conectar con otras realidades.

Cerca del mediodía, acicateado por un hambre feroz, suspendió la lectura. Solo entonces tomó conciencia de que había pasado más de veinticuatro horas sin correr. Era, casi con toda seguridad, la primera vez que esto le ocurría ¿en años? No había manera de precisar el tiempo, salvo que se pusiera a escarbar en su bitácora. Pero tenía demasiados materiales por leer como para ocupar su tiempo en eso. Carl Gustav Jung era su nuevo ídolo.

Esa tarde salió a correr para empezar a digerir mejor aquella enorme ingesta de lecturas. Estaba convencido de que si no reflexionaba al trote, mucho de lo leído se perdería, no le haría provecho. Salió rumbo al parque con gran entusiasmo y tuvo una excelente sesión. Iba a buen ritmo, sin casi esfuerzo, como si en los pies le hubiesen colocados unos resortes que le hicieran avanzar con una eficiencia desconocida.

Giraba una pronunciada curva en el punto más al este de su faena habitual cuando le vino a la pantalla mental un punto específico de lo mucho que había leído: Jung tuvo un sueño o un contacto extrasensorial con un amigo fallecido (no se sabe qué fue). En esa reunión, fueron a la casa del amigo y este lo llevó hasta su biblioteca, se trepó en una silla y le señaló un grupo de libros de tapas rojas. Jung se dispuso a visitar a la viuda de su amigo y le pidió revisar el sitio del sueño o encuentro. Y estaban allí los mismos libros en el mismo recoveco. Uno de ellos era, según el relato en internet, *El legado de los muertos*, de Emile Zola.

El Corredor regresó a toda prisa y pasó por el puesto de Herme. Sin mayores formalidades le preguntó si tenía ese libro entre sus muchos tesoros ocultos. Herme puso la boca en forma de trompa y miró hacia arriba, en su gesto sobreactuado de pensar. Luego abrió la sombrilla y dijo:

-Tengo lo que yo creo que tú buscas, pero no se llama así. Se llama *El arte de morir*.

Al Corredor le incomodaba mucho que Herme lo corrigiera, pues por su aspecto de tipo rústico debería saber menos que él. Pero prefirió seguir la corriente y preguntarle si estaba seguro de que no existía el otro libro y, de paso, cuál era el meollo de *El arte de morir*. Herme lo observó con la sombrilla cerrada. Su boca en esos casos era como la de una abuela con pocos dientes. Dijo:

-Estoy muy seguro, pero uno nunca sabe. En todo caso, este que te digo habla de cómo cada persona tiene una experiencia única cuando muere. Son varios relatos, incluyendo algunos que podríamos catalogar como satíricos.

El Corredor quedó impresionado. ¿Cómo podía aquel ser tan simple hablar de pronto sobre un libro que quién sabe cuándo habría leído y con tal autoridad de crítico literario? Se atrevió a explorar:

-¿Cuándo lo leíste?

-¡Uff! - respondió, dejando que el aire saliera como un bufido de toro -. Hará tal vez unos veinte... No sé... ¿Eso importa?

-No, pero es que me impresionas porque a mí a veces se me olvida de qué trata un libro que leí el año pasado.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-Bueno, eso depende de qué tanto te interese el tema.

-¿Y a ti este tema te interesa mucho?

-¡Uff!, repitió el bufido.

El Corredor sintió un poco de asco porque en el último resoplido, cruzaron frente a él minúsculas gotas de saliva. Herme se dio cuenta y le dio uno de sus manotazos amistosos en el hombro:

-¡Coño, perdona!-dijo, abriendo la sombrilla. Luego la cerró y con su cara más seria preguntó -: Por cierto, ¿sabías que ese fue el libro que Jung encontró en la casa del amigo muerto con el que tuvo un encuentro?

Asombrado de nuevo, el Corredor se quedó sin palabras por unos minutos. Luego respondió:

-Sí, exacto. Por eso lo buscaba, aunque yo creía que era *El legado de los muertos*.

-Es la misma cosa. Mañana, al regresar de tu trote, te lo tendré acá. Debo buscarlo esta noche entre los libros viejos.

El Corredor sonrió. ¿Cuáles serían los libros viejos para Herme, y cómo los distinguía de los que tenía en exhibición, que no eran nada nuevos?

-Perfecto-expresó-. Esta noche voy a seguir con Jung. Estoy alucinando con sus reflexiones.

-¿Alucinar?-dudó Herme con la cara de abuela, y luego añadió, abriendo la sombrilla al máximo-: Ese es un tremendo verbo.

CAPÍTULO 18
LA PROSTITUTA SIGUE
ENVEJECIENDO RÁPIDO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor rememoró cuánto se sorprendió la madrugada que cayó en cuenta de lo que le pasaba a Eloísa, la prostituta que merodeaba por la zona rosa venida a menos. No era la primera vez que la veía. De hecho, ya la mujer lo saludaba a su paso. Lo que le impactó no fue que surgiera de pronto en la bocacalle, sino que aquella noche la vio más vieja.

Todo el mundo envejece, claro, pero esta señora lo había hecho de un modo acelerado, furioso. El Corredor pensó en la expresión “se le vinieron los años encima” y se dijo que en el caso de esta prostituta la cuestión había sido como una avalancha de tiempo.

Tal vez estaría enferma, reflexionó, pero luego precisó que no se veía enferma, sino vieja, muy vieja.

Trató de puntualizar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había visto. ¿Sería tanto como para que se hubiese secado y marchitado de esa forma? ¿Estaría él mismo así de viejo?

El Corredor recordaba en forma vaga que la primera vez que la vio, la mujer parecía de su misma edad, unos 35 años, como mucho 38. Esa vez, ella estaba detrás de un quiosco de periódicos tomándose un trago o fumando y salió justo cuando el Corredor pasaba. Ambos se asustaron e hicieron movimientos de evasión. Luego, el Corredor le dirigió un gesto de disculpa, con la palma de la mano izquierda, y la mujer sonrió. Ya el Corredor había dado un par de trancos, y la mujer gritó: “¡Papito!, ¿qué haces tú corriendo a esta hora y por estos arrabales?”. El Corredor volteó, sonrió e hizo otro gesto con la mano.

Luego de esa primera ocasión, se encontraron varias veces, siempre en la misma zona o un poco más al este, en un área cercana a la que controlaban las mujeres transgénero y los travestis. Incluso, el Corredor llegó a preguntarse si era mujer o fingía serlo. En una de las ocasiones, la encontró incluso bella, cosa curiosa porque no estaba ni cerca de serlo. Esa vez llevaba un traje rojo ceñido y corto y una especie de estola negra. Mientras corría por los alrededores de los campos de golf, llegó a considerar la posibilidad de contratar sus servicios. No le vendría mal un poco de actividad sexual. Era la época en la que Yoly no había reaparecido en su vida.

Una vez más reciente, el Corredor no pudo detallar mucho a la mujer porque ella negociaba con un par de jovencitos que iban a bordo de un maltrecho Ford. El Corredor aceleró el paso para no importunar. Esa vez la mujer parecía tener 45 años mal llevados, a tal punto que dudó que fuera ella. Podría ser una hermana mayor y que la prostitución fuese algo de familia, pero la forma en que lo saludó la prostituta lo convenció de que era la misma mujer. Para más prueba, ella dijo: “¡Hola, atleta, tenía tiempo que no te veía!”. El Corredor masculló algo dándole la razón y se sumió en profundas reflexiones acerca del torbellino de vejez de aquella mujer.

Pero resultó ser que aquel primer salto de edad era apenas un amago. Unos días más tarde (el Corredor no sabría decir cuántos, pero a lo sumo habrían sido dos semanas) volvió a pasar por la zona rosa venida a menos y vio a una mujer todavía mayor, esta vez de más de 50 años y con las marcas que deja una existencia cargada de sufrimientos. Era como si la prostituta original, la de la primera vez, hubiese sido sustituida, no ya por su hermana mayor, sino por su madre. La impresión del Corredor fue tal que saltó de la acera a la calzada al ver a la mujer. “¡Tranquilo, no muerdo!”, le dijo ella y al sonreír, el Corredor notó qué le faltaban dientes.

-Disculpa, venía distraído y me asusté-alcanzó a articular.

-Sé que estoy fea-dijo la mujer-, pero tampoco tanto como para asustar.

Pasó otro tiempo difícil de determinar para el Corredor y una madrugada, esta vez ya de retorno, volvió a encontrarse con la prostituta. Esta vez le calculó 65 o 70 años, de nuevo muy mal llevados. Era una abuela maltratada. El Corredor pensó en esas muchachas de San Germán, que paren a los 14 años, son abuelas a los 30, bisabuelas antes de los 50 y así. Esta vez la impresión fue tan potente que se detuvo. Pocas cosas lo hacían detenerse. De hecho, con esta mujer nunca se había detenido por completo, pues sus diálogos eran al vuelo del trote.

- ¿Qué es lo que te pasa a ti conmigo, deportista? - preguntó la mujer, y al Corredor le dio la impresión de que chasqueaba los dientes, como las personas muy ancianas.

-¿Por qué lo dices?-contestó el Corredor.

-Porque cada vez que me miras pones cara de quien ve a un aparecido.

-No, amiga, es que en estas calles y a estas horas, cualquier persona es aparecida.

La prostituta envejecida lo miró con una sonriente intriga.

-¿Y se puede saber por qué tú haces deporte a esta hora? Parece cosa de locos.

-Es verdad, pero es que no puedo esperarme hasta que amanezca - dijo el Corredor, y la respuesta fue novedosa incluso para él mismo. Nunca nadie le había pedido una explicación y él no se la había dado por propia iniciativa.

El Corredor quería seguir corriendo, pero la curiosidad lo agujijoneaba. No quería perder la oportunidad de averiguar lo que le pasaba a la pobre prostituta, pero no encontraba la manera de preguntarlo. No podía decirle “¡Eh, chica!, ¿por qué te ves tan vieja?”. Hasta en el brusco mundo de una caminadora nocturna eso hubiese sido inadecuado. Además no era propio de su personalidad.

La mujer pareció leer sus pensamientos o la casualidad vino en su auxilio, porque le dijo al Corredor:

-¿Tú te mantienes así gracias al deporte?

La mujer decía *deporte* con un toque sarcástico, como si dijera *vida ociosa y regalada*.

-¿Cómo así?-preguntó el Corredor.

-Así, flaquito y joven-dijo, haciendo un gesto de pretendido erotismo -. Pasan los años y tú te ves igualito. En cambio yo soy una vieja fea. Fea y decrepita.

CAPÍTULO 19

EL CORREDOR INCANSABLE
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

A veces, en sus salidas a las tres de la madrugada, al Corredor le daba por tomar la vía paralela al Gran Parque. Tenía que hacerlo por la calzada porque esa zona tenía una acera cubierta por una baranda de concreto y junto a la cual dormían muchos indigentes. Lo peor que le puede pasar a un corredor de esas horas es pisar a uno de esos tipos, pues de inmediato salen dos, tres, cinco, quién sabe cuántos, y apedrean al agresor. Además, siempre están acompañados de perros reales, muy agresivos. Lo más tragicómico es que tildan al corredor de loco... Unos sujetos que duermen como animales, que fuman crack, que se bañan en las fuentes públicas y comen de la basura, esos sujetos tienen los bríos de catalogar de loco a un atleta.

Bueno, entonces, corría por la vía de los vehículos, lo cual no representaba riesgo alguno porque muchas veces hacía el recorrido completo, de unos mil quinientos metros, y no pasaba ningún carro ni moto.

Aquella noche fue una de esas en las que el Corredor tomó esa ruta y cuando iba por la mitad, justo un poco más delante de la puerta del estacionamiento, notó que dentro, en las caminerías, un hombre estaba corriendo. Era algo muy extraño porque el parque cerraba a las siete de la noche y abría de nuevo a las cinco de la mañana. Él sabía por experiencia directa que la policía hacía recorridos en una patrulla como a las siete y treinta de la noche y obligaba a cualquier persona que estuviera todavía dentro a que saliera. Esa era la razón por la cual los indigentes tenían que conformarse con dormir junto a la baranda externa, que estaba fuera de la cerca del parque. Y lo más raro es que el sujeto estuviese vestido con ropas deportivas y corriendo a un ritmo endemoniado. Debía ser un buen corredor. Tal vez tenía un contacto con la policía y le permitían entrar a esas horas a correr. O quizá era uno de los policías que se aprovechaba del privilegio de estar dentro.

El Corredor aceleró para tratar de ponerse a la par del que avanzaba dentro. Comenzó a agitar los brazos para llamar su atención y hasta se atrevió a gritarle y silbarle, con lo cual él mismo se sobresaltó, pues no era dado a esas manifestaciones de extroversión. El silbido surtió un efecto extraño en el otro corredor. Pareció perder una concentración monástica y dio un pequeño traspies, como si hubiese tropezado con una rama traicionera. Miró hacia la vía y vio al Corredor que manoteaba. Se acercó con cara interrogativa hasta la cerca perimetral y le hizo con los brazos el clásico gesto de “¿qué pasa?”. El Corredor también se acercó todo lo que pudo; aunque, claro, no traspasó el muro previendo que sería el dormitorio de algún indigente.

- ¿El parque está abierto? - preguntó entre jadeos, pues emparejar al otro corredor le había costado lo suyo.

El otro corredor pareció calibrar muy bien su respuesta, mientras corría estacionario y hacía movimientos como de saltar la cuerda. Era un hombre de unos 50 años, calvo,

tal vez afeitado al rape, y se le notaba que estaba en extraordinaria forma. Al Corredor se le antojó conocido. Después de varios instantes respondió:

- No.

El Corredor no quería preguntar algo impertinente, como sería un “¡Ajá! Y entonces ¿por qué usted está adentro?”; así que dijo:

- ¿Y hay algún sitio por donde se pueda entrar a esta hora?

El otro corredor, que quería irse y no seguir en esa conversación, contestó con un gesto de la boca, ese gesto que quiere decir “ni idea”. Pero el Corredor no estaba dispuesto a dejarlo ir así, de manera que volvió a la carga:

- Compadre, no quiero causar problemas; solo pregunto si yo también podría entrenar adentro. Sabes que esto afuera es riesgoso - y mostró la baranda de concreto para subrayar lo dicho. Un movimiento frente a la luz que manaba de una farola le alumbró el rostro. El Corredor volvió a tener la convicción de que lo había visto antes.

- Creo que no puedes - respondió el otro corredor y reanudó su carrera, perdiéndose rápido en los senderos internos.

El Corredor pudo seguir su faena de esa madrugada. Se convenció de que aquel hombre era otro de esos seres con los que se tropezaba cada tanto tiempo. Y eso lo descompuso. Regresó a casa con los nervios algo alterados, en esa situación en la que cualquier sombra, cualquier ruido lejano, cualquier sople de viento parecen siniestros.

Llegó al apartamento con la doble frustración: primero, no había logrado sacarle al otro corredor la explicación de cómo había entrado; luego, la corrida no había sido tan larga o intensa como para cansarlo, así que le costaría dormir. Se bañó con agua fría tomada de un tobo, pues en esos días el servicio estaba racionado en la zona. Se metió bajo la cobija titiritando y se puso en posición fetal hasta que tomó calor. Contrario a lo esperado, sí le vino el sueño y se durmió en cuestión de minutos. Despertó como a las ocho de la mañana y lo primero que llegó a su pantalla mental fue el rostro del otro corredor. Claro que lo había visto, pues era uno de los mejores corredores del Club del Gran Parque. Una vez, en los días en que se inició en su afición, se había parado a ver las fotos en una cartelera que tenía el club y había visto a aquel hombre, con una medalla, luego de terminar un maratón. Eso lo explica todo, el tipo tiene influencias y usa todo ese espacio de noche, para él solo, y por eso no quiso decirme nada, porque no es legal y porque no quiere compartirlo con nadie.

Aquella mañana, el Corredor desayunó feliz. Era una gran cosa poder encontrarle una explicación racional a una extravagancia. Al menos en este caso no estaba envuelto en otro misterio, se dijo mientras engullía panquecas con mermelada.

Al mediodía, para compensar la salida fallida de la madrugada decidió volver al parque para entrenar a pleno sol. Tan pronto entró pudo percibir algo extraño en el ambiente. Notó que varias personas cuchicheaban excitadas, como cuando ocurre un asalto o una pelea callejera. Pronto entendió de qué se trataba: el otro corredor seguía con sus vueltas y más vueltas a la pista de trote. Se atrevió a preguntarle a una mujer que corría a paso lento cerca del gimnasio de las pesas de cemento. La mujer se extrañó mucho porque se habían visto varias veces y él nunca había hecho el menor intento de

comunicarse. Superada la perplejidad, se mostró cordial. Dijo: “El hombre se pegó del sartén, imagínate que está a esa velocidad desde las cinco de la mañana”, y pasó la mano derecha sobre su cabeza para dar a entender que algo se le había escapado al sujeto. El Corredor pensó en la razón como en un pájaro cautivo en una jaula que un día logra abrir la puerta y volar sin rumbo.

Un poco más adelante, casi en la puerta este, el gran protagonista de la jornada le pasó por un lado, veloz y consistente, con una estela rancia, como si estuviese transpirando vinagre. Era inverosímil que alguien pudiera andar en esa forma con ¿cuántas horas... ocho, diez, doce?, de correr sin parar. Había una cosa sobrenatural en eso, el tipo tenía que estar drogado.

Alcanzó a un grupo de tres señores que caminaban a paso rápido y pudo escuchar un fragmento de su conversación. Hablaban, claro está, del corredor loco. Uno de ellos dijo que los paramédicos estaban ya en el estacionamiento, con una ambulancia. No era la primera vez que este señor se ponía a correr sin parar y en la oportunidad anterior lo hizo hasta que cayó colapsado. La gente lo creyó muerto, la atención médica tardó en llegar y el asunto trascendió a la prensa, como una crítica a la administración del Gran Parque. El hombre, según decían los asiduos del lugar, pasó un mes en estado de coma. Más adelante, dos señoras que marchaban, una con un gran sombrero y la otra con una especie de velo, repetían la versión de que había comenzado a correr a las cinco de la mañana, tan pronto se abrieron los portones. El Corredor sintió el impulso de parar y decirles a las mujeres que a él le constaba que el hombre no había empezado a esa hora, sino que ya en la madrugada estaba en plena acción. Pero temió que a él también lo consideraran un demente, por andar corriendo a las tres y treinta por el lado de afuera. Su historia era tan increíble, que lucía así incluso en el contexto de una historia increíble. Así que se calló.

El Corredor dio cuatro vueltas aquella tarde y las cuatro veces fue rebasado por el incansable hombre. En las tres últimas, estuvo muy pendiente de su paso. Quiso hacerse notar para determinar si el hombre caía en cuenta de que él era el mismo que corría en la madrugada por el lado exterior del parque, el mismo que había intentado sacarle el secreto de cómo entrenar adentro a esas horas. Pero no, el otro corredor pasó cada una de las veces a gran velocidad, sin mirar siquiera hacia los lados. Tenía en su cara una expresión concentrada y fija, indiferente ante el entorno.

El Corredor dio por concluida su faena y se desplazó hasta la pequeña aglomeración de mirones. Allí había gente que decía llevarle la cuenta de las vueltas, aunque el Corredor sabía que eso era puro cuento, pues para ello tendrían que haber estado allí desde la madrugada anterior, quizá desde la noche. El grupo era un hervidero de comentarios. Un señor que daba todos los días tres vueltas, ni más ni menos, y hacía muchos ejercicios de tai, captó la atención de todos cuando contó que el incansable era un hombre como cualquiera, que había comenzado a trotar para deshacerse de una panza rebelde. Se había enganchado con el deporte de una manera tal que fue perdiendo interés en cualquier otro asunto que no fuera correr, incluso en su esposa, sus hijos, su trabajo y hasta en hábitos como bañarse. En cierto momento le dio por correr sin parar.

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

El Corredor hizo todo lo posible por estirar su tiempo en el lugar. Quería estar presente en el momento en que el hombre se detuviera o se desplomara. Notó que varios de los miembros del Club de Corredores se habían reunido y buscaban la manera de que el incansable se detuviera. Querían prevenir que cayera desmayado o muerto. Entre los espectadores surgió la preocupación de que, al menos, comiera algo. Le ofrecieron cambur, sopa de pollo en botella, compota de frutas y suero, pero el hombre se negaba a ingerir nada. Hacía un gesto de rechazo y señalaba hacia su koala. Alguien dijo que en él tenía varias tabletas de ajonjolí, que ya se había comido al menos tres y que en cuanto a líquidos, tomaba agua de varios potes que tenía junto a un árbol, en la verja del museo.

CAPÍTULO 20
VELANDO AL CORREDOR
INCANSABLE HOSPITALIZADO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

La situación con respecto al corredor incansable resultaba hartamente embarazosa. Los médicos y las enfermeras pensaron que el Corredor era su familiar, pero entendieron que no en el momento en que le preguntaron los datos y se dieron cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Una enfermera larga y seca, con unas ligas rojas en la manga del suéter lo miró con expresión cuestionadora. “No entiendo, usted ha pasado acá la noche para saber del señor y no lo conoce... ¿Cómo es eso?”, inquirió con la dureza de un policía en la sala de interrogatorios. El Corredor respondió con evasivas, diciendo que lo veía todos los días en el parque, y que eso bastaba para tenerle estima, pero de conocerlo, bueno, no lo conocía.

Hacia las diez de la mañana del siguiente día, el Corredor accedió a ir a su casa a cambiarse y comer algo, pero en cosa de dos horas estaba de nuevo en el hospital, bajo las miradas intrigadas del personal. Trajo consigo un pote lleno de ensalada de frutas y una bebida energética. Pensó que si el corredor incansable se despertaba, podía darle la ensalada o la bebida, y si no se despertaba, pues se la comería y se la bebería él mismo. Hacia las tres de la tarde, decidió hacerlo. Estaba allí, en la sala de espera de la sección de emergencias, ante toda clase de dramas, gente apuñalada, baleada, molida a palos, atropellada por vehículos, niños con fiebres delirantes, ancianas fracturadas, mujeres con conatos de aborto... Todas las tragedias de la ciudad en un crisol de batas blancas y olores nauseabundos. Debí bajar al jardín para poder tragarse las frutas sin tener ganas de devolverlas. Luego se tomó un café desabrido y subió otra vez a la sala de emergencias. Cuando entró, una de las enfermeras se le acercó y le dijo: “El señor está reaccionado, ¿quiere verlo?”. El Corredor asintió agradecido y experimentó un sobresalto extraño, algo como eso que suele decirse, que el corazón quería salirse por la boca. Se asustó un poco con su propia actitud, pues, en verdad, el corredor incansable no era diferente a cualquiera de los otros enfermos o heridos de aquella sala, un perfecto desconocido. La enfermera lo guio hasta el lugar donde el hombre estaba acostado, con un montón de tubos y cables. No había abierto los ojos, pero hacía unos gestos con la boca como si, en plena recta final, buscara una bocanada adicional de oxígeno. El Corredor se quedó contemplándolo, sin llegar a entender qué hacía allí, frente a aquel extraño. Se preguntó qué pasaría si llegaban la esposa o los hijos del hombre, qué dirían de él si le contaban las enfermeras que había pasado allí la noche en vela. No sabría decir cuánto tiempo estuvo mirándolo, sin mirarlo de veras, pues estaba hundido en sus propios pensamientos. Solo salió de ese estado al ver que el corredor incansable movía los brazos y las piernas como si corriera. Era ridículo, le provocaba avanzar hasta la camilla y tranquilizarlo, pero no tenía sentido, qué importaba. Una oleada de tristeza

lo sacudió: este pobre ser humano seguía corriendo en ese lugar indefinido donde se encontraba ahora. Era conmovedor y a la vez patético. Qué clase de soledad podía hacer que una vida derivara hacia algo como aquello. Un organismo humano en tan excelente condición que terminaba extenuándose en lo espiritual. Era un hombre que gozaba de una salud perfecta y corría el riesgo de morir de excelencia. Diez minutos después de haber comenzado a moverse, tuvieron que inyectarle un calmante porque movía brazos y piernas con tanta energía, que parecía a punto de caer de la cama clínica. Se sumió de nuevo en una profunda inconsciencia.

La enfermera que le avisó del inicio de su recuperación se le acercó, con aires de madre o de esposa angustiada. Le preguntó hasta cuándo pensaba estar allí y le recomendó que fuera a su casa y volviera al día siguiente a media mañana, pues al corredor incansable le habían suministrado tal dosis de calmante, que dormiría al menos unas doce horas. “Fue como para un caballo... bueno, ¡como lo que es, hombre... ese señor es un caballo de carrera!”, dijo y mostró una sonrisa de dientes incompletos que cubrió con la mano izquierda, en un ademán que al Corredor se le antojo campesino.

El Corredor aceptó el consejo. Se marchó al caer la noche, caminando con prisa por el campus universitario en penumbras. Llegó a su casa, comió, y cayó dormido. Tuvo unos sueños tormentosos, de seguro por acostarse después de comer. Era normal en él tener sueños de caídas al vacío en cualquier lugar, pero aquella noche soñó de manera específica con el momento en que se subió al muro del edificio de la compañía. En el sueño hacía lo que ese día no hizo, arrojarse hacia la calle. En el aire dio un grito espantoso y se despertó. Tenía todo el cuerpo crispado y sudaba a mares. Tenía muchas ganas de orinar. Se levantó como impulsado por un resorte y fue al baño. Una vez que descargó la vejiga, experimentó unas ganas irresistibles de correr. Se levantó y se puso todos sus pertrechos. Salió con gran prisa, atravesó el largo pasillo del edificio, pasó junto al vigilante dormido y se dirigió a paso de carrera de 1500 metros planos hasta la puerta del parque. Estaba cerrada, como era de esperarse. Sin hacer pausa comenzó a trepar por la reja. Era bastante fácil, aunque había que tener cuidado de que el *short* no quedara engarzado en alguna de las puntas en forma de lanza. Mientras bajaba por el lado interno del parque comenzaron a oírse ladridos lejanos. Era claro que varios perros venían acercándose, pero el Corredor no estaba en onda de devolverse, así que dio un salto desde el travesaño medio de la reja y comenzó a correr hacia los perros. Los animales parecieron desconcertarse tanto con su conducta que dos de ellos se detuvieron y dejaron de ladrar. Los otros siguieron y se encontraron de frente con el Corredor. Uno de ellos comenzó a saltarle encima, gruñendo y lanzando tarascones. Pero el Corredor no se dejó intimidar, siguió corriendo sin hacerles caso y veinte o treinta metros más adelante ya lo habían dejado en paz. Se internó hacia los senderos de trote. Estaba todo a oscuras, pero él se sabía de memoria aquellos caminos.

CAPÍTULO 21

ESCAPAR CORRIENDO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Luego de aquella alucinante experiencia de correr solo y a oscuras en el parque, regresó a su casa. Entró a la cocina a tomar agua, vio en el reloj del horno que eran las tres y cuarenta y cinco. No pudo ducharse porque no había agua hasta las cinco. Se bañó con un tobo de agua fría, pues le dio pereza poner a calentar una olla. Se estremeció con la sensación helada y castañeo los dientes, pero ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Tuvo temor de resfriarse, así que calentó un poco de té en el microondas y lo usó para tomarse un par de aspirinas. Se metió bajo las cobijas y tuvo una sensación muy rara, como si acabara de cometer una trasgresión sexual, un pecado, algo que le daba mucha vergüenza. Al comenzar a clarear se quedó dormido y así estuvo hasta el mediodía.

Al despertar experimentó una gran confusión. La manera como había dormido, despertado y corrido en las últimas horas le había hecho perder la noción del tiempo. ¿Qué hora era?, ¿qué día era?, ¿cuánto tiempo había pasado desde que vio al corredor incansable ejercitándose dentro del parque cerrado? Era todo muy confuso. De forma súbita se le vino encima la angustia por la salud del corredor incansable. Fue a la cocina, comió lo que encontró: un pedazo de queso, un mendrugo de pan, una naranja, una galleta dulce. Se hizo un café y salió de nuevo, esta vez con destino al hospital. El recorrido, a bordo de un bus resoplante de humo, se le hizo insoportable por lo largo. Había perdido la paciencia para todo sistema de desplazamiento que no fuera su cuerpo a ritmo de trote o, en su defecto, de caminata rápida. El solo contacto con otras personas en el transporte público le producía repulsión. El insoportable vehículo llegó al campus de la universidad y él lo abandonó tan pronto traspuso el portal. Decidió que desde allí caminaría y se sentiría mejor. Fue una decisión providencial porque cuando había avanzado unos tres o cuatro minutos por un largo pasillo con un techo abovedado, vio al corredor incansable que venía en dirección contraria... ¡corriendo!

¿Qué habría pasado?, ¿cómo es que se recuperó tan pronto, si hasta ayer estaba en algo parecido al estado de coma?, ¿no es una irresponsabilidad de los médicos darlo de alta en esas condiciones?, alcanzó a preguntarse mientras el corredor incansable se devoraba el pasillo y ya estaba muy cerca. El Corredor pudo ver que aún llevaba puesta la vía en la vena del brazo derecho. Daba la impresión de que había escapado de la sala de emergencias.

El Corredor pensó en dar media vuelta e irse con el corredor incansable, al trote, y aprovechar la carrera para preguntarle cómo había sido su salida del hospital. Pero había dos inconvenientes: el primero era que no llevaba puesta su ropa ni sus zapatos de correr y, salvo aquella primera vez en el circuito de los militares, nunca había corrido con ropa y zapatos de calle. El otro problema era que el corredor incansable, incluso recién salido del hospital, era muchas veces más capaz que él. Sin duda, lo dejaría atrás y en ridículo. El corredor incansable ya iba a pasarle al lado y, desesperado, el Corredor

hizo un movimiento como para interceptarlo, algo que le recordó las escenas de fútbol americano en la televisión. El corredor incansable se puso en guardia y esquivó al Corredor, a quien no le quedó otra opción que gritarle: “¡Amigo!, ¿cómo sigue? Estaba preocupado por usted, ¿cuándo lo dieron de alta?”. El corredor incansable siguió su rumbo y apenas si hizo un gesto que el Corredor interpretó como de desdén, y dijo: “¡No joda, chico, estoy bien, ¿no se me nota?!”.

El Corredor quedó desconcertado al ver al corredor incansable alejarse veloz. Tal vez fue sugestión, pero creyó sentir un olor similar al de la sala de emergencias, como si el corredor incansable transpirara, sin filtro, las medicinas que le habían suministrado. Pensó en devolverse a su casa, pero luego tuvo la ocurrencia de llegar hasta el hospital y averiguar qué había pasado. Así lo hizo. Al ingresar a la zona de triaje de emergencia, se encontró con la enfermera larga y seca. Tenía la cara adusta que al parecer la caracterizaba, pero esta vez había en ella una cierta calidez, parecida a la lástima. Al ver al Corredor, dejó una carpeta en el escritorio del policía de guardia y se le acercó con aires de confianza. “¡Óyeme, muchacho!, ¿tú de verdad no sabes quién es el señor ese?”. El Corredor negó con la cabeza y la enfermera larga y seca le informó que el hombre había escapado. “Se despertó, se desconectó todo y salió espitao!”, contó en un tono tan alto que varias personas alrededor comenzaron a mirarlos. El Corredor se sintió algo ridículo. Para recuperar la normalidad, se acercó a la mujer y, en voz muy baja, le preguntó si acaso el policía no estaba encargado de evitar que ocurriera ese tipo de cosas. “¡Ay, mijo, esos lo que está pendientes es de las muchachas! Si se les van los malandros y dicen que no pueden hacer nada, qué se puede esperar de un señor que no había hecho nada malo”. El Corredor insistió en hablar bajito: “¿No sabe adónde se fue?”, preguntó. “¡Qué voy a saber yo, chico, no te digo que salió como alma que lleva el diablo... Para mí que ese señor está mal del coco!”.

El Corredor decidió rendirse, pues aquella conversación no lo iba a llevar a ninguna parte. Dio las gracias por todo, se despidió de la enfermera larga y seca y volvió al campus universitario. Ya había hecho todo lo que estaba a su alcance por un sujeto que, tenía razón la enfermera, estaba loco. Resolvió tomárselo con calma. Volvería poco a poco a su casa. En la vía de regreso, pasaría por el parque y, con toda seguridad, allí vería al corredor incansable.

CAPÍTULO 22

LA EXTRAÑA ELISABETH
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Cuando bajó de Todosnadie, luego de su experiencia con las mariposas, el Corredor estaba conmovido y alegre. Tanto, que le contó sobre aquella mágica faena a Herme, quien lo escuchó en apariencia sin mucho interés, mientras se ocupaba de quitarles el polvo a sus libros y revistas con un deplorable plumero. Pero, como lo hacía siempre, Herme maravilló al Corredor una vez más. Se puso de rodillas para rebuscar algo en el baúl que hacía las veces de vitrina. Como tenía la mitad del cuerpo metido en la gran caja de metal, el Corredor interrumpió el relato. Herme habló desde dentro, y la voz se le oyó cavernosa: -¡Sigue hablando que yo te estoy oyendo!

El Corredor continuó, no muy convencido. Finalizó su historia con la reflexión acerca de que tal vez las mariposas sean seres que nos visitan desde otros planos. Herme sacó el cuerpo del baúl-vitrina y miró sobre la línea marcada por los libros y revistas que estaban en exhibición. Al Corredor le pareció más que nunca un pescador, en esta ocasión dándose un chapuzón al lado de la lancha. Sonreía a media sombrilla. Se levantó y le arrojó al Corredor el libro que acababa de extraer de las profundidades, como un buscador de tesoros que bucea a pulmón.

-¡Esto es lo que tú necesitas leer!-dijo, mientras se componía la ropa luego de aquella inmersión bibliográfica.

-¿*La muerte, un amanecer?* - leyó el Corredor, dándole al título un tono interrogativo que no tiene el original-. ¿Elisabeth Kübler-Ross... quién es ella?

Herme puso una de sus caras divertidas:

-¡Carajo, muchacho, tú eres más ignorante de lo que yo me imaginaba! - abrió la sombrilla a todo dar-. Mejor léete el libro y después hablamos.

-Siempre dices eso mismo-protestó el Corredor-. Y eso ha hecho que todo lo que he leído en estos últimos tiempos sean libros recomendados por ti.

- ¿Y te quejas de eso? - preguntó Herme dándole al Corredor uno de sus cariñosos manotazos-. ¿Cuántas personas pueden decir que tienen un librero tan orientador?

El Corredor guardó un silencio con el que le dio la razón a Herme. Era cierto. Tomó el libro y le dijo:

-Nos vemos después.

∞

Apenas había media cuadra entre el puesto de libros de Herme y el edificio, pero el Corredor fue al trote rápido. Era hora de gran circulación de peatones, así que estuvo a punto de tropezar varias veces. Algunos viandantes reaccionaron como si el Corredor fuese un ratero que quisiera robarlos. El Corredor pensó que sería muy raro si lo detuvieran bajo la presunción de que había arrebatado alguna pertenencia y le encontraran solo aquel libro.

Ya en casa, se instaló a leer con la típica fruición que le generaban los libros provistos por Herme. No pudo levantar la vista hasta que el hambre lo torturó horrores. Se preparó

un sándwich de queso y siguió leyendo. Fue al baño y siguió leyendo. Se acostó en su cama y siguió leyendo. Se durmió y todo lo leído continuó dándole vueltas vertiginosas en la cabeza.

Luego de una de sus clásicas corridas de madrugada, volvió resuelto a averiguar todo lo que hubiese sobre Elisabeth Kübler-Ross. Un rato más tarde era ya un experto en ella. Sabía que la doctora de origen suizo había escogido especializarse en un tema que la mayoría de los académicos tendría como la última opción para consagrarle la vida entera: la muerte. Sabía que había trabajado con moribundos y había perfeccionado las técnicas para morir bien. Entre tanto material que logró acopiar, hubo uno que lo dejó boquiabierto: Kübler-Ross había adoptado la mariposa como el símbolo de su peculiar área de trabajo. Entonces cayó en cuenta de que el libro tenía en su portada el ala de una mariposa amarilla con pintas negras. “¡Una mariposa!”, dijo en voz alta. “Ahora entiendo por qué Herme me recomendó el libro justo mientras yo le contaba mis andanzas en Todosnadie”.

Después de maravillarse con los aciertos de Herme, al Corredor le preocupó algo: ¿Por qué Herme creería que leer a Kübler-Ross podría ayudarlo a él? “Yo no estoy muerto, ni agonizando”, se dijo y al oír su propia voz tuvo la sensación de que se infundía valor.

Fue con sus ropas de correr (para tener la excusa a la hora de escapar) al puesto de Herme. Lo encontró en la parte de afuera, parlotando con una vecina. Esperó con paciencia, aunque la conversación era muy insulsa. La señora se marchó y el Corredor se movió hacia el árbol frente al puesto de Herme y le hizo señas para que este lo siguiera. Casi en el oído, le dijo:

-Muy bueno el libro de la doctora Kübler-Ross... pero, dime: ¿por qué me lo recomendaste?

Herme cerró por completo la sombrilla y la cambió por los movimientos de viejo sin dientes. Se tomó la barbilla con las dos manos, en un gesto filosófico, y habló, no contestándole al Corredor, sino como si disertara en un ágora:

-Por lo que me planteaste de las mariposas. Ella también le concedió a las mariposas ese valor metamórfico de la transición, de la reinención. Además, ella nos dejó una reflexión clave: el hecho de que no entendamos una realidad no quiere decir que no exista.

Y allí estaba otra vez el vulgar pescador, el hombre tosco de las grandes manazas, trastocado en un gurú, en un iluminado. ¿Cómo demonios lo hacía?

Tardó el Corredor en reaccionar. Cuando lo hizo, dijo:

-Me fascinó, don Herme, pero me sentí un poco desconcertado, casi ofendido, porque esa señora, a fuerza de acompañar a la gente en agonía, se volvió demasiado rara...

-¿Rara? ¿Y te ofendió que te recomendará a alguien raro? - interpeló Herme -. Bu eno, déjame decirte que tú eres bastante raro, muchacho. Y yo, ni se diga... ¡uff!

CAPÍTULO 23
“UNA MÉDIUM”
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Fue por la vía de Jung que el Corredor llegó a la convicción de que debía ir con una médium. Así se lo dijo ante el espejo, y de inmediato se preguntó a sí mismo por qué había dicho “una médium”, si también podía ser un hombre. “Son los estereotipos que nos dominan”, se contestó, y prometió emprender la búsqueda sin prejuicios de género. “Sea hombre o sea mujer, lo importante es que sea médium”.

Ahora bien, ¿cómo se busca un o una médium? No es cuestión de revisar avisos en los diarios como quien busca un abogado. Tampoco era el estilo del Corredor el ponerse a hablar del tema con los vecinos. El tipo ideal era Herme, pero el Corredor no quería contaminar su plan. Buscaría por su cuenta.

Se esforzó en recordar a una persona que ejercía sus facultades en su viejo barrio, San Germán. Era un anciano macilento al que todos llamaban don Armando. En el jardín de su casa solía hacerse una larga fila de “pacientes”, algunos venidos del propio barrio y otros desde distintas zonas de la ciudad y hasta de otras ciudades. Tal era su fama.

Resolvió ir al día siguiente, para lo cual en lugar de correr hacia la zona del Club de Campo, lo haría hacia San Germán. Estimó que llegaría tan temprano como para meterse en la cola y lograr que don Armando lo atendiera.

La travesía fue complicada porque llovía y las calles estaban anegadas. Tuvo que ir con extremo cuidado. Su plan era cambiarse en el terreno baldío cercano a la plaza, para no llegar a la casa de don Armando en pantalón corto y todo sudado. Sin embargo, al tratar de cambiarse sufrió un percance estúpido: el pantalón y la camisa se le cayeron en un charco pantanoso y quedaron impresentables. Así que subió a la casa de don Armando tal como estaba vestido. Los otros “pacientes” lo miraron con extrañeza y hasta creyó percibir desaprobación, como si presentarse así ante aquel hombre fuese una falta de respeto. No obstante, unos minutos más tarde ya nadie le prestaba atención.

Salió un joven muy delgado que vestía de negro cerrado. El rostro y las manos eran tan pálidos que resaltaban aún más la rotunda negrura de su ropa. La gente comenzó a susurrar que era el hijo de don Armando, quien había heredado sus capacidades. Pasaba frente a cada uno en la fila, le preguntaba algo y lo miraba a los ojos, luego avanzaba hacia la otra persona. El Corredor estaba expectante. Cuando llegó ante la persona que lo precedía en la cola, oyó la pregunta: “¿Cómo te llamas y por quién vienes?”. La persona respondió: “Marcolina; vengo por mi hijo, Tulio”. El joven no dijo nada más, solo miró a la mujer a los ojos y luego siguió con el Corredor. Este decidió - aunque luego se arrepentiría mucho - que mentiría sobre su nombre, no sobre el de Roderick.

- ¿Cómo te llamas y por quién vienes?

-David y vengo por Roderick.

El hijo de don Armando (luego se enteraría que su nombre, Tito, no era un diminutivo de Armando, sino su nombre real) se quedó mirándolo unos segundos más que a su

antecesora. Al menos eso pensó el Corredor. Luego siguió recorriendo la fila. El Corredor se preguntó para qué preguntaba esos datos si no anotaba nada.

Tito llegó hasta cierto punto en la fila y luego despachó a los demás con un frío “Vuelvan mañana, solo podemos con treinta”. Regresó con desesperante parsimonia. Se detuvo en la puerta de la casa y golpeó la reja con una llave para pedir silencio. Todos lo obedecieron. Él comenzó a enumerar a los pacientes por sus nombres y los de las personas por las que habían ido:

-Julián y Verónica; María y Francisco; Dolores y William; Abdala y Petra; Doris y Douglas; Anselmo y Manuela; Alfredo y Alfredo José; Antonia y Agripina; Miguel y Yanitza; y Alejandra y Juan Carlos van a pasar con mi papá. Hagan fila acá - dijo, y señaló un pasillo dentro de la casa. Los nombrados se movieron con caras de satisfacción.

Las diez personas entraron, Tito volvió a golpear la reja con la llave y prosiguió:

-Yrvin y Denis; Adela y Yusmarina; Chepina y Neptalí; Iván y Ofelia; Ender y Rafael; John y John Jairo; Miriam y José; Marcolina y Tulio; Juan Pablo y Federica; y Chiquinquirá y Esteban van a pasar con mi hermana. Entren hasta el fondo del pasillo y esperen su turno. Los diez mencionados pasaron cabizbajos, tal vez porque esperaban ser atendidos por don Armando, no por su hija.

El Corredor y otros asistentes novatos estaban impresionados por la memoria de Tito. ¿Cómo había hecho para aprenderse todos esos pares de nombres en apenas una pasada, sin anotar nada. “Debe ser un truco nemotécnico, pero aun así es digno de admiración”, se dijo el Corredor.

Tito golpeó la reja por tercera vez y soltó la siguiente lista:

-Osmeira y Cipriano; Alcibíades y Teresa; Samuel y Cecilia; Antonio y Pablo; Severo y Josefina; Adolfa y Wilibaldo; Leonardo y Patricia; Solmary y William y Victoria y Eugenia, pasen conmigo. Los atenderé yo. Pero esperen un momento -dijo Tito y caminó hasta el lugar donde estaba el Corredor, impávido porque no fue mencionado.

Para anticipar, preguntó:

-No me nombró en ninguna de las listas.

Tito lo miró de arriba abajo. El Corredor se sintió desnudo por estar en *short*. Pensó que tal vez esa era la causa de la exclusión.

-Vaya a su casa, reflexione y si quiere de verdad contactar a Roderick, vuelva con la verdad-dijo en voz muy baja, casi en susurro.

-La gente que había quedado en la fila lo miró con ojos recriminatorios. El reclamo de Tito fue un látigo que le cruzó el rostro y le dejó un estigma. Una señora de bajísima estatura (apenas le llegaba al Corredor por la cintura) musitó un regaño inentendible, tal vez en un idioma casi extinto.

El Corredor se retiró con la actitud de un perro al que le han dado una paliza. Decidió que volvería al trote, pues era la hora de ir al trabajo y a la escuela, aún lloviznaba, y las calles estaban atestadas de personas a la espera el transporte público. Además, no podía ponerse su ropa corriente porque estaba asquerosa. Chapoteó en los charcos, bajo la mirada de los transeúntes. Cuando ya había tomado buen ritmo, se preguntó por qué había dado aquel nombre falso, de dónde lo había sacado. Incluso se preguntó cuál era, a estas alturas, su nombre real.

∞

Al llegar a su casa estaba hecho un esperpento. El conserje estaba limpiado el piso y el Corredor se sintió muy avergonzado, pues era obvio que iba a arruinar su labor. Se detuvo en la escalera de la entrada, se quitó zapatos y medias y cruzó descalzo, disculpándose con gestos de cabeza. El conserje sonrió del modo que la gente cuerda lo hace respecto a los locos.

En el vestíbulo de los ascensores, el Corredor se topó con una vecina que bajaba con su niña. Ambas lo miraron con extrañeza porque iba descalzo y con los zapatos en la mano. La niña soltó una aguda carcajada y preguntó:

-¡Oye, ¿por qué te quitaste los zapatos?!

La madre la reprendió halándola del brazo y apurando el paso. El Corredor levantó la voz para dar su explicación antes de que se cerrara la puerta:

-Es que están limpiando el piso y no quise ensuciarlo con los zapatos embarrados, nena.

La madre pareció decir algo como “no se preocupe, esta niña es muy metiche”, pero ya el ascensor subía con ruidos de vieja grúa.

Al entrar al apartamento tiró los zapatos en un rincón y se sentó ante la computadora. Su propósito, dicho de manera cruda, era estar seguro de su nombre. Si iba por segunda vez a la casa de don Armando y se sometía de nuevo al gélido interrogatorio de Tito, no podía volver a decir un nombre falso porque ya no tendría más oportunidades.

Revisó todos sus papeles legales y facturas y a pesar de que a él mismo le pareció algo absurdo, anotó su nombre completo en un papel y lo guardó en la billetera plástica que solía usar y daba tan buenos resultados en días lluviosos como había sido aquel.

Al día siguiente repetiría lo hecho. Iría a San Germán, haría la cola, y cuando Tito lo interpelara, recitaría su verdadero nombre. O el legal, al menos.

Así lo hizo. Salió tan temprano y el recorrido fue tan venturoso (sin lluvia) que estuvo de tercero en la fila, detrás de dos señoras que, al parecer, durmieron en el porche de la casa de don Armando. A las cinco de la mañana, salió Tito, tan teatral como el día anterior y comenzó la pesquisa.

Cuando estuvo parado ante el Corredor, con su mirada inescrutable, no preguntó, solo asintió con un levisimo movimiento de cabeza y pasó a la persona siguiente. Al rato regresó al inicio de la cola, golpeó la reja con la llave para pedir silencio y anunció los binomios que serían atendidos por su padre, su hermana y por él mismo. El Corredor notó que tampoco esta vez lo había mencionado. El desconcierto le cayó encima, cual una red invisible. Sin embargo, Tito caminó de nuevo hacia él, se acercó muchísimo y le dijo:

-Tú tendrás que esperar por la tía Clío. Llegará a las ocho y veintitrés, ven conmigo.

Pasaron por las salas donde los diez pacientes de don Armando y los diez de la hija aguardaban su turno, cruzaron el umbral que daba a un patio interno y luego otro, hacia más recámaras. En el pasillo había un sillón de cuero tachonado de clavos con cabezas de oropel.

-Espera aquí-dijo Tito y se esfumó con sigilo, como si flotara a pocos milímetros del suelo.

El sitio está envuelto en una espesa penumbra. Solo en ambos extremos del pasillo había algo de luz. El Corredor se quedó a solas y en reposo como casi nunca porque en su casa también solía estar sin compañía, pero siempre estaba “ocupado”, leyendo o navegando

en internet; y la mayor parte del tiempo andaba corriendo, con sus pensamientos saltando dentro de la cabeza.

La sensación de soledad y reposo le hizo pensar, sin ningún tipo de medias tintas, en la muerte. “Así debe ser estar muerto”, se dijo, y volvió a experimentar los escalofríos de sus encuentros con Roderick.

Varias veces miró el reloj, aunque se había propuesto no hacerlo. A las ocho y quince reparó en la extraña precisión del anuncio de Tito, e informó que Clío llegaría a las ocho y veintitrés. A partir de ese momento casi dejó fija la mirada en el reloj y, por supuesto, se desesperó un poco. A las ocho con veintidós minutos y cincuenta y nueve segundos se escuchó una campanilla que sonaba al abrir o cerrar la puerta principal del caserón. Se escucharon voces susurrantes, como de bibliotecarios antiguos. Unos momentos después, una mujer aparatosa y que acarrea varios carterones y carpetas se detuvo ante el Corredor. -¡Hola, soy Clío!, tenemos que hablar-dijo, ofreciéndole una mano que surgió detrás de toda aquella parafernalia -. Sígueme, por favor.

Clío caminó con maneras de gallina gorda y entró a una de las recámaras. A diferencia del pasillo, esta habitación tenía mucha luz, pues buena parte de una de las paredes era un ventanal que daba hacia el exterior de la casa. Clío abrió las hojas batientes al halar una palanca con gran fuerza. Era una mujer robusta; parecía una campesina de las montañas, de esas que matan conejos a palazos. Al abrir entró un olor putrefacto, como a basura y heces humanas.

-¡Ufff!-exclamó Clío-. Es la quebrada. La gente la usa como cloaca. No sé cuándo aprenderán a vivir como personas. Perdona por ese olor.

El Corredor se sintió en confianza y le dijo que no tenía por qué pedir perdón por las fallas de otro.

-Y, además, señora Clío, yo sé cómo funciona todo por acá porque viví 19 años tres casas más arriba.

La mujer se había ocupado despojándose de todas sus cargas y poniéndolas sobre el escritorio, las mesitas, las sillas y hasta en el ancho marco de la ventana. El Corredor tuvo la impresión de que, una vez finalizada esta operación, Clío era ya otra persona, con muchos kilos menos, una chica casi grácil con un vestido que ahora le quedaba demasiado holgado.

¡Ah, sí, yo sé, yo te conozco!-dijo-. De hecho, estudiamos juntos... ¿no te acuerdas?

El Corredor no se acordaba. Hasta hace un segundo hubiese jurado que nunca en su vida la había visto.

Clío, por fin, se sentó en la silla del escritorio. En esa pose lucía más parecida a una gerente de ventas un poco excéntrica que la persona que se supone que era, aunque, a decir verdad, Tito nunca le dijo por qué su caso era tan específico para ella. De pronto, el Corredor conectó una cosa con la otra: si Clío lo conoció en su vida previa, si estudiaron juntos, entonces debió conocer también a Roderick. Tan sencillo como sumar uno más uno. -¿Entonces estás aquí porque quieres conversar con Roderick?-soltó ella, sin más preámbulo.

El Corredor reflexionó unos instantes, durante los cuales notó que el olor a podrido se intensificaba. Imaginó los caldos nauseabundos de la quebrada-cloaca evaporándose con el calor del sol matutino. Luego miró a Clío a los ojos y respondió con seguridad:

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-No con exactitud. Podríamos decir que es lo contrario, pues ya he hablado con él y no me explico cómo.

Clío había sacado de una gaveta algo que parecía ser un rosario, aunque también podría ser un ábaco. Lo manipulaba sin mirarlo mientras sus ojos habían adquirido los movimientos erráticos de una persona ciega. Se quedó en silencio, tal vez procesando el grueso bocado que el Corredor le había entregado. Luego comenzó un interrogatorio eficaz y concreto, en el estilo que al Corredor le hubiese gustado encontrar en el psiquiatra. Le preguntó cuándo comenzó a percibirlo, cuándo hablaron, de qué, cómo se le veía, cuántas veces ha pasado, qué suelen hacer en sus encuentros. También quiso saber si le ha pasado algo igual con personas distintas a Roderick y si ha experimentado otros hechos que puedan catalogarse como *poltergeist*.

Luego de tan preciso sondeo, el Corredor tuvo la sensación de que, por primera vez desde que todo esto se inició, había quedado vacío, había volcado todo lo que tenía por dentro ante una persona que podía ayudarlo. Admiró a Clío por su asertividad. Le preocupó un poco que no hubiese anotado nada, pero se confió en que tendría las mismas facultades memorísticas de Tito.

Clío miró un punto sobre la cabeza del Corredor, mientras manipulaba su mezcla de rosario con ábaco. Daba la impresión de ser un antiguo romano, enfundado en anchos ropajes, tocando una cítara, con sonidos solo perceptibles para su propio oído.

Sin más, dejó de tocar el instrumento. Lo guardó en la gaveta. Respiró profundo, miró al Corredor a los ojos y explicó:

-Si ya has hablado con él, mi labor es innecesaria porque justo lo que yo hago es comunicar a los que no pueden ponerse en contacto. ¿Entiendes?

El Corredor asintió, aunque por dentro, sus expectativas se desmoronaban una vez más. Clío pudo percibir su desconcierto, y prosiguió:

-Ahora, entiendo que tú quieres que alguien te explique por qué has comenzado a ver a Roderick y a tener las otras experiencias... ¿Estoy en lo correcto?

El Corredor retrocedió a tiempos infantiles, cuando alguien investido de autoridad adulta le hacía preguntas raras. Sin embargo, asintió de nuevo por considerar que Clío estaba bastante cerca de su sentir.

-Eso no te lo va a explicar nadie. Tendrás que entenderlo tú solo - sentenció Clío y, dejando al Corredor en blanco, tomó una campanilla que estaba en el escritorio y la hizo sonar tres veces.

En segundos apareció en la recámara una anciana muy delgada. Tenía el aspecto de una planta que se ha secado, pero sigue en pie. Clío le hizo apenas un ademán y ella, a su vez, le hizo otro al Corredor. Era una orden para que se levantara y saliera de la habitación. Lo hizo. La mujer larga y seca (tuvo la impresión de que era algo parecida a la enfermera del corredor incansable) lo condujo por el pasillo hasta la puerta de la calle, la abrió, haciendo sonar de nuevo el pequeño cencerro. Con puros gestos invitó al Corredor a salir. Él lo hizo, pero se detuvo y dijo:

-Un momento, señora, yo aún no he pagado. ¿Cuánto debo?

La mujer hizo un gesto repetido con la mano derecha, como quien aparta una cortina o

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

una rama atravesada en un camino. Su rostro indicaba que no tenía instrucciones de cobrar nada. Cerró la puerta con otro ruido de campanilla y pasó varios cerrojos.

Y allí estaba el Corredor de nuevo, en la calle de su niñez, de nuevo en el mismo punto de partida.

CAPÍTULO 24
INCISO SOBRE
LA CÁMARA RÁPIDA

Tantas veces había oído decir que la gente recuerda su vida como una película en cámara rápida cuando experimenta grave riesgo de muerte. A él, por lo visto, le pasaba en situaciones normales, sin riesgo alguno, echado en su cama, caminando por la calle y, sobre todo, mientras corría.

La película era algo más que eso: era una feria de sensaciones no solo visuales y sonoras, sino también olfativas, gustativas y táctiles asociadas con oleadas de emociones redivivas, recuerdos de interpretaciones que le fueron dadas a gestos, palabras, silencios y miradas.

¿En qué rincón del universo está almacenada toda esa data irreplicable de olores de manera inequívoca atados a días, a personas, a dolores, a placeres, a vacíos?

Vertiginoso, el huracán de memorias con sus texturas, sus colores y densidades lo dejaba exhausto de emociones inexplicables. A veces tenía la sensación de que no solo se trataba de un resumen apurado de su propia vida, sino que había en el recuento trazas ancestrales, destellos de viejas historias ajenas, puntos de corte que tal vez significaban antiguas muertes; tiempos blancos y nebulosos como de espera en un prolongado sueño, etapas de existencia vegetal, quizá insondables navegaciones en el útero.

TERCER TRAMO (DE 12 A 18 K)

CAPÍTULO 25

LA PITONISA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)
ESPACIO PARA EL EPÍGRAFE N.º 3

El Corredor no tenía previsto hablar con Herme aquella tarde. Por eso pasó por la acera de enfrente y todavía al trote. Pero Herme salió de prisa de su puesto de libros, cruzó la calle de una manera temeraria y se le plantó enfrente. La escena fue tan extraña que algunos transeúntes se pararon a ver qué ocurría.

Tal vez para disipar la curiosidad, Herme le pasó el brazo por los hombros al Corredor y le habló casi al oído, aunque su voz era siempre indiscreta.

-Perdona, pero tengo algo urgente que decirte.

El Corredor hizo un gesto claro de desagrado. Sacó el cronómetro que llevaba en el bolsillo del *short* y oprimió un par de botones.

-¿Qué será tan urgente? - preguntó.

Herme casi lo arrastró hasta el puesto. Al cruzar la calle tuvieron que esquivar a dos motorizados. Ya en el puesto de libros, Herme dijo con cierta solemnidad:

-Vas a hablar con la Pitonisa.

El Corredor se sintió indignado. Herme, había osado interrumpirlo en su carrera para insistir en un asunto que ya habían discutido varias veces. Herme quería que el Corredor se consultase con una amiga suya que tenía ciertas facultades, leía el tarot, se aplicaba a la astrología y a veces podía detectar cosas con tan solo estar cerca de la persona. Todas esas capacidades, las había adquirido luego de haberse ahogado durante un día en un embalse, en su infancia. La habían sacado del agua casi muerta, la apretujaron para que expulsara el agua, le dieron respiración artificial y entonces, por milagro, volvió a la vida.

Según contaba la misma mujer, tan solo dos días después de aquel episodio comenzó a presentir situaciones.

Un día caminaba con su abuela por una calle del barrio. De pronto, sintió el impulso irrefrenable de empujar a la abuela hacia un jardín. En el instante en que lo hizo pareció algo brutal, criminal, pero dos segundos después un enorme camión recolector de basura saltó sobre la acera y se estrelló contra la pared de una casa. De no haber sido empujada, la abuela habría quedado estampada en aquel muro. Al menos diez testigos dieron fe de que la niña no tuvo una razón lógica para empujar a la abuela. Había sido una inspiración divina. O algo sobrenatural.

Durante años los familiares y vecinos de Isabelica, que así le dicen, creyeron que se dedicaría a la vida religiosa. Pero ella estaba lejos de ese mundo. Más bien derivó hacia el campo de las facultades adivinatorias y adquirió una temprana fama de bruja.

-Te he dicho que no quiero saber nada de ese tipo de cosas-dijo el Corredor

-Es que tienes que hacerlo - insistió Herme-. Ayer ella pasó por aquí y me tomé la libertad de hablarle de tu caso.

-No debiste hacerlo-dijo el Corredor, interrumpiendo a Herme.

-Bueno, pero lo hice, aunque le aclaré que tú no querías. Entonces, ella me preguntó si tenía algo tuyo a mano... Y, por casualidad, habías dejado aquí uno de tus peroles, y se lo di...

-Uno de mis peroles, ¿qué peroles?

-Ese que se parece a un chaleco y tiene una botella de agua.

-¿Yo dejé eso aquí y a ti no se te ocurrió nada mejor que dárselo a esa mujer?

-Sí, pero te lo va a devolver, no te angusties.

-Ese no es el punto.

-Claro que no es el punto - dijo Herme, como un vendedor habilidoso encuentra una brecha para argumentar a favor de su producto -. El punto es que a ella le sirvió el perol para ver algunas cosas.

-¿Qué?

El Corredor estaba indignado. Subió tanto el tono que la vecina de Herme volteó a husmear con fallida discreción. Los miró como quien ve una discusión conyugal y trata de ignorarla.

- Mira, Corredor, ya está hecho. Si te ofendí, perdón. Si quieres hablar con ella me dices; si no quieres, bien. Mañana te devuelvo tu perol. No te tibies.

El Corredor apartó la manaza de Herme, que lo había asido con su tosca afabilidad a la altura del codo. Estaba tan indignado que decidió volver al parque y dar un par de vueltas más para drenar su disgusto. Regresó ya al anochecer y lo hizo por la calle de atrás, para no volver a ver a Herme ni siquiera de lejos.

Mientras se bañaba, como si el agua hubiese refrigerado su entendimiento, empezó a considerar la posibilidad de ir con la Pitonisa. Tendría que doblegarse ante Herme, y eso le hacía subir de nuevo la temperatura, pero si había buscado la respuesta en la psiquiatría, en la iglesia, con Clío y en sus propias investigaciones, ¿que tenía de malo abrir el espíritu y considerar lo que aquella mujer tuviera que decirle?

Mientras cenaba trató de ingeniar una forma de que Herme volviera plantearle el asunto sin que él apareciera cediendo. No se le ocurría nada.

Sonó el timbre y el Corredor tuvo la extraña impresión de que lo hizo de una manera distinta a la habitual, como si alguien hubiese cambiado el aparato. Sin embargo, en apariencia era el mismo de siempre y estaba allí adosado a la misma pared. Volvió a sonar y una vez más era diferente. Fue a abrir, miró por el ojo mágico. Era Herme.

Abrió.

-Mira, Corredor, déjate de tonterías y ve a hablar con Isabelica. Tienes que hacerlo-enfatizó Herme. Su rostro transmitía una honesta angustia-. Vístete y vamos ya.

El Corredor cayó en cuenta de que apenas llevaba puestos unos viejos calzoncillos y estaba descalzo. Entendió que era justo lo que había pedido: una oportunidad para aceptar la petición de Herme sin gran desmedro de su dignidad.

-De acuerdo-dijo-. Entra y espérame un momento.

-No, yo te espero aquí-dijo Herme.

El Corredor cerró la puerta, fue a la habitación se vistió y salió al pasillo.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Herme lo esperaba recostado de la baranda. Bajaron en silencio, algo raro, tratándose de Herme. Frente al edificio, con un gesto resuelto, Herme detuvo un taxi, consultó al conductor y luego abrió la puerta trasera y subió. El Corredor lo siguió. El taxi tomó rumbo al norte; en el habitáculo hubo un cruce de olores: el del Corredor, a jabón y champú de persona recién bañada; el de Herme, una acre mezcla de sudor, comida muy aliñada y todo un día en la calle; y el del vehículo, procedente de uno de esos ambientadores frutales.

El taxi se detuvo, por instrucciones de Herme, frente al porche de una casa que a primera vista parecía abandonada. Una contumaz maleza había tomado posesión del jardín y largas hebras vegetales caían del techo. Las paredes estaban descascaradas, y una especie de fuente en medio del jardín mostraba muchos mohos y óxidos añosos. Herme golpeó la reja con su llavero y llamó a gritos a la mujer:

-¡Ah, Isabelica; ah, Isabelica!

El Corredor volvió a evocar los gritos de los pescadores capaces de sobreponerse al ruido del mar.

En una de las ventanas casi cubierta por las breñas se abrió apenas una cortina. El Corredor recuerda que el ojo de Isabelica emitía un destello mínimo antes de que la cortina volviera a cerrarse. Unos instantes después, la puerta se abrió con dificultad como si detrás hubiesen también las marañas de tallos y raíces que había afuera.

El Corredor entró a la casa pensando que aquello había sido una mala idea, imaginó un espacio sucio y desordenado tal vez poblado de gatos de aire malvado. Aquella mujer era, ¿qué duda cabía?, una loca. Pero al traspasar el umbral se apreciaba un cambio radical: un ambiente muy sencillo limpio, iluminado con suavidad, aromas de incienso y una Isabelica angelical, muy joven, con una belleza límpida procedente de las profundidades. Era pequeña Isabelica, casi parecía una niña de 12 años. Vestía pantalón y franela y usaba una especie de boina. No se le veía ningún ícono de lo que cabía esperar en una pitonisa, como la llamaba Hermes. Su mano estaba fría como si acabará de sacar algo de la nevera y hablaba muy bajo, tanto que a veces parecía que solo movía los labios. Herme hizo las presentaciones y dijo que estaría fuera con Babieca.

Al Corredor le admiró la familiaridad de Herme con Isabelica. Se notaba que eran amigos y no pudo evitar pensar en que la chica tenía un caballo, allí en plena ciudad. En realidad se trataba de un perro y pudo constatarlo al oír los ruidos que hizo al recibir a Herme en el patio trasero.

El Corredor sonrió en forma nerviosa y la joven lo miró con cierta ternura, como se mira a un niño enfermo. El Corredor quiso comenzar a exponer su caso, pero Isabelica le dio a entender que ya estaba al tanto.

-Herme me dijo.

-No le vayas a creer todo lo que dice.

- No, claro que no-respondió ella una mínima sonrisa-. Solo le creo lo que sí es verdad.

La frase le sonó al Corredor como si estuviera inserta en una película. En su cabeza hasta reverberó en ecos dramáticos.

La chica pidió perdón para buscar algo y regresó con el chaleco del Corredor Era

uno de esos adminículos que usaban los corredores esnobistas y remilgados. Eso era lo que creía el Corredor, pero lo usaba porque se lo había regalado Eduvigis Lourdes y, a fin de cuentas, era apropiado para llevar los documentos, el iPod, el envase de agua y las llaves. En particular, era indispensable si corría con el *short* de licra sin bolsillos, otro adminículo propio de imbéciles, esta vez regalo de Yoly.

Esto es tuyo, dijo Isabelica, devolviéndole el chaleco y el Corredor lo colocó en la mesa de centro, como si fuera un objeto peligroso.

-¿Te dijo algo?-se atrevió a retar a la chica.

-¿Quién...? ¿Herme?-fue su respuesta. Parecía confundida, porque ya le había dicho lo que hacía con la información aportada por Herme.

-No, no digo Herme, sino el chaleco- aclaró el Corredor con un toque de diversión.

- Sí, me dijo varias cosas - dijo Isabelica.

Pensó mantenerse al ataque, desafiarla a contar esas cosas, ponerla a prueba, pero tuvo la intuición de ir por un camino más trabajoso, con mejores perspectivas de resultados. Suspiró y preguntó:

-¿Y crees que alguna de esas cosas puede ayudarme en este trance?

La palabra *trance* resonó con los mismos compases que antes lo había hecho *verdad* en la voz de Isabelica.

- No se trata de lo que yo crea, sino de lo que creas tú-dijo la mujer, y bajó tanto el volumen de su voz que el Corredor tuvo que ladear la cabeza para oír.

-De acuerdo, te escucho-dijo.

La chica guardó, silencio pareció buscar el pie de su exposición. Lo miró a los ojos y sentenció: -Todo lo que ves es verdad, pero no todo puede entenderse. Algunas cosas solo se entienden mucho tiempo después, no hay razón para angustiarse.

El Corredor analizó lo dicho por Isabelica. Estaba de acuerdo, pero era una de esas cuestiones de sentido común. No le había impresionado nada en particular. Decidió que seguiría en silencio, hasta que ella mostrara más cartas. La joven vio un punto lejano y añadió:

-Tu amigo y tu deporte coinciden por algo. Solo tú puedes saberlo, pues de seguro son expresiones de un mismo anhelo, de una misma incompletitud, si es que existe esta palabra - dijo Isabelica.

Esta segunda reflexión lo sacudió más. La chica sabía cosas, aunque tal vez fuese todo producto de la incontinencia verbal de Herme.

Siguió jugando a esperar sin asentir ni rechazar nada. Isabelica cerró los ojos. Era el primer gesto convencional que le veía hacer en su rol de pitonisa. Tal vez ahora intentaría montar su numerito. El Corredor desconfió a fondo, y la chica debió detectarlo y lanzó uno de sus ases.

-Para acceder a estos lugares o, tal vez, no lugares, hay que encontrar una puerta, una ventana, una claraboya o lo que sea. Tú lo hiciste, pero te niegas a admitirlo. ¿Sabes de qué te hablo?

La pregunta retumbó como un cañonazo. Al Corredor lo tomó desprevenido, pues estaba en onda de no responder.

-No-dijo como recurso para ganar tiempo.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-Yo creo que sí sabes-replicó Isabelica con una entonación encantadora.

El Corredor pensó que esa podría ser una conversación de otra tesis si ellos estuvieran, por ejemplo, en medio de una cita romántica. Se animó a seguir el juego.

-A ver... dime qué crees tú que yo sé.

Isabelica se acomodó el cabello detrás de la boina, hizo el ademán de amarrarlo en una cola, pero luego lo soltó.

-El suicidio.

Esta vez la palabra tronó como un gran timbal de orquesta sinfónica. El Corredor se quedó inmóvil, con la mirada clavada en el chaleco. Ahora parecía ser una serpiente que estuviese a punto de saltarle encima. Nada que él hiciera podría evitarlo.

-¡Coño!-murmuró.

-Del suicidio como punto de partida-añadió Isabelica.

De eso nunca había hablado Herme con él. Se trataba de uno de sus secretos, guardado bajo tantas llaves que ni él mismo tenía claro qué había pasado esa lejana (¿qué tanto?) tarde, cuando *aquello* estuvo cerca de pasar. Al pensar en el asunto en presencia de Isabelica, cayó en cuenta de que se refería al tema como *aquello*. Su cerebro era un hervidero y el cuerpo se le revolvía en el asiento. Isabelica observaba serena. El Corredor comenzó a sudar como si estuviera corriendo.

-¿Por favor, qué fue lo que viste en el chaleco acerca de ese punto?-preguntó el Corredor con voz quebradiza. Así estaba él todo: a punto de quebrarse.

-Espera. No fue en el chaleco. El chaleco es solo un chaleco. Lo vi en ti. El chaleco fue apenas un puente.

-Como sea... ¿qué viste?

-Te vi desesperado cerca de un precipicio con los caminos cerrados. Te vi como en un sueño corriendo con traje y corbata como los guardaespaldas del papa. Te vi en una ciudad vieja, tal vez esta misma, pero en otro tiempo.

Era contundente. No recordaba haberle dado todos esos detalles a Herme, pero en particular sabía que no había dicho nada de sus devaneos con el suicidio. Resolvió que allí debía concentrarse.

-Háblame de lo que viste allí cerca del precipicio-pidió el Corredor.

-Vi que entonces no eras tú tal cómo eres ahora. Eras alguien distinto, en un momento de transformación profunda.

-¿Qué fue lo que hice?

La pregunta le salió como un doloroso alarido, tanto que Isabelica pareció estremecerse. Se acercó a la mesa que los separaba, donde el chaleco seguía dormido.

-Eso no está claro. Si quieres puedo avanzar, pero necesito tu colaboración.

El Corredor se sintió acorralado. La chica lo había embaucado a pesar de todas sus reservas. Él sabía que eso iba a pasar. Por eso no había querido ir con ella ni con los otros amigos de Herme. Se sintió ultrajado.

-Debo pensarlo, analizarlo con cuidado.

-Te entiendo-dijo Isabelica, ya serena. Se quedaron en silencio, y entonces pudieron oír los ruidos de Babieca, que jugaba con Hermes como si fueran dos niños.

CAPÍTULO 26

CON ISABELICA, SIN HERME
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

La siguiente vez que el Corredor vio a Isabelica fue a solas. Habían quedado de acuerdo en aquella primera ocasión de una manera casi secreta. Isabelica le entregó un papelito con su correo electrónico y coordinaron la cita al margen de Herme.

La casa de Isabelica estaba cerca de la ruta que el Corredor seguía para ir al sendero de Todosnadie. Por eso le preguntó si tendría algún reparo en que él se presentará en su casa en ropas de correr. De esa manera, luego de la consulta, subiría a la montaña y correría. Isabelica le respondió que podía ir vestido como le viniera en gana. En tono de chanza agregó que tenía un amigo payaso que a veces iba con su indumentaria de trabajo. Los vecinos ya están acostumbrados a ese tipo de escenas. Al Corredor le pareció encantadora la actitud de Isabelica.

De muy buena gana se preparó para ir a su casa y de hecho hizo el recorrido en un suave trote. Llegó apenas caldeado, con un ligero sudor que lo hizo sentir como un prominente deportista.

En el lugar donde alguna vez estuvo el timbre de la puerta de la casa de Isabelica, un pequeño cartel con una flecha rezaba: “Por favor, toque con la aldaba”.

El Corredor miró el objeto emplazado en medio de la puerta y le pareció demasiado grande, como si hubiese sido elaborado para el pórtico de un castillo. Se quedó unos segundos inspeccionándolo. El aro era una serpiente que se muerde la cola, y la parte fija, una estrella de David con varios símbolos astrológicos.

No aguantó la tentación de hacerle una fotografía. Sacó su cámara digital y lo hizo. El *flash* tuvo el efecto de un relámpago inusitado en aquel porche lóbrego. Con prisa, guardó la cámara y dio dos aldabonazos. Sonaron como una campana ronca. Dentro se escucharon ruidos de muebles protestones y puertas chirriantes. “Esto es demasiado cinematográfico para mi gusto”, musitó el Corredor.

Isabelica acudió casi un minuto después del último golpe del llamador. Ya el Corredor había comenzado a mover la mano para tocar de nuevo, pero la puerta se abrió.

Isabelica sonrió. Al Corredor, su risa le pareció de sombrilla playera, por lo que pensó que tal vez Isabelica fuese familia de Herme, quién sabe si hasta su hija.

-¡Hola, Corredor!-exclamó-Vi un resplandor, ¿tomaste una foto?

El Corredor pensó en mentir, pero luego decidió que sería inútil y una mala manera de comenzar con Isabelica. Había quedado escarmentado con la experiencia vivida con Tito.

-Sí, me llamó la atención tu serpiente que se muerde la cola...

-¡Ah, tú dices Uróboros! No es mía, en verdad... Y te diré algo, si te impresionó verla es porque estás listo para cruzar el portal, dijo, y abrió por completo la puerta.

Babieca andaba suelto y se puso muy tremendo. Al Corredor le importunó mucho la nariz fría y húmeda del perro en contacto directo con sus piernas. Isabelica le

ordenó irse al patio y, luego de resistirse un poco, el animal obedeció. Ella cerró la puerta trasera, y Babieca se quedó del otro lado, rasguñando la madera y lanzando extraños aullidos.

Isabelica lucía distinta aquella segunda vez. Hablaba más alto, incluso con un cierto acento exclamativo en todas sus frases. Al Corredor le recordó un poco la manera de hablar de Clío. Llevaba una falda de corte recto y unas botas altas que le daban un aire de predicadora ambulante. Esta vez no llevaba boina, sino que tenía el cabello recogido en una sobria cola.

-¿Vas a salir?-preguntó el Corredor.

-No - respondió Isabelica, sin dar lugar a explicaciones. Sus ojos pusieron un punto y aparte muy claro, luego de la negación. Volvió a su tono de voz apenas audible.

En el paréntesis de silencio, los rasguños y gruñidos de Babieca se hicieron más intensos, cual música incidental en un film de suspenso. Isabelica sonrió apenas, como si administrara con cuidado la dosis de cordialidad, y preguntó:

-Entonces, ¿hasta dónde quieres llegar?

El Corredor no podía evitar darle a la escena y a las palabras de Isabelica una connotación sexual. Tal vez era algo que se le había contagiado de Eduvigis Lourdes, un subproducto de demasiadas conversaciones con ella. Sin embargo, se recompuso y le dijo a Isabelica lo que había ensayado:

-Amiga, hasta el final. Yo no solo quiero, sino que necesito saber qué me ocurrió a mí y qué le pasa a Roderick.

Al decir el nombre, el Corredor cayó en cuenta de que era la primera vez que le mencionaba su amigo a Isabelica. Así que debería explicarle quién era.

-Roderick es el amigo que...

-Yo sé quién es Roderick-interrumpió Isabelica sin inmutarse.

-¿Sabes quién es él?-ripostó el Corredor, incrédulo.

-Sí, ahorremos ese relato. Aprovechemos el tiempo.

El Corredor se sintió por completo desconcertado dentro de su de por sí grande desconcierto. ¿Qué podría saber ella de Roderick? Y si sabía algo, ¿hasta dónde llegaba su conocimiento? Era intimidante. Tuvo la sensación de estar desnudo ante Isabelica. La sacudida fue tan contundente que se descubrió a sí mismo estirando las mangas del *short* como para cubrir más sus piernas. Este gesto se lo había visto hacer a algunas mujeres con vestidos demasiado cortos. Se sintió ridículo.

-Tranquilo. Cuental las cosas como tú quieras, no deseo entorpecer tu historia -dijo Isabelica, dejando claro que también entendía a la perfección lo que él pensaba en ese momento.

-No, mejor tú dime qué sabes de Roderick-respondió el Corredor con algo de resentimiento en su entonación.

-Roderick fue tu gran amigo. Te dolió tanto su muerte que hasta te obligaste a olvidarla. Ahora te has encontrado con él y es lógico que estés muy confundido, asustado, casi aterrorizado. No sabes si él volvió o tú te fuiste, no sabes si este mundo es real o no. No sabes si estás bien o estás loco.

El Corredor oía a Isabelica como si oyera dentro de su propia cabeza. No tenía

ningún deseo de hablar en ese momento, quería seguir escuchando. Tal vez a continuación vendría la frase que despejara el misterio.

Isabelica siguió:

-Roderick es un recuerdo muy profundo. Tiene que ver con la intensidad de la infancia, de los primeros años. Él vive en ti, si quieres decirlo de esa forma. A veces, la esencia de las personas que se han ido se activa no digamos que de forma accidental, sino azarosa, por la conjunción de varios factores. Los traemos de vuelta de diversas formas. Por lo general, quien lo hace se asusta tanto que la experiencia se aborta o se distorsiona.

El Corredor se sintió confortado. Isabelica parecía muy enfocada, iba por buen camino en su explicación del fenómeno. Se animó a preguntar:

-¿Entonces, su persona no es más que un recuerdo?

-No me atrevería a afirmar algo así, pero eso es más o menos. Habría que analizar el caso. Si solo tú lo percibes de manera sensorial, es un recuerdo vívido. Si otras personas también lo perciben, quiere decir que su esencia se activó más allá de ti.

Las palabras de Isabelica surtieron efecto balsámico. El Corredor se serenó como hacía tiempo no lo conseguía. Estaba tranquilo por primera vez en meses, tal vez años. Isabelica le reforzó aquella agradable sensación al decirle:

-Deja a un lado el miedo, lo que pasó pasó, lo que pasa pasa, lo que viene conviene.

Isabelica estaba sentada a un metro de distancia, pero al decir esa frase, el Corredor la percibió como si se hubiese levantado del asiento, como si hubiese crecido hasta hacerse gigante y como si lo hubiese acurrucado en su regazo. Experimentó un profundo deseo de dormir y hasta tuvo que pelearse con el sueño. Isabelica lo veía con gesto dulce, cual si mirara a un bebé en su cuna.

-Si quieres dormir, duerme; yo te despertaré en un rato cuando hayas reposado en paz.

El Corredor no pudo resistirse al sueño ni a la ternura de aquellas palabras. Isabelica lo ayudó a recostarse en el mueble de dos puestos, con la cabeza en uno de los cojines. Se encogió a una posición casi fetal y durmió profundo.

Al despertar la sala estaba en suaves penumbras. Se escuchaba una hermosa música. El Corredor creyó identificar las típicas cadencias de Mozart. Era de noche. Estaba cubierto con una manta y no tenía puestos los zapatos, aunque no recordaba habérselos quitado. Estaban allí, junto al mueble donde había dormido. Se incorporó con la agradable sensación de haber descansado de maravilla, se puso los zapatos, dobló la manta y caminó hacia el único lugar de la casa del que brotaba luz. Se detuvo al sospechar que tal vez fuese la habitación de Isabelica. Optó por llamarla. Primero lo hizo muy suave. Luego, un poco más alto. Como no tuvo respuesta, se atrevió a llegar hasta el umbral de la habitación iluminada. La puerta estaba abierta, pero él la tocó y volvió a llamar a Isabelica.

De pronto lo invadió el temor de que Isabelica no fuera más que otro de sus peculiares personajes, y que ahora, luego de aquellas horas de sueño benefactor resultara ser que no existía tal mujer. En tal caso, ¿qué hacía en ese lugar, qué lugar era ese?

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

-¡Hola!-dijo Isabelica, haciendo que al Corredor le volviera el alma al cuerpo. La voz emergió de la parte baja del lugar porque Isabelica estaba en una postura de yoga, sentada en el suelo.

-Disculpa, Isabelica, creo que me quedé dormido y ahora es de noche y debo irme.

-No te disculpes, te hacía falta dormir. ¿Cómo te vas a ir a tu casa a estas horas?

-Al trote.

-Debí suponerlo.

-¿Cuándo puedo volver para hablar de lo que ahora tú sabes?

-Mañana a las tres.

-Aquí estaré.

CAPÍTULO 27

LA PROTESTA

(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Al comenzar a correr por las calles de la urbanización, el Corredor no se sentía seguro. La iluminación no era mala, pero había algo en el ambiente que le causaba una rara perturbación. Los perros ladraban a su paso en los porches de las casas y un grupo de hombres de diferentes edades le gastaron bromas al pasar junto a ellos. Bebían cerveza y jugaban dominó.

Pasó junto al Hospital Privado y vio una pequeña multitud que parecía clamar por entrar. Pero se lo impedía una barrera de centinelas apertrechados con armaduras. No le pareció que fueran policías o soldados. Intentó pasar junto a la multitud, pero resultó que eran tantas personas que llenaban la calle. Tuvo que detenerse para no tropezar con ninguna. Buscó a alguien que pareciera dispuesto a dar una explicación y vio a uno que parecía el candidato ideal, un dicharachero señor de unos 60 años, con gorra de beisbol azul. En tono de simple curioso, le pregunto qué pasaba, qué hacía esa gente allí.

-Usted no es de esta ciudad, ¿verdad?

-Sí soy. ¿Por qué lo dice?

-Porque solo los forasteros no saben nada de esta gente aquí en la puerta del Hospital. Es algo de nuestra idiosincrasia - dijo con aire magistral.

-Nunca lo había oído decir, pero ¿qué hacen aquí?

-Buscamos segundas oportunidades.

El Corredor notó que la multitud era variopinta. Había ancianos muy enfermos, hombres casi hechos pedazos, niños famélicos sin cabello, pero también gente que lucía bastante sana, como el señor de la gorra.

Ya quería seguir hacia su casa, olvidar esa manifestación tan suya en su género, pero quiso hacer una pregunta más:

-Oiga, señor, ¿desde cuándo están aquí?

-¡Uuuff! - respondió el hombre-. Aquí hay gente que está desde la fundación del Hospital hasta los últimos que llegaron hoy.

En la cabeza del Corredor comenzaba a tomar forma una tesis patética, pero otra parte suya hacía esfuerzos por sofocarla. Pensó en un escuadrón de anticuerpos combatiendo una infección. La imagen lo distrajo tanto que solo cuando lo vio gesticular se enteró de que el señor de la gorra le estaba hablando. Se excusó y le pidió que repitiera.

-Te preguntaba si tú eras de los últimos de hoy. Tienes pinta de que te acaban de echar.

-¿Echarme de dónde?-pregunto intrigado. Sintió que los anticuerpos caían derrotados ante la infección.

-¿De dónde va a ser? De allá dentro - respondió el señor de la gorra, mientras miraba hacia el hospital que, así, lucía como una fortaleza bajo asedio.

-No, yo vengo de otra parte; solo voy de paso.

-¡Ah!-dijo el hombre de la gorra, con cara comprensiva -.

Como tú digas.

El Corredor reanudó su carrera, dejó atrás a la multitud noctámbula. Pensó en que consultaría en internet si acaso aquella era una protesta contra el hospital. Lo extraño es que él no se había enterado de su prolongada duración. Bueno, en realidad, en una ciudad como esta pasan tantas cosas de las que la mayoría ni se percata. Es como si no fuera una ciudad, sino varias superpuestas, yuxtapuestas, como quiera que se le llame a eso. Solo ocasionalmente las realidades se rozan o chocan y echan chispas, como ocurre con esa gente allí protestando durante años enteros. Ya casi llegaba a su edificio cuando logró dejar de pensar en la multitud y el señor de la gorra.

∞

Volvió al primer plano el reciente recuerdo de Isabelica y de la noche de sueño reparador que había conjurado gracias a ella; escuchó de nuevo sus palabras acerca de lo que pasó, de lo que pasa y de lo que viene. Sobre todo, pensó en lo que dijo acerca de no tener miedo. Tal vez el bajar la intensidad del miedo era lo que había permitido dormir también con placidez. Y también era la causa de que se había descorrido el velo. Esta última representación lo hizo sonreír. Descorrer el velo. ¡Descorrer!, vaya qué verbo, sobre todo si se le aborda corriendo. ¿Será que ahora iba a comenzar a ver cosas, tal como lo hacía Isabelica?

Entró al edificio y el vigilante apenas si notó su paso e hizo un ligero movimiento con la mano derecha, sin quitar la vista de su televisor.

En el espejo del ascensor, el Corredor se miró a fondo como si buscara dentro de sus propios ojos. En los segundos que duró allí se imaginó una historia en la que él e Isabelica eran una pareja de pitonisos y trabajaban juntos en ese rebuscado oficio y además estaban enamorados, vivían juntos y tal vez se casaban en una ceremonia llena de detalles esotéricos en la que había invitados de varios planos de la existencia.

Ya en su apartamento, tomó agua a grandes tragos, se sintió feliz. Miró por la ventana de la cocina. Comenzaba a clarear, iba a ser una de esas mañanitas con arboles. El agua le supo dulce como si le hubiese puesto varios terrones de azúcar. Pensó en Isabelica, tan serena, tan tierna, tan menuda, y fue entonces cuando evocó, por oposición, a Yoly. Si fuese una pelea de boxeo el narrador diría que, contra todos los pronósticos, la pequeña Isabelica amenazaba con destronar a la bien dotada Yoly.

Era la primera vez que pensaba en una mujer distinta a Yoly, al menos en términos de una relación significativa. En ese momento incluso experimentó un súbito y enérgico deseo sexual. Se lamentó por no haber tomado alguna iniciativa para avanzar hacia un encuentro físico aquella misma noche. Luego lo racionalizó, diciéndose que si iban a tener una relación no debería comenzar con prisa. Esa reflexión apaciguó el furor hormonal y recondujo la imagen de Isabelica hacia otro campo. Ella había adquirido sus facultades luego de casi morir ¿o morir? ahogada. Entonces ¿no sería que a él le había ocurrido algo parecido? ¿Y si él, en verdad, había intentado suicidarse y había estado casi al borde de la muerte, con lo que había seguido una ruta similar a la de Isabelica?

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Hizo un esfuerzo por recordar los hechos de aquel día. Por más que intentaba, siempre salía la misma película: se subía a la cornisa de la azotea; hacía los gestos de alguien que piensa saltar; la gente comenzaba a mirar hacia arriba; se congestionaba el tránsito en la calle principal; había gritos histéricos; los compañeros empezaban a asomarse por las ventanas y algunos salían a la calle a observar. Aparecía su amigo Yousef en la azotea, le rogaba que desistiera, casi lloraba aquel hombre. ¡Qué gran amigo era! ¿Qué había pasado con él?, ¿por qué ya no estaba en su vida si se la había salvado?

Luego, las escenas confusas en las que se veía bajando el estacionamiento con Yousef y saliendo del edificio en el carro de este, solo alcanzaba nitidez el momento siguiente. Él, con la ropa que había vestido ese día para ir a trabajar, con sus zapatos de oficina, trotando a pleno sol en el circuito de los militares.

De allí en adelante, como si hubiese pasado una página, su vida había tomado otros rumbos. ¿Bastaría un intento fallido de matarse para alcanzar el estatus al que Isabelica accedió con una casi-muerte? Tenía que preguntárselo a ella. ¿Quién más podría darle una respuesta?

CAPÍTULO 28
COTARD
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Quiso la paradójica realidad que fuera en uno de sus momentos más serenos cuando el Corredor se topara con un psiquiatra capaz de entenderlo.

Esa mañana el Corredor estaba tan feliz y resuelto a dejar a un lado sus pensamientos negativos que le propuso a Eduvigis Lourdes transformar el entrenamiento de saltos en una especie de *performance* teatral. Argumentó que saltar era aburrido y, sobre todo, violento, pero que todo cambiaría si hacían un numerito acrobático con algo de comedia.

Eduvigis Lourdes lo miró encantada. Le gustaba esa faceta desenfadada de su personalidad. Le siguió la corriente y ambos divirtieron a los otros corredores con lo que llamaron “saltos aliñados”. El guion que improvisaron incluyó chistes, caídas payasescas y frases de doble sentido. Imitaron el modo de caminar del entrenador y el de algunos de sus compañeros. Luego, se revolcaron de la risa en la grama. Todos los felicitaron y pidieron que en la próxima faena de saltos, ellos llevaran la batuta.

Uno de los más recientes miembros del grupo, un hombre regordete con lentes anticuados, se le acercó a la pareja.

Ninguno de ellos había memorizado su nombre aún. Se llamaba Andrés Levine y era psiquiatra. Les dijo que ese enfoque del entrenamiento con saltos funcionaría muy bien como terapia de grupo para pacientes con depresión clínica.

-¿En serio? - preguntó Eduvigis Lourdes, con su cara de felicidad y de admiración por el Corredor.

-Sí, chica, te digo que es una maravilla.

El Corredor se sintió estupendo con aquel dictamen y, tal vez por el efecto del ejercicio mismo, su atención dio un gran brinco. ¿Qué tal si aprovechaba la relación naciente con el doctor Levine para retomar su tratamiento psiquiátrico? Después de todo sería ideal tener a un psiquiatra-corredor, pues a partir de un momento cada vez más nebuloso, su vida entera había comenzado a girar alrededor del trote. Como su temperamento ese día estaba explosivo, se acercó al oído de Eduvigis Lourdes y le pidió que, por favor, lo dejara hablar a solas con el doctor.

-¿Por qué? - protestó Eduvigis Lourdes, con expresión de novia decepcionada.

-Para cuadrar una consulta con él. Tú sabes que estoy loco de remate.

Eduvigis Lourdes volvió a sonreír con aires de muchacha enamorada.

-Está bien. Hoy te mereces todo lo que pidas.

Como siempre, lo dijo con un acento erótico. El Corredor pensó que si le pedía ir a la cama con él, ella accedería encantada, a pesar de su amistad con Yoly. Pero eso no era lo que le interesaba en ese momento. Su objetivo era no dejar ir al psiquiatra-corredor. Eduvigis Lourdes se apartó y el Corredor le dijo al psiquiatra:

-Doctor, me alegra que le haya gustado nuestra idea, pero lo que quiero plantearle es que me gustaría tener una consulta con usted.

Levine lo miró a los ojos unos segundos y luego le habló con total naturalidad.

-Claro. ¿Te doy mi teléfono?

-Sí. Pero ¿qué le parece si hacemos la consulta al trote?

-Interesante. Aunque este tiempo es para mí de relax; no sé si deba mezclarlo con el trabajo... Mejor dicho: sí lo sé. No debo mezclarlo.

-Entiendo. ¿Qué le parece si hacemos un ensayo y si a usted no le gusta la experiencia, yo voy a su consultorio como cualquier otro paciente?

Levine sonrió. Pareció pensar que un hombre tan proactivo no debería necesitar el apoyo de un psiquiatra.

-De acuerdo. ¿Cuándo lo hacemos?

-¿Le sirve mañana?

-¡Caramba, no te andas por las ramas!

-No, doctor. Es urgente, dijo el Corredor y su rostro ensombreció hasta el punto de parecer un sujeto en verdad muy triste.

Quedaron en verse al atardecer, pues con el grupo sería imposible una consulta individual. Se encontraron en la sección nueva del Parque Oriental. El menos entrenado era el médico, así que el Corredor debió adaptarse a un trote tan lento que por momentos tenía la impresión de estar en el mismo sitio remedando los movimientos de correr. La escena se le antojó risueña, de cine mudo.

El psiquiatra se disculpó por anticipado, alegando que jamás había atendido a alguien de esa forma. Agregó que él suele tomar notas, pero que igual estaba entusiasmado con iniciar una nueva forma de consulta. Le pidió al Corredor que contara todo lo que considerara básico para la comprensión del caso. De esa manera, además, él hablaría menos y no se sofocaría. El Corredor contó todo de una forma muy eficiente, entre otras razones porque lo había ensayado muchas veces. Incluyó sus experiencias con el otro psiquiatra, el sacerdote, la angeóloga y la pitonisa.

Había simulado tantas veces una situación como esta, en la que alguien lo escuchaba, que las oraciones le salieron bien articuladas, sin baches, como un viejo profesor que da la clase de siempre. La escena se le antojó, entonces, mucho más cómica. Iban tan lento que el Corredor casi hablaba normal, como si estuviera en reposo, mientras el doctor, aún sin hablar, tenía la respiración acelerada y ruidosa. Se notaba que hacía un gran esfuerzo para comprender aquel relato compacto y filosófico, como un hacha. Aguantó los cuarenta y cinco minutos de la que había sido una de sus sesiones más peculiares. El reloj del Corredor, de acuerdo a lo convenido, emitió unos pitidos, luego de los que este detuvo el intenso relato, cual si hubieran cruzado la meta de una extraña carrera.

-Se me acabó el tiempo-dijo con cierta frustración-. Vamos a descansar. Se detuvieron (ahora sí) y se pusieron, con cierto automatismo, a hacer los ejercicios de estiramiento ordenados por el entrenador. Luego se sentaron en un banco. El doctor tenía todavía la respiración acelerada. Se secó el rostro y el cuello con un trapo que llevaba para esos fines y dijo:

-Amigo, acá tenemos bastante material. Ahora yo tengo que procesarlo, tomar notas, reflexionar.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

El doctor hizo un gesto con los índices, como si dibujara un cuadro en el aire. Al Corredor, este gesto le pareció indicativo de que consideraba complicado su caso. Tal vez grave.

-De acuerdo, doctor. Espero que pueda ayudarme - alcanzó a expresar, aunque ya no tenía ganas de hablar.

-Solo puedo ayudarte a que te ayudes-dijo el doctor.

Caminaron en silencio hasta el estacionamiento. El psiquiatra había llegado en su carro y se ofreció a llevar al Corredor hasta su casa, pero él prefirió caminar hasta la estación del metro.

La próxima cita sería el domingo. Trotarían un poco y luego irían a desayunar a una pastelería en la que podrían seguir la conversación con calma.

Era la segunda trasgresión del doctor Levine a su bien delimitada frontera entre trabajo y relax. Eso tenía que significar algo, pensó el Corredor. Su relato había causado impacto en el médico.

El Corredor, como otras tantas veces, tuvo que quemar las horas que le separaban de la cita con mucha actividad física: corrió, levantó pesas, se estiró, saltó, caminó y volvió a correr. Al amanecer llegó al lugar convenido con una hora de antelación y debió esperar por el doctor. Este se presentó con el aspecto de quien ha dormido poco y con señales de haber consumido alcohol o comido en exceso durante la noche. El Corredor lo comprobó cuando el doctor dijo:

-Perdona, no voy a poder correr. Me siento fatal. ¿Podemos ir directo a desayunar?

Al Corredor le contrarió el cambio. Había previsto que sería otro de sus trotes a cámara lenta, pero al menos sería una imitación de trote. Sin embargo, intentó ocultar su molestia y mostrarse gentil. Con toda seguridad no lograría engañar al doctor. ¿A quién se le ocurre ocultarle algo a un psiquiatra? Pero se tranquilizó: lo importante era conocer el diagnóstico inicial del doctor Levine. Lo demás era accesorio.

Subieron al carro del doctor y fueron a la pastelería. En la ruta, el doctor confirmó las sospechas de que había comido y bebido en exceso.

-Fui a una fiesta con mi mujer-se excusó.

En la pastelería se ubicaron en una mesa lejana del tumulto y pidieron pasteles de jamón y queso, jugo y café con leche. La joven mesonera se fue con el pedido y el doctor Levine sacó un pequeño cuaderno de notas y comenzó a repasarlas. Hizo un par de preguntas para precisar detalles. El Corredor se impresionó con la minuta que había levantado el doctor en diferido. No había nada erróneo. Llegó la chica con los pasteles y el jugo. Dijo que luego traería el café. El doctor acometió su pastel con lo que parecía un apetito feroz. En la primera mordida despachó la mitad del pastel. Tomó jugo y masticó sin pausa. Tragó aquel gran bocado, se limpió con la servilleta y le preguntó al Corredor: -¿Has oído hablar del síndrome de Cotard?

El Corredor casi no recuerda nada más de aquella cita, luego de la pregunta de Levine. Tiene una borrosa noción de cómo el doctor lo llevó hasta su casa y a partir de allí pasó el domingo sumergido en internet con el tema único del síndrome de Cotard, el de los chiflados que creen que ya se murieron. Algunos incluso llegan a pensar que

se descomponen poco a poco y que de un momento a otro comenzarán a emitir olores fétidos. “Al menos yo no me siento podrido –se dijo con intenciones de tranquilizarse–. Por el contrario, me siento más saludable que antes”.

Con ansias esperó la llegada del lunes para poder ir a la biblioteca universitaria y leer en libros especializados. Durante el resto de la semana estuvo tragándose todo lo que encontró sobre el síndrome y se entregó sin reservas a la tesis de que sufría Cotard. Se declaró a sí mismo esquizofrénico y hasta se sintió como emblema de una vanguardia, pues no era un trastorno común.

El doctor Levine comprendió que su simple pregunta de la mañana dominical había creado un monstruo muy raro. En varias ocasiones insistió en decirle que el síndrome de Cotard era apenas una de las posibles explicaciones de su comportamiento. Resistió las presiones del Corredor para que le recetara fármacos recomendados para esta dolencia. En algún momento accedió a darle una receta. El Corredor tomó el medicamento con mucha fe y, tal vez por eso, creyó sentir una inmediata mejoría. Sin embargo, poco duró su apego a la solución neuroquímica, pues la droga tenía el más terrible de los efectos secundarios: le impedía correr o, para mayor precisión, querer correr. Luego de pasar dos días enteros sin salir de la casa, el Corredor resolvió que suspendería el tratamiento. Ni siquiera lo consultó con el médico. Se apareció en el parque luego de una semana de ausencia y le dijo a Levine:

- Usted tenía razón al negarse a medicarme. Esas pastillas no me alivian los síntomas, sino que me quitan lo mejor que tengo en mi vida actual.

El doctor se preocupó. Como psiquiatra experto sabía que con los medicamentos no se pueden tomar decisiones bruscas, y mucho menos debe asumirlas el paciente. Le dijo que estaba bien, pero que debió hacerlo de manera paulatina. Esa mañana se separaron del grupo y corrieron por una zona apartada de la pista de trote. El doctor Levine parecía más interesado en crear el grupo de apoyo a pacientes deprimidos como alternativa a las terapias farmacológicas. La conversación se tornó disparatada porque al Corredor le urgía seguir hurgando en el asunto del síndrome de Cotard, mientras el psiquiatra andaba en sus propios proyectos. El Corredor se detuvo junto a un enorme samán y habló con toda sinceridad:

-Doctor Levine, no sé si se da cuenta, pero yo sigo con el mismo problema. A usted parece que solo le interesa montar su grupo de apoyo. Estoy dispuesto a ayudarlo, pero ¿qué hay de mí?

Levine estaba muy agotado por el ejercicio. Tenía el cuerpo inclinado y las manos sobre las rodillas. Levantó la mirada y se topó con la del Corredor que parecía la de un hombre que espera sobre el techo de su casa, en medio de una inundación.

-Tienes razón, hermano. Perdí la perspectiva. Lo que puedo decirte es que, al margen de la terapia farmacológica, lo que resta es seguir con psicoterapia para buscar las causas profundas de tu trastorno o asumir alguna modalidad cognitivo-conductual, que no creo que sirva mucho en tu caso, dicho sea de paso.

El Corredor miró hacia el lado más lejano del parque donde los detalles se difuminaban bajo la límpida luz de aquella mañana. Su travesía por el tétrico mundo del síndrome de

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Cotard parecía haber concluido en otra tapia del laberinto en el que se había metido hacía ya (¿cuánto?) tiempo. Las palabras “tu trastorno”, que había dicho Levine, resonaron como un martillazo distante.

∞

El Corredor no pudo renegar por completo del síndrome de Cotard. Era demasiado fascinante y, sobre todo, explicaba muy bien todo. Podía considerar a Roderick y a Joel como alucinaciones y a sus alteraciones témporo-espaciales como retorcidos inventos de su cerebro enfermo. Asunto resuelto.

Con el síndrome de Cotard se eliminaba toda la incertidumbre acerca de si estaba vivo aún o no, o de si otras personas de su entorno lo estaban.

Además, había encontrado en internet una ponencia presentada en un congreso de psiquiatría en la que se exponía un caso cercano al suyo, un hombre de 38 años que estuvo a punto de morir con una violenta fiebre de 40 grados. Se recuperó y a partir de entonces declaró que era capaz de mirar hacia el otro lado porque estaba “vivomuerto”. El psiquiatra autor de la ponencia mostró tomografías del cerebro del paciente en el momento de las “experiencias místicas” y luego, bajo el tratamiento farmacológico. El médico declaraba curado al paciente. El Corredor sintió un gran deseo de conversar con ese paciente, pero en la ponencia no se le identificaba sino como Philip R. y, por lo que se entendía, vivía en Australia.

Cuando se entusiasmaba con la posibilidad de “curarse”, le hablaba al doctor Levine de volver a la medicación. Pero pensaba también en que tal vez aquello no fuese más que arrogancia pseudocientífica. ¿De verdad Philip R. estaba curado? ¿Era feliz al volver a ser un tipo cualquiera o en algún lugar subyacente de su cabeza, bajo toneladas de químicos, estaría agazapado su yo vidente, a la espera de una oportunidad? ¿No habría tenido ese Philip ninguna experiencia paranormal después de su tratamiento farmacéutico? Y lo más relevante: ¿qué efectos secundarios sufriría ese paciente? ¿Habría perdido ese hombre su interés en algo tan importante en su vida, comparable con lo que para el Corredor era correr?

Un material universitario en PDF resaltaba que los enfermos de Cotard creen que ya murieron y que, o bien que los engañan en una especie de versión del infierno muy parecida a la tierra que conocieron; o que están descomponiéndose poco a poco, ante la vista indiferente de todos.

Pasó horas y horas leyendo materiales sobre ese tema, desde trabajos científicos publicados en revistas de alto coturno académico, hasta reportajes sensacionalistas muy mal escritos. Entre tantas entradas posibles (más de 38 000), no podía faltar un blog en el que una persona contaba su propia experiencia. Claro que no decía que era un enfermo del síndrome de Cotard. Era alguien que creía con firmeza en su propia muerte.

El testimonio era tan desgarrador, que el Corredor sufrió una especie de ataque de pánico. Sintió que ya no podía respirar. Tuvo la sensación de haber escrito él mismo todo aquello y estar ahora reciclandolo de un modo retorcido y perverso. Fue en extremo raro pensar que se iba a morir asfixiado por pensar que ya estaba muerto.

Sin decirle al doctor Levine (para evitar los celos profesionales), indagó si alguien

de la ciudad había investigado el tema y encontró el nombre de un psiquiatra que había hecho su tesis de posgrado respecto a varias sensaciones de irrealidad, incluyendo el síndrome de Cotard. Atendía en el hospital de la universidad, el mismo donde él se había hecho célebre por acompañar al Corredor Incansable, pese a no ser este ni siquiera su amigo. De allí que cuando apareció por esos pasillos, convertido en un manojo de nervios, varios integrantes del personal médico lo reconocieron y saludaron con afecto.

Le costó lo suyo que el doctor Octavio Filardo lo atendiera. Tuvo que ingeniárselas para abordarlo a la salida de una de sus clases en el Instituto Psiquiátrico. Experto en pacientes de conducta impredecible, el hombre le pidió que le contará de manera breve, mientras caminaban hacia el hospital contiguo, pues tenía una larga lista de enfermos en espera. Filardo era un señorón fornido, muy blanco, con una típica melena rubia entrecana y un frondoso bigote que caía cual toldo sobre sus labios y daba a su timbre de voz la sensación de quien habla tapándose la boca con una mano. Tenía unos anteojos de armazón dorada e iba embutido en una bata blanca que parecía dificultarle un poco el caminar en forma normal. Llevaba un maletín muy hermoso y cada dos por tres lo saludaban los estudiantes.

-Le cuento muy rápido, doctor Filardo, porque sé que está muy ocupado. Mi problema es que tengo el síndrome de Cotard. Yo sé que usted es de los pocos que lo han estudiado en este país. Necesito que me atienda. Puedo ir a su consulta privada, pero su secretaria quiso darme cita para dentro de tres meses y yo no puedo aguantar tanto, doctor. Esta mañana sufrí un ataque de pánico-dijo el Corredor, y al pronunciar la palabra *pánico*, se erizó de pies a cabeza.

Filardo se detuvo. Lo miró a los ojos.

-¿Así que síndrome de Cotard? - interrogó. No había en su tono nada de burla sino una profunda curiosidad -. ¿Es usted médico o algo así?

El Corredor respondió que no, que él era un hombre desesperado que había dado, al final de muchos empeños, con la descripción precisa de sus síntomas.

-¿En internet?-preguntó Filardo.

-Sí, doctor, pero eso no le resta veracidad a mi autodiagnóstico... En todo caso, le pido que me reciba, me examine, me analice y luego me diga si tengo o no razón.

La última palabra le provocó al Corredor una de esas rápidas carcajadas que tanto extrañaban a sus interlocutores. Es que hablar de razón con un psiquiatra lució, una vez más, como un contrasentido, un chiste.

El doctor Filardo reanudó su marcha. Sacó su celular, llamó a su secretaria y le dio instrucciones de poner la cita con el señor (le preguntó su nombre y se lo dio a la mujer) para esa misma semana. Luego le dijo al Corredor:

-El viernes a las once, lo espero en mi consultorio.

Por supuesto que el tiempo transcurrido entre ese momento de encuentro (martes en la mañana) y el viernes de la cita, el Corredor lo invirtió en solo dos actividades: correr y leer materiales sobre el síndrome de Cotard. Al llegar al consultorio del doctor Filardo, se había convertido en un experto y el psiquiatra debió oír cerca de media hora de disertación sobre el tema.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-¿Qué le parece, doctor?-fue la frase que puso punto final a la perorata.

-Todo depende de ti - respondió Filardo, riendo, pero con la dentadura oculta detrás de la cortina de su bigote amarillento-. Solo te falta decidir cómo te vas a curar.

El Corredor recordó sus tiempos con el otro psiquiatra y un soplo de resentimiento lo sacudió.

-No se burle de mí, doctor; usted es quien sabe cómo curar esta enfermedad-le dijo.

El doctor se disculpó con un gesto. Aclaró que no quería burlarse, pero que el diagnóstico que acababa de hacer era uno de los más exhaustivos que había oído en todos sus años de profesor universitario.

-Hubiera servido usted para psiquiatra, amigo-comentó.

El Corredor se sintió halagado, pero la forma verbal que empleó el doctor (hubiera servido) machacaba la creencia de que ya había muerto. Para sacudírsela, musitó algo como-No es que hubiera podido, todavía podría...

El doctor, pese a lo bajo que habló, logró captar la objeción, así que aclaró:

-Bueno, lo digo porque no estudió usted Medicina y esta es una carrera en la que hay que comenzar muy temprano... pero, claro, siempre se puede.

El psiquiatra sacó una libreta de récipes y comenzó a rayarla.

-Mire, primero que nada, vamos a hacer los exámenes de rigor, pruebas médicas generales y exploraciones neurológicas. En paralelo, comenzaremos con terapia una vez por semana. ¿Le parece?

Claro que le parecía. Es más, se aferró a la esperanza de este tratamiento como alguien que cae y logra asirse de un moño de raíces. Antes de retirarse, le preguntó al doctor si podía recetarle algo para un eventual ataque de pánico. El doctor le dijo que antes de hacerse los exámenes era mejor que no consumiera ninguna droga y le recomendó manejar el ataque, si se presentaba, de la misma manera que había tratado el primero, con mucho autocontrol.

-Tal vez, ya que usted es atleta, le baste con ir a correr un poco. Yo no he sido nunca muy deportista, pero creo que no hay manera de ejercitarse a fondo y, a la vez, sentir pánico.

El Corredor se marchó optimista. Por primera vez en mucho tiempo caminó por las calles con una sensación auspiciosa. Se iba a curar de aquello y su nueva vida de corredor lo ayudaría a hacerlo, luego de lo cual florecería y se cargaría de frutos como esos grandes árboles de mango en mayo.

CAPÍTULO 29
RECUERDOS EN RÁFAGAS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Lidiar con el tratamiento psiquiátrico le traía a menudo ráfagas de recuerdos (aunque tal vez fuesen sueños o fantasías de vigiliadas atormentadas), como si un viento huracanado hubiese azotado un lejano depósito de documentos muertos y estos se estuviesen desperdigando por un inmenso erial. Sería necesaria una brigada de competentes expertos para recogerlos todos y compendiarlos según algún orden.

Si él solo se dedicaba a esa tarea, tardaría un tiempo infinito, así que optó por tomar, al rompe, el primer recuerdo que le pasara cerca y trataría de emplearlo como un hilo de Ariadna para desplazarse por el laberinto de su vida opaca. Tal vez tendría suerte y le caería en sus manos la memoria de un hecho clave, de esos que abren la puerta a todos los demás.

Lanzó entonces un manotazo veloz, como el de un maestro de artes marciales que trata de capturar un insecto (el gesto desconcertó y disgustó a varias de las personas que estaban cerca de él, en un vagón del metro. Incluso, debió presentar excusas). El recuerdo así atrapado era de él bajándose de un bus varios kilómetros antes de San Germán. Iba de regreso a su casa, tras una jornada de trabajo, y un impulso irrefrenable lo hizo apearse en ese lugar, llamado Vista Grande, y dirigirse a paso rápido hasta el puente sobre la autopista. Se las arregló para bajar hasta la vía, a través de una inhóspita rampa de acceso. Ya en la autopista comenzó a caminar hacia San Germán, en dirección contraria al veloz tránsito. Quería pasar por el lugar donde había ocurrido la tragedia. Anduvo por el hombrillo mientras empezaba a oscurecer. Miraba hacia el piso, hacia la cuneta llena de basura o hacia el horizonte lejano, como forma de no ver a los ocupantes de los vehículos que pasaban raudos. No quería tener registro de los rostros de los conductores y pasajeros, con la curiosidad aguijoneada por la presencia de una persona en esa vía, al menos de una que no tuviera el aspecto de un demente o mendigo.

Cuando llegó al lugar, justo enfrente de la gran caldera incandescente de la fábrica de tubos, se persignó e hizo una breve e íntima ceremonia. Buscó una piedra para arrojarla en señal de respeto, como había visto hacer a la gente en el sitio del camino hacia las canteras donde había una cruz de madera, señal de que allí había muerto alguien. En el punto de Roderick no había cruz. No se estilaba, no estaba permitido en esa autopista. Si las autoridades lo permitieran tal vez habría tantas como en el viejo cementerio de San Germán.

En efecto, el recuerdo atrapado con el ágil manotazo trajo una caravana de otros hechos cubiertos de capas y capas de desmemoria. Supo que desde aquel día se hizo su costumbre bajarse del bus en Vista Grande y completar el trayecto a pie por la autopista. Pronto llegó el rumor a San Germán y los amigos empezaron a temer que hubiera perdido el juicio.

Para hacer más firme esa certeza, cierta vez, los zapatos nuevos que llevaba le atormentaban, así que se los quitó y recorrió la autopista descalzo. Luego, los siguientes días, aunque ya no le molestaban los zapatos, se los quitó y convirtió aquello en hábito.

En más de una ocasión, algún buen samaritano se detuvo en el hombrillo, retrocedió hasta alcanzarlo y le preguntó si estaba herido, si lo habían asaltado, si quería que lo llevara a algún lado. Fueron situaciones embarazosas en las que, cada vez, el bondadoso ciudadano terminó por pensar que aquel extraño peatón estaba loco de atar.

Ni la temporada de lluvias lo detuvo. Aunque cayera un diluvio, se bajaba en Vista Grande y se dirigía a la autopista, se descalzaba y caminaba por el borde de la autopista, transfigurada en una torrencera de lodos y barros de variadas consistencias. En esas ocasiones llegaba a San Germán convertido en un espectro, aterido, temblando, en un estado de conciencia tan difuso como las luces y las sombras que lograba ver bajo la cortina de agua.

A pocas cuadras de su calle, solía arreglarse lo mejor posible para que sus vecinos no alimentaran las habladurías, pero eso era imposible, pues cada vez eran más los parroquianos que lo habían visto por la autopista, sometiéndose a aquella especie de penitencia a la que él mismo se había sentenciado.

Fueron varios vecinos a hablar con la familia, en una de esas clásicas escenas en las que el implicado llega y encuentra a muchos rostros conocidos y muy circunspectos en la sala de su casa, como si de súbito hubiese muerto alguien. Y resulta que lo estaban esperando para hablarle, algunos con más tacto que otros, de la necesidad de ir con un psiquiatra, de tomarse unas vacaciones, de hacer catarsis sobre esa herida abierta. Fue uno de los momentos más vergonzosos de su vida.

El hilo de recuerdos le trajo la imagen de sus zapatos (tenía la cabeza gacha). Los miraba fijo mientras uno de los amigos hablaba de que se le había visto descalzo, prueba inequívoca de su desequilibrio. Sintió una tremenda furia, pero luego se aplacó y decidió ser diplomático, agradecer el gesto de la comunidad, prometer que haría algo, aceptar las tarjetas de psicólogos y psiquiatras que esas buenas gentes le llevaron.

Y le vino otro recuerdo: su mamá sollozaba, aunque trataba de sonreír. La demencia del hijo era algo evidente.

Quiso seguir halando de aquel hilo para encontrar más recuerdos, pero se topó con una gran roca de olvido macizo. Escarbó un poco junto a la enorme peña y apenas encontró los andrajos de un hecho que tal vez pasó y tal vez no: él, en medio de una noche cerrada, “acampando”, si se le puede llamar de esa manera, en el terreno baldío contiguo a la autopista, justo enfrente de la hoguera perenne de la fábrica de tubos, apenas a metros del lugar fatal, pero oculto entre breñas bravías y montes sin nombre propio. ¿Para qué había ido allí de noche, si era un lugar peligroso donde por igual podía encontrarse con una serpiente real o con una serpiente humana? Y hasta allí llegaba el recuerdo. No lograba traer a la superficie el desenlace de aquello. Si había pasado la noche en vela en ese sitio; si había levantado la vigilia para ir a dormir a la casa. Nada. Era como si le hubiesen extirpado el trozo exacto de cerebro donde estaba registrado el evento.

Ya casi había resuelto rendirse cuando pasó otro recuerdo, flotando lento, tanto que ni siquiera debió manotear. Por el contrario, movió la mano izquierda, lo asió con suavidad y lo sintió con una consistencia de pájaro huesudo.

Era de nuevo él, en su versión de veinte años o tal vez menos, envuelto en una neblina

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

mental tan espesa como las que tapizaban la zona más alta de las canteras en las tardes de enero.

Sus movimientos se habían hecho lentos y las voces brotaban asordinadas de las bocas que le hablaban en jergas incomprensibles sobre temas de bioquímica y electricidad cerebral.

Tal vez, al final, luego de esa noche acampando en aquel lugar, lo habían llevado a rastras al manicomio.

CAPÍTULO 30
SECUELA DEL ENCUENTRO
CON LA MÉDIUM
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Decidió volver, pero al mediodía. Tuvo el presentimiento de que la tía Clío saldría a esa hora de sus consultas y él podría abordarla en la calle. Llegó (trotando) a San Germán como a las once y se instaló enfrente de la casa de don Armando. Se sentó en el porche de la misma casa en la que tantas veces estuvo, de niño, con sus amigos, incluido Roderick.

Cada cierto número de minutos, la puerta se abría, sonaba la campanilla y salía una persona. Luego volvía a sonar y la puerta se cerraba. El Corredor se entretuvo fijándose muy bien en la actitud de las personas que salían. Algunas le parecieron esperanzadas, aliviadas, como si hubiesen dejado en la casa de don Armando una enorme carga que llevaran largo tiempo acarreado de un lado a otro. También salieron varios que parecían estar, en cambio, más angustiados que al entrar. Supuso que habían recibido malas e irrefutables noticias.

Justo después de las doce, tal como lo dictaba su presentimiento, salió de la casa la mujer recargada de carterones, carpetas y trapos. Con sus pasos de gallina gorda se dirigió hacia uno de los automóviles que estaban estacionados al otro lado de la calle. Tocó el control remoto y retumbó la bocina de un Toyota Land Cruiser gris, de los años setenta o, tal vez, de los ochenta. El Corredor bajó del muro y caminó hacia la mujer. Cuando ella se disponía a trepar al vehículo, la llamó por su nombre. Ella no ocultó su desazón por la visita no pautada.

-¿Cómo estás?-preguntó sin mucho interés en la respuesta.

-Bien-repus el Corredor-. Disculpa por abordarte así, pero no quise venir de nuevo a primera hora y hacer cola...

-¡Bueno, solo atendemos a quienes hacen eso!-dijo con una ligera sonrisa.

-Entiendo, pero yo no quiero una consulta formal. Solo que el otro día casi me echaste a la calle... A esa señora flaca le faltó poco para sacarme a empujones. Luego comencé a correr y a pensar en lo que me dijiste, y decidí que tenía que preguntarte...

-¿Preguntarme qué?!--interrumpió la mujer, ya con cierta hostilidad.

-Tú sabes... Ustedes saben todo. Quiero preguntarte qué es lo que debo entender y nadie puede enseñarme.

La mujer estaba despojándose de todas sus cosas y metiéndolas en el vehículo. Miró el reloj y dijo:

-Mira, si quieres te vienes conmigo, yo voy a la zona histórica, en la vía te digo lo que creo. ¡Es que estoy apurada!

El Corredor aceptó. Para poder subir al puesto de copiloto, tuvo que esperar a que Clío lanzara varias carpetas, un morral y una cartera hacia la parte trasera, ya atestada de objetos. Mientras pasaban por las calles del barrio, el Corredor consideró prudente no

entrarle de sopetón al tema, así que le preguntó desde cuándo manejaba el Land Cruiser. -¡Aprendí a manejar con este armatoste!-dijo, con su habitual tono exclamativo. Es que era de un tipo que fue mi novio... ¡Ah, pero si tú seguro que lo conoces: Juan Luis... Juan Luis González...! ¡Él me enseñó a manejar y luego me lo vendió!

El Corredor entró en uno de sus estados de estupefacción. Así que aquel era el Land Cruiser de Juan Luis, el mismo Land Cruiser que atropelló a Roderick. Los pensamientos retumbaron tan fuerte que le perdió el hilo a lo que Clío parloteaba entre exclamaciones. -... ¡Y venderme este perol no fue lo peor que me hizo el desgraciado. Después me dejó por la China! - dijo y rio con estruendo.

Clío había logrado sortear con habilidad el tráfico del centro del barrio y entrar a la autopista. Era con exactitud la misma ruta que habían seguido el día fatídico, una especie de detallado *déjà vu*.

El Corredor se sabía de memoria la sucesión de imágenes de aquella vía rápida: un árbol grande junto al empalme de la rampa con la autopista; una señal de ceda el paso agujereada a tiros, una especie de tanque abandonado; un grupo de maquinarias amarillas con apariencia de estar dormidas en un terraplén, el muro de una industria de reciclaje de metales; los altos hornos al rojo vivo y un hombre solitario corriendo detrás de un cercado de alambre de púas... Estimó que en unos treinta segundos estarían pasando justo por el sitio donde el Land Cruiser (¡ese mismo Land Cruiser!) había atropellado a Roderick y su motico Mini Enduro.

Entonces, le preguntó de nuevo a Clío qué quiso decir. Ella paró el parloteo en seco, como si hubiera dado un frenazo, y respondió sin más escarceos:

-Hay tres razones, que yo sepa, por las cuales uno puede comunicarse con alguien desencarnado - dijo en tono sereno y docto, sin exclamaciones-. La primera es cuando se tiene o se ha desarrollado la facultad. Ese es mi caso. La segunda es que la persona se las haya arreglado para volver a este plano. Tengo entendido que se han documentado casos. Y la tercera posibilidad es que el que percibe la presencia se encuentre en el mismo plano que el percibido.

Justo en ese momento, pasaron frente a la valla amarilla forrada de propaganda política. Justo allí pasó aquel accidente.

CAPÍTULO 31
ÁNGELES
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor se tomó como una epifanía aquella faena en el sendero de seguridad de Todosnadie, escoltado de mariposas. Comenzó a investigar acerca de la interacción con ángeles y descubrió un enorme mundo, poblado si no de ángeles, al menos de personas angélicas. Con su natural intensidad en la búsqueda de documentación, recopiló en pocas horas un cargamento de materiales al respecto. Guardó las direcciones de correo electrónico de dos mujeres que parecían muy conocedoras del tema. Decidió escribirles a ambas y, dependiendo de las respuestas, se decantaría por una o por la otra.

La primera en responder no le dio buena espina. Sintió que era alguien que había hecho de los ángeles su instrumento de producción de dinero, tuvo la sensación de que pretendía embaucarlo con unas frases relamidas y empalagosas. La segunda respuesta tardó en llegar un par de días, pero le causó muy buena impresión al Corredor. Ciertamente era que la mujer se había puesto lo que no podía ser sino una especie de nombre artístico, América De Los Ángeles, y eso la hacía sospechosa también de ser una de tantas mercachifles de la credulidad, pero en su texto de respuesta había una energía muy pura, como una fe profunda, carente de pretensiones evangelistas, algo así como “ya que usted pregunta, le respondo, pero no busco convencer a nadie”. Tal vez fuera una forma más rebuscada de pose, pero el Corredor no quiso enrollarse demasiado y tecleó para pedirle una cita. La mujer se tomó otros dos días y respondió ofreciéndole varias opciones. El Corredor optó por la más inmediata, así que cinco días después del episodio de las mariposas, estaba en la sala de espera de América De Los Ángeles. Allí fue donde tuvo la primera impresión de que las personas vinculadas adoptaban un aire angelical, aunque a algunas se les notaba que, debajo del barniz seráfico, bullían estados de ánimo muy mundanos, como odio, rabia, tristeza y amargura. Bueno, por algo esperaban allí para ser atendidos por la señora. Las consultas, según entendió el Corredor, duraban alrededor de media hora, así que él estuvo en la sala de espera casi dos horas. Notó que cuando los participantes salían, su expresión de placidez y bondad se había asentado, incluso en los casos de las personas que antes de entrar solo parecían recubiertas de una etérea pátina de espiritualidad. Le impactó en especial el caso de la señora que lo precedió en el turno, pues al salir estaba tan “reformulada” (esa fue la palabra que se le ocurrió en el momento) que parecía tener alas en sus espaldas. El Corredor la vio alejarse, andando con cierta dificultad, con un paso pingüinesco, sobre todo al traspasar el umbral de la puerta de salida. Sí, era claro que ahora tenía alas. Mientras caminaba hacia el fondo del pasillo, como le había indicado la angelota gorda de la recepción, pensaba que debía cuidarse de América De Los Ángeles, pues corría el riesgo de quedar convertido en uno de sus querubines. Y él, claro, no había ido allí para eso. Nunca en su vida le habían interesado esos asuntos. Por el contrario, los despreciaba con los argumentos propios de un sujeto atenido a las verdades que proporcionan los números.

Entró al lugar de consulta y, como era de esperarse, estaba apenas alumbrado por una suave luz amarilla. Sin embargo, no había en aquella estancia otros clichés. Era una oficina normal, con algunos elementos alegóricos a la facultad de su dueña, pero ni el espacio ni ella lucían recargados de íconos. América De Los Ángeles era una mujer mucho más joven de lo que el Corredor esperaba. Tendría a lo sumo 40 años, una melena de pelo crespo domado a fuerza de cepillo, unos lentes redondos que le daban aires de intelectual, y vestía de una forma austera y cerrada, como si perteneciera a una secreta orden religiosa. “Debe haber sido monja alguna vez”, se dijo el Corredor mientras América De Los Ángeles lo invitaba a sentarse con un gesto en extremo amable y una sonrisa muy serena. Se quedaron mirándose unos segundos, sin decir palabra, y luego América De Los Ángeles rompió el hielo, tuteándolo a la manera de una vieja amiga.

-Entonces, dime... ¿en qué te puedo servir?

El Corredor estimó que lo más apropiado era relatar su epifanía, contarle cómo fue que bajó de aquella montaña determinado a averiguar sobre ángeles. Al decirlo, miró hacia Todosnadié, pues desde la ventana de la experta podía verse un pequeño recorte del cerro, resplandeciente y filosófico, dando la impresión de ser un yogui en trance de meditación. A América De Los Ángeles le cautivó aquella moción de entrada. Tomó notas en un cuaderno de papel artesanal. Al Corredor se le antojó que las hojas, cuya textura hacía evocar las plumas, eran hechas de alas de ángel. Cuando el Corredor mencionó a Todosnadié, América De Los Ángeles miró hacia la ventana y tuvo un instante de ensoñación, y el Corredor tuvo la convicción de que acariciaba un grato recuerdo íntimo.

El Corredor se regodeó en los detalles de su paso por el sendero de las mariposas-ángeles, pero de pronto cayó en cuenta de que si seguía así iba a agotar el tiempo disponible y la mujer no le diría nada significativo. Esto le trajo de vuelta el recuerdo de las frustrantes sesiones con el primer psiquiatra. Así que recortó el final y le dijo a América De Los Ángeles que quería saber si, en su docta opinión, aquello podía entenderse como una revelación angélica.

América De Los Ángeles pareció salir de un estado de profundo misticismo, suspiró y dijo que sí, por supuesto, que de tantas y tantas consultas que ella realizaba a diario, solo de forma excepcional se encontraba con un acercamiento tan puro.

-Te felicito-dijo, con tono de maestra de primaria ante un alumno hacendoso. Luego suspiró de nuevo, se alisó la blusa y dijo que, si bien quería analizar mejor el caso, parecía una clara manifestación de las legiones de Uriel, en particular por la forma como las presencias angélicas lo habían guiado hacia nuevas fronteras del conocimiento -. Es obvio que buscas sabiduría.

América De Los Ángeles rebuscó en un archivador y sacó una carpeta repleta de papeles. Revisó entre ellos mientras hablaba de Uriel como gran eslabón entre los hombres y los planos no terrenales.

-Según la literatura trascendente, está en la entrada del Paraíso, con una espada de fuego. Muchos le dan un sentido literal a eso, dicen que es el portero del cielo, pero yo creo que se refiere al umbral del entendimiento-expresó mientras repasaba los documentos.

Se quedó unos segundos en silencio, tal vez ponderaba si el documento que había

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

encontrado era o no el apropiado para su nuevo cliente. Luego prosiguió:

-Los apocalípticos lo consideran más bien un portero del infierno - comentó América De Los Ángeles, y miró con fijeza al Corredor, por encima de los anteojos-. Se supone que él tiene la llave del infierno y que abrirá la puerta al final de los tiempos.

Extrajo uno de los documentos y se lo entregó al Corredor. Le dijo que se lo llevara, que le sacara copias y luego devolviera el original.

-No hago esto con nadie... pero la fotocopidora está mala y tú me generas confianza - explicó. Quedaron a verse de nuevo en tres días.

El Corredor salió de la oficina de América De Los Ángeles, pasó frente a las personas que esperaban para ser atendidas y no pudo evitar el sentirse "angelificado" (así se calificó; de un tiempo para acá se le daba bien inventar palabras). Salió a la calle y encontró un lugar donde hacer las copias. La dependienta era una mujer muy alta y flaca, algo encorvada. Vio el material y escrutó al Corredor sin mucha discreción. Mientras las páginas se copiaban y compaginaban (era una de esas fotocopadoras profesionales), fue vencida por la tentación y le preguntó al Corredor:

-Disculpe, ¿usted trabaja con América De Los Ángeles?

El Corredor se turbó con la pregunta; por dos o tres segundos no supo qué contestar. Vio en detalle a la mujer y reparó en que era de verdad delgada, casi famélica. Su cara era como los huesos cubiertos por apenas una capa de piel, con dos grandes socavaciones en las mejillas. Sin embargo, no lucía enferma. El Corredor pensó que tal vez fuese corredora de larga distancia. Eso le pasaba a la gente que en verdad estaba de verdad en forma. Una vez oyó a un conocedor del tema decir que los grandes maratonistas de Etiopía y Kenia parecen esqueletos forrados de pellejo. La mujer había entendido el silencio del Corredor como un gesto de rechazo a su intromisión, así que adoptó un aire de disculpa, pero el Corredor terminó su rápido pasaje por aquellas reflexiones sobre la masa corporal de los atletas y respondió, por fin, la pregunta:

-No trabajo con ella, soy su cliente... o su paciente, no sé cómo se le llama.

La dependienta pareció admirarse mucho.

-¿Cliente?-preguntó, y sin esperar respuesta, comentó que habría de ser alguien especial, porque América De Los Ángeles no solía prestar sus originales a los clientes.

El Corredor se sintió muy halagado, y se animó a dialogar con la mujer famélica. Ella le contó que tenía años fotocopiando materiales para América De Los Ángeles, pero siempre se presentaba ella misma, con los fajos de papeles o, en algunos casos, la secretaria, llamada Betty. Luego, mientras engrapaba los dos fajos (el original y la copia), le explicó que podía reconocer el original porque América De Los Ángeles les ponía un pequeño sello húmedo en la esquina inferior derecha de cada página. El sello se lo habían hecho en esa misma tienda. La mujer tomó el fajo del original, lo abrió en una página cualquiera, se dirigió a la esquina inferior derecha y le mostró al Corredor el sello. Era una circunferencia de apenas un par de milímetros de diámetro. Al Corredor le pareció una manchita, pero la mujer huesuda buscó una lupa y le mostró que adentro había cuatro letras: ADLÁ. Los detalles de aquella miniatura eran increíbles: la segunda A, tenía un acento, y la D era, en realidad, una especie de ala desplegada. El Corredor quiso ver más y la mujer trajo

una segunda lupa, esta dotada de una luz. Con este instrumento constató que aquello era el trabajo de un artista muy talentoso. La mujer le dijo que el miniaturista había sido su marido, pero ya no lo era. Al decirlo, no pudo evitar una mueca amarga, luego de lo cual se alargó un silencio que hizo resaltar un borbotón de música que manaba de una radio antigua ubicada junto a la caja registradora. El Corredor pensó en lo atolondradas que son las emociones humanas. Uno puede pasar del frío al calor en segundos. Si la mujer hubiese dicho que el miniaturista seguía siendo su marido, el Corredor tal vez habría dicho que quería conocerlo, para expresarle su admiración. Pero, en vista de la mueca que hizo la señora, ya no lo admiraba tanto. Quizá fuese un ególatra al que solo le interesaba su extraño arte... En fin, ¡qué sabía él de aquella mujer, ni mucho menos de su exmarido! Pagó las copias, dijo que de ahora en adelante iría a esa tienda a comprar sus artículos de papelería y a hacer copias, aunque no quedaba cerca de su casa. La mujer sonrió y la sonrisa remarcó las fosas de las mejillas y lo alargado del mentón. El Corredor se atrevió a saciar su duda:

-Amiga, ¿es usted corredora?

La mujer lo miró con suma extrañeza, como si le hubiese preguntado respecto a una clandestina militancia política.

-¿Cómo corredora?-repreguntó.

El Corredor sonrió y dijo:

-Que si practica el deporte de trotar... ¿es maratonista?

La mujer ósea pareció algo ofendida o decepcionada.

-No, ¿por qué me pregunta eso?

El Corredor intentó que el asunto no se convirtiera en un incidente desagradable.

-No es por nada malo, amiga. Es que tiene usted ciertas características físicas que me hicieron pensar en la posibilidad...

La mujer lo interrumpió, para preguntar cuáles eran esas características. El Corredor, sintiendo que una corriente lo arrastraba mar adentro, sin posibilidades de escapar, respondió que era su contextura y, en especial, las mejillas hundidas. La mujer pareció desarmarse por completo. El Corredor imaginó que los huesos caían y formaban un promontorio. La mujer respiró profundo y dijo:

-Es que he sufrido mucho. He corrido varios maratones de sufrimiento.

∞

El Corredor no pudo aguantar hasta llegar a su casa para leer las fotocopias. Se sentó en un ruidoso parque que encontró en la ruta (del que nunca había oído hablar, lo que no era extraño porque no conocía mucho esa parte de la ciudad), y comenzó a tragarse todo aquello. Comprobó que Uriel era un personaje fascinante, y al llamarlo *personaje*, sintió cierto alivio. Se dio cuenta entonces de que todavía en su fuero interno no había querido aceptar como verdad aquel tipo de ideas. Al calificar a Uriel de *personaje*, se advertía a sí mismo que todavía veía las cosas desde fuera, como un espectador de intelecto abierto, no como un creyente.

Leyó con fruición el material en el que se identificaba a Uriel como “la Llama de Dios” o “la Luz de Dios”. En una descripción muy esotérica, decía que este arcángel, uno de

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

los siete de la máxima jerarquía angélica, tiene influencia en el ámbito de lo mental, es decir, en los pensamientos. Se le vincula a virtudes como la creatividad, la capacidad de percepción y el buen juicio. Se le considera un padrino de los magos, los alquimistas y los astrólogos. Lo más interesante de todo lo que leyó fue la siguiente frase: “Uriel es el enlace con los planos espirituales”.

Luego de leer esto, colocó el documento sobre el regazo y miraba hacia el fondo del parque, sin mirar nada específico. Estaba tan concentrado en sus reflexiones que no se había percatado de la presencia de un niño de dos o tres años, quien se había plantado enfrente de él y lo miraba con atención, como si el Corredor no fuese una persona, sino un animal en la jaula de un zoológico. Apenas se enteró de lo que pasaba a su alrededor cuando la madre del niño gritó:

-¡Fanuel, Fanuel, deja al señor en paz! - y se acercó a tomarlo del brazo. El Corredor los miró a ambos con la expresión de quien acaba de reponerse de un desmayo. La madre era una mujer joven y hermosa, y le sonrió con cierta picardía, como si le interesara entablar una conversación. El Corredor devolvió la sonrisa por mero automatismo. El niño no quería moverse del sitio y se empeñaba en subirse al banco donde estaba sentado el Corredor.

-Vámonos, Fanuel, nuestro banco es aquel - dijo la mujer, poniendo la voz infantil. El Corredor quería que el niño le hiciera caso a su madre, pero no le pareció apropiado demostrarlo y, por el contrario, le dijo que no le molestaba. Ella volvió a sonreírle, del mismo modo insinuante, o al menos, eso le pareció al Corredor. Para alargar el momento y ver qué más pasaba, preguntó:

-¿Qué edad tienes, Manuel?

Y la madre se apresuró a contestarle, con la voz impostada de niño:

-No, yo no me llamo Manuel, me llamo Fanuel y tengo casi tres...

El Corredor se disculpó y la mujer dijo que le pasaba a todo el mundo porque Manuel es un nombre muy común, y Fanuel, en cambio, uno un poco raro. La muchacha lo miraba sin disminuir la intensidad de su sonrisa, pero el Corredor no estaba en esa misma frecuencia. Se limitó a tocar la cabeza de Fanuel y decir:

-No es raro, es original.

La madre tomó al niño e hizo ademán de alejarse.

-Fanuel, dile chao al señor-dijo. El niño se dejó arrastrar no sin cierta resistencia y el Corredor le dijo:

-¡Adiós, Fanuel!

La madre, sin embargo, parecía estar determinada a dejar entablada una relación antes de partir, pues le preguntó si acostumbraba visitar ese parque. El Corredor le dijo que no, que había estado de visita por esa zona de la ciudad y que se había sentado a leer un poco un material que le habían prestado. Apenas lo dijo, se arrepintió, pues la mujer podría preguntarle de qué trataba y él tendría que admitir que leía sobre un ángel llamado Uriel. Por fortuna, la mujer no venía por ese lado, aunque siguió avanzando con firmeza, ya con su propia voz.

-Bueno, si vuelves de visita, pasa de nuevo por acá a leer. Yo siempre estoy por acá con Fanuel.

El Corredor pensó en Yoly, pero luego se dijo a sí mismo que no tendría nada de malo darle alas a un pequeño flirteo. Total, no era algo que le ocurriera todos los días. Así que se levantó del banco y sugirió intercambiar números telefónicos. La mujer aceptó, pero no quiso darle su nombre. Quiso que el Corredor la registrara como “la mamá de Fanuel”. Al Corredor le pareció que aquello era parte del coqueteo, así que no presentó objeciones. Por el contrario, siguió el juego. Le dijo que le pondría: “la Mami de Fanuel” y se sorprendió a sí mismo al observarse en faena de cortejo. La mujer se alejó con el niño en brazos, porque seguía negándose a retirarse de al lado del Corredor. La vio irse e hizo un rápido escaneo de sus atributos femeninos. Era una mujer muy hermosa y sensual. Tal vez estaba buscándole un buen padre a Fanuel, lo cual era comprensible. Pero también era menester tener cuidado, pues quizá tenía su marido y andaba en onda de darle celos, y si eso ocurría, al final el que pagaba los platos rotos era el otro individuo. Se sentó de nuevo a tratar de retomar el hilo en el punto en que lo habían interrumpido el niño y su bella madre. “Enlace con los planos espirituales”. Hizo una anotación al margen: ahondar en esto. Luego siguió revisando el material que le había dado América De Los Ángeles, y su extrañeza fue mayúscula cuando alcanzó a leer que otro de los varios nombres por el que se conoce a Uriel en una vasta literatura (incluyendo evangelios apócrifos y materiales ocultistas) era nada menos que Fanuel.

Se levantó como si hubiese visto que debajo del banco lo acechaba una serpiente. Fue tan repentino y atlético su salto que varias personas lo miraron con asombro. Recogió sus documentos y salió disparado en la dirección en que se había ido la mujer con el niño. Llegó hasta un paraje formado por varios árboles. A partir de allí, el terreno se hundía en una especie de extensa depresión. Lo extraño es que por ese lado no había una salida, sino una gran cerca circundante.

Junto a los árboles había un grupo de unas veinte personas. Parecían ser integrantes de una congregación en labores de terapia o los miembros de uno de esos talleres corporativos al aire libre. Cuando el Corredor apareció de súbito, con expresión agitada, todos se le miraron con rostros de cierta intriga. El Corredor tuvo la impresión de que había echado a perder una meditación o algo por el estilo, así que sintió el impulso de pedir perdón. Los rostros lo miraban con gestos interrogativos y con impaciencia, así que resolvió preguntar si habían visto pasar a una señora con un niño pequeño. Todos se miraron entre sí, y un señor que parecía ser el facilitador de la actividad que el Corredor había estropeado se encargó de responder: “No, usted es el primero que aparece por aquí en las últimas dos horas”. Lo dijo con suavidad, como si siguiera guiando una meditación, pero a la vez parecía ser un reclamo por haber pasado por allí, y no por otro sitio, en un parque bastante extenso y casi vacío a esas horas.

-Lo lamento-volvió a disculparse el Corredor, y regresó sobre sus pasos. ¿Hacia dónde habían ido entonces Fanuel y su mamá? De regreso hacia el sendero donde antes había estado sentado, se puso a pensar en todos los acontecimientos singulares que le habían ocurrido, desde el cortejo de las mariposas en el sendero de seguridad de Todosnadie hasta el encuentro con Fanuel y su madre, y su posterior y misteriosa salida de escena.

Decidió que era hora de volver a casa, tomar un baño, comer algo y sentarse o acostarse

a leer con calma, haciendo todas las consultas necesarias a las infinitas fuentes de internet. Como medida de precaución, no leería nada más en el transporte público. Logró tomar un autobús y hasta consiguió un puesto junto a la ventana. Era algo digno de celebrar, pues por esa zona de la ciudad, los transportes siempre iban repletos.

Al Corredor le costó cumplir su promesa de no leer hasta llegar a la casa. Cada dos por tres miraba de reojo el legajo de fotocopias y el sobre con los originales y una voz interior lo animaba a continuar allí mismo con la lectura. Sin embargo, resistió esos embates y siguió mirando el espectacular día que le había tocado vivir. El bus tomó una gran autopista y avanzó sin tropiezos por varios minutos. En cambio, del lado contrario de aquella vía había un gran retraso, tal vez producto de un accidente. Los automóviles y los camiones estaban casi detenidos y el embotellamiento alcanzaba tal vez un kilómetro o un poco más. El Corredor se distrajo detallando los vehículos que, por alguna razón, destacaban. Uno de ellos era un camión con apariencia de viejo forzado, que llevaba un remolque cargado de motos. Otro que le llamó la atención fue una ambulancia que hacía indecibles esfuerzos por perforar aquella barrera de metal y generaba un tormento sonoro. Pronto, el ruido quedó atrás y la atención del Corredor se engarzó en un vistoso autobusetete que se divisaba a lo lejos. Ostentaba un sinfín de colores dispuestos sin un orden comprensible. “Parece un autobús de pueblo”, se dijo el Corredor, recordando los colectivos que veía en sus viajes fuera de la gran ciudad, en su tiempo de niño y adolescente. Estos buses, aparte de la fiesta cromática, siempre tenían un nombre o un lema, y este no era la excepción. Al llegar cerca del sitio en el que el colorido transporte se había quedado parado, el Corredor alcanzó a leer: “Gracias a Uriel” o, al menos, eso creyó que decían unas letras *script*, sobrecargadas de arabescos.

Ante esa nueva coincidencia, al Corredor debe habersele escapado alguna exclamación de asombro, pues la señora que iba a su lado volteó a mirarlo e hizo un ligero gesto interrogativo, una especie de permiso visual para luego preguntarle si le pasaba algo, pero el Corredor, a su vez, hizo otro gesto que significaba “no, no me pasa nada y no quiero hablar de eso”. La señora volvió a mirar hacia el otro lado de la vía. Al volver a sus pensamientos, el Corredor sintió un nuevo corrientazo de pánico, parecido al que experimentó la primera vez que vio a Roderick trotando en el parque. “Esto me pasa por andar haciéndole consultas a personas como América De Los Ángeles –se recriminó con severidad–. Ese tipo de gente abre puertas hacia lugares que es mejor no conocer”. Cerró los ojos. Tal vez así dejaría de ver señales y guiños que tenían algo de oscura malevolencia. Intentó pensar en algo neutro y laborioso, como los marcadores de partidos históricos de tenis, y lo consiguió por varios minutos. Era algo que requería de un esfuerzo de memoria. Por ejemplo, el partido de John McEnroe y Björn Borg, en el US Open de 1981, fue 4-6, 6-2, 6-4, 6-3 a favor de McEnroe. El Corredor debe haber musitado el *score* y los nombres de los tenistas porque la señora volvió a mirarlo con desconfianza y, en lugar de nuevos intentos inquisidores, esta vez consideró conveniente cambiarse de puesto.

El autobús arribó a su terminal, ubicado a pocas cuerdas de la casa del Corredor. No tuvo nuevas señales hasta llegar a la puerta del edificio. El vigilante y un vecino discutían medio en serio y medio en broma. El vecino decía que el vigilante era un apostador compulsivo

y por ello siempre estaba sin dinero y con grandes deudas. Para demostrarlo, le mostraba a todos los que pasaban por allí en ese momento los libros que el vigilante leía. Todos eran de San Cono, instructivos para ganar premios de lotería, consejos para triunfar en las carreras de caballos... Justo al llegar el Corredor, el vecino enarboló otro de los libros del vigilante: *Uriel: el arcángel de la prosperidad*, se titulaba. “Sigue creyendo en estas idioteces y vas a morir pobre”, comentó el vecino, mientras el vigilante hacía esfuerzos por recobrar el libro. El vecino, que cambiaba el libro de una mano a otra para evitar que el vigilante lo tomara, se dirigió al Corredor: “¿Qué le parece a usted, amigo?”. El Corredor solo atinó a sonreír, mientras alguien dentro de él respondió: “Cada cabeza es un mundo”. Y esa misma voz dijo, esta vez solo para el Corredor, “Y la mía es varios mundos”.

CAPÍTULO 32

EVA, LA ATLETA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Esta mañana me desperté a las cuatro y cuarenta, y supe que no podría dormir más. Estaba como poseído por una energía chispeante, tenía ganas de aplaudir, dar saltos y hacer gestos de grotesca vanidad, como los delanteros que meten un gol. Jenny, una entrenadora, me había anticipado que eso ocurriría y que sería la señal inequívoca de que comenzaba a ponerme en forma. “El día que te pase, no aguantas las ganas, sal a correr tan pronto puedas, el cuerpo te lo está pidiendo a gritos”.

Así lo hice.

Estuve en la calle antes de las cinco, aun noche cerrada, ni siquiera un asomo de luz en el horizonte oriental. Siendo domingo, casi no circulaba gente, salvo parranderos que retornaban a sus casas con los primeros estragos de la resaca a cuestas. Comencé a correr casi desde la puerta de mi edificio –tan rebosante estaba mi energía–, así que al llegar a la entrada del parque ya había entrado en calor y me desplazaba en excelente ritmo, con movimientos de maquinaria bien lubricada. Sentía que iba cubriendo distancia de manera eficaz, casi sin gasto de esfuerzo y apenas alterando la respiración. Por eso me quedé perplejo porque sentí que junto a mí corría alguien más. Y más al constatar que era una chica o, más bien, una señora.

Se hizo sentir de un modo difícil de precisar. No capté su existencia a través del oído, pues, como siempre, iba con la música bastante alta (algo de Credence Clearwater Revival, un grupo que me evocaba mi infancia más remota). No la capté tampoco a través de la vista, pues llegó por detrás y yo llevaba puesta la capucha de la chaqueta (algo que me gusta hacer hasta que comienzo a sudar). Podría decirse que intuí su presencia.

Me llamó mucho la atención que Eva (así supe luego que se llamaba) iba vestida de blanco de pies a cabeza: zapatos deportivos blancos, medias blancas hasta la espinilla, una especie de falda blanca de tenista (me intrigó saber qué llevaba debajo), una blusa holgada que no parecía apropiada para correr y una pañoleta blanca.

Iba a un ritmo endemoniado, así que pensé que me iba a rebasar en forma limpia. Confieso que esa situación me desconcertó y hasta me molestó. Justo en ese gran día, con esa explosión de energía, tenía que encontrarme con alguien que iba más rápido y, además, que fuese una mujer. Cruzamos las dos calles principales que separaban al bulevar del parque. Ella avanzaba a mi lado derecho, sigilosa, sin decir una palabra. Los semáforos estaban con luces intermitentes amarillas que se reflejaban magras sobre el asfalto húmedo de rocío. Cuando ambos dimos un saltito para subir a la acera, me quité la capucha y el audifono de la oreja derecha y la miré fingiendo que acababa de percatarme de su presencia. Le sonreí y dije “¡Buen día!”. Entonces vi que no era una joven, sino una mujer de una edad difícil de calcular, tal vez cuarentona. En su rostro había un rictus angustioso, que se me antojó el de una viuda o el de una plañidera. Descubrí que ella misma era blanca, blanquísima. Su palidez era insólita, tratándose de alguien que iba a

paso de 4,15. La mujer no contestó el saludo, pero siguió corriendo a mi costado a lo largo de la plaza circular ubicada antes de la entrada, cruzamos juntos el umbral y comenzamos a bajar por las rampas hacia la zona de trote, que estaba mortalmente desierta. Pensé “qué le pasa a esta tipa; se entiende que quiera correr a mi lado en esta soledad, pero al menos debería ser un poco cortés”. Luego supuse que, por la pinta, tal vez fuera una loca, no sé, una *hippie* o una santera a la que le dio de repente por correr. Caramba, pero a ese paso demolidor solo podía correr alguien con muchos kilómetros de entrenamiento encima. Llegamos a la pista de trote y la mujer no se me quitaba de al lado. Tampoco decía una palabra. Bajé el volumen del iPod para oír cómo respiraba, pero solo parecía oírse el ligero sonido de las telas de su blusa y su falda. Entramos en una zona sin luz de la pista de trote, en la que a esa hora es difícil ver dos pasos delante. Hay que tener mucho cuidado de no pisar en falso. Es conveniente no dejar de mirar al piso. Así lo hice. Veía mis propios pies alternándose delante de mí y percibía, en la periferia, el trazo blanco de los pies de Eva. Al llegar a un tramo un poco más iluminado, le dirigí una rápida mirada. Tuve la impresión de que aquella mujer tenía luz propia, una luz opaca, como la de un foco cubierto con una pantalla gris. Comenzamos a correr en la zona paralela a la autopista, y decidí que debía insistir en sacarle conversación. Después de todo, su conducta era muy extraña y yo tenía derecho a preguntarle, no era demasiado indiscreto hacerlo, es más, casi estaba obligado. Evaluaba qué pregunta debía hacerle (¿... y, entonces, cómo te llamas?, o ¿cuántas vueltas piensas dar que vas tan rápido?), cuando ella, para mi estupor, dijo: -Me llamo Eva y puedo dar todas las vueltas que quiera.

Su voz no parecía la de una persona que va corriendo a esa velocidad, sino la de una de esas muñecas que hablan. Se me ocurrió decirle:

-¡Qué coincidencia!, te iba a preguntar tu nombre y cuántas vueltas dabas.

Ella no contestó. El rictus de viuda pareció acentuarse, como si ya fuera a llorar. Le dije:

-No puedo con este ritmo y mucho menos por varias vueltas... voy a bajar un poco... tú sigue en lo tuyo... eres una gran atleta.

No dijo nada. Bajé el ritmo con la esperanza de que aquella extraña mujer siguiera su camino, cualquiera que este fuese, pero ella también aflojó y se mantuvo casi adosada a mí.

Cerca de la salida este apareció por fin otro corredor y noté, con alivio, que miraba a Eva con curiosidad. Venía en dirección contraria a nosotros. Tal vez fueran percepciones mías, pero al cruzarnos su mirada curiosa mudó en una expresión estupefacta. Miré hacia atrás y juro que lo vi persignarse.

Tanto pensar en asuntos extraños al correr había hecho mella en mi energía inicial. Un súbito cansancio me acometió cuando ya llegábamos a las antiguas caballerizas. Iba mezclado con rabia porque aquella rara mujer había arruinado lo que parecía ser mi mejor faena desde que comencé a correr. No era una mezcla homogénea, sino una amalgama marmolada en la que se mezclaban trazas de agotamiento y trazas de rabia. En un momento dado, pudo más la rabia y, casi parándome, dije:

-Mira, Eva, no sé por qué quieres correr al lado mío si estás en mejor forma que yo y, además, no eres muy comunicativa. Yo prefiero que cada uno siga por su lado.

Fue una de esas frases que, tan pronto salen de nuestra boca, deseamos no haberlas

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

dicho, quisiéramos tener la oportunidad de ir atrás, borrar y repetir lo dicho, como se hace en un estudio de grabación. Sentí como si cortara la relación con una novia terca. “¡Qué ridículo soy!”, pensé. Eva pareció, por fin, captar el mensaje en toda su antipática sinceridad fuera de lugar. Frenó por completo, pareció flotar unos segundos mientras cambiaba de dirección y emprendía la ruta en sentido contrario. Su voz de muñeca dijo algo como - Ya desaparezco.

Detenido por completo, volteé para mirarla irse y su velocidad tenía algo sobrenatural, como si se deslizara sobre un riel, impulsada por un silencioso motor.

∞

El efecto del agotamiento sumado a las extrañas emociones del domingo, me obligaron a descansar tres días consecutivos. Volví al Gran Parque el jueves para trotar un poco y luego llevar a cabo una sesión de cuerdas en la lomita ubicada en la puerta oeste. Logré calentar muy bien y comencé mi trabajo en las cuerdas. Estaba contento porque una sesión tan sólida conjuraba el embrujo de la anterior. Entonces vi pasar por el circuito interno al corredor que se había cruzado conmigo y Eva el domingo. Era un señor de unos 50 años, que corría con medias antitrombo. Al verme, el hombre detuvo su carrera y se encaminó hacia la lomita. Se acercó con una ligera sonrisa, apelando al hecho de que varias veces nos habíamos visto allí en el parque, aunque nunca nos habíamos dirigido la palabra.

-¡Epa, hermano!, ¿cómo estás?, ¿te interrumpo?-dijo.

Le contesté que no, que ya había completado el trabajo de esa tarde. Nos sentamos en una acera. Yo tomaba sorbos de agua y el hombre, Gabriel Ramírez, se ajustaba las medias con gestos mecánicos. De pronto, entró en materia:

-Compa, me vas a disculpar, pero me acerqué a hablarte porque el domingo me quedé intrigado con algo.

-¿Qué será?-pregunté, tratando de parecer natural, aunque ya sabía por dónde venía. Su cara en plena madrugada seguía grabada en mi memoria.

Gabriel lo soltó sin más preámbulos:

-¿Esa señora con la que ibas corriendo el otro día... es amiga tuya?

La pregunta zumbó en el aire, como una nube de zancudos, así que hice un gesto como para sacudirla.

-No, amigo, ni siquiera la conozco, no sé quién es... bueno, sé que es una tipa muy rara.

Gabriel guardó silencio, siguió acomodándose las medias. Se quitó la gorra como para ser más sincero.

-No es que sea rara, hermano... es que no parece de este mundo.

Solté una risita nerviosa, pero Gabriel no estaba en onda de risa. Sostuvo una mirada seria, muy angustiante. Resultaba evidente que el incidente del domingo lo había perturbado en profundidad. Tanto que me asustó. Para no seguir bajo su mirada trastornada, miré hacia las copas de los árboles. Había un cielo azul, casi despejado, con apenas unas hilachas de nubes. Cuando volví a mirar a Gabriel, me dijo:

-No sé si tú crees en esas cosas, compa, pero acá se comenta hace años de una mujer... ¿no habías oído hablar de ella?

Negué moviendo la cabeza y torciendo un poco la boca. Gabriel me aseguró, mientras

miraba al piso y rastrillaba ramitas con el zapato izquierdo, que en el parque había un grupo de gente que había visto a la mujer, “la Atletista”, le decían. Algunos habían corrido con ella, otros, como él, la habían visto corriendo. Decían que había sido una corredora, muerta en un absurdo accidente. Acopié fuerzas, sonreí de nuevo y dije:

-Esas son tonterías. Esa señora no es más que una de tantas desquiciadas que andan por ahí en una ciudad como esta.

Gabriel repitió su mirada fija, sin sonrisa. Se levantó y dijo que si alguna vez quería hablar de eso, lo buscara para ir con los otros que han experimentado la situación. Se marchó, pero en la parte baja de la lomita se detuvo y me miró desde abajo.

- Yo no sé si eso es bueno o malo, compa, pero lo cierto es que corríste con una muerta.

Ya se había alejado unos cien metros, pero volvió sobre sus pasos y me comentó algo más:

- ¿Sabes? La Atletista no es la única en su tipo. Al parecer hay varios más.

En un segundo me paseé por varias posibilidades. Tal vez Gabriel estuviera convencido de que yo también era uno de esos corredores espectrales; o quizá él había visto a Roderick y sabía de su condición; o podía ser que él mismo fuera parte de ese fantasmal lote y estuviera sondeándome para sumarme al club.

-¿En serio? ¿Son muchos?

-No sé cuántos sean-contestó Gabriel-. Yo he oído hablar del que mataron en la zona industrial de la autopista a San Germán. ¿Tú supiste de ese caso? Seguro que no porque ocurrió hace muchos años.

A pesar de lo acostumbrado que ya estaba a este tipo de guiños de la causalidad jungiana, reconozco que me sentí azorado. Traté de disimular, pero Gabriel (estoy seguro de eso, aunque solo hablé con él ese día) era alguien con una sensibilidad especial para captar estos estados de ánimo.

-¿Cómo fue ese caso?

-Era un superatleta. Hasta dicen que hubiera podido llegar a los Juegos Olímpicos. Entrenaba en los terrenos de la zona industrial que estaba en construcción en ese tiempo al sur de la autopista de San Germán. ¿Sabes dónde queda San Germán?

-¡Claro, si soy de allá!

-¡No me digas... vaya coincidencia!-exclamó Gabriel -.

Bueno, el tipo era tan fiebrudo en su deporte que corría por ahí de noche, de madrugada, a cualquier hora. Es una zona por donde nadie andaba a pie. Es frente a la fábrica de tubos... Si eres de allá, qué te voy yo a explicar. El día que lo mataron parece que andaban unos tipos de esos sin oficio, borrachos o drogados, ¿quién puede saberlo?, con pistolas, disparando a diestra y siniestra, y le dieron al hombre.

-¿Habrá sido un enfrentamiento entre bandas?-pregunté para parecer interesado y, a la vez, para que siguiera su relato.

-¡No, nada de eso! Al parecer eran de esos que les disparan a los carteles de tránsito o a los animalitos del monte, a todo. Gatillos alegres, les dicen.

Hice un gesto de desaprobación, mientras me carcomía la culpa por lo ocurrido entonces y por fingir en este momento. Pregunté:

-¿Y dices tú que ese corredor también aparece por aquí, como la Atletista?

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-Sí, pero no lo digo yo-se apresuró a aclarar Gabriel-. Yo no lo he visto, pero dicen que sigue corriendo a toda hora. Es incansable.

CAPÍTULO 33

LA SILUETA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

No era mucho lo que diferenciaba una noche de otra en aquel tiempo en que el Corredor optó por trotar a las tres de la madrugada. La rutina de la ciudad se petrificaba con el estado de hibernación general. Era una tregua de la otra perenne repetición de actos, pero en sí misma era una rutina protagonizada por la nada.

Así, pues, el Corredor aprendió a apreciar los pequeños detalles pintados en el lienzo de las sombras. Por ejemplo, en la zona aledaña a la Gran Fuente encontró uno de esos guiños. Casi todos los edificios residenciales estaban a oscuras, salvo una luz olvidada en un baño o el resplandor de un televisor en alguna habitación. Pero había un balcón siempre iluminado por un foco que estaba en el interior del apartamento, de tal suerte que la luz demarcaba una silueta humana. La persona a veces estaba sentada en un sillón; otras de pie, recostada de la reja del balcón, como atisbando el horizonte en actitud de espera angustiosa.

“Un adolescente no ha llegado a casa”, pensó la primera vez que se percató de la presencia de la sombra. Pero la escena silente y umbrosa se repitió cada día durante ese período indefinido que duraron las rodadas nocturnas del Corredor.

Cada vez que enfilaba hacia esa zona, luego de bordear el parque y de atravesar una garganta vial más solitaria que el resto de la noche, se ponía a anticipar cómo sería esa vez la imagen de la persona en el balcón. Apostaba consigo mismo acerca de si estaría o no allí. Pero como siempre estaba, incluyendo fines de semana, feriados y noches de tormenta, optó por cambiar la apuesta y dirimir si estaría de pie o en el sillón.

Algunas noches se convencía de que era una señora y comenzaba a lucubrar sobre su vida de viuda triste o de solterona. Otros días se convencía de que era un hombre y arribaba a las mismas conclusiones: era un decadente viudo o un patético solitario amargado, jubilado de todo, incluso de la luz del día.

Al principio, el Corredor pasaba por la misma acera del edificio, pero luego empezó a ir por la opuesta. Así podía echarle dos o tres miradas más a la persona del balcón iluminado. Tal vez en alguno de esos golpes de ojo lograría escudriñar y encontrar un detalle revelador de su identidad.

Siempre creía ver algo nuevo, una mínima información adicional. Una vez, por ejemplo, creyó observar que usaba anteojos, pues algunas luces lejanas se habían reflejado en los cristales. En otra ocasión observó ciertos brillos satinados en lo que parecía ser una bata de casa, así que concluyó que la silueta era de un caballero elegante.

Cierta noche, el Corredor estuvo seguro de que la persona estaba sentada en el sillón y sostenía un libro, por lo que tal vez estuviera leyendo, aunque dudaba que tuviera la luz adecuada para ello. En otra ocasión, estaba también sentada y se incorporó para mirarlo a él pasar, lo cual en principio le pareció un poco retorcido. Pero luego reflexionó, entre un tranco y otro, que si para él aquella persona era un punto de atención en medio de la

espesa oscuridad de la madrugada, qué podía esperarse que ella sintiera acerca de una criatura extraña de la noche, que surca atlética la urbe catatónica.

Imaginó varios episodios que nunca llegaron a ocurrir. En uno de ellos, él se detenía y comenzaban a conversar a gritos, tras lo cual se encendían luces en varios apartamentos y se oían imprecaciones diversas. Tal vez hasta le lanzaban agua, como se hace con los gatos.

En otro de los encuentros imaginarios, la silueta lo invitaba a subir para tomar café. “Prefiero agua. A esta hora nunca tomó café y aún me falta mucho trecho por correr”, decía el Corredor en su relato. La silueta del balcón –que un día era una persona anciana y otro, alguien de la misma edad del Corredor; un día era mujer y otro, hombre– le ofrecía entonces jugo de naranja.

En una ocasión, el Corredor quiso condimentar la fantasía e hizo que la silueta fuese una mujer joven apenas cubierta con una sensual pieza de seda. El encuentro desembocaba en una serie de lugares comunes del cine, como música de saxofones, luces tenues, copas de vino y sexo insaciable.

En cierta ocasión, encontró una versión nueva sobre la vida de la persona del balcón: ya no era viuda ni viudo, solterona o solterón ni mucho menos una ninfómana a la caza de machos. Era un escritor noctámbulo, un gran literato que empleaba esas horas para crear sus historias y sus personajes. Dedicó varios días a engordar esa versión del relato y elaborar múltiples variantes. En unas era un narrador de misterio; en otra era creador de tramas románticas y estúpidas; y en otras, un autor de narrativas fantásticas para jóvenes.

Así llegó al día en que se asumió como uno de los personajes del escritor. Esa vez, la figura sombría había descendido hasta la planta baja del edificio para esperar allí el muy previsible paso del Corredor, interceptarlo y plantearle su inquietud.

-¡Pst, pst!, oiga, amigo, ¿puede detenerse un segundo...?, y disculpe- decía la silueta.

El Corredor aminoraba la marcha, sin llegar a detenerse, trotaba de modo estacionario mientras trataba de descifrar lo que le decía la persona, que no se veía como hombre, mujer, joven o mayor, sino como un volumen antropomorfo entre las penumbras.

-¿Quién es usted?-preguntaba el Corredor con el aliento entrecortado.

-Soy el de arriba-respondía la silueta, señalando con el dedo hacia lo alto del edificio.

-¡Ah, caramba! - decía entonces el Corredor-. Yo también quería conocerlo.

-Soy escritor y quiero asumirlo como personaje. ¿Me da permiso? –expresaba la silueta.

El Corredor se emocionaba mucho con la propuesta, pero terminaba subiendo al apartamento de la luz encendida, donde el escritor (un señor de mediana edad, solitario y con un gran perro) le mostraba su mundo de seres improbables robados a la noche.

CAPÍTULO 34

INCISO CON ANSELMO

El Corredor trotaba con Anselmo por un sendero que se parecía mucho a Todosnadie, aunque no lo era con exactitud. Pasaba algo raro, pues cada diez o veinte trancos aparecía un detalle que lo desmentía. Por ejemplo, en Todosnadie no había un puente antiguo de piedras; al menos él nunca lo había visto. Y tampoco había esas flores parecidas a crisantemos, tan fuera de lugar climático. Además, si aquello era Todosnadie, ¿cómo había llegado hasta allí? No recordaba nada del trayecto desde su apartamento hasta la entrada. Habría tenido que pasar por la casa de Isabelica y ese momento no se le habría pasado por alto, por muy distraído que anduviese. Por otro lado, ¿quién era este tal Anselmo? ¿Era alguien del grupo del Gran Parque o del Parque Oriental? ¿Se lo había presentado Eduvigis Lourdes? No tenía ni la menor idea. Lo cierto es que entre ellos había una cercanía de esas que solo se forjan con el tiempo. Se sentía tranquilo a su lado. No le resultaba del todo un extraño. No había ese mutuo recelo recóndito que existe entre dos personas cuando acaban de conocerse.

Anselmo lucía muy en forma. Tendría unos 40 años, era más bien bajo, pero macizo. Se le notaba que no solo corría, sino que tenía encima un largo historial de pesas y aparatos de gimnasio. Lo que más atraía era su tranquilidad. Corría bien, con placidez, como sin esfuerzo. Hablaba mientras corría, pero no gritando y resoplando, como suelen hacerlo los trotadores gregarios arrogantes. Hablaba casi con normalidad, como si no estuviera corriendo, sino sentado en un café, oyendo jazz suave.

Entraron en una zona medio conocida y medio no conocida. Había un familiar olor a piedras musgosas que han recibido mucha luz de sol. Pero también había un extraño lago en el fondo de uno de los cañones. Sabía que ese lago nunca había estado en Todosnadie. De haber estado, cuántas veces habría bajado hasta allí a refrescarse un poco.

Como si escuchase su monólogo interno, Anselmo preguntó:

-¿Quieres que bajemos al estanque a darnos un chapuzón?

Tardó en responder, y lo hizo con otra pregunta:

-¿Tú lo haces con frecuencia?

Anselmo suspiró:

-Siglos. Pero tengo ya un tiempo sin bajar... ¿bajamos?

El Corredor asintió con un gesto. Comenzaron a bajar por una pica muy inclinada y estrecha. Anselmo iba adelante y hacía continuas advertencias sobre tramos demasiado abruptos, piedras salientes, curvas inesperadas y trechos empantanados.

-Pareces un GPS-expres el Corredor.

Anselmo tardó en volver a hablar. El Corredor pensó que no lo había escuchado. Luego dijo:

-GPS. ¿Qué es un GPS?

El Corredor perdió un poco el ritmo del descenso. Estuvo a punto de irse de bruces y de tropezar a Anselmo. Logró estabilizarse aferrándose a su brazo derecho.

-¡Disculpa, me fallaron los frenos!-dijo, azorado.

Anselmo lo tranquilizó y dijo que ese tramo resultaba un poco engañoso. Parecía menos inclinado de lo que en realidad era.

Siguieron bajando. Al Corredor le pareció que tardaron horas en el descenso, pero no podía ser tanto, pues cualquier bajada desde el sendero de Todosnadie hasta la falda de la montaña duraba apenas unos minutos. Volvió a pensar que no era Todosnadie, porque, además, Todosnadie no tenía ese lago o ese estanque, como lo había llamado Anselmo. Le hizo ver a Anselmo su extraña sensación:

-Oye, pensé que estaba más cerca... Siento que hemos tardado demasiado tiempo.

-Falta poco. Hay días en que está más cerca -dijo.

Al final llegaron. El lugar era como una gran piscina, alimentada por un río cristalino. Los bordes eran de piedras lustrosas casi negras. Anselmo se sentó en el piso y comenzó a desamarrar los cordones de los zapatos. Miraba hacia el agua con el entusiasmo de un mocoso que llega a la playa. Se quitó las medias y las metió en los zapatos. Se quitó la camiseta y la colocó sobre los zapatos. Se quitó el short y lo puso sobre la camiseta. Se quitó el calzoncillo y lo puso sobre la camiseta. Se levantó y caminó hacia el agua, sin perder la expresión de alegría infantil. El Corredor miró alrededor, buscando algún testigo de aquel acto nudista. No había nadie. Oyó a Anselmo exclamar por lo fría que estaba el agua y lo vio chapotear aparatoso y aniñado.

-¿No te vas a bañar?-gritó, con la voz entrecortada por el frío-. No me digas que te echaste esta tremenda bajada y te vas a perder esta delicia.

El Corredor no respondió. Se sentó en el suelo e hizo algo bastante parecido a Anselmo, con la diferencia de que no se despojó del calzoncillo. Comenzó a avanzar hacia el estanque. Anselmo lo veía desde el agua, con expresión divertida. Le gritó:

-¡Desnudo!

El Corredor se sintió fatal. No sabía con exactitud dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí ni quién era, en realidad, ese acompañante que se bañaba sin ropa y le proponía que él también lo hiciera.

-No me siento a gusto-decidió decirle.

Anselmo, que hacía piruetas natatorias en el agua, seguía riendo.

-Bueno, pero te advierto que luego te vas a fastidiar con el calzoncillo mojado.

El Corredor vaciló unos segundos más. Anselmo pareció desentenderse de él, pues siguió sumergiéndose y haciendo volteretas. El Corredor volvió a mirar en 360 grados. No había ningún alma visible. Hizo un gesto de "¡qué más da!", se quitó el calzoncillo, lo puso sobre la pila se su ropa y corrió hacia el agua. Sintió una excitación raigal, mezcla de miedo a ser visto, gusto por la transgresión y el maravilloso contacto con la naturaleza indómita. Al entrar al agua, el frío lo hizo gritar. Se sumergió de un golpe para no prolongar la batalla con el agua helada. Experimentó una especie de anestesia general. Pensó que si en aquel momento le arrancaran un brazo, no sentiría dolor.

-¿Qué te parece?- preguntó Anselmo, sin perder una gran sonrisa.

-¡Celestial! -respondió el Corredor.

Estuvieron sin hablar un rato. Era muy difícil hacerlo porque la boca temblaba, los dientes titiritaban, y la voz salía aflautada y entrecortada. Cuando salieron del agua, el Corredor se precipitó hacia la ropa, pero Anselmo le dijo, aún con la voz afectada por el frío:

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-Si te vistes mojado es casi lo mismo que bañarte con ropa.

-¿Y cómo nos vamos a secar?

-Al sol.

Anselmo se acostó sobre las piedras e hizo un ademán para que el Corredor lo imitara. Pero el Corredor se quedó otra vez impávido.

-¿Qué pasa si viene alguien y nos ve así?

-No viene-dijo con rotunda seguridad -. Pero, además, ya no importa.

El Corredor se sentó al lado de su pila de ropa, mirando hacia el estanque. No quería que Anselmo estuviese en su campo visual. El sol venció la sensación de frío y la tibieza del cuerpo le animó a preguntar:

-¿Por qué ya no importa?

Anselmo no respondió de inmediato. El Corredor pensó que se proponía ignorar la pregunta. Se atrevió a voltear y mirarlo. Anselmo se había puesto boca abajo, apoyado en los codos. El Corredor no pudo evitar que su vista se centrara en las nalgas velludas y pálidas. Volvió a mirar hacia el estanque. No le agradaba nada lo que ocurría. Anselmo, volvió a hablar:

-Nunca importó. Antes tampoco importaba. Pero ahora importa menos.

Se levantó y comenzó a sacudirse los restos de agua y algunas hojas y hormigas que tenía en el cuerpo. Luego empezó a vestirse. El Corredor suspiró aliviado e hizo lo mismo. Lo hizo tan deprisa que estuvo vestido antes que Anselmo. Este seguía sonriendo. Le dijo:

-Eres un sujeto muy penoso. Debes relajarte un poco. Esto apenas comienza para ti -dijo mientras emprendían el retorno a la pica.

-No estoy acostumbrado. Nunca hice estas cosas. Ni de joven.

-Aún eres joven. Puedes hacer todo lo que no hiciste antes.

Subiendo hubo largos silencios. A mitad de camino, Anselmo se detuvo, dio media vuelta, miró al Corredor y comentó:

-No me dijiste qué diablos es un GPS.

CUARTO TRAMO (DE 18 A 24 K)

CAPÍTULO 35

EN LA PLAYA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)
ESPACIO PARA EL 4.º EPÍGRAFE

Fiel a recomendaciones e intuiciones, el Corredor fue una madrugada a trotar a la orilla del mar. Para hacerlo, tuvo que pasar la noche en una posada que más parecía un prostíbulo. Al menos, la dueña lucía como una madama y su hija era una mujer madura que presumía de sus dotes corporales.

El Corredor les dejó claro que solo pretendía dormir a buen resguardo y salir a las cinco de la madrugada a entrenar. Tampoco tenía previsto regresar, a menos que lo hiciera una próxima vez, si la experiencia le gustaba. Las mujeres lo miraban divertidas. Estaba claro que lo consideraban un excéntrico.

-Bueno, si te interesa el entrenamiento de Miguelina, ella te lo puede dar toda la noche, dijo la madre, apuntando al cuerpo de la hija con un gesto de la boca.

-Sí, a mí me fascinan los hombres que están en forma - agregó la hija -, aunque a ti te veo más flaco que un pollito para hacer sopa, mi amor.

El Corredor se convenció entonces de que había ido a parar a un burdel. Se excusó con las dos mujeres diciéndoles que tal vez otro día haría ejercicio con la hija, pero que esa vez lo que quería era dormir un poco para salir bien temprano, antes de que el sol se pusiera majadero.

Madre e hija volvieron a mirarse con picardía y, al parecer, se dieron por vencidas. En los rostros casi se podía leer la frase: "Este tipo sí es raro".

A las cinco de la mañana, el Corredor estaba listo para salir, pero tuvo que saltar la verja del jardín porque a esa hora no había nadie en la entrada del lugar. En lo más alto de la reja pensó en lo absurdo de la situación. Si alguien lo veía en ese trance, pensaría que era un ladrón, un asesino o un huésped que se iba sin pagar. Por lo que pudo ver de las dos mujeres, también podía ser un cliente que huía de sus furiosos. No lo vio nadie. Al poco rato ya estaba al trote por la carretera que iba paralela a la línea de la costa. Estaba despejado y había una gran luna, de manera que tanto el mar como el asfalto tenían un color grisáceo con destellos de plata. A lo lejos se veían las luces del siguiente pueblo, y en medio del mar, las luminarias de embarcaciones de pesca.

El Corredor tenía el plan de recorrer toda la línea costera, unos 45 kilómetros. Si todo salía como lo había previsto, llegaría al otro extremo pasadas las ocho de la mañana, ya con el sol bastante intenso. Entonces se daría unos chapuzones en el mar, se secaría al sol y luego tomaría el autobús para regresar a la ciudad.

En la tercera media hora, había alcanzado la mitad del recorrido y seguía sintiéndose muy bien, así que tal vez tardaría menos de lo previsto, aunque le faltaba la etapa con el sol en su máxima antipatía. El único problema es que había aumentado el tráfico por la vía costanera y los vehículos le pasaban muy cerca. En algunos tramos podía avanzar

por la arena dura que había entre la orilla del mar y la carretera, pero en la mayor parte del recorrido esa franja era intransitable, llena de monte, de basura, de escombros o estaba ocupada por casuchas y ventorrillos.

Le tocó pasar por el pueblo más grande de la ruta, una ciudad en realidad. Tuvo que esquivar todo tipo de obstáculos: carros mal estacionados, un bullicioso mercado de pescadores, grandes camiones cargados de piedras, una calle inundada por el agua de mar contaminada... Incluso, tuvo que hacer maromas sobre un brocal, como si fuera un equilibrista en la cuerda floja.

Cerca de la salida del pueblo, junto a lo que parecía ser el portón de una fábrica se encontró mucha gente arremolinada. Algo acababa de ocurrir pues algunas personas hacían dramáticos gestos como dar saltos de un lado a otro y llevarse las manos a la cabeza. Al acercarse comprendió que habían herido a alguien. Esa persona yacía en el suelo, mientras a su alrededor ocurría aquella danza desesperada.

Más cerca pudo oír los gritos de la multitud. Entendió que al joven lo había arrollado una camioneta y el conductor había huido sin prestarle auxilio. La gente narraba los hechos, daban descripciones del chofer y discrepaban sobre si había escapado hacia el este o hacia el oeste. Al llegar justo al lugar comprobó que la víctima estaba muerta. Era apenas un adolescente y su cuerpo estaba torcido de un modo tal que tenía el aspecto de un muñeco de madera descoyuntado. De su cabeza había manado una sangre muy oscura y en el rostro le había quedado estampado el rictus del susto, su última emoción en este mundo o, al menos, en la existencia habitual.

El Corredor sintió una profunda pena por el jovencito y por quienes seguían gesticulando alrededor del cadáver. Se detuvo, se quitó la gorra y se persignó. Caminó a paso lento junto al cuerpo. Avanzó unos cuantos metros y luego retomó el trote. Una señora le dijo:

-¡Oiga! Tenga cuidado, mire lo que le pasó al pobre muchacho. Acá la gente maneja como loca...

El Corredor hizo un gesto de agradecimiento y también para conjurar el mal agüero. Siguió corriendo hasta retomar la carretera. En el siguiente tramo, sus pensamientos se centraron en la muerte del joven-casi niño. Apenas si empezaban a salirle pelos en sus larguiruchas piernas. ¡Qué triste!

El dolor solidario le había hecho poner en segundo plano lo bello del paisaje y lo bien que se sentía, cerca ya como andaba de las dos horas de trote. También lo hizo descuidar un poco el control de sus zancadas, así que, de pronto, se dio cuenta de que iba demasiado rápido, en especial si se consideraba que aún le faltaba más de una hora de ruta bajo un sol que ya comenzaba a ser ardiente. Experimentó una poderosa sed y cayó en cuenta de que para ese recorrido tan exigente era necesaria una mayor hidratación. Tuvo que detenerse en un tarántin y comprar una botella de agua.

Faltaban unos siete kilómetros cuando la mente comenzó a andar por cuenta propia. Primero sintió que flotaba, como si hubiese sido exonerado de cumplir la ley de gravedad. Luego vio colores muy peculiares y formas fractales que parecían estar dentro de globos de colores. También oyó sonidos raros que salían de su cabeza, en lugar de entrar a

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

ella, y voces ardillescas que le daban instrucciones incomprensibles. En medio de ese ambiente alterado, emergió con claridad una frase: “Tú mataste a un muchacho como ese de allá atrás, y ahora estás pagando por eso”. Dicho (u oído) esto, colapsó de bruces sobre un morro de arena endurecida, poco amistosa, y perdió la conciencia.

La siguiente escena que recuerda el Corredor la reconstruyó a partir del relato de Sergio, otro corredor que pasó por el lugar un rato después. Sergio se ejercitaba en la playa todos los días. Cuando vio al Corredor en el suelo, pensó que era uno de tantos borrachos, pero distinguió su cuerpo de corredor y sus ropas de corredor por lo que se dispuso a prestarle auxilio. Notó de inmediato que estaba bajo los efectos de un golpe de calor. Sergio resultó ser un bombero voluntario, así que gestionó ayuda y llevaron al Corredor hasta un pequeño puesto de emergencia, donde lo cubrieron con mantas mojadas y le inyectaron suero intravenoso.

Mientras se recuperaba solo alcanzaba a recordar la imagen del jovencito atropellado y la voz que lo acusó, desde adentro, de haber matado a alguien.

∞

En la tarde se presentó Sergio y le dijo que él podría llevarlo a la ciudad, pues debía ir a buscar a una persona al aeropuerto. El Corredor no podía creer lo afortunado que era por haberse topado con un colega tan solidario. Ya en la autopista, Sergio le preguntó cómo había ido hasta el poblado costero donde había pasado la noche.

-En autobús. Pasé la noche en una posada.

El Corredor dio el nombre del lugar y Sergio rio a carcajadas. En verdad era un burdel. -Las putas nunca pasan de moda...-comentó Sergio aún riendo-. ¿Y tú no tienes carro? -No-respondió el Corredor, pero luego cayó en una gran duda. ¿Lo tenía o no? ¿Lo había tenido? Tal vez aquella tarde, cuando se bajó de la cornisa y se fue a correr con ropas de calle en el circuito de los militares no lo había llevado su amigo Yousef, sino que se había ido en su carro. En un flogonazo de la memoria creyó recordar que era un Toyota Corolla rojo.

-En verdad, no siempre hacen falta, pero a veces son imprescindibles-dijo Sergio.

El Corredor no estaba seguro de si hablaba de las prostitutas o de los carros. Sergio se dio cuenta de su duda, se la atribuyó al estado de confusión propio de los golpes de calor. -Hablo del carro, no de las putas, aunque también vale...- aclaró.

-Ah, sí-contestó el Corredor, y se animó a decir que alguna vez había tenido un Toyota Corolla.

-¿Igual a este?-preguntó Sergio, y entonces el Corredor entendió que iba a bordo de uno.

-No, el mío era de los más viejitos-alcanzó a responder.

-Bueno, este es de los más viejitos-dijo Sergio riendo-. ¿De qué año era el que tú tenías?

El Corredor pensó. ¿De qué año era? No sabía. No estaba seguro de que lo hubiese tenido. Sergio lo vio tan consternado que le dijo que no tenía la menor importancia y le recomendó que, al llegar a su casa, tomara una larga ducha, bebiera mucha agua fría y se pusiera hielo en la cabeza.

-Ponte el termómetro cada dos o tres horas. Si te sube la temperatura, vete al hospital sin demora.

Sergio llevó al Corredor hasta la puerta del edificio. Le dio un papel con todas sus señas. Incluso, lo invitó a correr de nuevo en la playa, pero con el grupo de los bomberos. -Tenemos buena hidratación. A veces hasta va el camión cisterna delante de nosotros, para mojarnos un poco. Es un trote con llovizna incorporada.

El Corredor subió a su apartamento, se desnudó y se puso delante del espejo. Entonces se dio cuenta de lo mucho que se había quemado la piel de los hombros, los brazos, la cara, el cuello y las piernas. Las zonas que habían permanecido cubiertas por los zapatos, las medias, el *short* y la franelilla parecían pertenecer a otra persona, un sujeto pálido. Se bañó y sorbió agua de la ducha. Comió algo y bebió el suero que Sergio le había obsequiado. Se sentó ante la computadora y buscó en las carpetas de imágenes. Luego de mucho buscar, encontró una en la que estaba él, con unos diez años menos, sentado en un Toyota Corolla rojo. Tenía las manos en el volante en posición de las diez y diez, con los brazos rectos como si piloteara un Fórmula Uno. Sonreía. Se le notaba que apreciaba a la persona que le tomó la fotografía. ¿Habría sido Yoly? Tal vez, aunque ella tenía una camioneta 4 x 4 impresionante. ¿Se dignaba ella a salir con un tipo en ese carrito viejo de tracción simple? “¡Dios mío!, ya nada de mi vida tenía sentido completo, todo era fragmentario, como si se estuviera deshaciendo a ritmo acelerado”, pensó.

Se quedó dormido junto al teclado, con la cabeza sobre el brazo doblado en un ángulo de 90 grados, como un niño de preescolar. Soñó con el muchacho atropellado, que en el sueño no estaba muerto, sino que hablaba con las personas que rodeaban el lugar del accidente. Incluso cantó una extraña canción, tras lo cual dejó de ser el chico y se transfiguró en Roderick, un Roderick más insidioso que nunca en sus chistes de mal gusto.

Despertó sobresaltado en más de un sentido. Al parecer, antes de dormirse había tipeado el nombre de Roderick y las palabras Toyota Corolla para solicitar todos los documentos disponibles en la computadora. Se había creado una lista encabezada por un documento titulado *Informe choque*. Lo abrió y comenzó a leerlo con una gran ansiedad. Hablaba de un accidente en la autopista Suroeste. No se trataba de un Toyota Corolla, sino de un Land Cruiser, un rústico. Había colisionado (así decía el informe) con una motocicleta Mini Enduro Yamaha, conducida por Roderick Matheus, de 20 años, quien resultó con traumatismos y aporreos generales y fue llevado al hospital Principal.

El informe, al comienzo muy preciso, luego se hacía vago y ambivalente, como si el redactor hubiese quedado sumido en una gran modorra o tal vez alguien había intervenido para llenarlo de giros inciertos. Daba a entender que las lesiones habían sido gravísimas, pero no declaraba con claridad que hubiese fallecido. También dejaba entrever que el Toyota era conducido por un amigo de Roderick, por lo que se entendía que todo era parte de un juego, de una especie de carrera. Al parecer, Roderick frenó de manera imprevista y Juan Luis González, conductor del vehículo, de 23 años de edad, no reaccionó a tiempo, atropellándolo. El informe se basaba en la declaración de un testigo presencial, otro joven que iba a bordo del Toyota. Leyó su nombre y su edad de entonces, 19 años.

Pasó un buen rato de un lado para otro, gesticulando su desespero, igual que las

personas que había visto en la mañana alrededor del chico muerto. Luego, la marea mental comenzó a bajar y surgieron preguntas. ¿Si aquello había ocurrido de esa forma y él iba en el Toyota por qué no lo recordaba?

También se preguntó quién habría escrito ese raro informe. ¿Por qué estaba en su computadora? Teorizó que tal vez él mismo había comenzado a elaborar ese documento, en sus esfuerzos por entender lo que pasaba.

Recordó entonces que cuando Roderick apareció en el parque y lo acompañó a correr, uno de los colgajos de recuerdos más enteros que lo poseyeron fue el de él mismo corriendo en plena noche por la autopista, unos tres kilómetros interminables hasta el sitio donde se había producido la colisión. Se recordaba allí, viendo los restos de las luces y otras partes tanto de la moto como del rústico, esparcidos en el asfalto, y una mancha de aceite y combustible cubierta con aserrín, obra preventiva de los bomberos, dedujo. Luego se recuerda corriendo de regreso por la misma autopista, corriendo y a la vez llorando, algo muy complicado de hacer. Se recuerda subiendo por su calle, agotado y abatido, vuelto un guiñapo mientras varios amigos comunes (de Roderick y de él) trataban de darle ánimos diciéndole que había que tener fe en Dios.

Todo empalmó entonces como un rompecabezas. Ese día, que había comenzado con la escapada de un burdel, un trote playero, la nefasta visión de un chico muerto, la solidaridad ejemplar de Sergio y aquella revelación informática inesperada, casi casual, ese día tan extravagante, él iba a entender por fin cómo sucedieron las cosas.

El relato había comenzado con él en el asiento del copiloto del Toyota Land Cruiser, manejado por Juan Luis. Bromeaban con Roderick, quien marchaba al lado, sobre la pequeña y ruidosa moto. Luego se pusieron de acuerdo para entrar al terreno baldío, la gran urbanización industrial inconclusa. Iban a disparar un arma. Luego había una gran zona borrosa y, de seguidas, un frenazo demasiado brusco de Roderick o quizá que fallaron los reflejos. Lo cierto es que la moto y Roderick salieron catapultados y fueron a dar a la cuneta.

Los dos se bajaron del rústico y trataron de auxiliar a Roderick, pero ambos estaban histéricos, fuera de control. Juan Luis corrió como un toro al abrirse la puerta del rueda. Regresó al Toyota, y le pidió, casi le ordenó, que hiciera lo mismo. Dijo que irían al barrio en busca de ayuda. Pero el Corredor no quería hacer algo así. No quería dejar solo a Roderick en ese trance. Había que llevarlo al hospital.

Juan Luis era el típico hijo de papá. Andaba con el Toyota sin autorización y se había metido en un gran lío relacionado con el arma. Le dijo al Corredor: “¡Bueno, quédate con él y yo voy a buscar ayuda!”. Y se fue.

El Corredor estuvo con su amigo un rato. No sabe calcular si minutos o solo segundos, pues estaba en medio de un ataque nervioso. De pronto, sin que él mismo supiera por qué, se mandó a correr hacia el pueblo, a un ritmo endemoniado. Cada dos por tres tropezaba y estaba a punto de caer de bruces. Mientras llegaba la noche vio pasar las luces inquietantes de las patrullas y las ambulancias. Se detuvo. Pensó que debía devolverse para darles información a las autoridades. Empezó a hacerlo, pero no se decidía. Se sentía como un ratón en un laberinto. ¿Qué había hecho? A fin de cuentas,

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

lo mismo que Juan Luis: huir. No tenía ninguna razón para hacerlo, ¿o sí?... pero de haber estado allí habría tenido que delatar a Juan Luis o inventar alguna historia que, con toda seguridad, resultaría inverosímil. Dios sabría por qué lo hizo retirarse del lugar del accidente aquel día trágico.

Estaba en pie en medio de la sala. La mirada puesta en un punto de la pared, inmóvil. Aquel recuerdo había brotado como una erupción volcánica y las lavas hirvientes calcinaban todo a su paso.

CAPÍTULO 36

¿AL PADRE O AL HIJO?
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Siguió rememorando: cuando llegó al barrio, extenuado y abatido, se encontró con todos los amigos en las calles, muy conmovidos. Había llegado la noticia. Decían que Roderick estaba muy grave, que tenía pocas posibilidades de sobrevivir, pero que era necesario tener fe y rezarle mucho a nuestro señor y a la virgen. Algunos le preguntaron de dónde venía, y él, en ese preciso momento, escogió mentir, hilvanar una serie de estúpidas coartadas. Dijo que venía de su trabajo y que le habían dicho lo ocurrido en la entrada del barrio y había sufrido tal desesperación que se lanzó a la autopista, corriendo, para llegar al lugar del accidente. Había corrido un par de kilómetros, pero luego se había convencido de que era una mala idea pues ya Roderick habría sido rescatado por los bomberos, que era mejor ir luego al hospital.

En medio de la confusión general, nadie se puso a evaluar las inconsistencias de aquella versión. El Corredor pensó entonces que lo más urgente era hablar con Juan Luis para poner en sintonía sus historias. Pero el muchacho no había vuelto al barrio o, si lo había hecho, se había retirado de nuevo. El Corredor pensó que tal vez ya la familia había empezado a protegerlo. Quizá hasta lo enviarían de viaje a España, hasta que se enfriaran las cosas.

La lava ardiente no paraba de manar. El Corredor seguía de pie en medio de la sala, como una estatua. Creyó recordar que no necesitó ponerse de acuerdo con Juan Luis porque ni la policía ni la familia de Roderick se empeñaron mucho en averiguar los pormenores del accidente. Se conformaron con la versión de que había sido arrollado por un conductor que se dio a la fuga.

Juan Luis apareció días después en el barrio, sin el Toyota, con la excusa de que estaba en el taller. Ni él ni el Corredor volvieron a tocar el tema.

El Corredor pensó que, de esta forma, había arribado a la verdad sobre el accidente de Roderick. Pero seguía habiendo un gran borrón, una zona opaca alrededor de esas horas. No estaba claro en absoluto que Roderick hubiese muerto. No sabía si el recuerdo que tenía del velorio y el entierro, era real o imaginario. Tampoco estaba seguro de la realidad de las escenas de su convalecencia. Era como si se hubiese esfumado de su vida, de la vida del barrio.

Se sentó de nuevo, esta vez en una de las butacas. Se sentía aliviado, como si se hubiese arrancado una espina histórica. Además, el súbito estallido de memoria le daba la esperanza de que con un poco más de esfuerzo llegaría el resto de los recuerdos.

Sin embargo, la angustia retornó casi de inmediato porque si la historia de la muerte de Roderick aflúa con claridad, quedaría pendiente entender cómo es que aparecía ahora, convertido en un impávido trotador.

Durmió mal, como después de comer tarde y en exceso. Había más de una causa: el enorme esfuerzo de la carrera en el litoral, el golpe de calor, la marejada de recuerdos

(sí, era significativa la palabra *marejada* en aquel día de trote playero), la piel sollamada, la boca reseca. Era imposible dormir en esas condiciones por más de diez minutos consecutivos. En la mañana, con las primeras luces, se levantó adolorido y con una funesta resaca moral. Mientras tomaba agua, con la desesperación de quien se ha perdido en un desierto, pensó que debía ir al barrio, buscar a Juan Luis y hablar con él de aquello que ambos habían dejado pendiente hace tantos años. Ya no eran adolescentes y debían asumir su culpa o lo que fuera aquello.

∞

Decidió no perder el impulso e ir de inmediato a San Germán. Tenía entendido que Juan Luis se había hecho cargo de uno de los negocios de su padre, pues para estudiar no había servido. Resolvió que tomaría un taxi; no estaba de ánimo para buses o trenes. El conductor accedió de muy buena gana a llevarlo al barrio (algo inusual) porque, según dijo, había vivido varios años a dos calles del lugar al que se dirigía el Corredor. Incluso, le aseguró que había conocido a su padre.

- ¿Cómo está tu papá? - le soltó con gran naturalidad, y el Corredor se vio en una situación muy embarazosa porque hacía mucho que no sabía nada de su padre. O, peor aún, desconocía cuánto tiempo hacía que no sabía nada de su padre. Y no solo eso, sino que hacía un tiempo indeterminado que no pensaba en su padre. Ni siquiera pensaba en que, como todo el mundo, él tenía una familia.

Evadió la pregunta como pudo, aunque el taxista no quedó muy convencido y lo miró de reojo, con desconfianza, como si hubiese descubierto que el pasajero era un farsante, que se hacía pasar por alguien que no era, vaya a saberse por qué.

Hubo un silencio, tras el cual el conductor pareció recomponerse y comentó que durante sus años en el barrio había trabajado en la gran industria de tuberías frente a la cual pasaban. “Trabajaba el turno de la noche y llegaba a mi casa de madrugada. Eran otros tiempos”, dijo.

El Corredor tuvo entonces otro fognazo de recuerdo. El accidente había ocurrido justo al frente de la empresa de tubos. Le vino a la memoria el rojo vivo de una caldera que esta fábrica siempre tenía encendida y que podía verse desde la autopista. Justo en ese momento pasaron ante la caldera, que seguía con sus llamas anaranjadas, casi carmesí.

El Corredor creyó que si el conductor conocía el barrio, tal vez tendría algo de información sobre Juan Luis, el hijo del otro Juan Luis, el del taller de herrería. El conductor caviló unos segundos. Su rostro se endureció.

-Ese es un tronco de hijo de puta.

El Corredor quiso sonreír, pero notó que la expresión del taxista era de verdad rabiosa. Trató de suavizar:

-¿El padre o el hijo?

-El padre, pero el hijo debe ser igual. De tal palo, tal astilla. Eso no falla nunca.

- Bueno, no voy a preguntarle qué le hizo. Esas cosas es mejor no recordarlas. Uno se amarga y la otra persona ni siquiera se entera.

El taxista asintió y su faz se aflojó un tanto.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

- Es cierto - concedió -. Pero la verdad es que a mí, en lo personal, no me hizo nada...
¿Tú no supiste que mató a su socio para quedarse con la herrería?

- ¿Lo mató?

- Sí. Estaban poniendo una reja en un piso alto por los lados de la quebrada y el socio, que tenía un sobrenombre cómico... pero ahora no me acuerdo cómo era que le decían... ¡qué memoria la mía!... Bueno, el tipo se cayó de una altura como de siete pisos. Nadie creyó que fuera un accidente.

El taxista quiso saber por qué el Corredor buscaba a Juan Luis hijo. Descolocado con la pregunta, no supo qué responder y se perdió en extrañas explicaciones. Dijo que en realidad quería preguntarle por un amigo común y añadió que no iba a verlo solo a él, sino también a otras personas. El taxista volvió a recelar, pero ya estaban en el barrio y el Corredor se preparaba para bajar del vehículo. El taxista le dijo una última frase:

-Recuerda, amigo: de tal palo tal astilla. Nunca falla.

El Corredor se dirigió a la herrería. Era un pequeño galpón caótico, con trozos de metal de todos los tamaños apilados aquí y allá. Emanaba un olor a vapores de soldadura y a excrementos rancios de perro.

Los hombres que trabajaban en los mesones parecían muy ocupados, pero hablaban a grandes gritos y risotadas. Cuando sus ojos se adaptaron al cambio de luz, pudo ver a Juan Luis padre en la escalera que llevaba a una oficina. Le impresionó lo viejo que estaba. Él lo recordaba como un cuarentón enérgico y ahora lo veía como un anciano decrepito. Tal vez ya tendría más de setenta. ¿Cuánto tiempo había pasado? Era otra de esas preguntas que ahora lo asaltaban a cada paso. Se encaminó hacia la escalera. Uno de los empleados le preguntó qué quería. El Corredor le dijo que quería hablar con el señor Juan Luis. El trabajador miró al anciano y como este hizo un leve gesto de aprobación, lo dejó seguir. El Corredor no pudo evitar sentir que trataba con un mafioso. Las palabras del taxista lo habían influenciado.

El Corredor comenzó a presentarse como si Juan Luis no lo hubiese visto nunca, pero el hombre lo interrumpió y, sin sonreír, le dijo:

-Yo me acuerdo de ti.

Al Corredor le asustó un poco, pero también sintió cierto alivio. Le dijo que quería hablar con Juan Luis hijo. El hombre mutó a una expresión tan dura como la anterior, pero con un leve matiz de tristeza.

-Hace mucho que Juan Luis agarró su camino. Ya ni nos vemos.

El Corredor se sintió, una vez más, derrotado por las circunstancias. Cada vez que estaba encaminado a encontrar la verdad, algo se interponía. Antes de irse, decidió jugarse el todo por el todo y preguntarle a Juan Luis padre si recordaba la muerte de Roderick.

El viejo dio una especie de sacudida que al Corredor le recordó los respingos de un trotador del Parque Oriental, al que le gusta imitar a los caballos.

-Sí, claro, en la autopista.

El Corredor se sintió alentado a seguir averiguando:

-Disculpe, pero ¿qué le dijo Juan Luis que pasó ese día?

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

Juan Luis padre miró hacia la puerta como si esperara que alguien llegara a rescatarlo. Una luz de soldaduras le iluminó el rostro con una palidez espectral.

-No me dijo nada.

∞

Cuando ya se retiraba del taller, anuladas las opciones de hablar más con aquel señor, uno de los soldados pareció salir de la nada, simuló ir a buscar una pieza y le dijo:

-Espera.

Dejó la pieza sobre un mesón y acompañó al Corredor afuera. Tenía los ojos irritados y la piel de la cara muy rubicunda y marcada por los soportes de la careta. Le dio la mano y aseguró que se acordaba del Corredor. Le explicó dónde encontrar a Juan Luis hijo.

El Corredor rebuscó en su memoria, pero no logró dar con aquel hombre. Le dio las gracias por el gesto de ayudarlo y le estrechó una mano caliente y rugosa.

-Dile a Juan Luisito que le mandó saludos Gallo Hervido...

El Corredor soltó una risa corta y preguntó quién era Gallo Hervido.

-Pues, yo mismo soy-dijo en tono divertido.

CAPÍTULO 37
EN EL CALLEJÓN DEL ARCO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor bajó hacia la plaza, avanzó hacia la derecha dos cuadras, dobló a la izquierda y entró a un callejón llamado del Arco porque había tenido uno en la entrada, hasta que lo echó abajo un camión conducido por un sujeto borracho. Del arco solo quedaban las dos columnas, pretendidamente dóricas, forradas con afiches electorales y carteles artesanales de plomeros, cuidadores de niños y hasta de un vidente y médium.

La calle del Arco le traía al Corredor una tempestad de recuerdos infantiles, muchos de ellos vinculados a Roderick. Unas diez casas más allá de la entrada estaba el taller de motos. En la acera y la calzada había varias estacionadas, algunas casi desarmadas. Parecían perros despanzurrados a la orilla del camino.

Un jovencito con mugriento overol de mecánico lidiaba con la cadena de una Suzuki. El Corredor le preguntó si estaba Juan Luis y el chico le hizo señas para que entrara. Adentro había aire acondicionado y todo estaba bastante aseado. La persona que estaba sentada en la silla ejecutiva tras un gran escritorio debía ser Juan Luis hijo, aunque al Corredor le pareció más bien el Juan Luis padre que tenía archivado en su memoria. -¡Coooño!-exclamó Juan Luis hijo al ver al Corredor-, están saliendo los muertos...

Esbozó una gran sonrisa y salió de su trinchera oficinesca. Se dieron un fuerte abrazo con grandes manotadas en las espaldas. El Corredor pudo comprobar entonces que Juan Luis había dejado de ser el atlético muchacho que despuntaba en el fútbol escolar y ahora era un rollizo señor con rostro avinagrado.

Se contaron, a grandes rasgos, lo que había sido de sus vidas y, porque era inevitable, Juan Luis hubo de preguntarle al Corredor qué lo traía por aquellos parajes.

El Corredor había imaginado y ensayado esa conversación muchas veces, así que sabía que bajo ninguna circunstancia debía decirle la verdad, que se había encontrado con Roderick corriendo por el parque. Si lo hacía, aquel señor gordo que alguna vez fue su compañero de juegos (y de desgracias) le pondría su chapa de demente y ya no podría averiguar nada. Decidió jugarse una carta que había considerado hacía tiempo: le diría que escribía un cuento acerca de Roderick y que no quería valerse solo de sus propios recuerdos, sino también de los de sus otros amigos.

Juan Luis hijo hizo el mismo relincho humano que antes había salido de Juan Luis padre. Se levantó de la silla, y fue a cerrar la puerta con llave y voltear el cartel de abierto a cerrado. Volvió al escritorio, abrió una pequeña nevera y preguntó:

-¿Quieres una cerveza?

-Hace tiempo que no bebo, tuve que dejarlo-se excusó el Corredor.

Juan Luis lo miró con extrañeza. Diríase que no pasaban por esa oficina muchos abstemios. -Con razón estás tan flaco, vale-dijo como para sus adentros, mientras abría una lata. Tomó un largo trago y miró fijo al Corredor. Este le sostuvo la mirada.

-Explicame una cosa-dijo Juan Luis tras la pausa -: ¿Qué significa esto a estas alturas?

¿Qué hizo Roderick para escribir un cuento sobre él?

Su tono era irascible, casi violento. Al Corredor le dio la impresión de estar envuelto en una trama mediocre de mafiosos. Juan Luis tomó otro largo trago, tan largo que pareció acabarse el contenido de la lata. Su gaznate traqueteó dos veces. Era la manera de tomar agua de los corredores después de un gran entrenamiento, no la forma de despacharse una cerveza.

El Corredor intentó bajar la tensión del momento con una explicación cándida:

-Él fue mi amigo y tuvo la mala suerte de morir joven y yo quisiera rendirle un modesto homenaje. No voy a poner su nombre real ni el de nadie. Es solo un cuento - dijo, mientras fijaba la vista en el afiche de una poderosa moto de carrera piloteada por una mujer desnuda. "¿Qué estupideces inventan los publicistas!", pensó. ¿Cómo alguien podría conducir sin ropa ni calzado una bestia de ese tamaño?

Juan Luis abrió otra cerveza y se pegó otro trago. Parecía que se había puesto sediento de repente. Su expresión cambió a sarcástica al decir:

-Roderick era amigo de todos, pero entiendo que ustedes eran más que un par de amigos. Tú tenías debilidad por él... No me meto en eso, pero ¿sabes qué?, a los muertos hay que dejarlos descansar en paz.

Juan Luis se limpió los labios con el dorso de la mano. Al Corredor le pareció un premeditado gesto de virilidad, como cuando un sujeto quiere pelear con otro y saca el pecho.

-Juan Luis, yo no vine hasta acá para molestarte, hombre. Mejor olvídalo, me voy, disculpa la interrupción.

El Corredor se levantó y ya iba a caminar hacia la puerta, pero Juan Luis salió de su lugar y lo tomó del brazo. Ahora sí que su expresión era amenazante. Acercó su rostro al del Corredor y le habló en susurro mientras fingía sonreír.

-Mucho cuidado con lo que piensas escribir en ese cuento, hermano. Hasta ahora te has portado bien y hemos sido felices. No echemos a perder las cosas después de viejos.

Al Corredor le desagradó todo: el tono de las palabras de Juan Luis, su aliento de cerveza, su mano apretándole el bíceps. Hizo un esfuerzo por no responder con la misma carga. Solo se quitó la tenaza del brazo con un firme gesto.

-Tranquilo, amigo, nada va a cambiar ya. Lo que sea que haya ocurrido, ya no se puede deshacer ni modificar.

Juan Luis parecía estupefacto. Puso la mano en la puerta para impedir que el Corredor saliera.

-Un momento, ¿cómo es eso de "lo que sea que haya ocurrido"? Tú sabes muy bien lo que ocurrió. Conmigo no te hagas el que no sabe.

-Eso es lo que quería que habláramos, Juan, pero está claro que tú no quieres. Dejémoslo así, déjame ir. No volveré a buscarte.

-No creo que tú necesites aclarar nada sobre lo que pasó. No te lo creo. Yo jamás puedo olvidar ese día. ¡Jamás!, ¿me entiendes? Pero no quiero que nada de eso se sepa ahora, como si el muerto hubiese salido de la tumba. Es un karma que cargamos para siempre tú y yo y nadie más tiene que saberlo.

El Corredor intentó explicarle a Juan Luis que él había perdido la claridad sobre lo ocurrido a raíz de los traumas que le causó un intento de suicidio. Luego de eso había

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

emergido como una persona más sana, pero partes de su pasado estaban borrosas. Se enredó explicándolo y fue evidente que Juan Luis no le creyó una palabra. Su mirada tornó de la amenaza al menosprecio.

-Mira, lo que te haya pasado no me interesa. No me extraña que hayas querido matarte, siempre fuiste muy débil.

Juan Luis volvió a cambiar el cartel de cerrado a abierto y giró la llave para abrir la puerta. El Corredor se escurrió hacia la calle sin despedirse, como lo hubiese hecho un gato desesperado por huir. El jovencito mecánico se quedó mirando la escena y le hizo a Juan Luis un gesto de “¿quién es ese?” Juan Luis no le respondió, volvió a entrar y se tomó el resto de la segunda cerveza, de un solo sorbo.

∞

El Corredor caminó hacia la parada de autobuses. Lo dicho por Juan Luis y, sobre todo, su actitud, probaban que todo había ocurrido tal como él lo recordaba ahora, luego de superar sus bloqueos. El accidente había ocurrido entre ellos, y ambos, de diferente manera, habían abandonado a Roderick herido de gravedad.

Ya casi llegaba a la parada cuando le tocaron el hombro.

-Espere.

Era el jovencito mugriento que lo había seguido. Al verlo, el Corredor pensó que Juan Luis lo había enviado a amedrentarlo o tal vez a golpearlo. Se puso en guardia, aunque estimó que, en tal caso, el muchacho le daría una paliza. Era muy fuerte y mucho más joven. Trató de mantenerse a distancia al menos y tropezó con la puerta entreabierta de un garaje.

-¿Qué quieres, hijo?

-No se asuste, solo quiero hablar con usted.

El Corredor se tranquilizó y le ofreció la mano. El muchacho se excusó por tener la suya demasiado sucia y le dijo su nombre:

-Juan Miguel, soy sobrino de Juan Luis.

-Ah, ¿y de qué quieres hablar?

El jovencito sugirió sentarse en la plaza. Cruzaron la calle y buscaron un banco libre. Juan Miguel tomó la palabra. Juan Luis solía hablar más de la cuenta cuando bebía, y eso ocurría con mucha frecuencia. En ocasiones llegaba a extremos y se ponía a llorar. En esos casos, su único y repetitivo tema era lo que había hecho hace muchos años, desde que murió “el tal Roderick”.

Al Corredor le molestó la forma en que Juan Miguel se había referido a Roderick, pero no dijo nada. ¿Qué podía significar Roderick para ese muchacho que había nacido muchos años después de la muerte de aquel? Nada. Intentó liberarse de esa molestia. Sabía que por primera vez estaba cerca de oír la verdad sobre aquel día, aunque fuese por una tercera persona. Siguió atento al relato del chico.

-Siempre dice que lo que ocurrió fue un accidente. Que el otro muchacho se metió delante del carro y él no pudo hacer nada. Quiso girar el volante, pero igual lo atropellaron... Me imagino cómo sería eso, un Jeep contra una Enduro... ¡uf!

-Era un Toyota.

-Claro, un Toyota, pero todo el mundo le dice *jeeps* a los Toyotas. Vainas raras de la gente. Lo cierto es que Juan Luis, en lugar de llevar al tipo al hospital, se cagó todo y fue a esconderse. ¿Sabe, señor? Creo que eso le echó a perder la vida entera a mi tío. Después de eso ya no pudo mirarse al espejo; como dice mi mamá, por eso es como es.

-¿Y cómo es?

-Una verdadera mierda.

Hubo una larga pausa. El Corredor pensó en la sentencia del taxista, mientras pudo escuchar la declaración completa de un funcionario en el noticiero que manaba de la radio de un buhonero. Luego se atrevió a indagar más.

-Un momento, Juan Miguel, ¿por qué me cuentas esto? Ni siquiera me conoces.

-Es que entendí que usted es el otro que andaba con él en el Jeep... bueno, en el Toyota... Y él siempre dice que usted quería que se quedaran a auxiliar al tipo. Fue él quien se cagó.

-¿Dijo eso?

-Lo dice cada vez que empieza a llorar. Y también dice que usted luego se portó muy bien al no denunciarlo. Yo escuché lo que usted le dijo, que no se acordaba de lo que pasó y pensé que debía decírselo yo.

-¿Tú nos escuchaste?

-Sí, cuando él cierra la puerta con llave, los mecánicos nos sentamos del lado del tabique que da a la entrada del taller. Se oye perfecto. Casi siempre lo hace con mujeres. Es divertido oír esas conversaciones.

El Corredor sonrió.

-No nos culpe. Este pueblo es muy aburrido.

-Siempre lo ha sido.

-Mire, señor, yo creo que usted podría ayudar a mi tío a superar ese rollo.

-No creo. De hecho, me amenazó. Incluso, al verte me asusté porque pensé que te había mandado a darme una gorpiza.

-No, él no es así tampoco, señor. Ha sufrido mucho. Ahora debe tener miedo de que se sepa todo. Ya está viejo para esas cosas.

Llegó el autobús y varias personas que estaban sentadas en los bancos de la plaza, cruzaron la calle para abordarlo. El Corredor dijo que tenía que irse, que ya estaba atrasado. Juan Miguel lo miró con una mueca triste.

-Vuelva, por favor.

El Corredor, antes de subir al bus, le dijo a Juan Miguel que Gallo Hervido le había mandado saludos a Juan Luis, pero que a él se le había olvidado dárselos por lo atropellada que fue la conversación.

-¿Gallo Hervido? -casi gritó Juan Miguel-... ¡No, ese tiene que haber sido algún jodedor! Menos mal que no le dijo eso a mi tío... Se habría puesto peor.

El autobús ya había arrancado.

CAPÍTULO 38
ENCUENTRO BAJO
LA SUPERLUNA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

En el camino de regreso, el Corredor lamentó no haber llevado sus ropas de correr. Necesitaba hacerlo con suma urgencia. Aún faltaba mucho para llegar a las cercanías de su casa, y un atasco enorme potenció su impaciencia. Se bajó del bus y comenzó a caminar con gran energía, aunque era muy difícil debido a la cantidad de gente en las aceras. Lo intentó por la calle, pero había demasiadas motos y sus conductores eran agresivos y violentos. Tan pronto pudo tomó una calle secundaria y logró avanzar con más fluidez. Llegó a sentir que casi iba al trote, y notó que algunas personas lo miraban con extrañeza.

Luego entendió por qué. Iba casi corriendo y con un rictus de llanto en el rostro.

Aproveché un tramo cuesta abajo y sin peatones para un trote suave. En ese estado tuvo un breve fulgor, un instante apenas de iluminación. “La próxima vez que vea a Roderick debo preguntarle sobre Juan Luis. Necesito saber por qué me ha buscado a mí y no a él. Y con lo que me diga, volveré al barrio y se lo diré a Juan Luis. No me importa si no quiere oírme. Tengo que decírselo”. Llegó al fondo de la bajada, donde la calle se congestionaba de nuevo debido a un pequeño mercado de fruteros. Detuvo el paso de trote y cesó la iluminación.

Tan pronto llegó a su casa, se cambió y fue a correr. Tenía la esperanza de encontrarse con Roderick, aunque ya sabía que no era algo que pudiera conjurar a voluntad. Dio al menos doce vueltas y no ocurrió nada. Volvió a su casa extenuado, al borde del colapso.

Durante cinco días corrió dos veces diarias a diferentes horas con la ilusión de coincidir con Roderick. Cada vez se repetía que la olla que se mira nunca hierve, como decía Herme respecto a sus sancochos domingueros. Ya estaba perdiendo la esperanza cuando sucedió. Era el atardecer de un día muy especial, según habían proclamado en la prensa tanto los astrónomos como los astrólogos: una superluna. El sol comenzó a ocultarse y por el oriente emergió una luminaria enorme, un gran foco de luz blanca amarillenta. El Corredor se topó con ella al girar en el extremo oeste y comenzó a avanzar hacia el este franco. Allí estaba, sobre las copas de los árboles, como una especie de segundo sol, mucho menos rudo, más elegante, de buen gusto, dispensando rayos de plata. Como si hubiese planificado esa banda sonora, en ese momento brotaba de su iPod una pieza con fanfarrias grandiosas, que resultó ser la Sinfonía número 9 de Schubert, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Berlín (lo averiguó luego, en el listado del iPod en la computadora, no es que supiera identificar esas melodías).

Miraba el cielo y el suelo en veloz vaivén, pues no quería caerse por andar distraído con la luna. Sería un lugar común demasiado estúpido.

Se sentía agradecido por ver ese espectáculo cósmico con un fondo musical tan prodigioso, que le hacía pensar en palacios y grandes ciudades europeas. Cruzó la zona

de estacionamiento y el pequeño gimnasio al aire libre y avanzó, arrobado por la danza de la luna en los acordes de su refinada música incidental, cuando otro corredor se le puso al lado. Era Roderick.

Como siempre le ocurría, una corriente eléctrica le subió desde la rabadilla hasta la nuca. –¿Me buscabas? –interrogó Roderick con una expresión enigmática acentuada por la luz combinada del sol declinante y la luna en ascenso.

El Corredor estaba paralizado, por más que seguía corriendo. Tanto había procurado el encuentro y ahora, al concretarse, estaba muriendo de miedo. ¿Cómo sabía Roderick que él lo había buscado? ¿Será que estaba oculto por allí y lo había visto merodear? ¿O es que lo sabía porque era capaz de mirar dentro de él? ¿En tal caso, ya sabría que había ido a buscar a Juan Luis?

Notó que Roderick lo miraba fijo, como si no necesitara estar pendiente del camino. Esperaba respuesta a su pregunta.

–Sí, esperaba verte. ¿Cómo lo sabes?

–Se te nota.

El Corredor se sobrepuso al impacto inicial y pensó que esta era su oportunidad, que haría mal si la desperdiciaba. Decidió atacar.

–Roderick, hace unos días estuve en el barrio y hablé con Juan Luis.

Esperó una reacción de Roderick, pero su rostro seguía imperturbable. La luz de la superluna, filtrada por la enramada, iluminó su ojo manchado. El Corredor prosiguió:

–Yo he perdido algunos de mis recuerdos.

Roderick siguió en silencio.

–¿Tú guardas rencor contra alguno de nosotros? –preguntó, ya resuelto a llegar hasta el fondo.

–Tú no cambias. Sigues hablando como si la vida fuese una telenovela –dijo Roderick.

Habían llegado al extremo este y daban el giro para volver hacia el oeste. La luz de la luna ya dominaba sobre los restos del sol del atardecer. El Corredor intentó que se detuviesen para hablar y tomó a Roderick del brazo, pero este se zafó y dijo, en tono imperativo:

–No, no dejes de correr.

–Es que necesito que hablemos.

–Podemos hablar corriendo –dijo Roderick al acelerar el paso y colocarse dos zancadas delante. El fulgor lunar le daba a su anticuada franelilla un matiz ceniciento.

El Corredor comenzó a experimentar dificultades para respirar. Parecía sufrir una especie de ataque de pánico. Alcanzó a musitar:

–¡Roderick, explícame por qué has vuelto y por qué solo yo te veo!

–Yo que sé, hombre. Además, ¿volver de dónde? Yo no me he ido nunca.

El Corredor hizo un esfuerzo supremo para mantenerse a la par, pues Roderick seguía imprimiendo velocidad. Estiró el brazo para tocar el hombro de Roderick y se atrevió a jugar su carta más directa:

–¡Hermano, tú estabas muerto... Has vuelto de la muerte!

La luz de la superluna empezó a reflejarse bajo sus pies. Sin explicación, chapoteaba en unos diez o quince centímetros de agua. La superficie estaba resbaladiza y en la tercera

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

zancada se deslizó como si patinara en hielo. Intentó mantener el equilibrio, pero tropezó con una maraña de tuberías, salió de bruces y aterrizó junto a un hombre de piedra, musculoso y desnudo. Estrelló el rostro contra el plinto sobre el cual estaba recostado este hombre. Quedó aturdimiento y al levantar la cara vio a Roderick alejándose por la pista de trote con lo que creyó era una mueca de rabia en los labios.

Dos corredores le hablaban desde el borde. Le preguntaban si estaba bien y querían saber por qué se había metido en aquella fuente ornamental.

El Corredor salió de la fuente con la ayuda de los dos hombres. Tenía los zapatos enchumbados y, por lo que le decían sus colegas, empezaba a hincharse el rostro. Se sentaron en el borde de la fuente.

—¿Compañero, qué le pasó a usted? Iba por la pista y, de pronto, zas, se desvió para acá y se metió en la fuente...—dijo el corredor solidario número 1.

—Sí, parecía que lo había picado una avispa, hermano—añadió el corredor solidario número 2.

Ambos se quedaron esperando la explicación del Corredor, pero este miraba hacia el lugar por el que había continuado Roderick. Tal vez podría esperarlo allí, para la siguiente vuelta, aunque ya iban a cerrar el parque.

—¿Quieres que te llevemos al hospital, hermano? Parece que tuvieras una conmoción—dijo el número 2.

—No, amigos, ya han hecho bastante por mí. Voy a quedarme unos minutos y luego me iré a mi casa.

—Okey, amigo, pero ¿seguro que te sientes bien? Mira que te diste un buen tortazo, incluso estás sangrando por las encías.

—Seguro, solo me quedará un rato más.

Los dos corredores solidarios aceptaron irse. Caminaron hacia la salida. Entonces, el Corredor sintió el impulso de preguntarles algo. Trotó para alcanzarlos y notó que aún hablaban de él y dudaban de que estuviera en sus cabales. Al darse cuenta de su presencia, se callaron. El Corredor les preguntó:

—Oigan, amigos, ¿ustedes vieron hacia dónde siguió el tipo que iba conmigo?

El corredor solidario número 2 hizo un gesto con la boca, miró a su amigo y dijo, con naturalidad:

—Tú ibas solo, amigo.

El corredor solidario matizó la respuesta, al notar la angustia en la amoratada cara del Corredor.

—Al menos nosotros no vimos que fueras con alguien.

El Corredor hizo un gesto desesperado, intentó agradecer y reanudó su carrera. El simple roce del viento le hacía doler la mandíbula. Tenía sabor a sangre y al pasarse la lengua por la dentadura notó que se le había aflojado un colmillo.

Los corredores solidarios siguieron con de él, le insistieron en que tenía una conmoción, que debería ir al hospital de inmediato, pero que si él no quería, no había manera.

El Corredor volvió a su casa al trote, a pesar de la incomodidad del agua en los zapatos y las medias. Notó que algunas personas lo miraban con fijeza al rostro. De seguro pensaban que lo habían golpeado a puñetazos. Ahora iba de espaldas a la superluna. En medio de

sus malestares, sonrió. No se había golpeado así por mirar a la luna, pero el resultado era el mismo. “Lo que va a pasar pasa”, se dijo.

En la casa, frente al espejo, pudo comprender cuán fuerte había sido el impacto de su rostro contra el pedestal del musculoso hombre desnudo. Tenía un gran hematoma que le abarcaba la mejilla derecha, el pómulo, el arco de la ceja y el tabique nasal. Su aspecto era el de quien ha recibido un golpe de un adversario furioso y certero. Se colocó una de las compresas de gel que a diario usaba en las rodillas y en los tobillos luego de correr.

Intentó ver televisión con el ojo izquierdo, pero no encontró un programa capaz de captar su desportillada atención. Trató de leer, pero le resultó desagradable. Tampoco podía navegar en internet porque debía mantener la compresa con su mano izquierda, para usar el ratón con la derecha. Pensó en atarse la compresa con una venda, pero lo disuadió la convicción de que se vería como una momia. Sonrió y el gesto le hizo doler la cara.

Obligado a no hacer nada, su mente hirvió rabiosa. Consideró la posibilidad de que Roderick se hubiese ido para siempre, esta vez sí. La expresión “para siempre” tuvo en él un efecto desequilibrante, como cuando alguien salta de manera imprudente al interior de un pequeño bote. Era un “para siempre” de otra textura, muy distinta al valor cotidiano de esa expresión. Si una persona desencarnada, como decía el padre Osvaldo, aparecía en el mundo de los vivos, era porque había vuelto de un “para siempre”, ¿no era eso cierto? Pero si luego decidía no aparecer de nuevo, ese “para siempre” era un pozo aún más oscuro, una muerte dentro de la muerte.

Experimentó una oleada de tristeza tan radical, que se percató de que lloraba por su único ojo libre. Tal vez también por el otro, pero la compresa fría le había anestesiado ese lado de la cara.

Si en verdad Roderick no volvía nunca más (otra expresión densa y recargada) sería su culpa por no haber estado a la altura de tan prodigioso acontecimiento. Había sido egoísta al querer averiguar cuestiones que, si a ver vamos, ya no tenían ninguna importancia. Se había empeñado en revolver todo ese asunto, buscando explicaciones aquí y allá. ¿Por qué no se había conformado con experimentar aquel retorno del amigo, disfrutar de su excepcional presencia luego de tantos años? ¿Acaso tenía algún sentido volver al pasado para escudriñar en sus miserias?

CAPÍTULO 39
TONITO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor retomó su costumbre de parar en el puesto de Herme luego de correr. Lo hizo después de que sus encuentros con Isabelica resultaran tan venturosos. Estaba agradecido porque Isabelica le producía unas sensaciones inéditas. Lo hacía sentir feliz, lo que es bastante decir.

A veces pasaba allí una o dos horas hablando, casi siempre de temas relacionados con las “cosas raras”. Así lo resumía Herme para no entrar en detalles.

Una tarde, casi noche, el Corredor fantaseó acerca de lo interesante que sería tener acceso a una de esas bases de datos que se suponía que tenía el gobierno para saber con exactitud todos los datos de cada mortal.

–Tú siempre sueñas con cuestiones que están frente a tu propia nariz –comentó Herme, abriendo la sombrilla multicolor de su sonrisa.

–¿No me irás a decir que tú tienes aquí ese tipo de bases de datos? ¡Eres capaz! –expresó el Corredor con gesto incrédulo.

–Yo no tengo más que este poco de libros viejos –dijo, mostrando con sus manazas todo lo que había en su puesto–. Pero sé quién sí lo tiene.

Herme se levantó de la silla, salió del puesto, caminó un par de metros en la acera para mirar hacia la parte de abajo de la avenida.

–¡Ah, Toñito, ah Toñito! –gritó y retornó a sentarse.

Unos segundos después llegó un joven de cabellos largos, barba descuidada, ropas gastadas y un collar de acerina.

–¿Qué quiere, padrino? –preguntó.

–Conoce a un amigo. Este tipo le da veinte vueltas al parque todos los días.

El Corredor puso cara de “ya vino Herme con sus majaderías”, le estrechó la mano al joven y le preguntó, en el mismo tono de chanza:

–¿Y qué pecado cometiste tú para ser ahijado de este sujeto?

–Casi hijo –respondió el muchacho.

–El Corredor me acaba de plantear que le gustaría tener acceso a una base de datos que le diga la vida y milagros de cualquier gente. Le dije que eso existe y que tú puedes ayudarlo. ¿Puedes?

–Claro, padrino, eso es positivo –dijo Toñito.

El Corredor reflexionó sobre esa última frase. Le hizo sospechar que Toñito era, en realidad, policía y por eso tenía acceso a ese tipo de material. Eso explicaría por qué Herme manejaba datos de sucesos como el de la joven Wilkins. Pero, por otro lado, Toñito no parecía en absoluto policía.

Toñito le dijo al Corredor que si quería ver “cualquier cosa” pasara por su puesto, dos lugares más abajo. El Corredor se quedó en silencio, calibrando las opciones. Por ética, estaba en contra de esas intervenciones en la vida privada y usar una base de datos así

sería. Cuando Toñito se fue a su puesto, Herme miró al Corredor, sin borrar su sonrisa de sombrilla playera.

-¡Qué! -reaccionó el Corredor, a disgusto con la mirada fija de Herme.

-Que quieres y no quieres. No sabes qué hacer.

-¿Y eso te hace gracia?

-No, solo observo -contestó Herme, y cerró al final la sombrilla.

El Corredor fingió rebuscar algo entre las revistas *Runners World*, y decidió soltar la pregunta:

-¿Ese Toño es policía?

Herme reabrió su sombrilla, pero esta vez como carcajada.

-No, chico, ¿estás loco?, ¡Toñito es de los nuestros!

El Corredor levantó la mirada y se enfrentó a la de Herme con total seriedad.

-¿Quiénes son los nuestros y qué somos nosotros?

-¡Coño, tú sí que eres complicado! Nosotros somos la gente que anda por aquí y por allá

-exclamó Herme, e hizo repetidos gestos con sus manazas de pescador, para subrayar la noción de “por aquí y por allá”. En su ademán, “por allá” parecía ser infinitamente lejos.

CAPÍTULO 40
LA BASE DE DATOS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor fue hasta al puesto de Toñito. Igual que su padrino, lo que mostraba a primera vista era para el público vulgar. Pero lo que tenía oculto era para iniciados. Vendía materiales digitales piratas: música, películas y programas de computación a petición de los clientes. Era, de manera evidente, un negocio ilegal, pero Toñito lo manejaba con la seriedad de un experto, a lo que ayudaba mucho su aspecto de genio informático desgarrado.

El Corredor echó un vistazo mientras Herme atendía, en tono meloso, a una de sus clientas de literatura esotérica. Toñito sacó a relucir su producto secreto: la Base de Datos de Identidad Nacional. Toñito, con voz de confidencia, le dijo que allí estaba, tal como él lo quería, “la vida y milagros” de todos y cada uno de los ciudadanos del país. Al Corredor se le pusieron los ojos como platos, se sobrepuso a sus veleidades éticas y compró el juego de discos compactos sin regatear.

Fue a su casa de inmediato, desoyendo las protestas de Herme, que quería hablar con él. Sin perder tiempo, introdujo el primer disco en la computadora y comenzó a familiarizarse con el sistema. La base de datos no era amigable, pues no estaba diseñada para el público, sino para investigadores y policías. Tardó horas en entender algunos rudimentos, pero en esos casos contaba con esa capacidad tan suya para no necesitar dormir ni comer ni beber agua ni ir al baño por largo rato. Apenas logró un manejo elemental de la base de datos, mecanografió el nombre que primero se le vino a la punta de la lengua: Arquímedes Castro, un compañero de trabajo. La computadora comenzó a procesar información de un modo que se le antojó anticuado, como si fuese una vieja locomotora humeante. Terminó generado una pantalla azul, con letras en diapositiva.

Castro Martínez Arquímedes Isaías / 12-12-1972 / San Carlos / Madre: Martínez Sánchez de Castro Ana Margarita / Padre: Castro Castro Zuleiman Alberto / Residencia: avenida Estancia, edificio Lotus.

Luego aparecía un botón con el rótulo *Información reservada*. Hizo clic. La computadora tardó varios minutos, mientras mostraba un reloj de arena. Luego se desplegó un menú en el que aparecían las siguientes opciones:

- Datos policiales
- Información sanitaria
- Propiedades y activos
- Otros

Se horrorizó pensando que toda esa información estaba en manos de cualquiera, pero no pudo vencer la tentación de ingresar a cada uno de los renglones. Vio, como había dicho Toñito, la vida y milagros de Arquímedes, y sintió como si lo hubiese espiado en su intimidad más oculta. “Solo me faltó verlo cagando”, se dijo, y rio con un bufido extraño. Le dio una especie de ataque de vergüenza, y hubiera querido poder borrar de su memoria lo que había visto, no porque fuese algo negativo, sino porque era fruto de

una perversa y traicionera incursión en la privacidad de otra persona.

No se sintió capaz de buscar los datos de nadie más esa noche. Tuvo la sensación de estar sucio. Tuvo que bañarse, aunque ya eran como las tres de la madrugada.

Al día siguiente vio a Toñito, y este le preguntó con picardía si había tenido oportunidad de navegar en la base de datos. La pregunta tenía un acento pornográfico y siniestro. El Corredor se sinceró con Toñito acerca de cómo lo había hecho sentir su experiencia de la noche anterior. Toñito cambió de expresión y de tono como lo hubiese hecho un actor consumado. Le dijo que comprendía bien su resquemor. A él le había ocurrido lo mismo muchas veces. Era una vergüenza que esa información existiera y que estuviese así, disponible. Esa era la razón por la cual él no la ofrecía al público en general, sino solo a las personas que le recomendará un tipo como Herme.

—¿Herme te dice a quién puedes ofrecerle ese tipo de productos? —preguntó el Corredor, mirando hacia el puesto de su amigo, que aún no había llegado aquella mañana.

—Sí —respondió Toñito sin dejar espacio a dudas.

Toñito le preguntó de nuevo, ya sin acentos, si había encontrado la información que buscaba y el Corredor le dijo que aún no, que solo se había atrevido a hacer la prueba con un conocido, alguien que no le importaba demasiado, para evitar que la sensación fuese peor. Toñito, que tenía al inicio de la frase una sonrisa parecida a la de su padrino, al final de ella ya estaba muy serio.

—Si quieres yo lo busco y te imprimo el expediente —dijo, como sin pensar.

El Corredor volvió a su convicción de que Toñito no era más que un policía encubierto, camuflado con astucia bajo la apariencia de un *hippie* con algo de *nerd*.

—No creo que haga falta imprimir nada. Pero si no estás ocupado, podemos buscar uno de los nombres ahora.

Toñito accedió y se sentó ante su computadora y buscó el programa. En cuestión de segundos ya tenía la pantalla de inicio, lista para recibir datos.

—¿Tienes uno de los discos compactos metidos en la computadora? —preguntó el Corredor.

—No, tengo ese programa en mi disco duro —respondió Toñito, y el posesivo “mi” le hizo pensar al Corredor que Toñito era uno con su computadora. De hecho, tenía los dedos sobre el teclado y esperaba las palabras del Corredor. Era la perfecta imagen de un autómatas. Tal como había apreciado Herme, el Corredor no sabía si quería o no. Sentía una terrible indecisión. Toñito lo miró con gesto de pregunta. El Corredor se sintió en confianza y comentó que le parecía una incursión enferma en la vida de otro individuo.

—¿Esa persona falleció? —preguntó Toñito.

—Es lo que quiero saber.

—Bueno, entonces, vamos a introducir el nombre. Si aparece que está viva, no seguimos. Si aparece que falleció, seguimos porque, en estricta lógica, no estaríamos metiéndonos en su vida, al menos no en el tiempo presente, que es el único tiempo de la vida. ¿Me explico?

El Corredor observó a Toñito casi maravillado. Ahora, más que un policía, le había parecido un abogado magistral. El argumento lo convenció y decidió comenzar con Joel y no con Roderick, pues Joel le importaba menos. Toñito se alistó a escribir el nombre Joel Ceballos (el Corredor no recordaba segundo nombre ni segundo apellido). Salieron

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

tres con esa combinación. Uno no podía ser porque había nacido en 1948; y otro tampoco porque era un niño de diez años. En medio estaba Joel Augusto Ceballos Manrique, nacido el 23 de agosto de 1974.

–Fallecido –dijo Toñito.

–¿Cómo lo sabes tan pronto? –interrogó el Corredor.

–Por esta especie de marco que tiene la pantalla –respondió, mostrando con el dedo una orla que parecía una cadena hecha con signos de infinito–. Igual, si entramos podemos verificarlo.

El Corredor dio el visto bueno y Toñito se movió con destreza dentro de la pesada página. Luego de una espera que al Corredor le pareció larga, salió lo que parecía ser la fotografía de un documento.

–Aquí está su acta de defunción.

Toñito miró al Corredor y se dio cuenta de que, a pesar de no tratarse de una novedad, estaba muy afectado con la información. Se levantó de la silla y quiso cedérsela para que leyera, sin intermediario, el contenido del acta. Así lo hizo.

La fría jerga legal del documento le resultó deprimente, así que no lo leyó completo. En resumen, Joel había muerto a los 18 años, es decir, apenas uno después de su egreso del bachillerato. La causa del deceso había sido inmersión. El Corredor anotó los datos para luego buscar en la prensa de la época.

Toñito le preguntó si quería indagar acerca del otro nombre, pero el Corredor dijo que ese lo buscaría en la noche, en su casa. Ya había visto cómo hacerlo de manera eficiente y rápida.

Necesitaba procesar el caso de Joel, pues era la primera vez que tenía “pruebas legales” de que había visto o había creído ver a una persona muerta. Y no solo la había visto o creído verla, sino que había hablado o creído hablar con ella.

Mientras caminaba hacia la hemeroteca de la ciudad se recriminó por no revisar de una buena vez los registros de Roderick. Admitió que no lo hizo por pura cobardía. Quería seguir teniendo la duda al menos por unas horas más. Llegó a la hemeroteca y pidió todos los diarios de la semana de la muerte de Joel. Había sido en Carnaval por lo que cabía suponer que Joel se había ahogado, como tantos otros, en una playa atestada de temporadistas. Leyó numerosas notas referidas a accidentes de tránsito, entre ellos el choque frontal de dos autobuses en una zona llanera, que dejó un reguero de muertos y heridos.

Ya perdía la esperanza de encontrar algún dato, cuando vio una pequeña nota en la sección de Provincias de uno de los grandes diarios capitalinos: “Joven muere ahogado en la represa Las Brisas”. No había sido en una playa, sino en las montañas cercanas a la ciudad, pues recordaba a Las Brisas como un embalse del sistema de acueductos, donde también se practica canotaje y al que van las familias a hacer parrilladas y sancochos los fines de semana y los días feriados.

La nota tenía un cierto aire épico, pues decía que el joven se había lanzado al agua para rescatar a una prima de once años que se ahogaba. Al parecer se arrojó muy cerca del borde y se golpeó la cabeza con la estructura de concreto de la represa. Quedó inconsciente por

el tiempo suficiente como para ahogarse. En cambio, otras personas que estaban en el agua lograron sacar a la niña sin un rasguño.

La noticia tenía la foto de Joel en vida. Todo indicaba que los reporteros la habían reproducido de su carnet de liceísta, que aún portaba en la cartera. En la foto iba con la camisa *beige* del uniforme de quinto año, con una franela negra debajo. Su cara resplandecía en una amplia sonrisa.

El Corredor se quedó durante unos minutos, tal vez media hora, sin pasar la página, sin anotar, con la mirada extraviada en un punto lejano de la sala de lectura de la hemeroteca. Un tosco cartel invitaba a la disertación de un académico reputado acerca de la obra de Louis Althusser *El porvenir es largo*.

Salíó de ese estado de contemplación estática, devolvió los volúmenes que había solicitado, pidió copias de la página donde estaba la nota sobre Joel, pagó el pequeño importe y salió a caminar sin rumbo establecido.

Pensó en ir al parque y sentarse el resto del día en el banco de concreto donde había hecho flexiones cuando se presentó Joel como salido de la nada, con su uniforme de liceísta. Tal vez “se la pasa por ahí”, lucubró. De inmediato reflexionó sobre una cuestión semántica: la expresión “se la pasa en tal sitio” se refiere a la vida de la persona, solo que en ella la palabra *vida* está elidida, como diría un experto en lenguaje. ¿Cómo decirlo entonces si se refiere a alguien que ya no vive?”. Soltó una de sus risas-bufido que siempre causaban alguna rara impresión en otros transeúntes. Mientras caminaba desistió de ir al parque porque se convenció de que un encuentro con Joel en ese mismo sitio –en caso de ocurrir– sería demasiado cinematográfico.

∞

Experimentó entonces el deseo de ir hasta el liceo donde él y Joel habían estudiado. Ya que andaba aún uniformado, es de suponer que su empeño fuese estar otra vez en ese lugar que había sido tan significativo en su breve paso por esta vida.

El Corredor tomó un bus destartalado y mugriento y llegó hasta su antiguo liceo. No pasaba por allí desde hacía años. “¿Cuántos?”, se preguntó y razonó que serían tantos como los transcurridos desde la muerte de Joel (cuya fecha estaba en la nota de prensa) más uno. Se alegró pues la data de la noticia le iba a permitir aclarar unas cuantas cosas respecto al sincopado eje temporal de sí mismo.

Era día de clases, así que los alrededores del liceo estaban bullentes de muchachas y muchachos uniformados. Todos parecían cómplices en la misma travesura, intercambiando desde miradas y susurros hasta gritos y risotadas. Miró sus caras con la esperanza de encontrar entre ellos al eterno liceísta, pero no vio a nadie parecido. Al llegar al portón del liceo cayó en cuenta de que no tenía un plan para seguir. Le hubiese gustado entrar, pero no tenía ninguna excusa para hacerlo. No podía decirle al portero que buscaba a un estudiante muerto hace ¿cuántos? años, pero que se empeñaba en seguir por ahí, vagando. Giró sobre sus pasos poco antes de la puerta y fingió haberse equivocado de calle.

Nadie se dio cuenta porque, según parece, ninguno de los chicos había notado su presencia.

De regreso a la avenida principal vio al profesor Avendaño, el que usaba bata de laboratorio aunque no daba clases de Ciencias, sino de Historia y Geografía. Lo hacía para

evitar que los polvos de tiza le ensuciaran la ropa de calle, que siempre estaba impecable. El Corredor tuvo la impresión de que el profesor Avendaño seguía con la misma edad que aparentaba en sus años de estudiante en el liceo (¿hace cuánto?, tenía que analizar ese recorte). El Corredor se quedó mirándolo y el profesor respondió con un saludo de cejas elevadas y una leve sonrisa. Pensó en abordarlo y decirle que había sido su alumno, pero lo frenó la incertidumbre de no poder responder a la pregunta que seguro le haría acerca de en qué año lo había sido.

Retornó a marcha lenta hacia su casa. Para ello tenía que pasar a través de un puente al que los saqueadores de metal habían dejado sin barandas. Tenía dos opciones: hacerlo por la acera, justo al borde del vacío o por la calzada, donde los vehículos pasaban a alta velocidad, como si no lo vieran. Optó por lo segundo porque se dio cuenta de que le tenía un pernicioso temor a las alturas. Era algo novedoso en él. Debía ser una de esas manías que vienen con la edad.

El desasosiego llegó a su extremo al observar un pesado camión, que venía pegado a la derecha y se vio obligado a subir a la insegura acera. Era el punto más alto del arco del puente. Debajo, a unos quince metros, estaba la autopista de incesante y veloz tráfico. Entre sus dos ramas (de este a oeste y viceversa) y un poco más abajo, tal vez a 20 o 25 metros del puente, estaba el lecho del río Primero, embaulado en concreto. Si tropezaba y salía disparado de bruces, como le había ocurrido ya varias veces trotoando, todo estaría finalizado, la aventura de estos últimos tiempos (¿días, semanas, meses, años?) se acabaría en un abrir y cerrar de ojos. Su cuerpo quedaría, una de dos, aplastado y atropellado en el asfalto de la autopista o arrastrado por aquella corriente fétida hasta que los bomberos lo “pescaran” en algún paraje remoto.

Es insólito lo que viene a la cabeza si se piensa en el fin. En este caso, el Corredor pensó en la fotocopia de la noticia que llevaba en el bolsillo. Metió la mano y apretó el papel, como si estuviera cayendo del puente y quisiera aferrarse a una de las varas de acero que los ladrones no habían podido arrancar.

Se detuvo. Subió a la acera y esperó a que pasara el camión y la larga ristra de carros que iban rezagados detrás de este. Solo entonces bajó a la calzada de nuevo y se apresuró a completar el cruce del puente, sin mirar hacia abajo. Al llegar al suelo firme, dio gracias a Dios, en tono mecánico, y se lanzó a caminar por calles laterales para conjurar el terror que le produjo el puente sin barandas.

Llegando a su casa vio a Herme hablando en la plaza, a un centenar de metros del puesto de libros. Aprovechó para contarle lo ocurrido y preguntarle por qué le había sugerido a Toñito que le ofreciera la base de datos.

–Sé que necesitas averiguar cosas de gente –dijo, bajando la voz–. Pero, ¿por qué no buscaste a la persona que te interesa?

–No sé explicarlo. Usé un nombre cualquiera para hacer la prueba. No me atreví a buscar a las personas que en verdad necesito revisar. Esta mañana busqué a uno de ellos con la ayuda de Toñito. Ahora voy a reunir la determinación necesaria para buscar al otro, yo solo, en mi casa.

–¿Vas a hacerlo o te vencerá el miedo?

CAPÍTULO 41

“LADRONES DE ALMAS”
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Era tan simple que no entendía por qué no se le había ocurrido antes. Si quería verificar la muerte de Roderick y así ponerse en paz con él, debía ir a su tumba.

Claro que buscar el acta de defunción era más o menos lo mismo, y él ya la había encontrado. Además, por supuesto que ver una lápida en un viejo cementerio hacinado no era suficiente prueba. Sonrió de manera macabra al decirse a sí mismo que solo tendría una constatación plena si exhumaran los restos y le hicieran una prueba de ADN. “Ya estoy yo de nuevo asumiendo como verdad las cosas de las películas de la televisión”, se comentó a sí mismo.

Decidió ir al trote al cementerio de San Germán. Conocería una ruta nueva y se evitaría el trámite de subir a autobuses. Desde que se había vuelto corredor todo lo que no fuese correr le parecía una insoportable espera.

Quedaba lejos de su casa, así que partió muy temprano y calculó que llegaría al lugar sobre las diez, una hora en la que se respira menos pesar en los cementerios, incluso en este que es de los antiguos, con panteones, pequeñas techumbres, lápidas enormes, cruces de todos los tamaños, algunas tumbas abiertas y muchos personajes extraños merodeando.

Las estimaciones salieron muy bien y llegó al cementerio a la hora prevista. Le costó un poco subir la empinada cuesta, no tanto por el cansancio, que era leve, sino por la cantidad de gente que transitaba a pie, en carro o en moto. Varios lo miraron con extrañeza, pues aquella no era una ruta habitual de deportistas. Pero ya él estaba demasiado acostumbrado a las miradas recelosas. Así, luego del largo periplo, estuvo ante el portón del cementerio, una reja antigua, pero con muchos remiendos mal hechos, de una herrería actual e insolente.

Se detuvo a normalizar la respiración, pues le pareció irrespetuoso entrar al trote. Junto a la puerta, estaba sentado un anciano desvencijado con un sombrero deforme de piel raída y lo que parecía haber sido alguna vez un uniforme de obrero: pantalón y camisa de gruesa tela caqui. Calzaba chancletas de plástico y tenía al lado un bastón de palo rústico. Su rostro se veía cenizo por una barba de varios días y los restos de lo que había sido su dentadura afloraban en su hablar lento y ríspido.

–Vengo a visitar la tumba de un amigo, creo que me acuerdo por dónde es, pero no estoy seguro –dijo el Corredor por decir algo.

–¿En qué año murió? –masculló el viejo desvencijado.

–En los 80, tal vez los 90... –el Corredor volvió a convencerse de que no tenía nunca una respuesta precisa a las preguntas habituales de la gente sobre el tiempo.

–¿De qué familia era?

–De los Matheus.

–¡Ah...! Entonces debe estar cerca de la tapia –hizo el viejo un gesto de lejanía con su

mano zurda callosa y de uñas renegridas. Al Corredor le pareció que significaba lejos en el espacio y también en el tiempo.

Pensó lo que tal vez pensaba todo aquel que viera a ese señor. Es un muerto que sale cada día de su hueco a trabajar por la comunidad. Sonrió con su propio pensamiento y el viejo también esbozó una mueca parecida a la sonrisa.

—¿Quiere flores? —preguntó.

—¿Perdón? —fue la respuesta del Corredor, pillado en los laberintos de su propia cabeza.

—Que si quiere flores. Yo las vendo.

El Corredor seguía confundido porque no veía flores en ningún lugar. El viejo desvencijado entendió su duda y aclaró:

—Las tengo en el rancho del viejo Isaac. Aún es temprano. La gente viene a este cementerio más en la tarde. Si las quiere, yo doy un saltico hasta allá y se las traigo.

El Corredor se tranquilizó con lo normal que parecían las palabras del muerto-portero. Solo era un viejo trabajador, quizá sin familia.

—No, voy a localizar la tumba y luego se las compró.

—Umjú.

—Si necesita un trabajito en la tumba, yo se lo hago —dijo el viejo.

—¿Un trabajito?

—Sí, ya sabe: cortar el monte, limpiar, pulir la lápida... lo que sea. Le advierto que si está en esa zona —y volvió a ser el gesto de lejanía— es posible que necesite el trabajito. Por ahí las tumbas están muy abandonadas, algunas hasta las han saqueado.

El viejo, que todo el tiempo había tenido los ojos entrecerrados, como un miope que trata de ver sin anteojos, al decir esa frase los abrió por completo. El Corredor creyó ver en ellos unas manchas amarillentas idénticas a las del ojo izquierdo de Roderick. Se estremeció de miedo, pero se repuso con la idea de que eran brotes irracionales de su febril cerebro.

Se despidió del viejo y comenzó a caminar hacia el lugar donde se suponía que estaría la tumba. La zona más llana del cementerio era, a todas luces, la más antigua y señorial. Había tumbas que databan de principios del siglo XX. Eran sepulturas de lujo, con mármol negro y letras doradas en bajo relieve. En lo que parecía haber sido el lugar de mayor importancia del trazado principal del camposanto, resplandecía un mausoleo de columnatas encaladas. Era como una capilla. Desde afuera podía atisbarse un retrato al óleo del ocupante, un general de los primeros tiempos del Ejército profesional, con el pecho lleno de medallas. Debíó haber demostrado heroísmo en varias batallas, aunque el Corredor no alcanzaba a recordar ninguna guerra de ese tiempo de la historia contemporánea. “Algunas cosas de la vida de los países también son imaginarias”, pensó.

Tal como había dicho el viejo, en la medida en que comenzaba el ascenso hacia la periferia del cementerio, aumentaba la sensación de abandono, de olvido. El orden y la limpieza de la zona heroica desaparecían con cada paso. Primero empezaron a verse tumbas cubiertas de matorrales irredentos. Luego surgieron las sepulturas abiertas que al Corredor le parecieron calaveras riendo a carcajadas, pero solo porque tenía la cabeza llena de sugestiones e imágenes sacadas de malas películas de terror. De algunas de

esas fosas abiertas brotaban vahos de muerte vieja.

El Corredor comenzó a mirar con mucho detenimiento las inscripciones en las lápidas, pues algo le decía que había llegado al sector donde está enterrado Roderick. Era un ejercicio abrumador eso de ver una por una aquellas piedras con la vida de las personas resumida en dos números. De pronto leía la de una señora que había vivido 103 años y de pronto leía otra, de un niño que solo estuvo en este mundo una semana. Cuán malditamente democrática era la señora muerte.

No iba a ser fácil la labor de localizarla pues había muchas tumbas sin lápida, con las inscripciones borradas o apenas con una cruz sembrada en la tierra pelada.

Llegó a una zona en la que había varias sepulturas en buenas condiciones. Era como un oasis de orden en medio de un erial caótico. Se convenció de que se aproximaba a la tumba de Roderick. Se detuvo, respiró hondo y pidió ayuda al cielo. En ese lote debía estar. Se tomó unos segundos para volver la vista hacia la entrada del cementerio y se espeluznó con aquel sembradío de seres humanos del que emergían cruces y más cruces. Una ciudad enana de silentes habitantes, allí escondida, junto al barrio bullente de actividad.

Volvió a su labor de rastro. Se dijo que iría una por una, sin prisa, leyendo cada lápida de aquella zona. Comenzó alrededor de las once de la mañana y no fue sino hasta las doce y cuarenta y cinco cuando creyó identificar el sitio. Era una especie de pequeño panteón familiar de los Matheus.

Vio el nombre del abuelo, quien de seguir viviendo sería centenario. También creyó recordar el nombre de una tía abuela de Roderick, que había muerto siendo ellos niños. Tuvo que caminar sobre esas dos sepulturas para ver la de atrás. Debí lidiar con las espinosas ramas de un arbusto que había nacido al borde de las tumbas. Intentó apartarlas y sintió un pinchazo en el pulgar izquierdo. Fue como si la rama estuviese allí para cuidar el sitio de intrusos. Utilizando un palo que encontró por ahí, creyó haber domado aquellas ramas defensoras. Ahí estaba la tumba de Roderick Matheus (1971-1990) y tenía la lápida un poco rodada del sitio donde debería encontrarse a juzgar por las otras tumbas de la familia. “¡Coño, está abierta!”, dijo el Corredor en voz alta. Giró en redondo en busca de alguien que le confirmara sus sospechas, pero aquel paraje del cementerio estaba vacío en ese momento. A lo lejos, de una de las casas más allá de la tapia salía una música festiva, tal vez emitida por un aparato de radio. Más lejos se escuchaban los ruidos típicos de muchos niños en la hora del recreo en una escuela. Al comprobar que no había nadie, el Corredor se atrevió a agacharse sobre la tumba y tratar de otear por la rendija de un palmo que había entre la placa de concreto revestido de granito, o algo parecido, y el borde de la fosa. A pesar de ser de día, no era posible distinguir mucho. Creyó ver los restos de un ataúd, pero pudo ser cualquier cosa. No logró ver, por más que quiso creer que los vería, huesos humanos ni mucho menos un cuerpo conservado como si hubiese sido embalsamado. También quiso que del hueco manara un olor nauseabundo, pero era una mezcla de la tierra húmeda por alguna lluvia nocturna, los brotes de los hierbajos y un indefinible aroma que podría ser igual al de cualquier lugar encerrado por mucho tiempo. El viento sacudió el arbusto espinoso, hizo saltar el palo que el Corredor había puesto para apartarlo, así que la rabiosa rama

se le vino encima sin darle tiempo para reaccionar y lo fustigó en pleno rostro con sus manos de púas. Supo que lo había herido porque se tocó y estaba sangrando.

Como si la planta fuese un animal o una persona impertinente, se levantó y dio la vuelta por detrás de las tumbas, del lado donde brotaba el arbusto. Empezó a patearlo con una furia infantil, pero no logró mayores avances. Era un arbolito joven, pero muy fuerte. El Corredor encontró un pesado ladrillo junto a una tumba vecina y comenzó a golpear el tronco con mucho empeño. Se imaginó a sí mismo tratando de matar un animal pequeño, tal vez un conejo, un lechón o un cabrito sin lograrlo. Se sintió, aparte de cruel y malvado, un depredador inepto. Intentó quitar las ramas más largas, las que cobijaban la tumba, pero solo logró hincarse más espinas. “Por algo la naturaleza inventó este tipo de árboles”, pensó. Solo encontró una salida decorosa: se sentó sobre la lápida de la tumba del abuelo y con la fuerza de los dos piernas intentó colocar la placa de concreto en su lugar. La pieza se movió más pronto de lo que él había previsto y pareció calzar en su lugar con un ruido corto pero cavernoso, como de una campana con sordina. Al menos había logrado restablecer la dignidad de la sepultura. Se levantó y notó que las piernas desde los zapatos y ya hasta las rodillas eran recorridas por unas hormigas rojizas con aspecto de pequeños caníbales en ataque desplegado. Se levantó del suelo, se sacudió como pudo, pero algunos de aquellos soldados de comando abrieron fuego y lo picaron varias veces. El Corredor estuvo varios minutos espulgándose con extremo cuidado, pues podrían haber quedado algunas rezagadas y seguir picándolo, quién sabe en qué lugares recónditos del cuerpo. Decidió retirarse. Comenzó a bajar. Al dar su último vistazo al lugar, tuvo la impresión de que el arbusto lo miraba desafiante y se reía de sus vanos esfuerzos por tumbarlo. En cierto momento pensó en volver, provisto de un hacha o un machete y “cortarle el cuello” (así lo imaginó) en pocos minutos, pero luego abandonó esa idea. Era tan solo un arbusto. El punto preocupante en verdad era que la tumba había sido violada y casi con toda seguridad el cuerpo de Roderick ya no estaría allí. Tal vez lo usaban en ceremonias satánicas. Tenía que preguntarle a Herme.

Iba ocupado en esos pensamientos y así llegó a la puerta y vio que el viejo desvencijado ponía rostro de susto.

—¿Qué me le pasó? —interrogó con aire preocupado.

—¿Por qué? —respondió el Corredor con otra pregunta.

—¿Cómo que por qué? Su cara, su ropa... parece que le cayeron a golpes y lo arrastraron por el suelo.

El Corredor cayó en cuenta del manotazo que le había dado el arbusto centinela, y de que al acostarse en el piso para mirar dentro de la tumba y para empujar la placa se había ensuciado mucho. Le explicó al viejo lo que le había pasado.

—Ah, sí, por ahí crecen mucho los cujíos. Alguna gente los quita, pero otros los dejan crecer porque al menos las espinas mantienen lejos a los ociosos que jurungan las tumbas. Si quiere yo voy con mi machete y se lo tumbo.

—No, amigo, gracias, pero eso se lo dejo a la familia. A lo mejor a ellos no les molesta. Tal vez lo dejaron a propósito.

—¿La familia? ¿Qué familia puede tener si usted dice que la tumba está abandonada?

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Mire, acá mucha gente dejó de venir, no porque no quiera a sus muertos, sino porque le tiene miedo a los vivos. Ahorita no andan por ahí porque están dormidos, pero en un rato comienzan a llegar.

—¿Quiénes son?

El viejo reflexionó unos segundos y luego dijo:

—Hay de todo: rateros y buscadores de dientes de oro, hasta gente que anda en cosas peores, en brujerías.

El Corredor elaboró la frase “ladrones de almas”, a sabiendas de que el anciano no la hubiera pronunciado nunca por ser muy rebuscada. El viejo seguía mirándolo con cierta expresión preocupada, le preguntó si quería pasar a lavarse un poco para que no fueran a pensar en su casa que se había visto envuelto en una riña.

—¿Tan mal me veo? —inquirió el Corredor.

—Mírese usted mismo —dijo el viejo invitándolo a entrar a la casucha adosada a la tapia del cementerio, un cuarto abarrotado de objetos tan deteriorados como el viejo mismo. En una de las paredes colgaba un espejo atravesado por una grieta, con un marco torcido de madera descascarada. El corredor concedió la razón al viejo, en que su aspecto era lamentable. En el rostro, cruzándole la mejilla, resaltaba lo que parecía ser el rasguño de un gato y toda su ropa lucía tan sucia como la de alguien que ha sufrido una gran revolcada.

El viejo le dijo que podían asearse en el baño contiguo. Aceptó, a pesar de que el lugar todo le producía asco. No quería atravesar de nuevo la ciudad con ese aspecto, que daba tanto de qué hablar. El baño era tan pequeño que quien se sentase en la poceta quedaría con las piernas debajo del lavamanos. Del grifo apenas salía un hilito de agua. Tuvo paciencia para llenar la cuenca de sus manos y lavarse la cara. Los rasguños del cuji le ardieron bastante. Se arregló lo mejor que pudo y salió de nuevo al cuarto. Volvió a mirarse al espejo. Se veía un poquito mejor; ya no llamaría tanto la atención, salvo por la marca de la mejilla. Aprovechó para darle una mirada de curiosidad al cuarto entero. Había un catre de mantas curtidas y remendadas. Una repisa hacía las veces de mesita de noche y otra era un altar con varios santos y un par de velas encendidas. En la mesa de noche destacaba una foto añosa de tintes sepias. Era un hombre de unos 30 años con un bigotito bien delineado y el cabello peinado con brillantina, vestido de elegante traje, corbata y con una flor en el ojal. Sonreía a la cámara con evidente alegría.

—Ese era yo —dijo el viejo detrás del Corredor, quien se sobresaltó.

—¡Perdone, a veces me paso de indiscreto!

—No se preocupe. ¿Verdad que era buenmozo? —dijo el viejo, riéndose a carcajadas.

—Sí, parece un cantante de tango.

—Así es esta vida, amigo: un día eres un galán y unos años después, un cascarón vacío.

—Lo importante es seguir viviendo —respondió una voz a través del Corredor, pues hasta él se oyó decirlo como un testigo.

—¿Usted cree? —retó el viejo, y luego esbozó una sonrisa similar a la de la foto, pero con la dentadura devastada.

El Corredor pensó que, en verdad, no lo creía o no estaba seguro.

El viejo cambió de tema. Le dijo al Corredor que ya se veía un poco mejor, pero que al llegar a su casa debía curarse la cara con alcohol o agua oxigenada.

El Corredor sacó un par de billetes del bolsillo y se lo dio a viejo.

—No hace falta.

—Es para que se tome un café o una cervecita.

—Bueno, gracias.

Bajó de la colina al trote. Varias personas se quedaron mirándolo, pues seguía con un aspecto deplorable. Tomó rumbo al centro de la ciudad por las zonas más despobladas que encontró. El sudor le escocía los arañazos del arbusto. Y en las piernas, las picadas de las hormigas fieras le dolían como si tuviera agujas clavadas.

∞

La sensación que el Corredor experimentó ante el espejo del viejo desvencijado en el cementerio quedó grabada. Su imagen no le había parecido suya, y la voz que salió de su boca, tampoco.

Mientras trotaba de regreso pensó que aquellas extrañas sensaciones eran producto de la autosugestión. Eso de ir a visitar una tumba en ese deteriorado cementerio y haber conocido a un señor tan extraño le había llenado la cabeza de tenebrosas tramas.

Al llegar a su casa, hizo lo que el viejo le había recomendado: curarse los rasguños con un antiséptico. Para hacerlo volvió a colocarse ante un espejo, el suyo. Y entonces, mientras se apretaba la mejilla con un algodón embebido en el líquido, vio salir una lágrima de su ojo derecho, y tuvo la sensación de que miraba a otra persona. Sacudió la cabeza para volver a la realidad y el movimiento, junto al ardor de los arañazos, se lo permitió. Sin embargo, la “idea disyuntiva” (así la llamó) quedó impresa en algún lugar de su cabeza al que resultaba fácil acceder tan pronto se colocaba frente a un espejo, un material muy brillante, los vidrios de un automóvil y hasta una cuchara reluciente. Había desarrollado una especie de fobia por su propio reflejo, para evitar el torbellino de las malas sensaciones.

El mecanismo no se desataba solo con los espejos. También con las fotos. Una mañana, el Corredor buscaba en la computadora un correo que alguna vez le había enviado a Yoly. Lo encontró y notó que tenía anexa una imagen. Era una fotografía suya, hablando en público. Había sido en una actividad interna de la empresa, una exposición aburrida a más no poder, sobre números y estadísticas. El Corredor se vio allí, tal como era entonces, un oficinista encorbatado, con algo de sobrepeso y sintió la seguridad de que era otra persona.

CAPÍTULO 42
INCISO SOBRE LAS CARGAS
INEXPULSABLES

Tantas veces había oído decir que la gente recuerda su vida como una película en cámara rápida cuando experimenta un grave riesgo de muerte. A él, por lo visto, le pasaba en situaciones normales, sin riesgo alguno, echado en su cama, caminando por la calle y, sobre todo, mientras corría.

La película era algo más que eso: era una feria de sensaciones no solo visuales y sonoras, sino también olfativas, gustativas y táctiles asociadas con oleadas de emociones redivivas, recuerdos de interpretaciones que le fueron dadas a gestos, palabras, silencios y miradas.

¿En qué rincón del universo está almacenada toda esa data irrepetible de olores atados a días, a personas, a dolores, a placeres, a vacíos?

Vertiginoso, el huracán de memorias con sus texturas, sus colores y densidades lo dejaba exhausto de emociones inexplicables. A veces tenía la sensación de que no solo se trataba de un resumen apurado de su propia vida, sino que había en el recuento trazas ancestrales, destellos de viejas historias ajenas, puntos de corte que tal vez significaban antiguas muertes; tiempos blancos y nebulosos como de espera en un prolongado sueño, etapas de existencia vegetal, quizá navegaciones en el útero.

Algunas veces, cuando le ocurría, pasaba horas aturdido, como si aquellos mundos lo hubiesen absorbido del todo. Otras, quedaba sobrecargado de imágenes y percepciones que exigían ser expresadas, diríase incluso que expulsadas, como una criatura cuando el embarazo llega a término. Solo que la carga era inexpresable en palabras y por tanto inexpulsable.

QUINTO TRAMO (DE 24 A 30 K)

CAPÍTULO 43

UN OIDOR DE DIOS

AL TROTE

(EPISODIO RECONSTRUIDO)

ESPACIO PARA EL 5.º EPÍGRAFE

Su clamor al Dios católico no dio resultados aparentes durante un tiempo que le fue difícil de calcular. Sin embargo, un día cualquiera ocurrió algo. Fue en la época en la que entrenaba con Eduvigis Lourdes en el Parque Oriental.

Allí estaba casi siempre un hombre llamado Osvaldo sobre quien Eduvigis Lourdes solía hacer comentarios de doble sentido. El Corredor entendía que a Eduvigis Lourdes le gustaba, pero por alguna razón no podía pensar en él como pareja. De entrada, el Corredor pensó que Osvaldo era homosexual declarado, aunque no daba esa impresión.

Una mañana, luego de una larga sesión de *fartlek*, El corredor y Eduvigis Lourdes se acostaron en la grama a descansar y la conversación tocó a Osvaldo.

–Cuando hablas de Osvaldo te brillan los ojos –dijo el Corredor, empeñado en averiguar lo que pasaba.

–Bueno, no te puedo negar que está bello, pero... –respondió Eduvigis Lourdes, haciendo un gesto con la lengua como si saboreara un dulce.

–¿Pero qué? –preguntó el Corredor, tras incorporarse y quedar apoyado en los codos.

Eduvigis Lourdes lo miró como si el Corredor ignorara algo demasiado evidente. No respondió con palabras, sino con un gesto de las cejas y la boca. El Corredor insistió en preguntar cuál era su objeción.

–Es un hombre prohibido –dijo Eduvigis Lourdes, poniendo voz melodramática.

–¿Está casado o fue también novio de una amiga tuya? –preguntó el Corredor. De pronto consideró la posibilidad de que Osvaldo hubiese sido novio de Yoly, incluso de que lo fuera en ese momento. Se puso pálido.

Eduvigis Lourdes volvió a mirarlo con cierta incredulidad. Se sentó con las piernas cruzadas, se acomodó los senos como si se le hubiesen salido del sostén deportivo. En la ajustada franelilla se podía ver una gran campana en cuyo centro aparecía el número 7.

–¿Tú no sabes que Osvaldo es cura?

El Corredor se sintió estúpido. ¿Cómo no se había enterado de eso?, sobre todo porque había al menos dos corredores que le decían padre e, incluso, uno de ellos que le pedía la bendición cada mañana. Él había pensado que era en son de broma.

Por más que ahora lo sabía, no lograba imaginárselo en el altar consagrando hostias. En la pista era un aguerrido competidor, su estilo no era para nada compasivo; parecía más un ejecutivo de ventas de una gran corporación que un sacerdote oyendo confesiones y dispensando perdones. La intención tardó en sedimentarse en la mente del Corredor, pero cuando iba de regreso a su casa tuvo una especie de revelación. Concluyó que el

Dios católico, después de todo, sí lo había oído y le había puesto al lado nada menos que un cura-corredor. Ahora le correspondía a él aproximarse a Osvaldo y plantearle lo que le ocurría.

Esa noche casi no puedo dormir pensando en una estrategia para acercarse al sacerdote-atleta. El primer paso que resolvió dar fue ir temprano al Parque Oriental y esperarlo. Para correr con él era necesario estar en forma, porque el cura corría en serio. Llegó casi antes del amanecer y se sentó a esperar. Pensó que Osvaldo debía dar misa antes de ir a correr. Llegó a las ocho y cuarenta y cinco y saludó a todos los presentes con gran amabilidad. Como solía ocurrirle, el Corredor comenzó a ver detalles que antes pasaba por alto y que indicaban a las claras que aquel era un hombre consagrado a la religión. Tenía una manera peculiar de saludar a los hombres y de aproximarse a las mujeres y lucía un crucifijo sobre la camiseta.

Sin mucho preámbulo, se acercó a Osvaldo y le dijo que quería correr con él esa mañana porque necesitaba comentarle algo. Decidió ir directo y no fingir un repentino interés por él, pues, la verdad sea dicha, hasta ayer Osvaldo le caía mal, tal vez por el misterioso revuelo que despertaba entre las chicas del grupo o porque tenía cierto aire arrogante y soberbio. Osvaldo lo miró con curiosidad, pero de seguro estaba acostumbrado a que los indiferentes se le acercaran en momentos de grandes aprietos. Lo más seguro es que esa había sido la historia de su vida desde que se hizo sacerdote.

—Claro, pero te advierto que hoy no puedo correr fuerte. Estoy con el cansancio acumulado. He tenido mucho trabajo en la parroquia. Ya viene el día de la patrona —dijo Osvaldo.

El Corredor se sintió aliviado con la opción de que Osvaldo no corriera a tope, pues si lo hiciera lo dejaría atrás en la primera vuelta.

—Mejor para mí, Osvaldo; tú eres un campeón y yo apenas si trotó —dijo con sinceridad. Pensó que eso ayudaría a crear el clima apropiado para la conversación que tenía prevista, pues todavía sentía que Osvaldo era un arrogante.

Ya iban a comenzar a trotar cuando llegó Eduvigis Lourdes. También se sumó uno de los chicos que le decían padre a Osvaldo, así que pronto el grupo era una especie de bulliciosa cuadrilla que avanzaba por los senderos del parque.

Vuelta y media más tarde comenzaron a abandonar algunos. El Corredor sentía que aún tenía reservas para seguir, pero no estaba seguro de que Eduvigis Lourdes y otros dos corredores tuvieran pensado retirarse. Además, sentía que si en ese momento se quedara solo con Osvaldo le iba a resultar difícil mantenerse a la par del cura, que (no se cansaba de repetirlo) era tremendo atleta. En la quinta vuelta, el Corredor decidió hacerse notar: se puso al costado de Osvaldo y le dijo:

—Creo que vamos a tener que hablar en otra ocasión.

Su voz reflejaba el agotamiento y eso le hizo sentir cierta frustración. Luego de tanto tiempo corriendo (¿cuánto, en verdad?, no lograba precisarlo) y aún seguía sofocándose. Osvaldo lo miró con unos ojos que al Corredor le parecieron muy críticos.

—¿Lo tuyo es algo privado? —preguntó.

—Sí, muy privado —dijo el Corredor con alivio por haber captado su atención—. Es casi una confesión.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-¿Por qué, entonces, no te acercas a la capilla?

-Preferiría hablar al trote, si no te molesta -dijo, consciente de que era la segunda vez que le planteaba a algún “asesor espiritual” esa modalidad de encuentro.

-No, me encanta. Nunca lo he hecho.

Eduvigis Lourdes, que iba adelantada, aflojó el paso acicateada por la curiosidad. Osvaldo y el Corredor se quedaron callados.

-¿Hablan de cosas secretas? -preguntó Eduvigis Lourdes.

-¡Qué curiosa eres, Doble Santa! -dijo el sacerdote.

Ella no se dio por ofendida y siguió a la par, en un silencio interrogativo.

-Doble Santa, por favor, vuelve a adelantarte, tengo que decirle algo a tu amigo.

Eduvigis Lourdes le obedeció, sin ocultar su molestia. El cura y el Corredor se desviaron del sendero hacia la grama y corrieron muy suave.

-Hagamos algo -dijo Osvaldo-. Yo corro a veces en la tarde en el circuito de los militares.

¿Te parece si nos vemos allá mañana a las cinco?

El Corredor aceptó emocionado; tanto que le dijo: “Gracias, padre”, y Osvaldo le contestó: “No me digas padre; para ti soy Osvaldo”.

∞

Para distraerse y recordar el terreno, esa misma tarde fue a dar una vuelta al circuito de los militares. Llegó cuando el sol aún estaba muy alto y no pudo evitar que lo visitara el recuerdo del día que estuvo a punto de suicidarse y luego fue a correr en ese circuito con ropa y zapatos de calle. Aquello no podía ser una simple coincidencia.

El circuito de los militares era un lugar de los años cincuenta muy bien restaurado, que tenía un aire monumental y reluciente. Aquella tarde alucinante, un sol fiero bruñía los mármoles y los bronce de las estatuas. Siempre le había parecido que en esa zona de la ciudad soplaban un viento muy especial, aunque no sabía explicar por qué lo era. Aquella tarde estaba en plenitud su especialidad. Se internó por un sendero que corre paralelo al río Segundo, que más que un río es una cloaca a cielo abierto. La corriente de agua despedía acres vapores de detergente, como si en todas las casas de las urbanizaciones aledañas se hubiesen puesto de acuerdo para lavar la ropa al mismo tiempo. Optó por salir hacia la zona más transitada pero libre de ese penetrante hedor, cruzó la cancha y trotó por un bulevar de piso pulido en el que la goma de los zapatos chirriaba al compás de los pasos.

Cuando se acercaba al extremo del circuito donde se elevan unos estrambóticos arcos, el Corredor creyó ver a un hombre que corría en el tramo de vuelta con pantalón de cachemir, camisa manga larga, corbata algo floja, una chaqueta marrón amarillento y zapatos de cuero bastante puntiagudos y bien lustrados. Solo lo vio fracciones de segundo, pero tuvo la impresión de que se le parecía y que en su rostro estaba impreso un hiriente desespero.

Según las rutinas que se seguían en ese lugar, debía llegar hasta el extremo del arco estrambótico, rodearlo, dar la vuelta en U y volver por el lado opuesto, pero si lo hacía así no iba a poder ver al personaje de cerca. Así que cortó camino por los pasillos internos del paseo, donde había niños jugando y parejas conversando o besándose. Salió justo en el lugar donde vio a su réplica y corrió en la dirección que él llevaba. Lo hizo a paso acelerado, pues calculó que lo alcanzaría en unos pocos trancos, pero ya de aquella figura no había

ni rastro. El sitio estaba lleno de corredores, pero todos iban con sus ropas deportivas, no había ningún desquiciado allí corriendo encorbatado, con traje y zapatos de calle.

Dio hasta dos vueltas de patrullaje, en busca a su sosías del día del viraje. Cruzó varias veces por los pasadizos internos, se subió a una especie de mirador para ver todo el circuito, pero el doble no estaba por ningún lado. Tal vez fue una alucinación. Regresó a su casa convencido de que había sido un error adelantarse a la cita con Osvaldo. Hubiese sido más inteligente esperar hasta el día siguiente. Pero para soportar las horas de espera tuvo que hacer ejercicio durante la madrugada y apenas se quedó dormido ya cerca de las cuatro y solo se mantuvo en la cama hasta las ocho.

Aguardar hasta las cuatro de la tarde fue una tortura. A esa hora salió de casa, rumbo al circuito de los militares. Ensayaba lo que diría, aunque ninguna de las modalidades que había prefigurado lo convencía del todo. Le parecía que sea cual fuere el tenor de su relato, a Osvaldo le parecería un caso médico, no un asunto religioso o espiritual.

Decidí ir al sitio en metro porque si iba al trote estaría cansado y tal vez no podría llevarle el paso a Osvaldo. El viaje fue embarazoso porque el metro en esa ruta a esas horas es un caos. Cuando logró ingresar a un atestado vagón, el Corredor quedó casi adherido a una jovencita. El Corredor iba en pantalón corto y franelilla y la chica en falda y una blusa sin mangas, de manera que por el contacto obligado, sus piernas y brazos desnudos se tocaron. El Corredor sintió una corriente profunda. La chica despedía un olor divino y, además, lo miro a los ojos. El Corredor se sintió obligado a decir “Perdón, señorita”, y ella le sonrió como si no le molestara el casual contacto carnal. El Corredor se bajó una estación antes de lo previsto “para evitar males mayores”, se dijo, mientras subía las escaleras a grandes trancos. Pensó que si hubiese seguido hasta la otra estación, habría tenido una erección y la chica habría pensado que era un perverso. La imaginó gritando terribles groserías y a algunos pasajeros dándole golpes y amenazándolo con matarlo. Siempre que se ponía negativo pensaba en lo peor y luego agradecía que no hubiese ocurrido nada de eso.

Al bajar en la estación previa debió cubrir un trecho de un par de kilómetros en caminata. Pensó hacerlo al trote, pero prefirió reservar toda su energía para trotar con Osvaldo. En verdad, estaba sobrado de tiempo. La tarde era estupenda, con una temperatura ideal porque el calor había cedido y la peculiar brisa de esa zona de la ciudad barnizaba el momento con una sensación que el corredor identificó como ganas de vivir.

Llegó al sitio convenido con media hora de anticipación. Para no pasar el rato en la espera seca, decidió hacer algunos estiramientos. Se decantó por los ejercicios de taichí que había aprendido en internet y que consistían en mover todas las articulaciones del cuerpo desde la del cuello hasta las de los dedos de los pies. Casi nunca estiraba, pero las pocas veces que lo hacía se convencía de que era necesario hacerlo. No eran habladurías de los entrenadores, aquello tenía un efecto casi beatífico. Pero él era siempre descuidado e impaciente por comenzar a correr. Había iniciado varias veces una rutina previa de estiramiento y la había sostenido apenas por dos o tres días, para luego inventarse alguna excusa y comenzar sin estirar. El cuerpo aún no le había cobrado tal afrenta, pero quizá lo hiciera más adelante de acuerdo a la experiencia de los que ya han vivido esta etapa inicial.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Estiraba cuando vio aparecer en el horizonte al padre Osvaldo. Venía al trote, con la postura de un corredor entrenado. El Corredor siguió en lo suyo como si no se hubiese percatado de la llegada del padre. Pensó que mostrar preocupación por la flexibilidad sería un buen correlato de lo que pretendía confesarle el sacerdote. Osvaldo llegó en un santiamén. Iba con un *short* azul marino, una franela sin mangas naranja fosforescente y llevaba lentes de sol y una gorra del colegio católico en el que daba clase de Castellano y Literatura.

–¿Estiramientos?, ¡qué bueno!... Yo debo admitir que me salto ese paso casi siempre –dijo Osvaldo en voz baja, como si fuera una confidencia.

–Yo también. Hoy lo hice para quemar tiempo –respondió el Corredor, con otro susurro.

–¿Te hice esperar mucho? –preguntó el cura, mientras consultaba su reloj de deportista.

–No, amigo, llegaste puntual; lo que ocurrió es que yo llegué muy temprano.

–La puntualidad es una de las virtudes más raras que tengo, modestia aparte –dijo el sacerdote–. Vamos a trotar hacia el estanque, que es una zona muy tranquila.

–¿Se puede pasar para allá, no hay que ser militar? –consultó el Corredor.

–Yo siempre pasé y nadie me dice nada; debe ser porque soy un soldado de Dios –aseguró Osvaldo sonriendo.

Avanzaron hacia un portón custodiado por uniformados que cada dos por tres se cuadraban en saludo militar ante algún conductor que bajaba la ventanilla de su vehículo. Pasaron junto a ellos sin que ninguno pareciera haber notado su presencia. Entraron una zona en la que todo estaba en su lugar: la grama bien recortada, las aceras impolutas, las callejuelas demarcadas con un primor que produce cierto miedo. En un recodo, un grupo de jóvenes vestidos con *short*, franela, medias y zapatos blancos desarrollaban una rutina de enérgicos ejercicios al compás de la ruidosa voz de un sujeto colorado y sudoroso. Se encaminaron hacia una colina, llegaron hasta lo alto y pudieron avistar el estanque, que a esa hora, con la luz del sol, se veía como una gran mesa cubierta de celofán. Bajaron por el otro lado de la colina, hacia una pista de trote con fina gravilla apisonada. Al correr allí se producían unos chaschás regulares que al Corredor le hicieron pensar en una vía de tren. Osvaldo lo miro por el lado de sus lentes oscuros y con solo verlo de esa forma, el Corredor se sintió autorizado a hablar. Siempre volvía su experiencia con el psiquiatra. Procuo ser lo más directo y rápido sin darle al interlocutor oportunidad de formular rodeos.

–Mira, Osvaldo, yo quería hablar contigo hace tiempo... bueno, no contigo; con un cura, pero como soy tan despistado no me había dado cuenta de que tú lo eras...

–No es despiste. Le pasa a mucha gente –dijo Osvaldo.

–Bueno, en fin, con un padre. Necesito hablar con un padre porque en los últimos tiempos me han ocurrido cosas muy extrañas e incomprensibles.

–Okey, vamos a ver si te puedo ayudar.

–Estimado Osvaldo, solo con oírme ya me ayudas.

El Corredor notó que en dirección contraria se aproximaba una tropa al trote rápido, con sus típicos cánticos entonados por el hombre al mando y repetidos por el resto. Eran muchísimos, tal vez más de cien. Llevaban botas y morrales, cascos y armas largas y hacían

el estruendo que cabría esperar de un tropel de vacas. Osvaldo y el Corredor tuvieron que desviarse y correr por la grama mientras pasaban los soldados. Al cesar la estampida, el Corredor se decidió a contar el meollo del asunto, sin más demora.

–Osvaldo, lo que me pasa es que a veces salgo a correr y me encuentro con un amigo mío que murió.

Osvaldo volteó a mirar al Corredor, se quitó los lentes de sol y los guardo en un estuche que llevaba en el bolsillo del *short*. Luego preguntó:

–¿De qué forma lo ves? ¿Es como un fantasma?

Osvaldo lo pregunto sin ningún doblez irónico, así que el Corredor se sintió aliviado y dispuesto a explicar:

–Lo veo como si estuviera vivo... No como si estuviera: está vivo. Imagínate que corre conmigo.

–¿Corre contigo?

–Sí, y a pesar de que está con sobrepeso, es un tremendo corredor.

–¿Y tú estás seguro de que murió?

–Más que seguro.

–¿Cuándo murió?

–Hace años, cuando éramos muy jóvenes.

–¿Tú lo viste muerto?

–Sí, lo vi muriéndose y luego lo vi muerto.

La conversación había adquirido el ritmo de una partida de tenis, pero en este punto se hizo una larga pausa en silencio sobre la que retumbaron los cantos de una bandada de guacamayas que comenzaban a cruzar la montaña vecina hacia el fondo del valle.

–¿Y qué aspecto tiene? –volvió a preguntar Osvaldo.

–Como te dije, está un poco gordo y viste una ropa pasada de moda, como si se hubiese quedado en los años ochenta, tal vez los noventa –dijo el Corredor y soltó una risita extraña.

A Osvaldo le pareció insólito que un asunto tan inquietante como el retorno de un muerto se viese matizado con un comentario relativo a la moda. El Corredor se apresuró a aclarar el punto:

–Lo que quiero decir es que pareciera vivir en su época.

El Corredor, ahora que había soltado la bomba, pensó en hablarle también de Joel y de sus otras experiencias extravagantes, pero consideró que era mejor dejar que Osvaldo empezara a digerir el capítulo de Roderick, que ya era bastante pesado por sí solo.

Osvaldo preguntó cuándo había ocurrido aquello por primera vez y el Corredor entendió que no tenía el dato ni siquiera aproximado.

–Fue hace ya como un año –dijo, para no lucir tan desquiciado.

–¿Cuántas veces han pasado?

–Como seis veces.

–¿Y has podido hablarle?

–Sí, claro, desde el primer día hablamos.

–¿Le has preguntado algo?

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-He tratado de explorar sobre lo que le pasó, pero tú comprenderás que no me atrevo a preguntarle algo así como “oye, pero ¿tú no te habías muerto?”.

-Claro que no, te comprendo muy bien. ¿Pero sí te ha aclarado algo?

-Es un tipo muy esquivo, responde con monosílabos y frases burlonas.

-¿Burlonas?

-Sí, él siempre fue muy burlón.

-¿De qué se burla?

-Más que nada, de mí.

-¿Por qué? ¿Qué tienes tú para ser objeto de burla?

La pregunta dejó al Corredor desarmado. La verdad es que no había nada en su ser actual que lo hiciera merecedor de burlas. “Eran las cosas del pasado”. Lo dijo en una voz tan baja que Osvaldo no lo escuchó, y debió repetir la frase:

-No de algo actual. Se burlaba de cosas del pasado.

-¿En el pasado acostumbraba a burlarse de ti?

-Era mi mejor amigo, pero se burlaba de mí y de todos. Era un burlón.

El Corredor se sintió como si en vez de un sacerdote, se hubiese conseguido otro psiquiatra. Sus preguntas tenían ese perfil, más que el de un guía religioso.

-Bueno, de mí se burlaba porque yo era más lento.

-¿Corriendo?

-Corriendo y en casi todo.

Trotaron en silencio varios minutos oyendo sus propias respiraciones. Ya llegaban a la sede del Comando General, un edificio que parecía el *búnker* de una corporación transnacional.

-Aquí nos devolvemos –dijo Osvaldo.

Dieron una vuelta en U en forma sincronizada, como un par de aves en vuelo.

De regreso al punto de partida, Osvaldo se sintió obligado a llenar el vacío con una observación sobre la conveniencia de no pasar frente al Comando General.

-Se ponen muy necios, aunque yo sea un soldado de Dios.

Un par de minutos más de silencio y Osvaldo, con una especie de suspiro, dijo:

-Mira, no tengo experiencia en este tipo de casos, pero uno de mis compañeros en la parroquia sí la tiene. Creo que es mejor que hables con él.

El Corredor tenía la mirada puesta en el horizonte y en la caminería de grava. No respondió de inmediato y Osvaldo creyó interpretar que estaba decepcionado, que sentía que se sacaba el problema de encima, así que añadió:

-Pero otra cosa que podemos hacer es que yo te acompañe cuando corras con tu amigo, a ver qué pasa.

El Corredor se apresuró a aclarar que no podía anticipar cuándo Roderick estaría en el parque, que todo era azaroso, en apariencia al menos, así que sería difícil lograr la coincidencia. Sin embargo, en su imaginación se desplegó veloz la hipótesis del encuentro con Osvaldo como testigo. ¿Qué podría ocurrir? ¿Saldría Roderick con una de las suyas o se negaría a correr con el sacerdote? En la versión extrema de su relato imaginario, se perdería a toda velocidad y ni siquiera el bien entrenado Osvaldo sería capaz de alcanzarlo.

–¿Qué crees que pasaría si tú lo vieras? –preguntó el Corredor.

–No lo sé. Tal vez, yo podría ayudar a aclarar lo que ocurre –dijo Osvaldo, aunque era claro que no sabía cómo reaccionaría en tal caso.

–Lo que ocurre está claro –dijo el Corredor, con mucha firmeza por primera vez en todo el trayecto–. Lo que ocurre es que Roderick está muerto, pero corre conmigo. Lo que no sabemos es por qué ocurre.

–Yo creo en la resurrección, pero no de esa forma –dijo Osvaldo y se santiguó como lo hubiera hecho una anciana beata al hablar de un espanto.

Retornaron en silencio, mientras anochecía. Solo intercambiaron algunas palabras sobre la limpieza que se percibía en la zona militar. Traspasaron el portal y estuvieron de nuevo en el área de uso general del circuito. Estaba atestada de corredores, ciclistas, patinadores, caminantes y niños. Tuvieron que avanzar escurriéndose en medio de ese espeso tráfico. Acordaron llegar al trote hasta la estación del metro en la que había bajado el Corredor. Con suerte, a esa hora los trenes hacia el norte, no irían repletos. Ellos no estaban en condiciones de apretujarse con nadie. Entraron a la estación y todo ocurrió según lo previsto. El Corredor rememoró el contacto con la muchacha en la ida, pero desechó el pensamiento por respeto al cura. Se bajaron en la Estación Central y ahí se separaron pues el Corredor iba al oeste y el sacerdote, al este. Osvaldo le apretó la mano con las dos suyas y dijo:

–Todo esto tiene una explicación y se la vamos a encontrar. Ahora mismo voy a hablarle de ti al padre Serbio.

–Gracias, Osvaldo –dijo el Corredor con una expresión angustiada en todo el cuerpo.

–Dios te acompañe –respondió Osvaldo.

De regreso a la casa, el Corredor sintió un significativo alivio. A pesar de que Osvaldo no había dicho nada relevante, él estaba mejor ahora, tal vez por el solo hecho de haber hablado con alguien. Además, no se trata de cualquier persona sino de un oidor de Dios.

Recordó las siete campanadas de la iglesia de su barrio y dio gracias al cielo.

CAPÍTULO 44
EL MEGADOCUMENTO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor había elaborado un nutrido documento único en el que arrojaba todos los datos que obtenía en internet acerca del “problema”. En el documento había de todo: desde textos copiados y pegados *in extenso* hasta direcciones de enlace de fotografías, dibujos, presentaciones en PowerPoint, fragmentos de noticias y videos, y también transcripciones de conversaciones que había sostenido con los psiquiatras, con Osvaldo, con Isabelica, con Eduvigis Lourdes y con ciertos personajes del mundo internáutico que solo aparecían identificados con claves o números. Ya era un gesto automático el suyo eso de lanzar a ese megadocumento cualquier cosa que pescara en sus interminables navegaciones e indagaciones.

Varias veces había comenzado a hacer un índice para tratar de poner orden en ese cajón de sastre, pero nunca alcanzaba tal cometido. Había creado renglones tales como *Experiencias Semejantes*, *Enfoque Budista*, *Enfoque Cristiano*, *Síndrome de Cotard* o *Caso Mujer Campo Golf*.

La labor de poner orden se le había hecho demasiado compleja y varias veces la había abandonado luego de hacer unos pequeños esfuerzos. En uno de sus rodajes de madrugada, como tantas veces le había ocurrido, tuvo una especie de revelación. Iba esforzándose mucho, resoplando, sudando a pesar de la baja temperatura ambiental, cuando pensó que nunca se había buscado a sí mismo en internet.

Había escudriñado en busca de respuestas, pero no recordaba haber escrito su propio nombre en el buscador a ver qué decía aquella superconciencia universal acerca de su existencia. Tal vez, por ejemplo, diría algo sobre el episodio de la cornisa.

Sintió un gran deseo de empezar de inmediato aquella navegación, por lo que emprendió el regreso a paso redoblado. Estaba lejos, como a una hora de su casa, y la impaciencia lo carcomía.

Trató de calmarse, diciéndose que si había tardado tanto tiempo (¿semanas, meses, años?) en llegar a esa conclusión, qué importancia podría tener una o dos horas más. Pero esos argumentos no aplacaban su deseo de estar ya ante el teclado de la computadora.

Aceleró más, se impuso un ritmo frenético como de una carrera de 1500 metros, y entonces tropezó y cayó de bruces y aterrizó en el asfalto con las rodillas y las palmas de las manos. Se levantó de inmediato con esa actitud de vergüenza que asumen las personas cuando se caen en público, aunque allí no había nadie en muchos metros a la redonda. De las rodillas manaba sangre y las escoriaciones, muy feas, se veían peor de lo que eran. Siguió corriendo y el fuerte dolor que sentía al principio se fue disipando. Recorrió el resto de la distancia a paso más lento y tuvo la suerte de no toparse con nadie que le hiciera preguntas sobre lo que le había ocurrido. Solo al llegar a su edificio, un ebrio que estaba recostado de la reja exterior murmuró algo como “hombre, deberías ir a un hospital”.

El Corredor le hizo un gesto de amabilidad y dijo que no era para tanto. El ebrio, ya casi a gritos, pues el Corredor había seguido hacia la puerta interna, comentó:

–Te puede dar tétanos –y, como el Corredor solo sonreía, añadió–. Créeme, soy médico.

El Corredor llegó a su apartamento. Estaba indeciso entre sentarse de una vez frente a la computadora, ir al buscador y teclear su nombre, o ir al baño, lavarse las heridas, ponerse una medicina desinfectante y unas vendas. Estaba tan obsesionado con aquello de buscarse en internet que quiso sentarse en la silla de la computadora, pero las rodillas protestaron con un dolor similar al que sintió al caer.

Se miró y vio que en ambas tenía unos surcos en la carne viva como si hubiesen pasado un arado en miniatura. Decidió que era mejor curarse primero, sobre todo por lo que había dicho el borracho de la entrada. “Tal vez sí vaya a la clínica para no correr riesgos”, se dijo, y una vez más soltó una carcajada por los juegos de palabras que se construyen sin querer: caerse corriendo y correr el riesgo de morir de tétanos.

Después de lavarse bien las heridas y de ponerse unas vendas buscó en internet, pero no sobre él, sino respecto al tema del tétanos y concluyó que el supuesto médico ebrio podía tener razón, así que tan pronto amaneció se puso el pantalón más holgado que encontró y caminó hasta la pequeña clínica situada a pocas cuerdas de su edificio. Era una casita vieja a la que habían remodelado poco a poco, incorporando equipos modernos y puertas que se abren solas, pero no dejaba de ser una casita vieja. En la entrada lo atendió una enfermera con aspecto de abuela simpática.

Le preguntó si estaba sangrando y él comenzó a convencerse de que lo iban a tratar como si fuera un enfermo imaginario.

Tardaron una hora en atenderlo porque, claro, no era un caso urgente. Luego lo pasaron a un cubículo en el que había una camilla y una enfermera mucho más joven le dijo que se quitará el pantalón. Sin ninguna delicadeza le retiró las vendas de los raspones que manaba una sangre espesa. Le ardía mucho, sobre todo con el frío del aire acondicionado. Un buen rato después pasó una doctora regordeta y dicharachera. Venía de los otros cubículos y en cada uno parecía haber montado un pequeño espectáculo de comedia.

–¿Y a usted qué le pasó?... Déjeme adivinar... ¿una moto?

–No, doctora, me caí corriendo.

–Déjeme adivinar de nuevo... ¿delante de la policía? –preguntó la mujer, golpeándole el hombro izquierdo.

–No, doctora, soy trotador.

La doctora comedianta inspeccionó de cerca las dos rodillas.

–Ya se puso algo allí, por lo que veo.

–Solo me lavé con agua y jabón, luego con agua oxigenada y Povidine.

–¡Oh qué bien! Bueno, no tiene cortes que ameriten puntos. Lo que hizo está bien. Vamos a ponerle unas vendas.

–¿No será necesaria una antitetánica? –se animó a preguntar. Después de todo, por eso había ido.

–Depende –dijo la doctora con una sonrisa– ¿Dónde se cayó?

–Era la calle, pero la verdad estaba bastante sucio.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

–Bueno, no es mala idea. Vamos a mandársela –dijo la doctora y dio órdenes a la enfermera joven.

∞

La aplicación de la inyección significó estar varias horas más en la clínica. Cuando salió eran ya las tres de la tarde y tenía un hambre desaforada. Caminó hasta su casa con mucha dificultad porque ahora las rodillas le dolían de una manera sorda, como si tuviera sendas quemaduras. Al llegar a la casa, luego de comer, estaba tan exhausto que se quedó dormido en el sofá.

Despertó a la hora a la que acostumbraba hacerlo para sus carreras de madrugada, a las dos y treinta. Al levantarse, el dolor le hizo dar un alarido de palabrotas. Ya le había pasado otras veces. Los raspones en las rodillas son un tipo de heridas insidiosas que se resisten a cicatrizar por estar en plena articulación. Logró levantarse y caminar hasta la computadora; sentarse representó otro envión de dolor. Entró al buscador, escribió su nombre, le dio al botón *enter* y esperó. Debió pasar un buen rato en espera.

Depuró la lista de toda clase de personas: un actor de teatro, un jugador de tenis, un vendedor de repuestos automotores, un cocinero. De él aparecieron, en primer lugar, unas fotos de la convención de la empresa hacía cuatro años (¿cuatro?). Allí aparecía tal como era entonces: un sedentario de incipiente barriga, vestido como un oficinista aburrido de su trabajo. Intentó buscarse en la categoría de noticias, pues pensó que si había sido protagonista de un intento de suicidio, tal vez había llamado la atención de los reporteros de sucesos. Se dedicó a revisar nota por nota publicada en el lapso que el calculaba habían ocurrido los hechos. Pasó horas y horas en esa labor de minería. Ya hacia la mitad de la tarde, luego de comerse un sándwich y tomarse un jugo de naranja, encontró algo que podía referirse a su caso, solo que con las habituales tergiversaciones que cometen los periodistas. Una nota en una página sensacionalista y burlesca, un periódico llamado *Solo la verdad*, hacía mención a un intento de suicidio por amor a la jefa, ocurrido en la zona industrial del noreste.

Los nombres no coincidían y tampoco el ramo de la empresa, pues decían que era del sector de los plásticos, pero algunos detalles se aproximaban. Por ejemplo, que el sujeto se había montado en la cornisa de la azotea de un edificio industrial y se había lanzado a pesar de los intentos por evitarlo que hizo uno de sus compañeros de trabajo.

Al Corredor le temblaba todo el cuerpo. La nota, en su último párrafo, citaba a William Raca, un compañero de labores que calificaba al suicida como un trabajador muy serio y callado. El de Raca era, por cierto, el único nombre que coincidía.

CAPÍTULO 45

EL ESPANTO DE RACA (EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor se propuso agarrarse de lo poco que había. Buscaría hacer contacto con el periodista que había suscrito la noticia, un tal Freddy Jaimes, e iría a buscar a Raca, el único compañero de trabajo mencionado en el relato publicado.

Comenzó por lo segundo, pero mal podía ir a su antiguo lugar de trabajo y entrar como si nada. Era de esperar que el trauma que había marcado su salida de allí siguiera palpitando en el grupo. Como mínimo tendría que responder una ristra de preguntas para las cuales no disponía de respuestas. Además no se sentía tan fuerte como para pasar por esa experiencia.

Su plan era, entonces, esperar a Raca en la avenida principal, donde él solía tomar el autobús o pasar caminado en ruta hacia la estación del metro. Se ubicó junto a un quiosco de periódicos, pocos minutos antes de las cinco.

Raca era muy rutinario y, casi con toda seguridad, lo vería bajar a las cinco y diez o a las cinco y quince, con su vestuario de oficinista, incluyendo el bolso térmico del almuerzo. Así ocurrió. El Corredor planeó actuar como quien camina. Actuaría como quien camina, sumido en sus pensamientos y se cruzaría con Raca, en aparente casualidad.

Ya venía Raca, a paso lento, abriendo el empaque de una galleta. Era un regordete de unos 35 años, un poco calvo, sin gracia en realidad. Sacó una de las galletas y, al llevársela a la boca, levantó la vista hacia el punto donde caminaba el Corredor. La galleta no llegó a su destino, cayó (al Corredor le pareció que en cámara lenta) mientras la boca de Raca se quedaba abierta, pero no ya en gesto de ingerir, sino en mueca de estupefacción y miedo.

—¡Epa, William! —saludó el Corredor, y pudo observar cómo Raca se paralizaba. Balbuceó algo y (de nuevo, como en cámara lenta) sufrió un desvanecimiento, algo que antes el Corredor solo había visto en la ficción.

Lo primero que notó el Corredor fue la palidez de Raca. Le hizo justicia a la expresión “se puso blanco, como un papel”, y sus facciones se desencajaron de una forma tal, que el Corredor imaginó que alguien detrás de la cara de Raca había quitado un tornillo maestro, con lo cual todos los músculos quedaron sin tono. Lo último fueron los ojos. Raca pareció querer mirar hacia arriba y los globos subieron tanto que solo se les veía la parte blanca. Acto seguido, el cuerpo entero de Raca se desmadejó y ya iba rumbo al suelo cuando el Corredor lo sostuvo, agarrándolo como pudo y recostándolo contra una pared. Así logró deslizarlo poco a poco hasta que estuvo sentado en el suelo. Varias personas se acercaron a curiosear. Una mujer asumió el control, pues dijo ser enfermera, exigió dejar espacio libre y comenzó a abanicarlo con una revista. Hubo un pequeño tumulto y comenzó a decirse que Raca había sufrido un infarto, que estaba muerto. “¡Quedó en el sitio!”, graficó alguien.

Dos agentes policiales llegaron a bordo de una moto. Oyeron los desbocados

testimonios de los presentes y hablaron por radio. Unos minutos después llegó una patrulla con las luces de la coctelera encendida y haciendo mucho ruido con la sirena. Dos policías fornidos tomaron a Raca, uno por los pies y el otro por las axilas, lo metieron en el compartimiento trasero de la camioneta.

—¿Alguien lo conoce?—preguntó uno de los agentes. El Corredor se quedó privado, no quiso decir que él lo conocía. Estaba en *shock*; todo pasó muy rápido y, además, previó dificultades muy extrañas. Lo último que vio fue la cara contraída de Raca y lo que parecía ser espuma saliéndole de la boca.

Las personas que se habían acumulado comenzaron a marcharse. Debatían sobre si el hombre estaba vivo o muerto. Un joven se dirigió al Corredor para dar su punto de vista, aunque nadie se lo había pedido. «Claro que está vivo, si estuviese muerto, los policías no lo hubiesen movido así, habrían esperado a que vinieran los forenses, ¿verdad?», dijo.

El Corredor asintió. Aquel razonamiento le trajo tranquilidad, pues se sentía culpable de lo que acababa de pasarle a Raca y también por no haberse ido en la patrulla para acompañarlo al hospital.

CAPÍTULO 46
EL CÍCLOPE
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor volvió a su apartamento luego de lo que catalogó como «el Incidente Raca». No lo hizo corriendo porque iba con ropa de calle y correr así por avenidas llenas de gente a la hora pico era buscarse problemas, ser visto como un ladrón que huye.

Caminó, aunque la distancia era de diez kilómetros y trescientos cincuenta metros (lo había medido para sus trotes) y cubrió todo el tramo final ya de noche. Tuvo mucho tiempo para evaluar lo ocurrido y su propia actuación. Se recriminó mucho el no haberse ido con Raca en la patrulla, y también se felicitó por ello.

Ahora mismo estaría en el hospital público, presenciando toda clase de escenas horribles: apuñalados, tiroteados, víctimas de accidentes de tránsito, mujeres golpeadas, niños apaleados. ¡Qué buena decisión no haber ido! Pero le sobrevinían los remordimientos. El pobre Raca estaría allí, solo, tal vez tirado en una camilla o, incluso, en el suelo, esperando atención. Sin alguien que presione a tu favor, en esos lugares te puedes morir antes de que te examinen, y es comprensible, porque en el orden de prioridades están primero los apuñalados, los tiroteados, los mutilados, las mujeres golpeadas, los niños apaleados. ¡Cuánta violencia hay en este mundo!

Mientras caminaba por el parque casi a oscuras (ya los vigilantes comenzaban a presionar a los visitantes para que salieran), llegó a un punto crucial. Se dijo: “Es que no debí abandonarlo, sobre todo porque parece que yo fui la causa de su infarto o de lo que sea que le haya pasado”.

La hipótesis salió con naturalidad, cual agua de un manantial, pero cuando estuvo fuera de él, adquirió la dimensión de un cíclope que se le plantó delante y lo obligó a parar la marcha. En voz alta se preguntó por qué alguien habría de sufrir un infarto de solo verlo a él. La interrogante hizo que el cíclope se hiciera más fuerte, su enorme tórax se hinchó en gesto de soberbia superioridad física. El Corredor pensó que debía escapar de aquel portento y comenzó a trotar, con sus ropas de calle, tal como el día inaugural, en el circuito de los militares. Si alguien lo veía, podría pensar que trataba de salir del sitio antes de que cerraran la verja.

Entre el parque y su edificio no corrió, pero sí caminó muy rápido, como si alguien lo siguiera con malas intenciones. Cada dos por tres miraba hacia atrás, aunque la angustia que se había trastocado en cíclope no andaba a la zaga, sino que lo carcomía por dentro.

Ya en el apartamento, intentó quietarse respirando hondo y bebiendo una infusión de hierbas con dotes calmantes. En ese estado más sereno, el cíclope no saltó de súbito, sino que salió escurriéndose sigiloso, con gestos de culebra. Cuando estuvo afuera todo su cuerpo, la idea probó ser tan o más peligrosa en su versión de serpiente que en la de gigante. “Sencillo: a la gente le pasa conmigo lo mismo que a mí me ha pasado con Roderick y Joel”.

CAPÍTULO 47

EL PADRE SERBIO (EPISODIO RECONSTRUIDO)

Después de su corrida por los territorios militares, Osvaldo y el Corredor compartían una silente complicidad en sus faenas de entrenamiento con el grupo del parque. Tal vez más nadie lo detectó, pero Eduvigis Lourdes tenía una percepción ampliada para este tipo de asuntos. –Ustedes se traen algo –dijo una mañana, luego de que Osvaldo y el Corredor cruzaran un comentario que a ella le resultó incomprensible.

–Solo nos hemos vuelto amigos –dijo el Corredor–. Es un gran tipo.

Dijo “amigos” porque con Eduvigis Lourdes era mejor simplificar todo. Pero más que amistad lo que tenían era una angustia compartida, como si estuvieran ambos en un pantano que, poco a poco, se los estuviese tragando. El Corredor se sentía culpable porque, de hecho, ese era su pantano, pero había arrastrado hasta él al padre Osvaldo.

En principio, Osvaldo quiso creer que el Corredor sufría alguna clase de perturbación mental. Por eso le daba un poco de vergüenza hacerse eco de sus dudas y plantearle el caso al padre Serbio. Sin embargo, se lo había prometido al Corredor y, además, era su deber pastoral atender a las almas extraviadas con más empeño que a las del rebaño.

Planeó todo muy bien, para tener un encuentro con Serbio en la cocina, a la hora del café. Entraría a buscar agua fría y le diría que acababa de hablar con el Corredor. Eso le daría autenticidad a un relato que por sí solo no la tenía. Como Serbio era un hombre de rutinas fijas, todo salió según lo previsto. Osvaldo llegó muy sudado, en ropas de correr, entró a la cocina y allí estaba Serbio, lavando la cafetera de una forma meticulosa, cual si fuera un instrumento quirúrgico a punto de usarse en una operación.

–¡Hola, padre Serbio! –dijo Osvaldo con gran energía.

–¡Hola, padre Osvaldo! –respondió Serbio.

Era una especie de broma entre ellos, pues Serbio y Osvaldo habían coincidido en el seminario, aunque Serbio era mayor e iba dos años por delante.

Osvaldo abrió la nevera, se sirvió agua en un gran vaso y se lo bebió de un sorbo. Se sirvió otro, tomó la mitad y resopló. Serbio lo miraba y seguía lavando la cafetera.

–¿Sabes, Serbio? Tengo a una persona que necesita de tu ayuda –dijo, y se tragó el resto del agua. Se sirvió un tercer vaso.

–¿Más o menos para qué? –preguntó Serbio sin poner mucho interés.

–Contacto con personas desencarnadas –soltó sin más rodeos.

Serbio dejó de mirar su minuciosa tarea, volteó a mirar a Osvaldo con un rápido movimiento de cuello, e interrogó:

–¿Qué dijiste?

–Dije “contacto con personas desencarnadas”. Se encuentra con un amigo suyo, ya fallecido.

Osvaldo dijo esta frase y sostuvo la mirada de Serbio, que seguía con la cafetera entre sus manos, pero sin hacer movimiento alguno. Un par de segundos después, siguió lavándola.

–¿Y tú, tan amable, le ofreciste mis servicios?

Oswaldo se sintió como un niño descubierto en una travesura. Tartamudeó un poco al responder.

—No con exactitud. No mencioné tu nombre. Solo dije que tengo un amigo con experiencia en ese tipo de cosas... Es que el pobre hombre está desesperado.

Serbio dio por fin por terminada la labor, llenó de agua el depósito de la cafetera, colocó el embudo y tomó del estante uno de los envases. Puso tres cucharadas de café molido y ensambló la parte superior de la cafetera. Luego encendió la cocina con un yesquero y puso la cafetera en el hornillo. Se secó las manos con un pequeño paño. En lugar de seguir observándolo hacer estas cosas, Oswaldo había optado por mirar por la ventana. Desde allí solo se veía la parte de atrás de la iglesia y un árbol en flor, pero a Oswaldo le pareció mejor mirar hacia allá que seguir la puntillosa ceremonia de Serbio.

—Oswaldo, tú sabes que esos casos deben ser atendidos primero por especialistas en salud mental. Las personas sufren alucinaciones, y eso no tiene nada que ver con lo que yo humildemente sé —dijo Serbio. Pareció que solo al terminar el lavatorio y puesta en la cocina de la cafetera había podido, al fin, hilvanar sus pensamientos.

—Bueno, este hombre, por lo que me dijo, ha ido con un psiquiatra. Además, no parece que estuviera loco —expresó Oswaldo.

Serbio sonrió con benevolencia.

—Casi nunca parecen —dijo.

—¿Entonces... ¿qué le recomiendo?

—Dile que siga con su psiquiatra.

Oswaldo guardó silencio, miró la cafetera con su falda de llama azul y pensó en buscar apoyo, en otro sacerdote. Serbio era el apropiado, pero no tenía el menor interés en el caso. Parece que solo le interesara una quirúrgica limpieza, pues se ocupó de lavar un pocillo de peltre con la misma minuciosidad que había aplicado a la cafetera. Tomar café, por lo visto, era para él un complejo rito.

—¿Vas a querer café? —preguntó.

Oswaldo estaba extraviado en su propia cabeza. Tardó unos segundos en entender la pregunta.

—Sí, claro; gracias.

Oswaldo pensó que Serbio le ofrecería una solución mientras tomaban el café, pero luego de apagar la cocina y servir los dos pocillos del líquido aún hirviente, dijo que se retiraría al estudio, pues tenía algo que leer. Dejó a Oswaldo solo en la cocina, convencido de que que no tendría nada que decirle al Corredor.

Esa noche, mientras oraba, Oswaldo decidió que él mismo comenzaría a investigar en la madrugada, mientras todos estuvieran durmiendo. Bajó a la biblioteca y buscó el libro que varias veces había visto en poder de Serbio. Siempre le había parecido un libro misterioso, que le hacía pensar en tramas ocultas como las de *El nombre de la Rosa*. La obra era una especie de tesis de grado, con muchas citas de Santo Tomás de Aquino, el Santo Oficio, y un material del presbítero Miguel Pastorino, titulado *La fe cristiana ante el espiritismo*.

El ejemplar estaba muy ajado. Se notaba que Serbio lo había consultado mucho y tal vez otros, antes que él.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Por si algún otro integrante de la congregación andaba trasnochado, se llevó el libro al dormitorio. Al pasar por el pasillo sintió un ligero sobresalto como si cometiera un pecado o un delito. Entró a su cuarto y cerró la puerta, y respiró aliviado. Empezó a leer de inmediato y pasó al menos tres horas haciéndolo, hasta que el cansancio lo venció. Por fortuna había puesto el despertador, pues le tocaba la misa de siete. La ofreció con el “piloto automático”, pues se caía de sueño. Cuando salió de la capilla y fue a desayunar, trató de resumir lo que había leído: para la Iglesia, hablar con muertos era un pecado grave, pues era una forma de idolatría a entes diferentes a Dios. La doctrina era muy severa con los que se ofrecieran como intermediarios y engañaran a personas adoloridas por una pérdida, en especial madres, padres, hijos o parejas.

Hasta donde alcanzó a leer el estudio, no decía nada sobre gente que de forma espontánea e involuntaria recibe la visita de un fallecido. Volvió a su dormitorio a media mañana, algo que pocas veces hacía, y terminó de leer el libro siempre con la sensación de estar en terreno prohibido. En la última parte había algo más cercano al caso del Corredor, pero siempre lo remitían, como lo había hecho Serbio, a perturbaciones mentales del experimentador.

Busco la bibliografía y tomó nota en una pequeña libreta. Salió de la casa parroquial y fue a la Biblioteca General porque pensó que si usaba la del Episcopado, los servicios de inteligencia de la jerarquía anotarían su nombre y luego comenzarían a interrogarlo acerca de su interés en este movetizado tema.

En la Biblioteca General, a duras penas logró encontrar algo de lo que había anotado. Fue el *Diccionario de teología moral* de Francesco Roberti. Ahí estuvo durante horas leyendo y tomando notas. Salió al atardecer convencido de que Serbio tenía razón, había que explorar primero que nada la opción de que el Corredor estuviese mal de la cabeza.

En las siguientes dos semanas, Osvaldo y el Corredor trotaron juntos cuatro veces en el circuito de los militares.

El Corredor le preguntó si había hablado con su amigo experto en contacto con seres desencarnados. Osvaldo pensó en una mentira piadosa, pero su devoción por la verdad lo obligó a contarle lo que dijo Serbio.

—¿Tú estás de acuerdo con él?

Osvaldo fue tomado al descampado por la pregunta, pero se encontró a sí mismo diciéndole que sí, él creía que debía someterse a una revisión más profunda con un psiquiatra, pero no creía que estuviese loco.

—Entiendo —se limitó a decir el Corredor sin ocultar su frustración.

Osvaldo intentó tal vez salvar parte de su misión con respecto a esta alma en dificultades, así que reiteró su propuesta de ir al parque a intentar ver a Roderick, aunque el entendía que eso no dependía de la voluntad del Corredor. También le confió que había comenzado a investigar el asunto y que estaba fascinado.

El Corredor lo escuchó con mucho interés, como si le hubiese contado un gran secreto.

—¿En serio, y qué has visto?

—Es un supertema —expresó entusiasmado—. Hasta me siento inclinado a seguir por allí mis estudios doctorales.

El Corredor sintió una oleada de disgusto que le recordó sus tardes con el psiquiatra de los caballos. “Este cura, en lugar de ayudarme, ahora planea en hacer una tesis doctoral”, pensó, e imaginó un título rimbombante como *El delirio psicótico y su confusión con fenómenos preternormales*.

Osvaldo era muy perceptivo; entendió que había sido una imprudencia hablar de aquel asunto como un tema de interés académico.

–Claro que lo que en verdad importa es encontrar una respuesta sobre lo que te ocurre –dijo con cierto disimulo–. La investigación puede esperar.

El Corredor respondió con otra cortesía:

–Tranquilo, todo lo que tú puedas investigar me ayudará.

Guardaron un largo silencio y luego el corredor se atrevió a preguntar:

–Pero, al margen de lo que investigaste o de la tesis que hagas, Osvaldo, ¿tú crees que yo estoy enfermo?

Osvaldo suspiró y dijo:

–No amigo, yo te creo.

∞

Serbio no tardó en saber que Osvaldo se había metido en profundidades. Es casi imposible mantener secretos en las cárceles, en los cuarteles y en los conventos. Un domingo, luego de una misa concelebrada, estaban ambos en la sacristía guardando sus sotanas, y Serbio se decidió a ir directo al punto.

–Osvaldo, ya sé qué seguiste con aquel asunto del amigo tuyo que ve a un muerto.

Hizo una pausa que Osvaldo no interrumpió ni siquiera con un gesto.

–Quiero que sepas que es un terreno muy peligroso, te lo digo por experiencia.

Serbio dejó colgar la última frase, como abierta a cualquier interpretación. Era una petición de pregunta y Osvaldo la aceptó y formuló una interrogante que se le antojó tramitable para Serbio. Ambos parecían caminar descalzos sobre vidrios rotos.

–¿Alguna vez se te presentó un caso así?

Serbio pareció agradecer el gesto. Doblaba la sotana con una meticulosidad similar a la que aplicaba al lavar la cafetera.

–Sí, Osvaldo, algo parecido, sí. Pero entiendo que tu amigo ha llegado a esta situación sin pedirlo, sin quererlo. Los casos que yo he conocido son de gente que ha buscado el contacto. Eso lo hace muy diferente.

Osvaldo se emocionó. Percibió que Serbio estaba interesado en una discusión seria sobre el tema, algo muy distinto a la vez anterior cuando se había cerrado sobre la tesis de la perturbación psicológica. Eso es clave.

Desde ese día en adelante Serbio y Osvaldo dialogaron mucho acerca de lo que llamaban “el asunto”. Y como quiera que Osvaldo demostró lo mucho que había investigado, Serbio terminó, en un lapso de poco más de una semana, accediendo a tener una conversación con el Corredor.

Acordaron que el encuentro sería en el circuito de los militares, aunque no para correr porque Serbio no era practicante de ese ni de ningún otro deporte. La reunión se hizo en una de las zonas donde abundan las fuentes y los espejos de agua, un sábado a las diez de

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

la mañana. Sergio y Osvaldo llegaron en un taxi, mientras el Corredor caminó desde su casa, que estaba a más de siete kilómetros. Salió de allí dos horas antes y disfrutó mucho recorriendo la ruta a una velocidad inferior a la habitual, pues siempre pasaba al trote. Llegó primero al sitio y se sentó en el banco a meditar un poco, con su atención fija en la gárgola de la fuente, que arrojaba agua por el hocico. Era un animal indefinido: un poco perro, un poco tigre, un poco dragón.

Al Corredor le llamó la atención que ambos hombres vinieran vestidos como sacerdotes, de negro y con cléríman. A Osvaldo nunca lo había visto con otra indumentaria que no fuese la de correr y a Sergio lo veía por primera vez, pero la escena se le antojó ridícula: él, en un lugar como ese, con dos curas vestidos de negro cerrado. Las vueltas que da la vida.

Luego de la presentación de rigor se sentaron los tres en el banco que tomaba forma de semicírculo. Osvaldo quedó en el medio. Sin muchos preámbulos dijo:

–Bueno, Sergio, ya te he dicho cuál es el problema: aquí nuestro amigo presente ha tenido unas experiencias inusuales... pero mejor que te cuente él mismo.

El Corredor tomó la palabra y resumió lo mejor que pudo su “problema”, como lo había llamado Osvaldo. Sergio escuchaba sin inmutarse, como si estuviera en el confesionario. El Corredor se percató entonces de que en sus manos tenía un rosario de cuentas negras.

Sergio hizo las preguntas de rigor: que si estaba comprobada la muerte de Roderick; que si había tenido alucinaciones; que si consumía drogas; que si tenía sueños vívidos. El Corredor respondía como siempre: que sí, la muerte estaba más que comprobada; que nunca había tenido alucinaciones; que no consumía drogas; y que no, no había sido un sueño. Sergio no se inmutaba, solo movía las cuentas del Rosario como si su yo alterno rezara. Preguntó si tal vez podría haber alguna persona que quisiera desestabilizar su espíritu y para ello montase ese numerito de Roderick, con alguien de un extraordinario parecido.

–¿Y para qué haría alguien algo así? –le preguntó el Corredor.

Sergio hizo un gesto vago, que podría significar cualquier cosa.

–Tú dime –sonrió.

–Pues, no creo que nadie pudiera hacer algo así solo para afectarme; además, las cosas que dice Roderick son sus frases, sus gestos, su estilo... todo.

Al final de esta frase, la voz del Corredor se alteró de manera notoria, en una especie de alarido histérico que a él mismo lo aturdió. También Osvaldo lo notó, pues ya había oído el mismo relato, pero sin tanta carga de emotividad.

–Entiendo, en serio, solo estoy tratando de despejar opciones.

–Sí, yo también entiendo. Disculpe, padre, no puedo evitar alterarme con este asunto –señaló el Corredor y la voz volvió a sonar atiplada y fuera de tono.

Sergio interrogó entonces acerca del tratamiento psiquiátrico que había recibido el Corredor. Este le explicó que con el primer psiquiatra había sido más que nada psicoterapia clásica con cierto enfoque lacaniano, pero nada de drogas fuertes. Con Levine y Filardo, en cambio, si había recibido medicación. De hecho, había renunciado al tratamiento porque los fármacos lo hacían sentir peor y le impedían correr.

La conversación duró más de una hora. De pronto, Sergio pareció llegar al final de sus

oraciones en el rosario en paralelo y, tras un suspiro, dijo que era mejor dejar las cosas hasta aquí por ese día. El Corredor estuvo de acuerdo, pues la sesión lo había dejado sin energía, como si hubiese corrido un ultramaratón y estuviese de bruces en la grama, luego de pasar la meta.

Osvaldo y Sergio se marcharon de nuevo en un taxi. Invitaron al Corredor a acompañarlos, pero él decidió que quería caminar hasta el metro, una excusa para quedarse allí sentado un rato a ver si le volvían las energías. Quedaron de acuerdo en verse de nuevo en tres días allí mismo.

Al despedirse, el Corredor creyó verle a Sergio una cara de preocupación, como cuando un médico examina a alguien y se da cuenta de que está muy mal. Pero tal vez eran solo cosas suyas. En realidad, él no conocía al sacerdote, así que ¿cómo podía saber qué sentía?

∞

Al día siguiente, el Corredor y Osvaldo coincidieron en el parque para el entrenamiento. Ese día, el entrenador estuvo exigente en extremo. Los hizo correr a ritmo de competencia a lo largo de tres vueltas al circuito grande; luego hicieron cuestas y después unos intervalos de 4 x 400, estiramientos y saltos. Con semejante carga de trabajo no pudieron hablar del encuentro con Sergio. Cuando iban a hacerlo al cierre de la faena, Eduvigis Lourdes se interpuso con sus preguntas recelosas. El Corredor tuvo de pronto una inusitada percepción de ella; fue como un fognazo apasionado que lo sacó de su conducta habitual ante la amiga de su novia.

—¡Uf, mujer, hoy estás más bella y más buena que nunca! —soltó de sopetón con Osvaldo como testigo y, de inmediato, se arrepintió. Pero ya había dicho lo que dijo, no había manera de borrarlo. Eduvigis Lourdes, reaccionó con extrañeza, igual que cuando lo vio por primera vez con ropas de Corredor.

—¿Qué pasó, chico? —preguntó con tono de alarma—. ¿Tú no le respetas la sotana a Osvaldo?

El Corredor sonrió y respondió:

—No le veo sotana. Osvaldo es un cura que usa licra.

Todos rieron a carcajadas y el Corredor sintió que lo hacía por primera vez en mucho tiempo (¿Cuánto? No sabía calcularlo). Osvaldo intervino, de muy buen humor:

—Con sotana o con licra, soy sacerdote, pero debo respaldar a mi amigo: la Doble Santa tiene el bello subido.

Eduvigis Lourdes se comportó como una niña penosa. Incluso, al Corredor le pareció que se sonrojó, lo cual resultó increíble. El desvío hacia el tema de los atributos femeninos de Eduvigis Lourdes distendió la atención que existía luego de la conversación con Sergio.

Eduvigis Lourdes se marchó con otras dos mujeres del grupo de entrenamiento, una de un estilo muy parecido al de ella y la otra con pinta de ama de casa aburrida. Osvaldo tomó la iniciativa para alivio del Corredor.

—Oye, te cuento que Sergio quedó muy interesado con tu caso. Anoche lo vi investigando en la biblioteca, creo que nos va ayudar.

El Corredor guardó silencio a la espera de algo más. Osvaldo añadió:

—Me dijo algo que yo sospechaba, que la Iglesia condena las actividades de los que se

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

ofrecen como médiums, espiritistas y ese tipo de personajes, pero tiene una actitud más abierta cuando la persona no ha procurado el contacto ni anda por ahí, lucrándose con sus facultades. Eso puede ayudar.

–Te agradezco mucho tu interés, Osvaldo, de verdad, no sé cómo agradecerte –dijo el Corredor.

–Tranquilo, aún no he hecho nada.

–Claro que sí, tú me crees.

Osvaldo sonrió, pero sintió un temor raro. Por un lado, podría estar engañando al Corredor, dándole falsas expectativas al hacerle pensar que él le creía. Por otro lado, si era verdad lo que él decía, ¿no comprometía eso su fe cristiana y su condición de sacerdote? Pensó que las dudas eran como un virus que posee todo a su paso. También lo abrumaron pensamientos muy sombríos, por ejemplo, ¿cómo era que a un laico, a un tipo cualquiera, a un hombre sin una fe digna de llamarse notable, se le presenta una situación como esta mientras a personas consagradas a Dios nunca (y remarcó la palabra *nunca*) les ocurría algo parecido? El Corredor tuvo que tronar los dedos para hacerlo volver de sus reflexiones.

–¿Qué me decías?, disculpa –preguntó Osvaldo.

–Te decía que a veces pienso en la posibilidad de que no se trate de que yo sea alguien vivo que adquirió la facultad de tratar con los muertos, sino...

El Corredor se detuvo en su movimiento, como cuando se apunta un arma cargada.

–¿Sino qué?

–Sino un muerto que puede interactuar con otros muertos y con algunos vivos.

Osvaldo soltó una carcajada que terminó sonando como un graznido.

–Si quieres, prende la cocina y pon la mano en la candela. Si estás muerto, no sentirás nada.

Igual que la carcajada, la frase comenzó muy firme, pero al final se desdibujó.

–No creo que sea tan simple –dijo el Corredor sin sonreír–. Tengo que contarte varias cosas más.

Osvaldo sintió un estremecimiento parecido al quebranto del dengue que contrajo durante su experiencia como cura rural. ¿Qué más podría contarle el Corredor sobre ese tema? Se dispuso a oír y el Corredor le contó entonces sus extrañas experiencias con Joel; su paseo por la ciudad de 1956; su salto temporal con la mujer del club de golf; su corrida con “la Sayona del Parque” y, para completar una gran comilona que dejó al sacerdote con indigestión, el relato de lo ocurrido el día que comenzó a correr, cuando estuvo a punto de suicidarse.

Osvaldo se sintió tan angustiado por la sobrecarga de datos nuevos que regresó a la casa parroquial al trote, lo que hacía pocas veces porque las señoras beatas se ponen a hablar más de la cuenta. Casi siempre se cambiaba en el parque y regresaba con la ropa de calle. Esta vez entró a la casa parroquial por la parte lateral, subió a la cocina y volvió a encontrarse con Sergio, entonces también muy conmovido por el caso del Corredor. Y eso que todavía no sabía todo lo que le había contado aquella mañana. Cuando lo supiese se pondría peor. Y si Sergio, que era el experto, estaba así, ¿qué podía quedar para un simple sacerdote? Osvaldo decidió no contarle lo nuevo, pero sí hacerle una pregunta que lo carcomía:

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

–Serbio, si una persona tiene todas estas alucinaciones, lo normal es que quien lo ayude trate de sacarlo de ese lugar donde ha caído, pero en este caso pareciera que él arrastra a los que intentan ayudar, ¿no te parece?

–Es “normal”, aunque en estos casos no hay nada normal, pero digamos que eso que tú dices suele ocurrir. Es que esos son pantanos de los que se tragan todo lo que se acerca.

CAPÍTULO 48

EL DÍA DEL PUNTO Y APARTE
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor se resistió por mucho tiempo a recordar la época en la que era sedentario y estaba “enamorado solo” de Yoly. Se había dicho primero “enamorado en secreto”, pero en verdad no era tal cosa. Allí en esa enorme planta llena de oficinistas murmuradores no había uno solo que no lo supiera. Era un amor unidireccional.

Una madrugada, mientras corría por las avenidas oscuras, sintió la necesidad de revisar ese tiempo. Se convenció de que solo si aclaraba esa fase de su vida podría desentrañar el misterio de lo que le pasó luego, de lo que le pasaba ahora.

La imagen que le llegaba le resultaba en extremo desagradable: se veía a sí mismo sentado en un escritorio demasiado pequeño colmado de papeles inútiles. Son las tres de la tarde y la resolana que entra por los ventanales habla de un mundo exterior vital y enérgico, mientras él debe hacer fuerza para no dormirse en el lugar de trabajo. Ha comido algo pesado, cree recordar que un tarro de sopa y un buen pedazo de carne con arroz y plátanos fritos.

Había ido a almorzar en la Guagua, un puesto de comidas montado en un viejo autobús que quedó estacionado de por vida en el callejón del polígono industrial. Las mujeres que hacen allí los almuerzos son dos negronas zafias que cocinan con mucha grasa y dicen vulgaridades y ríen a carcajadas con los piropos morbosos de los obreros.

No le gustaba ir allí, pero lo hacía por necesidad y aquel día lo había hecho porque Yoly lo había plantado (para suerte suya, en verdad).

Él acostumbraba invitarla a comer desde muy temprano o desde el día anterior. Y ella le daba esperanzas, pero luego, cuando llegaba el mediodía, le salía con alguna excusa.

Por ejemplo, ese día lo recordaba no por casualidad, sino porque fue más lacerante que de costumbre. Era viernes y Yoly había quedado con él para almorzar en el Monserrat, un restaurante de pastas fuera de la zona industrial. Para la ocasión, se había puesto el mejor look disponible: camisa de manga larga con una dudosa etiqueta Zignone, un pantalón imitación bastante aceptable de Phillip Laurent, zapatos estilo Sebago y hasta una corbata que le vendieron en la oficina como auténtica Ermenegildo Zegna. Se sentía como el maniquí de una tienda fraudulenta. Los compañeros de trabajo le gastaron bromas porque los viernes casi nadie usaba corbata. Ese día, el estúpido protocolo corporativo permitía ir con ropas informales y con zapatos deportivos.

Y así se presentó Yoly ese día: un jean ceñido gris, una franela manga larga similar a las que usan los ciclistas, que le venía perfecta a su cuerpo atlético, y unos zapatos de correr negros con apliques fosforescentes.

Entró a la oficina y todo el mundo tuvo que verla. Los hombres voltearon cómo se hace en la calle al paso de una chica despampanante; las mujeres miraron de reojo, con una combinación de admiración y abierta envidia.

Llegó, además, dando órdenes, llamando a reuniones urgentes de las que todos

hubieran preferido rehuir porque sabían que saldrían con sobrecarga de trabajo y los planes del fin de semana arruinados.

El Corredor recordó que entró al baño y se quedó largo rato mirándose al espejo. Calculó que en ese momento tendría 32 años. El abdomen comenzaba a verse prominente y tal vez la indumentaria que se había puesto acentuaba sus rasgos de oficinista sedentario. Se imaginó llegando al Monserrat con aquel bombón y se sintió ridículo. Se había pasado la mañana a la espera del momento de aquel almuerzo, pero de pronto deseó con intensidad que Yoly tuviera otro repentino compromiso, que le pidiera aplazar el almuerzo con cualquier excusa.

O tal vez él mismo debería inventar algo para cancelar la cita. Estuvo casi dos horas pensando en cómo escabullirse. No quería pedirle permiso para ausentarse. Era humillante. No podía inventar una dificultad familiar, porque Yoly sabía que vivía solo. Como a las once decidió hacer la jugada de proponer que dejaran el almuerzo para la semana siguiente, pues algo le había caído mal en la cena de la noche anterior. Ella lo trató con esa mezcla extraña que solía mostrar: una positiva atracción pero envuelta en una especie de superioridad. “Te he dicho que dejes de comer esas cochinas que tú comes y que dejes de beber. Seguro que te tomaste unas cuantas cervezas”, reprochó con tono de esposa recriminadora.

Entonces vino la parte más humillante. Yoly dijo que menos mal que iban a cancelar el almuerzo porque a ella se le había olvidado por completo que había quedado a verse en la Fontana con “otra gente”. El sintagma era inexpresivo e intrascendente, pero tuvo la convicción de que se trataba de un hombre, tal vez otro deportista. La Fontana es un sitio muy concurrido por corredores, triatlonistas y levantadores de pesas, porque su comida es de las llamadas sanas, aunque algunos platos son especiales para quienes buscan sobrecarga de proteínas y esteroides. De hecho, en su nueva etapa, ya como Corredor, había ido un par de veces a comer unas presuntuosas panquecas con mermelada.

El Corredor recordó, de una manera muy vívida, que no pudo evitar que los celos lo batieran como un arbusto mustio en una tormenta. Salió de la oficina de Yoly derrotado como si lo hubieran apaleado. Se sentó a trabajar y a duras penas logró hacer algo.

Yoly se fue a las doce y diez rozagante, bellísima, sensual y él decidió esperar un tiempo prudencial para luego salir y comer solo en la Guagua con aquella ropa tan inadecuada para ese cuchitril de obreros vulgares y cocineras chabacanas.

Volvió a su puesto con una sensación de llenura en el estómago y otra de hartazgo en el espíritu. Trabajo sin concentración alguna, mientras cada dos o tres minutos veía hacia la puerta. Esperaba que su vistazo coincidiera con el retorno de Yoly.

Cuando por fin llegó Yoly, al Corredor le pareció aún más radiante que antes. Miles de imágenes se le vinieron a la cabeza, algunas de ellas tan morbosas como las que se oían en la Guagua. El Corredor precisó que de entrada le dio la impresión de que Yoly tenía el cabello húmedo. Pensó que luego se asomaría a la ventana para ver si había llovido. Lo hizo. Levantó la persiana y el sol era esplendoroso. Pocas veces se había sentido tan tonto como aquella tarde, sentado, estático, en aquel escritorio demasiado pequeño, con todos aquellos papeles idiotas.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Ahora, visto de la perspectiva del tiempo transcurrido (¿cuánto sería?, estaba desorientado al respecto), debía concluir que aquel día había tocado fondo. Puede decirse que ese día decidió hacerse corredor, aunque todavía faltaban algunos acomodos internos, como cuando las placas tectónicas se mueven en las profundidades y hacen estragos en la superficie.

CAPÍTULO 49

UN ALMUERZO CON HERME
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor decidió que aquella mañana “se machacaría”, como decía un amigo español, al que había conocido en un foro digital. Lo que quería decir es que se exigiría hasta el límite de sus fuerzas. Lo necesitaba para tratar de quitarse de la cabeza la maraña de creencias absurdas que le habían sobrevenido al enterarse de que Roderick era una presencia real, dado que Yoly lo había visto y descrito muy bien.

Luego de un breve calentamiento, hizo dieciséis tramos de un kilómetro, recuperando al trote. No conforme con semejante molienda, fue a la parte este, donde había una pequeña loma e hizo otras dieciséis subidas, las cuatro últimas al máximo. De regreso, era un despojo: exhausto, adolorido, envarado y hambriento. Pese a lo cansado que estaba, pensó en hacer un desvío para no pasar frente al puesto de Herme, pues no estaba de humor para conversar con él. Sin embargo, tan pronto salió del parque, en la amplia acera del Hotel Aurora, se topó con el vendedor de libros. Al parecer había “bajado” (así decía él, aunque el recorrido era plano) a esa zona para hablar con uno de sus contactos. Al Corredor le hacía gracia esa manera de llamar a los sujetos que pululaban por allí: orfebres de pésima categoría, *hippies* ancianos, falsos rastafaris, alcohólicos al borde de la indigencia y hasta un individuo que se promocionaba como quiromántico. ¿Contactos?, se preguntaba el Corredor, ¿contactos con qué o con quién?, y sentía unas incontrollables ganas de reír a carcajadas. Casi siempre le pasaba lo mismo cuando trataba de evitar a Herme: este, sin metáfora, se le aparecía, lo que debería ponerlo de muy mal humor, pero no pasaba así porque Herme siempre hacía o decía algo que terminaba por alegrarle el rato, aunque fuera una bobería como esta de sus contactos.

Caminaron juntos hacia “arriba” (en palabras de Herme) y, como siempre, el peculiar librero llevó la voz cantante. Hablaba de esto y de aquello y, cada cinco o diez segundos, le daba una palmada en la espalda al Corredor o le agarraba un brazo. Herme era una de esas personas que no pueden hablar sin tocar al interlocutor. Al hablar con él era inevitable pensar en la llana personalidad de los pescadores y, por tanto, era inevitable pensar en lo absurdo que resultaba que fuese un vendedor de libros con conocimientos tan profundos sobre filosofía y temas esotéricos. “Bueno, así es esta vida”, pensó el Corredor.

El tramo que debían cubrir juntos, hasta el puesto de Herme, era de apenas un par de cuadras largas, pero la elocuencia veloz de Herme permitió que en esos pocos minutos se abordaran varios temas, entre ellos la apariencia del Corredor. “¡Estás, to esmirriado, muchacho!”, le dijo, mientras le daba manotazos amistosos. El Corredor, en los breves interines que dejaba la cháchara de Herme, intentó explicarle que había tenido un entrenamiento muy exigente, orientado al medio maratón de la Confederación de Ciudades, pautado para dentro de cuatro meses. Herme no pareció entender nada, salvo el asunto del tiempo. “¿Cuatro meses?, muchacho, tú sí que tienes proyectos a largo plazo!”, dijo, en tono de pescador, tan alto y agudo que varias personas les miraron. Luego bajó la

voz y le dijo que, en cambio, se veía bastante “echado a perder” en ese momento, que le vendría bien una buena sopa de res, como la que estaban dando hoy en el restaurante de Osmeiro. “¡Vamos a comer, yo invito!”, dijo y le dio un abrazo al Corredor.

El Corredor tenía, en efecto, tanta hambre, tal sensación de fatiga, que no pudo resistirse, aunque le resultaba incómodo entrar en aquel restaurante con su facha de deportista extenuado. A esa hora ese lugar estaría lleno de oficinistas y el aire acondicionado estaría demasiado frío para alguien en pantalón corto y franelilla sudada. Pero estaba tan cansado que terminó dejándose llevar por Herme, quien se movía en el local con la solvencia de un cliente regular. Apenas entraron, le cuchicheó algo a un mesonero regordete con un bigote muy defectuoso. Le hizo un ademán que pareció indicar que el Corredor necesitaba una sopa especial, capaz de resucitarlo. Ambos, Herme y el mesonero, rieron con picardía.

En verdad, la sopa parecía tener ese tipo de poderes. Tan pronto sorbió la primera cucharada, el Corredor comenzó a sentirse mejor, como si de un mágico elixir se tratase. Estaba tan deliciosa, tan caliente y salobre, que despachó el caldo en menos de cinco minutos y luego se dedicó, con un empeño perruno, a quitarle hasta la última hebra de carne a los huesos. Herme tenía la mirada contenta. Él también había pedido la sopa y la succionaba haciendo mucho ruido, inclinado sobre el plato, con la servilleta puesta a manera de corbata. Le dijo que ahora debían comerse un plato seco, que le recomendaba el bistec encebollado que él mismo iba a pedir. El Corredor, desde que lo era, nunca comía en ese tipo de lugares ni ese tipo de alimentos, pero tenía tal sensación de hambre que asintió. El mesonero, tras una serie de señas de Herme, vino con dos enormes platos. Además de la carne, se componía de un arroz amarillento, ensalada y plátanos fritos. El Corredor, sin reparar en nada más, engulló todo aquello y terminó limpiando la salsa restante con grandes pedazos de pan campesino.

“Ahora debemos tomarnos una cerveza”, dijo Herme, sentencioso. Ni siquiera esperó a que el Corredor diera respuesta, sino que hizo otra seña y el diligente mesonero, que parecía estar consagrado al servicio de Herme, llegó con dos botellas y dos vasos. Con destreza y una sola mano, sirvió los dos vasos con las dos botellas. Se notaba que estaba de verdad fría aquella cerveza. El Corredor quiso oponerse, pero la tentación era demasiado grande, luego de la exigente jornada de intervalos y cuestras. Ambos bebieron sus cervezas muy rápido, como expedicionarios en el oasis de un desierto, tras días enteros de sed y espejismos.

Al Corredor, la cerveza le produjo un efecto fulgurante. Era como si le hubiesen inyectado una droga potentísima, capaz de reanimar a un deprimido agudo. Estaba casi eufórico. Herme continuó con sus señales y el mesonero volvió con dos botellas cada vez. La tercera oportunidad que llegó a la mesa, trajo vasos fríos y el Corredor recordó sus tiempos de bebedor. Aquello de los vasos fríos era casi un ritual que demostraba ser cervecero veterano. De pronto era ya media tarde. Los oficinistas habían salido raudos, luego de almorzar, y ahora el lugar empezaba a recibir otro tipo de público: apostadores de carreras de caballos, viejos ajados y tristes, parroquianos que tenían pinta de ir todos los días a matar el tiempo allí. Herme y el Corredor bebieron bastante más, hasta un punto en que el locuaz librero parecía experimentar la tendencia a guardar silencio.

El Corredor aprovechó aquella especie de escampada verbal y, atizado por el alcohol, le contó a Herme el más reciente acontecimiento de su extraña vida. Yoly había llegado a su casa, en un tono muy positivo y amistoso y ya todo estaba encaminándose a una reanudación de su noviazgo, sexo incluido, pero entonces vino y le soltó aquello de que lo había visto con un tipo de ropas anticuadas, corriendo por el parque.

Herme pareció saltar en su silla, tal como si lo hubiese mordido un animal oculto bajo la mesa. Dijo “perdón” y se fue al baño. El Corredor se molestó. Herme había estado tanto rato allí, hablando de una cosa y de otra, la mayoría sin importancia alguna, y ahora, que él había tomado la palabra para plantear un asunto crucial, a Herme se le ocurría mear. Pensó que si al regresar del sanitario, Herme le cambiaba la conversación, se levantaría de aquella mesa, se iría y ya no volvería a tratar con semejante esperpento. Al verlo venir desde el fondo, entre las mesas, con la cara roja y brillante de los ebrios, sintió una especie de odio concentrado, y se imaginó haciéndole una escena allí, en frente de ese grupo de seres anónimos, diciéndole lo estúpido y egocéntrico que era, que solo le interesaba hablar de sus propias tonterías, de sus libros raros, de sus “contactos”.

Cuando Herme llegó, sin embargo, no pasó nada de eso. Una vez más, lo cogió por sorpresa. Se sentó y mostró la cara más seria que el Corredor le había visto hasta entonces, una cara casi triste, como si fuese portador de una mala noticia de la que acabara de enterarse en el urinario. Se sentó, tragó el resto de cerveza que quedaba en su vaso y dijo: –Antes de que me cuentes, déjame decirte algo: debes estar preparado para lo peor... aunque no sé si eso es o no lo peor.

Ya estaba, una vez más, Herme había logrado desarmarlo y crear tal interés, que el Corredor no tuvo otra opción que prestarle la máxima atención. Herme continuó: –Mira, muchacho, si Yoly lo ve es porque Yoly también está o va a estar pronto en otro plano. Eso no tiene vuelta de hoja.

Las palabras de Herme tuvieron el efecto de un mazazo en la cabeza. El Corredor se levantó con un movimiento tan brusco que la mesa se encabritó y tanto las dos botellas como el vaso del Corredor se voltearon. Si no cayeron al suelo fue porque Herme, con un movimiento de sus manazas, logró detenerlas. Uno de los hombres que estaban en la barra contigua miró el desastre y lanzó un estridente “¡Eso es felicidad!”, que al Corredor le pareció otro detalle intolerable. Le dirigió al espontáneo comentarista una mirada quemante y se marchó, sin hacer caso de los llamados que Herme le hizo para que regresase y se calmara. El comentarista miró a Herme y añadió: “¡Cónfiro, va como alma que lleva el diablo!”. Herme le respondió solo con una ligera mueca de sus labios de iguana.

El Corredor se dirigió a la puerta trastabillando un poco, pues estaba algo mareado. Cerca de la salida se topó con el mesonero regordete del imperfecto bigote. El hombre esbozó una sonrisa insípida y le preguntó si se marchaba. El Corredor entendió que el mesonero se preocupaba por la cuenta.

–Herme se quedó allí –dijo–. Él pagará.

El mesonero le aseguró que no había problema, que no era por eso que preguntaba, pero el Corredor ya había traspuesto la puerta.

Al salir a la calle, la luz y el calor lo sacudieron. Estaba enredado en una madeja de

sensaciones nocivas. Se sentía estúpido por haber entrado a aquel lugar, por haber comido aquellos platos grasientos y muy condimentados, por haber tomado varias cervezas, por haber cedido aquel dato tan importante al nefasto Herme, ese pájaro de mal agüero. Pero, por encima de todo eso, sentía un terrible miedo de que a su amada Yoly le hubiese “pasado algo”. Ni siquiera se atrevía a decir las cosas por su nombre.

Al salir del donde Osmeiro, para dirigirse a su apartamento, el Corredor debió caminar hacia la derecha, pero las piernas lo llevaron a la izquierda, en dirección al parque. Cruzó la calle tapizada de vehículos, pues era casi la hora pico. Tuvo que correr para alcanzar la acera ancha del Hotel Aurora, pues venían varias motocicletas a gran velocidad y sus conductores no tenían intención de detenerse. Al estar a salvo, sin embargo, no dejó de correr. Siguió haciéndolo, como lo hacía cada vez que se dirigía al parque a entrenar, igual como lo había hecho esa misma mañana, movido por la intención de hacerse colapsar en el plano físico.

Al comenzar a trotar, sintió que la comida y la bebida que tenía en el estómago se movían hacia arriba y hacia abajo. Era la primera vez que corría después de comer algo más que una galleta, un pedazo de fruta o un dulce de plátano. También era la primera vez que corría ebrio. Tuvo la extraña seguridad de que las personas que lo veían pasar se daban cuenta de su estado. Casi los oía decir: “Mira, ese tipo está corriendo borracho, ¿no le da vergüenza?”. A pesar de todo, comenzó a avanzar por la pista de trote. Su mente era un verdadero. La frase de Herme se repetía una y otra vez, como aquellos viejos discos de vinilo que se quedaban pegados. “Si Yoly lo ve es porque Yoly también está o va a estar pronto en otro plano. Eso no tiene vuelta de hoja”.

La sentencia estaba atragantada. No había logrado digerirla. Ya había dado dos vueltas completas y comenzaba a anochecer cuando experimentó una fuerte regurgitación. Como una erupción volcánica brotó una materia que sabía a cerveza, a carne, a caldo, a ácidos estomacales. Una parte le corrió por las vías respiratorias, produciéndole una sensación ríspida que lo hizo recordar su infancia. Trató de seguir corriendo, pero la regurgitación se convirtió en arcada. Una gran masa de vómito brotó de su boca sin contención, tras lo cual perdió la coordinación y cayó de bruces al costado de la pista. A duras penas logró ponerse de rodillas y vomitó varias veces más.

A lo lejos vio venir a dos corredores y temió que quisieran asistirlo, con lo que se darían cuenta de que había bebido mucho antes de echarse a correr. ¿A qué clase de estúpido se le ocurría algo así?

Cuando intentó levantarse comprendió que todo iba a ser peor de lo previsto. Estaba tan mareado que se tambaleaba. Al caer se había hecho unos feos raspones en ambas piernas y, por si eso fuera poco, el *short*, la franelilla y hasta las medias y los zapatos estaban manchados de vómito. Pensó que debía tener la apariencia de un demente. Caminó dando tumbos hacia los árboles para evadir la posible ayuda de los corredores que se acercaban. Eran un hombre de unos 40 años y una chica de mucho menos edad, tal vez veinteañera. De reojo, el Corredor vio que lo miraban, pero, para su fortuna, no intentaron ni siquiera preguntarle si se encontraba bien, esa gran idiotez que la gente siempre pregunta, pese a que sea evidente que el otro está muy mal.

Intentó recomponerse lo mejor posible, quitándose los restos de vómito de la ropa y revisándose las escoriaciones. Sobre estas, nada podría hacerse sin disponer de unas vendas. En suma, estaba condenado a ser un centro de atracción de la multitud que a esa hora pasaba por la avenida y que lo vería así, hecho un guñapo. De nuevo pensó que todos llegarían a la conclusión de que eso le había pasado por salir a correr en estado de ebriedad. Imaginó a dos pasajeros de un autobusetete, riéndose de él. Uno de ellos decía: “¿Quién lo manda a correr con semejante curda?”.

Carcomido por esas extravagancias, optó por sentarse en el reborde de una jardinera a esperar unos minutos, hasta que se hiciera de noche. Así, menos gente se fijaría en él.

A las siete y quince decidió retornar. En principio pensó hacerlo al trote, porque así solo tardaría unos doce minutos, pero apenas intentó iniciar el movimiento se percató de que no podría hacerlo. Tenía un agudo dolor en la rodilla izquierda y, además, el mundo le daba vueltas con cada zancada. Se resignó a caminar con lentitud, como si lo hiciera sobre un puente en ruinas, a punto de desintegrarse.

En los primeros tramos nadie pareció fijarse en él. Nadie se le aproximó lo suficiente como para darse cuenta de que apestaba a vómito y tal vez a cerveza. Pero aún tenía un pensamiento angustioso rebotando de un lado a otro de su cráneo: la posibilidad de toparse, una vez más, con Herme, ya fuese en los alrededores del restaurante (a veces salía de allí y se quedaba parlotando con otros parroquianos en las afueras) o bien en su puesto de libros. Siempre tenía la opción de dar un rodeo, pero eso lo expondría por más tiempo ante el público y le obligaría a prolongar el esfuerzo de aquella caminata con mareo y náusea. No, por nada del mundo daría un rodeo. Se arriesgaría a toparse con Herme y, con firmeza, le diría que por hoy ya había sido suficiente, que mañana hablarían.

Pasó junto al restaurante y no vio a Herme en las afueras. Solo había macilentos apostadores hípicas, en su permanente e inútil esfuerzo por probar las mieles de la fortuna. Comenzó a divisar el puesto de libros. Estaba todo en su lugar, excepto Herme. Nunca lo había visto de esa forma, pues cuando se iba a ausentar, Herme dejaba encargado a Méndez, un señor muy parco, que parecía vivir en la calle y arrastrar una tristeza milenaria. Ya los demás puestos habían cerrado, así que el de Herme lucía como un bote a la deriva en las cercanías de la costa.

El Corredor pensó que era su deber cruzar la calle y tratar de indagar dónde estaba Herme y quién le estaba cuidando el puesto de libros. Era lo mínimo que un amigo podía hacer. Pero no estaba en las mejores condiciones para hacerlo. Si no estuviera sucio de vómito y con las piernas llenas de raspones, iría al restaurante a ver si aún estaba allí, y se lo traería a rastras para que se hiciera cargo de su negocio. Dadas las circunstancias, tenía la excusa perfecta para no realizar aquella buena acción, así que siguió de largo y llegó al edificio donde vivía. Porque no todo podía salir bien, en el pasillo de entrada estaban el vigilante, el conserje y un par de vecinos muy aficionados a las murmuraciones. Todos lo miraron de arriba abajo. Por un momento pareció que ninguno diría nada, que todos esperarían a que pasara hacia su apartamento para comenzar a descoserlo, pero uno de los vecinos no aguantó la tentación y le preguntó qué le había ocurrido. De una manera inesperada, incluso para él mismo, porque no había previsto ninguna respuesta, contestó

que había tenido una pelea muy ruda con un individuo entrometido. Nadie dijo nada más.

Al llegar a su apartamento, se desnudó por completo y se metió a la ducha. Las heridas le ardieron como si en lugar de agua les hubiese echado sal. Aún quería vomitar y, sobre todo, borrar lo ocurrido aquella tarde. En particular, quería borrar la frase de Herme, que se repetía sin cesar: “Si Yoly lo ve es porque Yoly también está o va a estar pronto en otro plano. Eso no tiene vuelta de hoja”.

El Corredor intentó vomitar de nuevo, pero ya había desalojado todo lo que tenía en el estómago. Bebió una gaseosa y se acostó, con el presentimiento de que sería incapaz de dormir. Sin embargo, lo hizo casi de inmediato. No era para menos, luego de una jornada como aquella, con los intervalos y cuestras matutinos, la inusual comida del mediodía, el aún más inusual exceso de copas, la locura de correr borracho, la caída, el vómito... y la frase de Herme. Era demasiado para su pobre cuerpo y su alma aún más ruinoso. Quedó rendido por cuatro o cinco horas y lo despertó un dolor de cabeza parecido a los que le taladraban el cerebro en su vida anterior, cuando no era corredor y se pasaba de tragos.

∞

Se levantó a tomar un calmante y volvió a la cama. El dolor de cabeza era como un ruido ensordecedor que le impedía hacer nada más. Se imaginó atado al techo de una ambulancia que recorría una ciudad atormentada de tráfico, sin dejar descansar una insoportable sirena. Por curioso que parezca, esa especie de delirio apaciguó sus nervios. El dolor tardó unos veinte minutos en comenzar a ceder. El Corredor comenzó a respirar bajo la modalidad que había visto en YouTube en un ejercicio de meditación zen aplicado al trote. Se dijo que se sentaría en la ribera del río de sus pensamientos y vería a estos pasar, sin pronunciarse sobre ninguno de ellos, sin involucrarse. Cuando lo vio en internet, pensó que aquello era algo en extremo difícil, que solo pueden lograrlo las personas con largos años de experiencia en meditación, esa gente que se sienta con las piernas contorsionadas y se abstrae del mundo. Para su fascinación, fue bastante sencillo. Vio, en efecto, pasar sus pensamientos en aquella corriente revuelta y espumosa. Algunos tenían muy mal aspecto, como troncos arrancados por una furia de aguas arriba, o como cadáveres abombados procedentes de lejanas tragedias. Otros eran como seres cuasihumanos que habían caído (o habían sido arrojados) al torrente y hacían desesperados ademanes, pidiendo ser rescatados. Había, en cambio, algunos que lucían cual hábiles embarcaciones que navegaban de manera diligente, salvando con donaire los pedruscos y las grandes acumulaciones de inmundicias, que afloraban como islotes insólitos y repentinos.

El ritmo frenético de aquel desfile disminuyó poco a poco. Se espaciaron los “objetos” que bajaban, quedándose a solas con las aguas, y aun estas se ralentizaron, como si el furibundo río hubiese entrado en una zona de remansos, desaceleradas sus ansias por kilométricos meandros. El dolor había cesado por completo.

El Corredor logró levantarse. Sentía una inaplazable necesidad de enjuagarse la boca y tomar agua fresca. Como lo había hecho antes, cuando trataba de descifrar el misterio original de Roderick, el punto de partida de toda aquella locura, esta vez se sentó, lápiz en mano a poner en blanco y negro la novedad de que Yoly hubiese visto a aquel hombre, que se suponía espectral, fruto de una pertinaz alucinación suya. También quería simplificar

la ecuación de las palabras de Herme, las que lo habían impulsado a protagonizar aquella escena tan vergonzosa de irse del lugar derramando la cerveza, y la estupidez de ir a correr en estado de total embriaguez.

Comenzó a funcionar su mente analítica. Puso todo en una sola frase y la encerró en una especie de óvalo: “Si Yoly también ve a Roderick, hay dos posibilidades”. Del óvalo surgieron dos flechas. La primera, a la izquierda, terminó en otra frase: “Roderick está vivo”. También la rodeó de un óvalo casi circular. La segunda flecha fue hacia la derecha y recaló en la frase: “Tanto Yoly como yo tenemos la repentina facultad de establecer contacto con los muertos”. Como le quedó larga, tomó tres líneas, así que el óvalo no resultó alargado, como el de arriba ni semirredondo, como el de la izquierda, sino alto. El Corredor observó la figura y dijo, en voz alta, como si en la cocina hubiera otra persona: “No, no puedo engañar a nadie... hay una tercera opción”. Cambió el 2 por el 3 en el óvalo de arriba, sacó otra línea, la hizo pasar entre el óvalo alto y el margen del cuaderno, como una motocicleta que adelanta a un pesado camión y luego se le mete delante. Allí hizo no otro óvalo, sino un rectángulo de líneas muy firmes y escribió dentro de él: “Tanto Roderick, como yo, como Yoly, estamos muertos”.

Volvió a sentir lo mismo que sintió aquella vez, cuando pretendió esquematizar la reparación súbita de Roderick en su vida: escalofrío. Miró la cafetera que comenzaba a rezumar vapores y olores y, como cuando reparó en las nubecillas de polvo que levantaban los zapatos anticuados de Roderick, concluyó que mal se puede estar muerto y tener tantas percepciones sensoriales. Sin pensar, de un impulso, fue a la cocina y—como se lo había aconsejado, en broma, el padre Osvaldo—, en lugar de apagar la llama puso la mano sobre el metal de la cafetera. Dio un alarido y la soltó en el mismo instante. Dio saltos por la cocina, oscilando entre el dolor de la quemadura y la euforia de estar, en definitiva, vivo.

Tuvo que ir al cuarto a ponerse una pomada. Lamentó no haber tomado la precaución de agarrar la cafetera con la mano izquierda. Ahora no podría seguir haciendo sus trazos esclarecedores. Volvió a la cocina, se sentó en la mesa, tomó el lápiz con la zurda e intentó seguir con su mapa mental. La molestia en la mano le hizo volver a la escena de estar amarrado al techo de la ambulancia. No le pasaba nada por la cabeza, como no fuera aquel atronador dolor, que era, por lo demás, como su fe de vida, pero se tuvo paciencia. Guardó con el lápiz en la mano izquierda apoyado sobre el papel, como un atleta de pista a la espera del disparo de largada y, tan de pronto como el impulso de ir a tocar la cafetera, le llegó otro relámpago de comprensión. Con suma dificultad escribió “Herme”, encerró el nombre en un círculo muy defectuoso y encaminó una raya torpe hacia el rectángulo, hacia las palabras “también estamos muertos”. Luego se levantó y fue al balcón a mirar los edificios de la avenida donde Herme tenía instalado su puesto de libros. Allí la vida continuaba sin reflexiones mayores, con su murmullo de multitudes, los gritos repetitivos de los vendedores ambulantes y los bocinazos atorrantes de los automóviles. El Corredor siempre había sentido curiosidad por saber “quién es este tal Herme”, pero a aquella hora, la duda se lo estaba tragando. Tuvo un nuevo impulso: iría en ese mismo momento a hablar con Herme, le diría que había entendido todo lo que estaba en capacidad de entender, y le rogaría por todos los cielos que le explicara el resto.

Se vistió con las ropas de corredor, que eran las que tenía más a mano (en rigor, ya no solía salir casi nunca vestido de otra forma). Le costó trabajo, sobre todo atar los cordones de los zapatos, debido al dolor de la quemadura. A duras penas, logró hacerlo. Bajó raudo, atravesó el pasillo donde siempre estaba el vigilante, salió a la calle y se encaminó al puesto de libros. A lo lejos constató, con alivio, que ya estaba montado. Sin embargo, no lograba ver a Herme. Al cruzar la calle observó que quien estaba en el puesto era Méndez. Su figura magra y taciturna estaba sentada en la misma silla que solía utilizar Herme, pero Méndez se sentaba tan esmirriado que su cabeza apenas sobresalía del espaldar.

El Corredor se detuvo frente al puesto y preguntó por Herme. Méndez lo miró de una manera que parecía demostrar curiosidad, pero también un cierto grado de cretinismo. –¿Herme? –dijo, luego de unos segundos en los que pareció rebuscar en un archivo de recuerdos antiguos–. No vino hoy.

El Corredor quedó desarmado, porque desde que lo había conocido, Herme jamás dejaba de ir a atender su puesto.

–¿Sabe si le ocurrió algo? –preguntó el Corredor, bastante azorado. Méndez volvió a mirarlo con aspecto de no haber entendido la pregunta.

–¿Ocurrirle algo? –preguntó, en lo que parecía ser parte de su protocolo de conversación–. No, no creo que pueda pasarle nada– expresó, al cabo de unos instantes, y sonrió con una afabilidad que el Corredor jamás le había notado.

Impaciente ante aquel estilo de dialogar, hizo una nueva pregunta:

–¿Cree que vendrá más tarde?

Y, de nuevo, operó el protocolo:

–Más tarde? –reiteró la pregunta Méndez, para luego decir– Sí, seguro que viene, él no tiene nada más que hacer.

El Corredor ya daba media vuelta para volver a su casa, pero Méndez le dirigió la palabra. El formato estaba tan establecido que incluso si no se trataba de responder a una pregunta, él iniciaba sus frases en forma interrogativa. Dijo:

–¿Por cierto?... El señor Herme dejó esto para usted.

Parecía ser un libro, envuelto en hojas de periódico. El Corredor lo tomó, le dio las gracias a Méndez y volvió a emprender el regreso. No quería abrir el improvisado envoltorio allí, delante de aquel buen señor. Sin embargo, cuando había dado ya varias largas zancadas, se frenó y retornó.

–Disculpe, Méndez, ¿cuándo dejó Herme esto para mí? –y mostró el paquete como si fuese algo podrido y él lo llevara con gran asco.

Méndez lo miró por varios segundos, preguntó:

–¿Cuándo? –y luego respondió–: Anoche.

Parecía que aquella iba a ser toda su respuesta, pero luego añadió:

–Él salió del bar muy borracho, vino a recoger el puesto y me dio eso.

Méndez dijo la palabra “eso” con el mismo tono del Corredor, como si recelara de aquel material envuelto con un empaque tan humilde. El Corredor pensó en preguntarle a Méndez si Herme había traído consigo el paquete o si lo había sacado del puesto, pero desistió de hacerlo. Supuso que eso significaría nuevas repeticiones de sus preguntas y

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

otras respuestas insípidas por parte de Méndez. Prefería volver rápido a su apartamento a ver de qué se trataba todo aquello. Además, una señora preguntó si tenía una revista de jardinería, y Méndez, tras pensarlo un poco, devolvió la interrogante:

—¿De jardinería?

El Corredor se hubiese reído, pero no estaba de ánimo. Caminó a toda prisa, entró al edificio y en el ascensor abrió el paquete, soportando para ello el dolor de la mano. Era un libro de apariencia muy antigua, de hermosas tapas forradas. Lucía desgastado, como si alguien lo hubiese llevado a todas partes durante años. Las letras doradas de la portada ya no se leían, así que tuvo que abrirlo para ver el título. Era el *Bardo Thodol*, en una edición que podía tener 40 o 50 años. Al abrirse la puerta del ascensor, el Corredor se había distraído con el libro, por lo que no salió.

Entraron dos mujeres y una de ellas oprimió el botón de la planta baja. Pensaron que él también bajaba. La otra mujer miró el libro y se contorsionó como si fuese a estornudar, pero no lo hizo. El Corredor le daba un vistazo a las páginas cuando el ascensor llegó a la planta baja. Las mujeres salieron del ascensor y él se quedó dentro. Entonces, el Corredor tuvo la sensación de que la mujer que había tenido la extraña reacción, lo miró a los ojos y recitó: “El vacío es principio y final él mismo”. El ascensor cerró antes de que pudiera mirarla con más cuidado y él se quedó con la duda de si la mujer había dicho aquella frase o él acababa de leerla en una de las flamantes páginas de *Bardo Thodol*.

CAPÍTULO 50
INCISO DE LA MENTE
ADENTRO

El izquierdo me aprieta más que el derecho. ¡Qué fastidio! No me pienso parar por eso. Allá viene la gorda del mono rojo. Pobre tipa... Ella jura que corre. ¡Levanta más los pies, idiota, que te vas a tropezar! No puedo hablar paja: la caída de hace dos meses fue ridícula. Y luego la gente me miraba las rodillas ensangrentadas y no aguantaban las ganas de preguntarme “¿Qué le pasó, señor, se cayó?”... ¡Pendejos! Claro que me caí, sigan su camino, busquen oficio. “Hola, gorda!”.

¿Qué haría la tipa si la saludara así? Si no fuera por mi nueva vida de trotador, sería un gordo fofo. Por eso me burlo de los gordos. Ellos son yo en el universo paralelo. Otra de tus boberías: Plutarco, Vidas paralelas. Ese libro estaba en la biblioteca del señor Cristov, aunque a él no le interesaba leer, sino ganar plata. Gente tacaña, esos Cristov. Pero me enseñaron mucho. Además, yo tampoco era un regalo del cielo. No eras ningún peluche, como dice Herme. Un peluche era un sujeto al que comenzó a salirle pelo en todo el cuerpo y en la cara, un chiste bobo, de programa bobo, de televisión bobísima. Esa rama se bajó. Es un peligro. Si pasas descuidado se te mete en el ojo. Y después de ojo afuera, no vale Santa Lucía. Estaba buenota esa Lucía Blanco. Lucía es como María: al transformarse en masculino, se hace grave... ¿O no? No, no, es grave igual en femenino, pero deja de tener hiato y no lleva acento gráfico. Suenan diferente: Lucía cambia a Lucio, no a Lucío, y María cambia a Mario, no a Mario... mario es otra cosa. “Deja tranquilo a mi marido”, decía la gorda del puerto. Y dale con los gordos. Me pueden acusar de gordofobia. Qué palabra ridícula. Tan ridícula como los gordos. No todos. Algunos tienen lo suyo. ¿Por ejemplo, quién? No se me ocurre ninguno. Yo iba por ese camino. Hace unos años, cuando la Yoly me puso los cachos, estaba cerca de los 90... ¡Uf, qué mal! Con razón, la Yoly... Ahora coqueteo con los 70. En diciembre estaré en 70 clavados. Tiene fuerza esa expresión. “Veintidós cuatro quintos, los primeros 400 metros y 43 clavados los 800”, decía aquel narrador hípico. ¿A qué velocidad corre un caballo? Debe ser como el doble de los humanos más rápidos. Luego veo en internet. ¡Coño, casi chocan! El Fiat rojo se metió mal. En esta ciudad todo el mundo se mete mal. Qué bueno que me dejé de eso. ¿Hace cuánto que no manejo? Hace varios años porque el último carro que manejé fue el de la Yoly. ¡Qué ladilla era manejarle el carro! Las tipas como ellas juran que manejan mejor que los hombres y parece que viven para demostrarlo. ¡Eso qué importa, no joda! Me decía que manejava yo para luego fastidiarme con sus críticas. Ahora tal vez debería comprarme un carro y manejarlo como me dé la perra gana. Pero, ¿para qué? No me hace falta en esta vida que llevo. Puedo ir corriendo a cualquier parte. Uf, me duele el dedo, y eso que me corto la uña casi a diario. Es porque el zapato está flojo. ¡Qué verga, voy a tener que pararme! Bueno, que sea algo tipo ingreso a pits de Fórmula Uno: entro, aprieto las trenzas y salgo, en segundos. Ahí va el tipo de las mallas. Mira tú que para salir a trotar en mallas hay que tener mucha personalidad... o ser bien maricón. Ahora sí es verdad: gordofóbico y homofóbico. Y misógino, por lo que dices de Yoly y su carro. ¿Qué más soy? Capaz que también sea xenófobo. Ahora me aprieta más el derecho. Me duele el empeine. ¡Qué quisquilloso amanecí hoy!

SEXTO TRAMO (DE 30 A 36 K)

CAPÍTULO 51

FREDDY JAIMES, PERIODISTA
DE CRÓNICA ROJA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)
ESPACIO PARA EL 6.º EPÍGRAFE

El Corredor se hizo lector asiduo de aquel periodista de *Solo la verdad*, aunque antes nunca se le había ocurrido ni siquiera mirar ese estridente periódico que se dedicaba con morboso énfasis a crímenes, otras desgracias y chismes de toda laya.

La prosa de Freddy Jaimes parecía no tener nada que ver con el estilo promedio de tan mal diario. El Corredor comenzó a imaginarlo como un escritor de gran talento al que no le quedaba más remedio, por sus apuros económicos, que ganarse un sueldo en ese putrefacto antro del amarillismo. Claro que también podía haberse metido allí por voluntad propia, para recorrer las cañerías más inmundas de la ciudad y luego escribir una novela genial.

Leyó y leyó todo lo que el archivo de la pésima página web del diario le permitió. Luego fue a la hemeroteca pública y pidió los tomos del periódico. Soportó la mirada y el comentario irónico del empleado, un individuo con aires de intelectual.

–Debería ponerse una escafandra si va a leer esta... –rebuscó la palabra– ¡cosa! –luego pareció arrepentirse de su franqueza y agregó un atenuante–. Dicho sea con el mayor respeto.

El Corredor le sonrió, concediéndole la razón, e inventó una supuesta investigación sobre la prensa sensacionalista.

–Usted me perdonará, profesor, pero esto –e hizo un ademán de genuino asco, como si los tomos encuadernados fuesen una bandeja llena de excrementos– no es sensacionalismo. Es... basura.

El Corredor cargó los tomos hasta una mesa alejada del mostrador de tan estricto crítico y se sentó a leer por horas. Encontró casi cien notas de Jaimes. Se notaba que era un trabajador empedernido. En todas ellas había algún detalle, un giro, un guiño de inteligencia con la que el periodista parecía decir: “Miren ustedes, lectores, es verdad que estoy aquí, flotó entre tanta mierda, pero yo soy otra cosa”. Sintió una potente simpatía por Jaimes y resolvió conocerlo. Le escribiría un correo electrónico en el que le expresaría esas impresiones positivas acerca de su talento oculto y así, tal vez, generaría la circunstancia para verlo en persona. Luego de ganar su confianza, le preguntaría acerca de la nota que escribió con el testimonio de Raca.

Todo lo planeado salió a pedir de boca. Envío el correo y logró empatizar de inmediato con Jaimes. El periodista estaba muy complacido porque, al fin, alguien se había dado cuenta de sus esfuerzos por sobresalir en aquella sentina. El Corredor usó una frase de Oscar Wilde: “Cada acierto nos trae un enemigo. Para ser popular hay que ser mediocre”.

Dos o tres correos después, Jaimes le contó acerca de su rutina. Cada día debía montar guardia a las puertas de la morgue municipal, a la caza de historias retorcidas y tristes.

Unos días después, el Corredor se dirigió al trote hasta el lugar, un rincón tétrico de la ciudad, donde pululaban los familiares llorosos, los periodistas especializados en crímenes y accidentes, como Jaimes, y los vendedores de servicios funerarios.

Allí el Corredor lucía muy fuera de lugar. Ante la tragedia concentrada en ese sitio, un individuo haciendo deporte resultaba casi un gesto insolente. El Corredor sintió el rechazo cuando pasó al lado del portón. Así que inventó una historia acerca de un corredor atropellado. Preguntó a varias personas, incluso a uno de los agentes funerarios, quien se mostró interesado en saber si el Corredor era familiar del muerto.

–No, es alguien que corre, igual que yo, y ni siquiera estamos seguros de que haya muerto. Solo lo buscamos.

El agente funerario sacó un papel doblado que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y revisó.

–¿Cómo me dijo que se llamaba?

El Corredor inventó un nombre: Julio Guzmán. El agente funerario revisó la lista con la parte de abajo de sus anteojos bifocales.

–No está, por lo visto no murió. O quizá sí, pero no lo han traído –bajó la voz e hizo un gesto de confianza–. Tienen accidentada una de las camionetas. Hay cadáveres en todos los hospitales y varios VP.

–¿VP... qué es eso?

–Vía pública, son los que mueren en las calles, sin ser llevados a un hospital. ¿Tu amigo habrá muerto en el sitio o lo llevaron a un hospital?

Al Corredor le indignó la forma en que el agente funerario se refería a una persona, pero ¿qué más podía esperarse de alguien dedicado a eso? Además, ¿por qué indignarse, si en realidad no había muerto ningún corredor? Pasearse por estas ideas hizo que no respondiera la pregunta. El agente funerario se encogió de hombros y le dio un consejo que le vino al Corredor como la excusa perfecta.

–Pregúntale a los periodistas. Esos saben todo. La gente dice que nosotros, los vendedores de las funerarias, somos los zamuros... Pero, ¡qué va!, los verdaderos zamuros son los periodistas –dijo, y mostró una sonrisa de dientes muy amarillos.

El Corredor se aproximó al lugar donde estaban los periodistas, camarógrafos y fotorreporteros. Acababan de entrevistar a un abogado que vociferaba en protesta por la muerte de un hombre, al que la policía declaró caído en un enfrentamiento a tiros. El abogado aseguraba que fue ejecutado con métodos cobardes luego de rendirse. Entre ellos, los periodistas comentaban que el abogado era un auténtico vivían, que de cualquiera que fuera defendido por él ya podía uno asegurar que era culpable.

Vieron llegar al Corredor con caras suspicaces. Uno de los fotógrafos, un sujeto de unos 60 años, con una prominente barriga, le preguntó a otro “¿A qué hora sale el maratón?”, y ambos rieron a carcajadas. El Corredor no se amilanó, más bien se encaró con ellos y preguntó si conocían a Freddy Jaimes. Ellos se miraron con sorna y el hombre de la barriga dijo que sí y casi gritó:

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

–Freddy Jaimes, te buscan –todos esgrimieron risas burlonas. Al parecer, reírse de todo y de todos era su escudo contra tanta desgracia que se respiraba en el ambiente.

Jaimes caminó hacia el lugar donde estaban el Corredor y los dos fotógrafos.

–Te busca este atleta –dijo el de la barriga y, de nuevo, todos murmuraron o se rieron.

El Corredor se adelantó y, dándole la mano a Jaimes, se identificó y le dijo:

–Hola, Freddy, soy el que te escribió en estos días...

El periodista se puso serio. Tal vez pensó que era algún familiar indignado por las crónicas en tono de chanza que a veces se veía obligado a escribir. Por ejemplo, la del delincuente apodado “el Cochino” que intentó escapar del lugar donde tenía secuestrada a la esposa de un comerciante y terminó cayendo en el tanque de aireación de una planta de tratamiento de aguas servidas. Murió por inmersión en detritus. Jaimes tituló “El Cochino se ahogó en un chiquero”.

–Me escribe mucha gente, amigo.

El Corredor recordó la frase célebre que le dijo acerca de destacar en medio de las circunstancias adversas. Con ese dato, Jaimes caería en cuenta:

–Hablamos de la frase de Oscar Wilde sobre la mediocridad.

El periodista se tranquilizó. No era un vengativo deudo, sino uno de los pocos lectores inteligentes que había podido conocer hasta ahora.

–¡Ah, sí, claro! ¿Y qué haces por acá? –preguntó Jaimes y empujó con suavidad al Corredor, para hablar con él lejos de sus impertinentes colegas.

El Corredor pensó en sostener la mentira del corredor atropellado y extraviado, pero decidió sacar ese elemento del juego. Podría ser perturbador para una relación con el periodista de la que esperaba obtener mucho provecho, en términos de información esclarecedora.

–En verdad, andaba por aquí cerca, voy a trotar en la universidad, recordé que me dijiste que pasabas tus días acá. Me dije: ¿por qué no paso a ver si conozco en persona al periodista? Bueno, y lo hice.

Para evitar confusiones posteriores, le contó que al llegar allí vestido con ropas de correr se había sentido fuera de lugar, que la gente lo había mirado mal y, por ello, se inventó una historia de un corredor arrollado. El periodista lo miró entre divertido y receloso.

–Tienes buena imaginación, ya veo por qué te gusta leer las páginas rojas.

El Corredor tuvo el impulso de explicarle que no, que ese no era uno de sus gustos. Pero ya habría tiempo para eso.

De pronto el ambiente se sobrecargó. Al estado general de sufrimiento y angustia de aquel sitio se le superpuso una energía de agitación similar a los primeros minutos de una zozobra. Una mujer con una cámara de largo lente pasó corriendo y le gritó a Jaimes: «¡Va a declarar el director!». El periodista pareció tocado por un cable eléctrico. Garabateó en su libreta, arrancó la hoja, se la entregó al Corredor y dijo:

–¡Tengo que trabajar, llámame a ese número en la tarde y hablamos! –y salió disparado en la misma dirección que la fotografía. El Corredor, de algún modo, se vio a sí mismo con el papel entre las manos, en ropas de correr, en aquel pasillo tétrico. Se le

antojó que era un objeto absurdo, puesto en el decorado de una película surrealista.

∞

Bajó por una larga cuesta, en dirección a la universidad, pues decidió hacer realidad, aunque fuera en parte, la justificación que le había dado a Jaimes sobre su presencia en la morgue municipal. Mientras descendía se felicitó porque había dado un gran paso al conocer al periodista que había escrito aquella nota sobre “lo ocurrido en la oficina”.

El Corredor usaba mucho esa expresión (“lo ocurrido en la oficina”) porque era neutra e inocua. En realidad, Jaimes había escrito acerca de un suicidio pasional, pero eso era lo que el Corredor quería poner en claro.

Al llegar a las cercanías del *campus* se dio cuenta de que no podría correr en la universidad. Era un típico día de escaramuzas entre estudiantes y policías y por ello había en el aire ese inconfundible picor de los gases lacrimógenos, mezclado con el olor de neumáticos quemados.

Viró en dirección hacia el circuito de los militares, que estaba a unos tres kilómetros, pero una parte de ese tramo podría hacerlo a través de un estupendo bulevar sombreado por grandes árboles, lo cual era pertinente, pues ya casi había llegado el mediodía y el sol desplegaba todo su poder. Había un tránsito infernal debido a los cierres de calles aledañas a la protesta y la gente en los automóviles y buses tenía caras de angustia o de molestia. En cambio él avanzaba con fluidez, casi sin esfuerzo, con gran gozo. Se sintió como deben sentirse los pájaros que sobrevuelan la ciudad en sus horas más históricas.

Estaba tan feliz. En la tarde llamaría a Freddy (lo nombró así, como si ya fuera su amigo) y lo invitaría a almorzar o a tomar café. En ese momento buscaría la manera de plantearle un asunto tan insólito como es desmentir su propio suicidio.

Al aproximarse a la entrada del circuito de los militares, dejó de ser el único trotador de aquella hora tan calurosa. Muy a lo lejos, tal vez a unos 500 metros, alguien más iba corriendo. Se sentía tan fuerte aquel día que se propuso alcanzarlo. Comenzó a hacer un juego que le gustaba mucho: empezaba a contar segundos desde que el otro corredor pasaba junto a algún punto fijo hasta que él mismo lo alcanzaba también. Así sabía cuánta ventaja le llevaba y si esta aumentaba o disminuía. En la primera medición, el otro corredor iba casi un minuto por delante, pero ya para la cuarta, había logrado reducirla a dieciocho segundos. Estaban ya en el circuito de los militares y podía incluso describir bien al otro corredor. Era un hombre de cuarenta y tantos, 1,75 metros más o menos, blanco, pero bronceado, y por lo visto estaba bastante en forma. Vestía un *short* azul claro y la camiseta de un maratón de tres años atrás, ya bastante gastada. Era de esos que se ponen todo el tiempo las camisetas de los maratones para lucirse por ahí, pensó el Corredor. Le molestaban esos tipos, eran tan petulantes.

En la quinta medición ya lo tenía a tiro. Solo diez segundos de diferencia y, además, notaba signos inequívocos de agotamiento en el otro. Ya sus movimientos no eran tan gráciles, sino farragosos y entrecortados. “Mucha camiseta de maratón, pero ya te fundiste”, dijo para sus adentros el Corredor cuando se aprestaba a rebasar a su compañero de trote.

Al pasar junto al otro corredor, imaginó la recta final de un maratón de los llamados

major, tal vez Boston o París, y él imponiéndose en un fulminante remate, ovacionado por los fanáticos. Fue tal el golpe de euforia que dejó muy atrás al otro corredor, tanto que un par de vueltas después ya lo vio de nuevo a lo lejos. Estaba por sacarle una vuelta completa de ventaja. Era una victoria en toda la línea.

El otro corredor, que avanzaba ya con muchas dificultades, no iba a continuar. El Corredor lo dedujo porque en vez de iniciar una nueva vuelta, se dirigió hacia la entrada de la zona privada de los altos oficiales. El Corredor supuso entonces que tal vez fuera un militar de rango superior. Decidió que, consumada así su peculiar victoria, ahora regresaría a su casa y esperaría la hora adecuada para llamar al periodista.

Ya iba a perderse de vista el otro corredor cuando de la zona militar restringida salió, a una velocidad alta, una camioneta plateada con los vidrios ahumados. Lo siguiente que vio el Corredor fue al otro corredor salir despedido unos cuantos metros y estrellarse contra un cercado de robustas rejas. En cuestión de segundos se sucedieron tres ruidos: el desesperado chirrido de los neumáticos al frenar; el golpe del cuerpo contra la trompa del vehículo y un zafarrancho de gritos desesperados.

El Corredor se paralizó. Vio al conductor salir de la camioneta y ponerse las manos en la cabeza. Era un oficial de la Marina, por el uniforme que portaba. Se acercaron varios soldados. Corrían con dificultad debido a que llevaban sus armas largas terciadas. Alguien más que había salido de la camioneta, les dio órdenes. Parecía ser un mando del Ejército. Los soldados levantaron al otro corredor y lo metieron en la parte de atrás de la camioneta. Los oficiales subieron también. El conductor intentó encender el motor, pero solo se oían ruidos fallidos del arranque. Uno de los soldados quiso abrir el capó, pero algo se había trabado. Un tiempo después, tal vez un par de minutos, pero que al Corredor le pareció que fueron muchos, llegó otra camioneta. Los soldados trasladaron al corredor arrollado.

–Si no estaba muerto ya, estos locos lo deben haber matado. Así no se mueve a un herido –dijo alguien que se había detenido a mirar, junto al Corredor. Tenía toda la razón, había sido una operación rescate chapucera y brutal.

La segunda camioneta partió sin demora hacia dentro de la zona militar. Unos segundos después llegó una grúa y remolcó a toda prisa la camioneta del accidente, también hacia el interior.

–Van a tapar todo, ni siquiera esperaron a que llegara la Policía Militar. Seguro que el que atropelló al señor es un general o algo así –dijo el comentarista espontáneo.

Llegó un camión gigantesco, lleno de soldados. Todos bajaron en tropel mientras un sargento les daba órdenes a gritos. Unos fueron con escobas y palas a limpiar los rastros del arrollamiento y otros se desplegaron en un gran anillo de seguridad. Cuatro chicos, casi imberbes, avanzaron hasta donde estaban el Corredor y el comentarista espontáneo. Llevaban ametralladoras y cascos de guerra. Uno de ellos dijo, con una voz muy autoritaria:

–¡Señores, por favor, no se queden aquí parados, muévanse!

El Corredor no pretendía rebelarse ante esa orden. Comenzó a caminar hacia la salida. El comentarista espontáneo sí lo hizo. El Corredor lo oyó diciéndoles a los

soldados que él sabía lo que había pasado, que al hombre lo había atropellado alguien “de arriba” y todos ellos lo encubrían. El soldado de la voz autoritaria solo repetía la orden de que se movilizara.

El Corredor reanudó el trote. Salió del circuito de los militares y enfiló hacia su casa, a través de una ruta alterna para no pasar de nuevo por la universidad, previendo que siguiera el disturbio. Su mirada se enganchó de la inmensa rueda de la fortuna de un lejano parque de diversiones. Fue allí donde salió del *shock* del accidente que había presenciado y entró en otro, todavía más profundo. «¡Coño –dijo en voz alta–. Esto no fue una coincidencia!».

∞

Llegó a su casa, se dio un largo baño, se acostó desnudo y durmió casi tres horas. Al despertar eran casi las cinco y tenía un hambre feroz. Se vistió apenas con un pantalón de gimnasia, se hizo un enorme sándwich y lo devoró. Luego, con un café en la mesa, llamó a Jaimes. El periodista lo atendió con voz azorada que ya evidenciaba lo ocupado que estaba. El Corredor se identificó y el periodista le dijo que esperara un momento. Habló con alguien para transferir la llamada a una oficina. Luego la retomó y, sin rodeos, dijo:

–Amigo, dígame con franqueza, ¿a qué juego estamos jugando?

Había una inusitada hostilidad en su tono, opuesta a la afable actitud de la mañana.

–¿De qué me hablas? –preguntó el Corredor.

–Hermano, deja de hacerte el pendejo, ¿cómo es que tú sabías lo del corredor atropellado?

–¿Por qué me dijiste que era algo que habías inventado para que la gente no te mirara mal? ¿Qué es lo que pasa contigo?

El Corredor se sintió incapaz de dar explicaciones. Lo ocurrido era demasiado inverosímil. Lo era de entrada el hecho de que él hubiese inventado una historia que luego se materializó, pero se volvía más increíble aún si se le agregaba el detalle de que él mismo había presenciado el arrollamiento profetizado. Acaso había adquirido ahora la indeseable facultad de precipitar hechos que imaginaba. Hundido en esta idea, se mantuvo en silencio. El periodista insistió:

–¿Qué es lo que tú sabías del atropellamiento esta mañana cuando hablamos?

El Corredor se imaginó en medio de un severo interrogatorio policial, uno en el cual la verdad lo hundía más y más a cada paso. Respondió sin esperanza de que Jaimes le creyera:

–Te lo juro por Dios, amigo Freddy, que para ese momento solo fue un cuento que se me ocurrió para no desentonar en la morgue.

–Entonces, ¿no sabes nada del caso?

El Corredor evaluó si decir lo que había visto en la zona militar y resolvió reservárselo. Era demasiado inverosímil.

–Nada más. Te repito, por mi lado fue una coincidencia.

–¡Una coincidencia! –exclamó Jaimes, con una carcajada–. Pues mira, si te dedicaras al periodismo te harías multimillonario, porque las cosas que imaginas se vuelven noticia.

Jaimes pareció ceder un poco en su agresividad, pero le dijo que el caso del coronel lo

tenía demasiado ocupado, que mejor le diera el número telefónico y él lo llamaría en la noche, al salir del vaporón. El Corredor le dictó el teléfono y colgó.

Miró fijo a un punto de la pared. Caviló sobre las sincronicidades de Jung; recordó las caras de silente reclamo de la gente en la morgue por haber pasado por allí al trote; rememoró los dientes amarillos del agente funerario y las chanzas bobaliconas de los periodistas. Y, claro, también se repitió en su cabeza la imagen del otro corredor al salir despedido como una bala humana y dar contra el cercado.

Aprovechó el tiempo para leer a Jung. Sentía fascinación por la historia del escarabajo de oro. La había leído varias veces, pero volvió a leerla. Jung está atendiendo a una paciente que le relata un sueño en el que le regalan un escarabajo de oro. Justo en ese momento, el reputado psiquiatra siente que algo golpea su ventana. Se levanta y observa que era un escarabajo, no uno de los dorados, porque estos habitan en zonas más cálidas, pero si uno llamado *Cetonia aurata*. Algunas versiones dicen que Jung logró tomarlo con su mano y se lo mostró a la paciente. El escarabajo es considerado un símbolo de las transformaciones.

El Corredor se internó en las profundidades de un texto sobre Jung. Se internó tanto que casi ignora la llamada de Jaimes, cerca ya de las diez de la noche. Se le oía agotado, pero más sereno. Dijo que acababa de llegar a su casa y que se tomaba una cerveza que le sabía a gloria. El Corredor le dijo que lo entendía a plenitud porque había sido un gran bebedor de cerveza, pero que la había dejado. Ahora su único vicio era trotar. –Hablando de eso, amigo, me interesa aclarar este asunto del corredor atropellado. Ha resultado ser un gran rollo –dijo, y fue obvio que tomó otro trago porque el Corredor oyó el sonido del gaznate–. Resulta ser que el atropellado es un coronel de la Oficina de Investigaciones Administrativas de la Defensa... No era un tipo muy apreciado entre ciertos oficiales, entre otras cosas porque era honesto y les entorpecía los negocios a varios jefes ahí –volvió a tragar–. Más que jefes, jefazos.

–¡Caramba! –fue lo único que se le ocurrió responder al Corredor. Se hizo silencio en la línea, solo interrumpido por el ruido de una botella al ser destapada. El Corredor supuso que Jaimes iba por la segunda cerveza.

–¿Es lo único que vas a decir, deportista? –preguntó Jaimes en tono desenfadado–. Tú sí eres un personaje: vas a la morgue a buscarme, le hablas a la gente de un corredor atropellado del que nadie sabía nada, luego me dices que fue un invento tuyo, que no había ningún corredor atropellado, y después llego aquí y me entero de que sí lo hubo –una pausa para el trago–. Entonces, te cuento los sórdidos detalles y tú dices: “¡Caramba!”

El Corredor sonrió. Jaimes tenía mucha razón. Y pensar que si le contaba su parte de la historia, incluyendo el haber sido testigo del acontecimiento, iba a quedar todavía más alucinado.

–Solo puedo decirte que creo en las sincronicidades de las que habló Carl Gustav Jung. ¿Has leído sobre eso? –preguntó el Corredor.

–¡Carl Gustav Jung! –repitió admirado el periodista–. De verdad, me tienes impresionado, amigo atleta. Eres un personaje a todo dar. Solo te digo una cosa: qué bueno para ti que

te buscaste a un tipo como yo, que se ha leído unos cuatro o cinco libros y no a ninguno de los pitecantropus erectus que escriben noticias de página roja en esta ciudad porque esos te preguntarían si ese señor Jung es un comisario.

–Yo sé por qué te busqué a ti y no a ellos –dijo el Corredor.

Jaimes tragó más cerveza e, incluso, pareció masticar algo. Luego volvió a la carga como lo que era, un reportero:

–Entonces, ¿qué me dices? ¿Por qué debo asimilar esa historia de que tú inventaste una cuestión, de puro inocente que eres, y resulta que había ocurrido en verdad, por... ¿cómo fue que dijiste que se llama eso?

–Sincronicidad. Son cosas que ocurren en un mismo orden de tiempo y parecen concatenadas, pero ninguna es causa de la otra.

–Ahora soy yo el que dice ¡Caramba! –ironizó Jaimes–. Pero, como mi lema es “piensa mal y acertarás”, ¿no será que tú sabías lo que había ocurrido y andabas averiguando si al coronel lo habían reportado muerto?

–¿Para qué haría yo algo así? –interpeló el Corredor.

–Quién sabe. Tal vez te mandaron porque quieren echarle mano al cadáver antes de que le hagan la autopsia.

–Creo que lucubras demasiado, Freddy, yo no estoy en ese tipo de trances. Solo quería conocerte para hacerte unas preguntas sobre otro caso, pero entiendo que no es buen momento. Si quieres, te invito a almorzar o a cenar mañana. ¿Quieres?

El periodista aceptó de buena gana. El Corredor le despertaba simpatía. Tal vez de verdad todo había sido una coincidencia o una sincronicidad jungiana.

∞

Quedaron a verse a la 1 p. m. en un restaurante de carnes, cerca de la morgue, sugerido por el periodista. El Corredor pidió lo más ligero que encontró, pollo a la plancha, pues pensaba correr en la tarde. El periodista, en cambio, escogió un buen pedazo de carne a la parrilla con papas fritas y arroz. Mientras llegaba la orden, tomó una cerveza helada. El Corredor, en su línea de cuidarse para la faena de ejercicio, pidió solo agua mineral, pero luego se arrepintió y optó por beber también cerveza. Como ya casi nunca bebía, desde los primeros sorbos, comenzó a afectarlo. Antes de completar la primera botella, se sentía achispado. Se dio cuenta de que iba a perder la ruta que había trazado, que era la de suministrar la mínima cantidad de información posible al periodista y tratar de obtener de él los datos que necesitaba. En el umbral de la sobriedad, entendió que si bebía de más, le iba a contar todo a aquel hombre que, después de todo, era un desconocido y trabajaba en un diario que, como bien lo dijo el sujeto de la hemeroteca, no era más que basura.

El Corredor experimentó una sensación que hacía mucho no sentía, como la de los primeros tragos de la adolescencia. Era como si se le aflojaran las coyunturas y, al mismo tiempo, las cerchas con las que estaban contenidos sus secretos.

Así, con el concurso de unas pocas cervezas, terminó por contarle a Freddy Jaimes casi todo, desde su encuentro con Roderick. El periodista comía y bebía con gran gusto y hacía una que otra pregunta. Daba la impresión de haber decidido disfrutar

del generoso almuerzo y pagar por ello el tributo de oír a alguien que, era obvio, no estaba del todo bien de la cabeza.

Tras escuchar acerca de los esfuerzos que había hecho para aclarar el asunto de sus “contactos con personas de otro plano” (así prefería decirles, porque “hablar con muertos” sonaba demasiado brutal, incluso para un interlocutor que lidiaba con fallecidos todos los días), el Corredor, ebrio como nunca desde que comenzó su nueva vida de deportista, decidió ir por todo y le dijo al periodista:

—¡Óyeme bien, Freddy, que te voy a explicar de una buena vez por qué te busqué a ti entre todos los periodistas de crímenes que hay en esta ciudad! —dijo con voz descentrada. El periodista lo observaba con gesto divertido, mientras tomaba más cerveza. Parecía ser un barril sin fondo.

—Espero esa explicación, atleta, y mejor que sea rápido porque ya tengo que irme a trabajar.

—Es muy sencillo de contar. Para decirlo en un titular, como a ustedes los periodistas les gusta, te diré que tú escribiste una noticia sobre mi suicidio.

El periodista perdió la sonrisa que se le había quedado fija en el rostro desde hacía buen rato. Puso el vaso sobre la mesa, se limpió los labios con la servilleta de tela, y dijo: —¿Cómo es la cuestión?

El Corredor rebuscó en los bolsillos internos de su chaqueta y sacó la fotocopia de un recorte de periódico. La colocó sobre la mesa. El periodista pudo ver que se trataba de una nota calzada con su firma. El título rezaba: *Oficinista se suicida por despecho*. Tenía un pequeño destacado en el que se daba un detalle: *Su novia-jefa lo dejó y él se tiró de la azotea de la compañía*. El texto, de unos cinco párrafos, se complementaba con una foto del Corredor, cuando no era todavía corredor. La habían reproducido de su carnet.

El periodista tomó la fotocopia y leyó toda la nota. Varias veces levantó la mirada del papel y vio al Corredor, de la forma en que lo hacen los empleados de inmigración en los aeropuertos al examinar los pasaportes. El Corredor aguardó sin decir nada. El periodista volvió a colocar la fotocopia en la mesa. La miró con el recelo de quien acaba de despojarse de una prenda ensangrentada.

—Hermano, no sé qué decirte. No recuerdo ese caso, pero supongo que alguien te quiso gastar una broma pesada... Solo te puedo decir que lo siento —dijo. Su cara estaba desencajada. Era evidente que estaba muy afectado por aquello. Llamó al mesonero y le pidió un café negro muy cargado.

Hubo un largo silencio, como el de las parejas que ya no tienen más que decirse. El Corredor lo rompió para retomar el hilo de la última frase de Jaimes.

—No creo que nada de esto haya sido una broma, Freddy. Si lo fuera, serviría para reírnos, como ha pasado con tanta gente que ustedes los periodistas matan sin que se hayan muerto.

El periodista escuchaba con suma atención. El almuerzo había dado un giro hacia lo trágico, lo triste, lo oscuro.

—¿Y si no es una broma, qué puede ser? —preguntó en voz baja, casi en un susurro para sí mismo.

—No lo sé. Es lo que he estado tratando de averiguar durante todo este tiempo. Por eso te quiero pedir un favor: trata de recordar todo lo que puedas de esa noticia... ¿La conseguiste en la morgue? ¿Cómo hablaste con Raca, la persona que mencionas allí? ¿Quién les dio la foto de mi carnet?

Jaimes asentía con humildad, cual un niño regañado. Prometió exprimirse la memoria para sacar todo en claro, solo que ahora estaba impactado y un poco borracho. Cuando le trajeron el café, se lo tomó casi de un trago, a pesar de que estaba caliente, rezumante de humo.

El Corredor pagó la cuenta y luego se despidieron en la puerta. El periodista tomó un taxi porque se le había hecho tarde. El Corredor comenzó a caminar hacia su casa. Ya no podría correr. No iba a repetir la horrible experiencia del día que corrió ebrio y con el estómago repleto, luego de comer y beber con Herme. Sería el primer día en ¿cuánto tiempo? que pasaría sin correr. Qué remedio, tal vez saldría a correr a las 3 a.m.

∞

Caminaba poco a poco por la avenida que es, a la vez, la ribera del río Central. Empezaba a arrepentirse de todo: de haber comido en exceso, de haber bebido y de haberle contado tanto a Jaimes. Pero se tranquilizaba con el argumento de que era mejor no darle tantas vueltas a eso. Ya estaba hecho, no había manera de volver atrás.

Cuando enfiló hacia la plaza Del País, un hombre lo abordó. Era un poco más alto y algo mayor que él y tenía un enorme hematoma en el ojo izquierdo y el labio superior partido. Parecía recién salido de una riña. El Corredor anticipó problemas y trató de esquivarlo, lanzándose a la calle, pero el hombre logró asirlo de un brazo.

—Oye, disculpa!, ¿tú no eres el que estaba ayer corriendo donde los militares?

El Corredor se tranquilizó un tanto, aunque el aspecto del hombre no dejaba de causar inquietud. Le dijo que sí y preguntó por qué lo recordaba.

—Porque yo era el que estaba parado junto a ti, y vimos como esos tipos recogieron al señor atropellado, como si fuera un perro muerto.

—Ah, así que era usted...

—Sí, ¿y sabes qué me pasó? —dijo, con un gesto dirigido a su rostro maltrecho—. Pues que como no quise irme ni hacerme el desentendido, y les dije que lo que hicieron estuvo mal, me llevaron preso y me dieron una golpiza.

Se notaba que el hombre estaba indignado y furioso. Hablaba tan alto y su cara se veía tan mal, que los otros transeúntes se paraban a mirarlos.

—De paso, me amenazaron. Me dijeron que si los acuso me va a ir peor. Pero, dentro de todo he tenido suerte al encontrarme contigo. Si tú me apoyas, podemos denunciar a estos criminales...

El Corredor se sintió acorralado. Aquel empeño era algo justo, pero por completo alejado de su propósito actual en la vida. No quería para nada figurar en un asunto tan controversial. Además, se sabía que él había hablado del “accidente”, que ya no sería tal, sino un crimen, antes de que ocurriera, lo que en el mundo normal solo puede significar algo: era cómplice. Como impulsado por una ballesta, buscó alejarse del hombre amoratado.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

–Hermano, usted me confunde, yo estaba corriendo allá, pero no soy quien usted cree, no vi nada de lo que me dice. Lo siento.

Empezó a caminar a paso rápido, y el hombre a seguirlo. Vociferaba que no denunciar era un acto de cobardía, que a aquel señor lo mataron con suma vileza y ocultaron todo, que era un deber denunciar semejante crimen. La gente volteaba a mirar la escena, a oír el monólogo, pues el Corredor no respondía una palabra, solo caminaba con la cabeza gacha. Para su fortuna, el hombre parecía agotado, quizá porque no estaba en forma o porque lo habían golpeado. Logró sacarle varios metros de ventaja y poco después, el hombre desistió de seguirlo. Se quedó explicándoles lo ocurrido a varias personas que se interesaron en el caso.

El Corredor, sin bajar la intensidad del paso, llegó hasta el parque y lo recorrió en pocos minutos de extremo a extremo. Dio el giro anti-Herme y llegó a su casa por la retaguardia. Entró al apartamento casi con desesperación, fue al baño y vomitó.

CAPÍTULO 52

JAIMES RECUERDA DETALLES
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Freddy Jaimes era un reportero bastante organizado. Llevaba algunas anotaciones sobre la mayoría de los casos sobre los que escribía, pero solo tenía archivos nutridos acerca de los de gran impacto. Su técnica para recuperar datos era asir un hilo y halar la madeja.

La tarde que almorzó con el Corredor, hizo un gran esfuerzo por acordarse de algo que le permitiera buscar detalles. Encontró algo que podía servir. Era la tarjeta de William Raca, su fuente de ese día. Llamó de inmediato, pues era el número de la oficina y ya iban a dar las cinco. Tardaron en atender. Lo hizo alguien que parecía disfrutar de hacer voces graciosas, para animar a sus compañeros, porque dijo: “¡Hello, excelent tardes!”, con un acento de alguien con lengua materna inglesa, y alrededor se oyeron unas risas.

–Buenas tardes, ¿me comunica con el señor William Raca?

–Yo no puede hacerlo. Míster Raca enfermo –dijo, y las risas se hicieron más estridentes–
¿Tú quiere dejar mensaje?

–¿Sabe cuándo regresará?

No le respondió el bromista, sino una mujer que, al parecer, le arrancó el teléfono. Jaimes tuvo que repetir la pregunta.

–Señor, disculpe a estos tontos que no tuvieron infancia. Mire, el señor Raca está hospitalizado. Tuvo un infarto en plena calle. ¿Quién lo llama? ¿Le podemos servir en algo?

El periodista prefirió no decir nada de su profesión y se identificó con sus dos apellidos, Jaimes Alcántara, así que la mujer escribió Jaime Alcántara, dando por hecho que eran nombre y apellido. Preguntó dónde estaba recluido y la mujer se lo dijo sin problemas. Cuando se despedían, el bromista imitador de voces se acercó al auricular y dijo:

–¡Hay, you! Si look a míster Raca, tú darle saludos, please!

La mujer le gritó “¡Idiota!” y colgó.

∞

Jaimes llamó a un contacto en el hospital del Este y le preguntó por William Raca, un masculino con infarto al miocardio en la vía pública. El contacto tecleó en su computadora y respondió que el paciente había salido de cuidados intensivos el día anterior; aún se encontraba delicado, pero estable.

–¿Puede hablar?

–No creo, todavía tiene oxígeno y no sé si pueda cuando se lo quiten. Estuvo bastante rato en paro. Lo trajo la policía, y tú sabes que ellos saben matar gente, no revivirla.

–Cierto –dijo el periodista, y se despidió con el anuncio de que al día siguiente pasaría por el hospital. Pensó que debía llevarle algo a su contacto, aunque fuese una caja de cigarrillos.

Al día siguiente no tenía que ir a la morgue, pues haría una guardia nocturna en la Redacción. De la morgue se ocuparía su compañera Valentina. Se levantó tarde, desayunó y fue al hospital. Le llevó los cigarrillos a su contacto y este, muy agradecido, le indicó

dónde encontrar a Raca. Era una enorme sala llena de camas y saturada de una mezcla de olores de miseria.

Tuvo que dar dos rondas hasta que creyó ver la inicial del nombre y el apellido del paciente en una cartulina en la baranda delantera de la cama. Está escrito con una caligrafía tan caprichosa que daba la impresión de que decía M. DOGO, pero una enfermera le aseguró que decía W. RACA y para comprobarlo, leyó en su expediente.

–Este es Raca, pero ¿cómo es que vienes a visitarlo y no lo conoces?

–Es una historia complicada –dijo Jaimes, sonriendo–. ¿Raca puede hablar?

–Yo no le he oído la voz, creo que hay que esperar.

–¿Ha venido alguien a verlo?

–Tú, corazón, y la esposa, que está inconsolable –respondió la enfermera.

Jaimes quedó de acuerdo con su contacto, quien le avisaría si Raca despertaba. La llamada llegó tres días después.

–El hombre está hablando, me dijeron las enfermeras.

–¿Y qué ha dicho?

–Puras incoherencias, pero eso es normal, hombre. Después de haber estado del otro lado, ¿qué más puede decir uno?

–Es cierto. Pasaré por allá al mediodía.

–Si te acuerdas, y tienes plata, tráeme algo de comer.

–Seguro –dijo Jaimes.

∞

Llegó al hospital, con un sándwich de jamón y queso y un jugo de naranja, y su contacto lo llevó hasta el lugar. Encontró a Raca despierto, casi sentado en la cama. Su mirada estaba muy lejos de aquella sala de hospital. Solo se percató de la presencia de Jaimes porque él repitió varias veces su “Buenas tardes, ¿cómo está, señor Raca?”.

Lo miró como si le hubiese hablado en un idioma desconocido y apenas sonrió, más por acto reflejo que por cortesía. Jaimes se presentó, pero era obvio que la información no traspasaba una especie de domo de acero que cubría el entendimiento de Raca.

Mientras hacía estos intentos, llegó Marina, la esposa y, por supuesto, quiso saber por qué Jaimes se interesaba tanto en Raca. Las enfermeras le habían dicho que el hombre había estado pendiente. Jaimes estaba preparado para explicar su interés sin decir la verdad: ya que había sido auxiliado de forma oportuna por la policía, quería escribir al respecto. Marina, a quien se le notaba que había llorado muchísimo, se mostró agradecida, pero dijo que lo único importante en ese momento era conseguir dinero para una rehabilitación que, según los doctores, iba a ser larga y costosa.

Jaimes se disculpó. Ella tenía razón: ¿de qué serviría una nota sobre la buena acción de la policía si el hombre estaba discapacitado? Pensó en mover alguna influencia para ayudarlo. Se marchó sin prometer nada porque no quería generar expectativas que luego no se cumplieran. Sin embargo, esa misma tarde encontró apoyo con un funcionario municipal. Ayudarían a la mujer con la terapia.

Al día siguiente pudo darle la buena noticia, la que cayó aún mejor porque el hospital ya la presionaba para darle el alta a Raca.

Así fue como Freddy Jaimes pasó a ser una especie de ángel salvador de William Raca y su esposa, Marina.

∞

Pasaron varias semanas, sin embargo, hasta que el hombre empezó a decir frases coherentes; y cerca de dos meses hasta que se mostró capaz de hablar acerca de lo que le pasó el día del infarto. Lo que le dijo a Jaimes no solo despejó la incógnita de lo ocurrido en ese momento, sino que también resolvió el enigma que había llevado al periodista a buscar a Raca: ¿Qué había ocurrido en el episodio que involucraba al Corredor?

Fue como una solución mágica: se aclaró el punto A y esto contestó el punto B, aunque para Jaimes, el asunto en su globalidad no hacía más que enredarse. Quedó tan impactado con lo que escuchó, que ya no sabía si dudar de la cordura de Raca, la del Corredor o la de sí mismo.

En paralelo, durante el tiempo que invirtió acercándose a Raca, el entusiasmo del Corredor por su nuevo amigo, Jaimes, había decaído por la falta de resultados. Se esfumaban las expectativas de que recordaría algo útil sobre aquella nota suya del suicidio por amor. Al principio, el Corredor lo llamaba a diario para saber si había hallado algún dato. Luego, dos veces en una semana; después una vez, y ya estaba presto a renunciar a esa especie de acoso, cuando fue Jaimes quien llamó al Corredor y lo invitó a comer en el mismo lugar de la primera vez.

El Corredor pensó en cambiar el lugar. No quería someterse de nuevo a la tentación de comer y beber en exceso, pero Jaimes tenía un estilo particular de imponer ese tipo de propuestas, así que quedaron para el día siguiente a la una.

El Corredor salió a correr bien temprano. Así no “perdería el día” (expresión suya para cuando, por cualquier motivo, se abstenía de trotar) en caso de que volviera a cometer el desaguisado de hartarse y emborracharse.

Con doce kilómetros recorridos en su haber, no sintió el menor remordimiento de conciencia al pedir una cerveza y tomársela mientras esperaba a Jaimes. “De algo debe servir tanto sacrificio”, pensó, mientras saboreaba la cerveza y rememoraba tiempos idos, tan distantes que parecían pertenecer a otra vida.

Llegó Jaimes casi puntual. Vestía, como siempre, pantalón y camisa bastante formales, pero con una chaqueta raída. Tal vez, de tanto andar con policías en su búsqueda de noticias sobre crímenes, ya lucía como uno de ellos. Al parecer eso les ocurría a los periodistas a menudo.

Tan pronto lo vio llegar, el Corredor intuyó que Jaimes estaba mal. Lucía ojeroso, como si llevara días sin poder dormir. Le preguntó cómo se sentía, y Jaimes dijo que muy raro, que quizá iba a darle una fuerte gripe. Hizo un gesto para que le trajeran una cerveza. Como para darle suspenso al relato principal, comenzó a hablar del caso que ocupaba la atención de la prensa roja en ese momento: una viuda negra. El Corredor se interesó mucho y Jaimes disfrutó contando lo que se sabía hasta ese momento, que la mujer envenenó al marido con dosis pequeñas, pero repetidas, de matarratas. Durante su estancia en la cárcel, tuvo un amorío con uno de sus abogados defensores y terminó casándose con él. Mediante una dudosa decisión, la asesina quedó en arresto domiciliario

y, entonces, tras descubrir que su nuevo marido le era infiel, lo mandó a matar con un sicario. El abogado, que era uno de estos pendencieros que siempre portan armas, logró herir al agresor. La policía lo capturó. Era un jovencito de 16 años y confesó a cambio de una sentencia de apenas dos años en un retén de menores y tres en una cárcel se adultos. “Salió barato por un homicidio intencional”, comentó Jaimes al cerrar el relato.

Comieron, bebieron y hablaron de otros temas, hasta que Jaimes aglutinó fuerzas para tocar el asunto que los tenía allí. Y, luego de tantos preámbulos, soltó lo que tenía entre pecho y espalda con la contundencia de alguien de su oficio: un periodista especializado en hechos de sangre. Dijo:

–Raca me contó dos cosas: la primera es que lo último que recuerda antes del infarto es que te vio; y la segunda es que no pudo haberte visto en verdad porque tú estás muerto.

El Corredor palideció. La forma de decirlo Raca o, al menos, la forma de transmitirlo Jaimes, era en esencia la misma que él había usado tantas veces para compartir su angustia sobre Roderick. Aunque se había imaginado varias veces esta escena, no supo qué decir. Así que hubo unos instantes de silencio porque Jaimes, luego de dejar caer aquella bomba atómica, se quedó callado y optó por apurar varios bocados. Antes había hablado tanto, que ya la carne estaba un poco fría. Cuando masticó y tragó un buen pedazo, se limpió la boca, tomó un largo trago de cerveza y rompió el mutismo reinante en la mesa con algo de humor. El Corredor se lo agradeció de corazón.

–Bueno, yo pensé: para estar muerto, este hombre come y bebe muchísimo. Pero, de todas maneras, tengo que pedirte permiso para hacer algo un poco raro... Ojalá nadie nos vea –y, dicho esto, le tomó la mano izquierda al Corredor y le auscultó el pulso. Luego sonrió con mucha calidez y concluyó–: Creo que nuestro amigo Raca está frito.

El Corredor sonrió aunque lo que sentía era algo muy extraño, tenía unas irrefrenables ganas de llorar, como pocas veces antes. Quizá lo más parecido fuese cuando Yoly era su novia y lo maltrataba y a él se le estrujaba el corazón, y la voz se le aflautaba. Pensó en hacer una pregunta, pero temió que la voz le saliera destemplada y ridícula. Lo haría luego de darse un sorbo de cerveza. Lo hizo.

–¿Te dijo por qué está tan seguro de que yo... estoy... muerto? –dejó salir. Se le antojó que la pregunta se escapó de sus adentros y se escabulló hacia algún rincón del restaurante, como lo hubiera hecho un gazo travieso.

Jaimes pareció meditar la respuesta más de la cuenta, como si creyera que podría hacerle un daño irreversible a una criatura frágil. Pero luego de tantos cuidados, entró en acción con rudeza, con el estilo implacable de quien tumba una pared a martillazos.

–Me juró que él te vio muerto –dijo, e hizo una pausa teatral–. Dijo que él y otros dos compañeros de ustedes corrieron a la mezanina, abrieron una puerta de emergencia y entraron a una terraza, pensando en auxiliarte, luego de la caída, pero no había nada que hacer, tenías la cabeza aplastada y... bueno, estabas muerto-muerto. Se dice que te taparon con unas formas continuas y luego vieron cómo el médico forense llegó, hizo toda clase de pruebas y entonces, bueno... se llevaron tu cuerpo en una furgoneta.

Volvió el espeso silencio, solo roto por los tintineos de los vasos y las copas, los ruidos de la cubertería sobre los platos y el murmullo de las voces y las risas de los otros comensales.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Parecía que ya no se iba a decir ni una palabra más en aquella mesa, pero al Corredor le surgió una débil luz en el rostro compungido. No era entusiasmo, estaba lejos de serlo. Era más bien como la determinación de desentrañar una verdad que se prefiguraba espantosa. –Bueno, Freddy, pero si se llevaron mi cuerpo en una furgoneta, en la morgue ha de haber un registro. Y tú, que eres uno de los reporteros mejor conectados allá, tendrás acceso a la base de datos. ¿Puedes hacerlo?

Jaimes sonrió nervioso. Por supuesto que podía encontrar ese dato, incluso desde su puesto en la sala de Redacción porque uno de sus amigos policías le daba acceso. Tan pronto llegara a su puesto de trabajo podría averiguar. Pero ¿qué iba a hacer si se confirmaba la sospecha? ¿Se iba a convertir en uno de esos personajes chiflados, de los que tanto solía burlarse, los que merodean por los alrededores de la morgue, en busca de conexiones ectoplásmicas?

CAPÍTULO 53
EL INCENDIO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor y Jaimes se despidieron en la entrada del restaurante, ambos en estados mentales muy confusos, cual víctimas de un accidente de tránsito que sufren diversos grados de conmoción cerebral.

Cuando se dieron la mano, el Corredor tuvo la impresión de que Jaimes aprovechaba el contacto para cerciorarse, una vez más, de su corporalidad. Y no se equivocaba, pues eso era lo que estaba pasando por la cabeza del periodista.

El Corredor, en tanto, tuvo una oleada de culpa. ¿Por qué le había enredado la vida a aquel hombre? Hasta hace unas pocas semanas, su único problema era conseguir en la morgue una historia escabrosa para obtener un espacio destacado en el pasquín para el que laboraba. Y conseguir ese tipo de historias en ese lugar no era algo que requiriera grandes esfuerzos. Por el contrario, lo difícil era escoger entre varias, todas muy retorcidas y tristes. Ahora, de seguro, estaba sumido en una cantidad de dudas desgastantes y angustiosas. “No tenía derecho a hacerle esto”, se dijo el Corredor, en voz tan alta que un joven que caminaba en dirección opuesta pensó que le hablaba. “¿Perdón?”, dijo, y el Corredor tuvo que excusarse.

Caminaba por la ribera del río Central y vio pasar varias ambulancias y patrullas por la autopista. Se detuvo en un quiosco y el hombre que lo atendía le comentó que había oído en la radio acerca de un gran incendio en la zona industrial de Los Hornos. Lo registró apenas con vaguedad, pero unos instantes después pensó en Jaimes. Seguro que ya lo sabía, pero no estaría de más avisarle. Después de todo, iba con retraso por su culpa. Ya iba a llamarlo cuando, sin ninguna razón a la vista, tuvo la convicción de que si Jaimes se movilizaba hasta el incendio, «algo fatal pasará».

Se extrañó tanto a sí mismo que soltó una corta y extraña carcajada. «Algo fatal pasará», dijo en voz alta. Se preguntó qué debía hacer entonces, entre llamar a Jaimes y preguntarle si ya sabía del incendio; llamarlo y recomendarle no ir al incendio; o no llamarlo y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Decidió llamarlo y ver qué rumbo tomaba la conversación, pero el periodista no atendió. Tal vez pensó que el Corredor estaba tan impaciente que ya pretendía tener respuesta del asunto de la base de datos. El Corredor resolvió que lo llamaría al llegar a la casa.

Jaimes había tomado un taxi, porque no andaba de ánimo para buses o metro. El taxista oía la emisora Popular, el equivalente radial del diario sensacionalista. Pasaban un programa musical, guiado por un locutor que intentaba ser muy populachero. A Jaimes se le antojó más bien atorante. Ya muy cerca de la oficina del periódico, interrumpieron el programa, pusieron una estruendosa cortina musical para anunciar que darían una noticia de último minuto. El taxista subió el volumen. Era un gran incendio en una fábrica de pintura. Jaimes, al llegar a la sede del diario, le pidió al taxista que lo esperara unos minutos. Subiría a preguntar si querían que fuese al sitio del incendio y, en tal caso, requeriría de nuevo sus servicios.

—¿Por qué no los llama por el celular?

—Es que me tomé unas cervezas y me estoy orinando.

Justo en ese momento, el Corredor cruzaba por uno de los dos puentes gemelos a los que el ingenio popular llamaba «las Tetos de Gloria Torres», en recuerdo de una sensual rumbera. Al estar sobre la gran autopista vio pasar a toda prisa tres camiones de los bomberos. Le pareció que eran heraldos quejumbrosos.

Siguiendo un juego que había comenzado a practicar hacía ¿poco?, pensó que al llegar a casa tomaría el primer libro de la biblioteca y ubicaría la página 87, número del camión con la gran escalera, uno de los que había visto pasar. Al entrar al parque tuvo una mejor ocurrencia. Le preguntaría a la chica que fungía de adivina en las tardes, junto a la entrada oeste. Era muy linda, con su pinta de *hippie* de otro tiempo. Leía un extraño libro. El Corredor entró a su campo visual y, sin preámbulos, dijo:

—¿Me puedes explicar qué significa el 87?

Ella lo miró con curiosidad. Sus ojos color miel resplandecían con la resolana. Cerró el libro luego de marcarlo con un recorte de papel. Respondió como un niño estudioso en un concurso de memoria:

—Lo que va a pasar pasa, aunque tengas un ángel custodio, o aunque tú seas el ángel custodio de otro. Los ángeles custodios no cambian el destino.

Le dio una generosa propina y ella, a su vez, le compensó con un beso en la mejilla y una sonrisa radiante.

El Corredor siguió su camino y volvió a llamar a Jaimes. Esta vez sí lo atendió, pero en el fondo se oían ruidos mucho más fuertes que el típico alboroto de la sala de Redacción. El periodista hablaba sobre un telón de caos: gritos, sirenas, bocinas, ruidos de frenos de aire, zumbidos de chorros de agua, voces de mando.

—¿Estás en el incendio? —preguntó.

—Sí, esto está muy feo, amigo, y va para muy largo. El favor que te debo te lo pagaré mañana.

—No hay problema, no te llamaba por eso. Me enteré del incendio y quise avisarte.

—Gracias, ya piensas como periodista —dijo, mientras en el fondo se escuchan sucesivos estallidos lejanos.

—También quería aconsejarte que no corras riesgos innecesarios. Ese periódico no lo merece.

—Lo tendré en cuenta, pero ahora tengo que dejarte. Los bomberos nos están pidiendo que nos retiremos un poco. ¡Parece que hay riesgo de que vuele toda la puta fábrica!

—¡Cuídate! —exclamó el Corredor y la llamada se cortó.

Se quedó un buen rato con la mirada vacía. Estaba sentado en el sofá de su propio apartamento, pero tenía el aspecto tieso y tenso de un paciente que espera su turno en el consultorio de un odontólogo. Cuando se dio cuenta de ello, intentó aflojarse un poco. Se quitó los zapatos y subió los pies a la mesa de centro. Miró el televisor y tomó conciencia de que hacía días o tal vez semanas o meses que no veía televisión. Había dejado de importarle ese artefacto. Se felicitó por ello, pero sintió un impulso instantáneo de encenderlo. Se levantó, tomó el control remoto y lo activó. Había quedado en un canal

de películas y daban una que iba acerca de un profesor de Filosofía y una bella alumna. Están en la cama, después de un lance sexual. Ella le dijo algo acerca de una insólita casualidad. El profesor, citó a Nietzsche: “No es eso, sino un azar lleno de sentido”.

El Corredor se rio porque la escena le pareció un rebuscado cliché. Cambió el canal, pasó por una retahíla de opciones deportivas, de cocina, más películas y dibujos animados. Llegó a los de noticias, y en el canal local se topó con las llamas. Era la transmisión en vivo del incendio de Los Hornos y de solo verlo ponía los pelos de punta. Le dio volumen y notó que el reportero o locutor que narraba y describía lo que pasaba no parecía usar el clásico tono objetivo que suelen emplear en estos casos. Por el contrario, se le oía casi al borde de las lágrimas.

Desde el estudio, una mujer muy estirada y altiva le preguntó:

–Jorge, sé que es duro hablar se esto, pero ¿puedes decirme cuántos periodistas, fotógrafos y camarógrafos están en estos momentos sepultados bajo los escombros?

El interrogado hizo un gesto de impotencia y angustia. Dijo:

–No lo sabemos, tal vez cinco o diez; los bomberos no saben.

El Corredor se abalanzó sobre el teléfono y llamó de nuevo a Jaimés. La línea estaba fuera del área de cobertura. Saltó de un lado a otro, como si lo acabaran de encerrar en un laberinto y buscara la salida con gran desespero. Resolvió que iría al incendio corriendo, pues Los Hornos estaba a no más de seis kilómetros y así evadiría los congestionamientos de tránsito y la hora pico del metro, que además no pasaba nada cerca de esa zona industrial. Se cambió en un santiamén y a los pocos minutos ya estaba en la calle. No pudo ir tan rápido como hubiese querido porque había demasía gente por las calles, pero antes de que cayera la tarde ya había llegado a los alrededores del lugar. No iba al ser fácil acercarse porque la policía había cerrado los accesos tres manzanas a la redonda alrededor de la fábrica de pintura. Una mujer policía, con semblante de hartazgo, le miró las piernas y le dijo: “¿Por qué no te vas a jugar para un parque? Mira que la curiosidad mató al gato”. El Corredor estaba muy sensible, así que le respondió:

–No estoy aquí por curiosidad. Tengo un amigo allí, en el grupo de periodistas.

La mujer policía lo miró a los ojos y pareció arrepentida de haberlo tratado como a un curioso más.

–Disculpa. Pero igual, nadie puede pasar.

Qué se sabe de las personas atrapadas?

La mujer policía lo miró a los ojos y preguntó:

–¿Y tú también eres periodista?

–No, solo soy amigo de uno de ellos. Se llama Freddy Jaimés.

–Ah, entiendo. Es que preguntas mucho.

–Amiga, es que necesito saber.

–Todos necesitamos saber –dijo ella, en tono abstracto–. Pero no es tan simple.

El Corredor decidió jugarse una carta arriesgada. Se aproximó a la mujer policía y le dijo: –Mira, te propongo algo: yo voy a pasar corriendo, y tú me reportas por radio. Si me atrapan, no importa, pero tú dices que entró un loco corriendo y tú no pudiste detenerlo, ni podías perseguirlo porque dejarías el puesto solo...

–¿Lo tienes todo pensado, eh? –respondió.

Al Corredor le pareció que la mujer policía le coqueteaba. Era bonita, un poco hombruna, pero bonita. Hizo un esfuerzo para sonreírle, pues no estaba de ánimo. La angustia lo carcomía. La mujer dio una palmada y exclamó:

–Bueno, ¿qué haces que no corres?

El Corredor corrió. Fue hacia la calle y la mujer policía tomó su radio y dijo, con voz casi aburrida: “Atención comando, se coló un loco que anda corriendo. Quiero decir, con ropas de correr y todo. No sé adónde se dirige”. Alguien le contestó: “¡Copiado!”.

El Corredor llegó al lugar que había visto en la televisión. Allí decenas de bomberos y obreros luchaban por quitar los escombros de una parte del edificio. Era como las ruinas de un terremoto, pero dentro de un incendio. Más allá, otros bomberos intentaban extinguir el fuego, pero este se encontraba en etapa de libre combustión.

El Corredor se introdujo en la zona de los escombros e intentó ayudar, pero las ropas y los zapatos que llevaba eran por completo inadecuados. De hecho, sintió tan calientes los pies que pensó que sus Asics se derretirían. Un bombero casi anciano, con insignias de jefe, lo reprendió:

–¡Hey, usted, ¿se puede saber qué cree que está haciendo?!

–Intento ayudar –contestó–. Un amigo mío estaba por aquí.

El bombero llamó por radio a alguien para que se presentara allí de inmediato. Miró al Corredor y le dijo:

¡Pues, salga de allí ya, ahora mismo! Vestido así no va a servir de nada.

El Corredor obedeció. Salió de los ardientes escombros y se acercó al bombero, que no paraba de dar instrucciones, unas por radio y otras a grito en cuello. Llegó un bombero joven, enfundado en un gran sobretodo azul, con ribetes fluorescentes.

–A la orden, mi coronel –dijo.

–Saque de inmediato a este hombre de aquí, acompáñelo hasta la zona uno y entrégueselo a la policía.

–¡Coronel! –intervino el Corredor, aprovechando que ahora sabía la jerarquía del bombero viejo–, le prometo que yo me voy solo. No quiero distraer a sus hombres del trabajo que hacen.

El coronel lo pensó no más de tres segundos y dijo:

–Me parece bien. Voy a confiar en usted. Parece una buena persona. ¡Váyase ya!

El Corredor dio las gracias y se disponía a retornar sobre sus pasos cuando se oyó un estruendo. Los bomberos y obreros habían logrado abrir un boquete hacia la zona donde estaban las personas atrapadas.

¡Están vivos! –gritó alguien.

El Corredor se retiró un poco, pero no se marchó, así que vio como sacaban a varias personas muy sollamadas y magulladas, con las ropas hechas guiñapos, y las llevaban a las ambulancias. Era difícil estar seguro de la identidad de los rescatados, pero por las piltrafas de la camisa de uno de ellos se convenció de que era Jaimes.

Salí al trote al lado de una de las ambulancias. Así evité toparse de nuevo con policías, aunque le hubiese gustado darle las gracias a la mujer. Pensó ir al hospital, pero vestido de corredor llamaría demasiado la atención. Decidió entonces volver a su casa. Le

costó muchísimo porque los humos densos del incendio le habían congestionado los pulmones. Los sentía arder y mientras más corría, era peor el sufrimiento. Tuvo que parar y terminar el recorrido en metro. En el vagón se dio cuenta de que la gente lo miraba con algo que parecía curiosidad y un poco de grima. Al verse en los vidrios de una de las puertas comprendió por qué. También se veía tiznado y sollamado, no tanto como los heridos del incendio, pero lo suficiente como para llamar la atención.

Se dio un largo baño, tomó mucha agua y entró a internet a leer las noticias sobre el incendio. Todas confirmaron que Freddy Jaimes era uno de los periodistas heridos. El alcalde había ordenado que no los llevaran al hospital público sino a la clínica Artemisa, con excelentes equipos de cuidados intensivos.

El Corredor se impresionó con el tono lastimero de las notas escritas por los periodistas. Claro, los heridos en este caso eran sus colegas, quizá sus amigos. Si fuesen desconocidos tal vez hasta se habrían permitido algún sarcasmo acerca de lo sucedido o, al menos, habrían presentado los hechos con un estilo seco, sin ningún sentimiento involucrado.

El Corredor decidió que en la mañana iría a la clínica a saber de Jaimes. Se acostó en el sofá y durmió profundo. Soñó con el incendio y con Jaimes. En el sueño, el periodista salía caminando de entre las llamas y decía: «Díganle a Roy que voy a transmitir en vivo desde dentro del fuego. Van a tener que darme un premio». Luego, su chaqueta raída empezaba a ser consumida por las llamas. El Corredor intentaba alertarlo con gritos, pero ya era inútil, porque ahora lo veía por televisión. Se despertó tratando de gritar y notó que se había dormido doblado de un modo extraño. Le dolía la pierna derecha como si tuviera ciática. El televisor estaba encendido y daban una película de aspecto muy antiguo.

Al día siguiente decidió ir al trote hasta la clínica Artemisa, pero con pantalón largo, de gimnasia, y una camiseta de fútbol, con mangas. Llegó casi sin sudar porque era cerca de su casa, tal vez unos dos kilómetros y medio. Espero un poco a una cuadra, para que se le normalizara la respiración. Se miró de reojo en los vidrios polarizados de un vetusto Malibú. Reemprendió la marcha lenta y creyó ver a Jaimes, con la misma ropa del día anterior. Iba también en dirección a la clínica. El Corredor esta vez se negó a sentir espanto. En su lugar, se sintió furioso. ¿Hasta cuándo jugaban con él? ¿Qué extraña fuerza se dedicaba a causarle tantas incertidumbres con patrañas incalificables? Aceleró el paso y alcanzó a Jaimes justo en la entrada de la clínica, que en lugar del vestíbulo de un hospital parecía el de un hotel de lujo. Lo tomó por la chaqueta raída.

—¡Freddy! —dijo.

El periodista se detuvo y volteó a mirarlo. No tenía ningún signo de quemadura ni herida visible. Sonrió y saludó.

—Epa, ¿qué haces tú aquí?

—Pues, venía a visitarte, creyendo que estabas hospitalizado, pero ya veo que estás bien. Me alegro.

—Sí, fue una gran confusión. Yo logré escapar del derrumbe del edificio... A diferencia de tres de mis colegas. Vengo a ver cómo están.

—¿Escapaste del derrumbe?

—Claro, ¿acaso no me ves? Pero quiero que sepas que fue por un pelo... Y, pensándolo bien ahora, creo que fue tu llamada la que me salvó. Me moví unos metros para hablar contigo porque se oía muy mal y la parte donde estaba unos segundos antes fue la que colapsó... ¡Hermano, creo que me salvaste la vida, eres algo así como mi ángel custodio! —exclamó Jaimes y abrazó al Corredor con tanta energía que las personas que aguardaban en el vestíbulo les dedicaron algunas miradas emocionadas.

El Corredor recordó las palabras de la bella *hippie* de los ojos almendrados y dijo, con una voz prestada:

—No creo que haya sido eso. Los ángeles custodios no cambian el destino.

El periodista le prometió que esa misma tarde haría la averiguación pendiente y que al día siguiente podrían almorzar.

—Yo invito. Si te debo esta segunda oportunidad, lo menos que puedo hacer es brindarte un almuerzo —dijo, con una generosa sonrisa.

∞

Se despidieron. El Corredor resolvió que, como todo estaba bien y era temprano, subiría al sendero de Todosnadie, que estaba en la ruta. Hacía tiempo que no andaba por esos parajes, ni veía a sus amigas secretas, las mariposas acompañantes.

Subió en tiempo récord porque andaba en el tope de sus condiciones. Corrió el sendero de extremo a extremo dos veces, a una velocidad que a él mismo le maravilló. Era una mañana estupenda, resplandeciente y con una temperatura ideal, un verdadero canto a la vida. Había decenas de mariposas. Unas amarillas, cual pétalos de girasol; otras encarnadas, con algo de ascuas; y las infaltables traviesas de azul cobalto, escapadas de Neptuno.

Retornó eufórico a la ciudad pasado el mediodía. Llegó a su apartamento, se bañó, tomó su típica siesta al desnudo y luego se levantó hambriento y se comió un trozo de pastel de carne que tenía en la nevera desde hacía varios días. Bebió un néctar de mango, que le supo delicioso y se preparó una gran taza de café.

Se entretuvo con el libro que Herme le había prestado el fin de semana. Era *Ensayo sobre las visiones de fantasmas*, de Arthur Schopenhauer. Se enganchó con esa lectura porque, en su muy primitiva formación filosófica, había entendido que este alemán era un pensador serio, no un charlatán más. Además, era un emblema del pesimismo; decía que este mundo era el peor posible.

Se hizo de noche y solo el teléfono lo sacó del libro. Era Jaimes. Tenía una voz un poco lúgubre que al Corredor le recordó las sirenas de los carros de bomberos, el día anterior. —Misión cumplida —dijo—. Esto se pone cada vez más difícil de entender. Te voy a pasar por correo electrónico el informe de la que fue tu supuesta autopsia.

Jaimes cerró la frase con una risotada extraña en él. Al menos, el Corredor nunca lo hubiera imaginado riéndose así. Solo atinó a imitarlo con una mueca sonora del mismo tenor.

—Ya te lo mandé, ¿nos vemos mañana a la una en la pizzería? Recuerda que yo pago porque te debo esta vida nueva que tengo. Todo el mundo me dice que nací de nuevo.

El Corredor estaba en un plano mental muy nebuloso; solo quería colgar para ir a leer el informe, pero alcanzó a decirle que no sabía de qué pizzería le hablaba Jaimes.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

-Pensé que sabías porque has pasado por el frente. Es en la calle que baja de la morgue hacia el campus de la universidad.

-¿Cómo se llama la pizzería?

-Arthur's.

CAPÍTULO 54
EL INFORME
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor abrió el archivo. Tardó unos segundos en desplegarse y eso le permitió constatar que estaba cerca de un colapso nervioso. Es más, estaba seguro de que nunca había estado tan alterado. Casi se sentía desfallecer.

Lo primero que leyó fueron sus dos nombres y sus dos apellidos, en correcto orden, seguidos de su número de documento de identidad y demás datos indiscutibles, como el ser un masculino de 32 años, 80 kilogramos y estatura estimada de 1,75 metros.

—¡Soy yo, coño, no hay duda! —dijo en voz muy alta, y pensó que iba a desmayarse. Luego pasó a la página de la descripción de las lesiones. Decía:

El sujeto presenta politraumatismos consistentes con la hipótesis de suicidio por salto al vacío, siendo la lesión principal el hundimiento del cráneo con múltiples fracturas, presentando el cuero cabelludo el típico aspecto de bolsa de nueces. Se presume que haya descendido de cabeza, pues presenta cuello en esclavina. Exámenes tomográficos demostraron la incursión de la columna cervical en la bóveda craneana, con lesión fatal del bulbo raquídeo.

Se levantó a toda prisa y trató de llegar al baño, pero vomitó antes de llegar. La descarga fue total, vació todo lo que tenía en el estómago y quedó haciendo dramáticas arcadas.

Se miró a los ojos y se espantó a sí mismo. ¿Cómo es posible que hubiese muerto de la manera terrible que reseñaba aquel informe forense y estuviera allí, leyéndolo? ¿Qué clase de chiste siniestro era este?

Logró volver a la computadora y seguir la lectura, para encontrar que también tuvo fracturas costales y daño en varios órganos, producidos por impacto contra un balcón en el trayecto de caída.

No tuvo determinación para seguir hasta el final. Solo vio que habían examinado el contenido estomacal y realizado pruebas para dictaminar si había consumido alcohol o drogas. Cerró el archivo y volvió al correo de Jaimes, que era muy escueto. Solo decía: “Conseguí el informe, pero nada tiene el menor sentido”.

CAPÍTULO 55

¿ENTIERRO O CREMACIÓN?
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor sufrió la modalidad de insomnio más pavorosa, esa en la que no se puede dormir ni tampoco leer, ver televisión, navegar en internet ni tampoco escribir ni estructurar un pensamiento. Era como una bolsa llena de desperdicios arrastrada por una corriente de aguas turbias a través de las calles anegadas de una ciudad de grandes desniveles. Fue tanta su parálisis que no se animó a salir a correr a la 3 a.m. ni tampoco más tarde. Experimentaba un tremendo miedo de sí mismo, en ese momento incomprensible, irracional. Parecía temer que al trotar en medio de la madrugada se le evaporara de un todo la cordura, o tal vez algo peor, la corporeidad que le había sido concedida en contra del orden natural.

Quien padece ese tipo de insomnio tiene una percepción de que el tiempo transcurre lento, comparable con la olla que se mira y no hierve que decía Herme. Amaneció sentado en la cama, sin haber descansado en absoluto, un poco mareado y aún aturdido por el contundente contenido del informe.

Se obligó a tomar un baño y a comer algo, pero de inmediato lo devolvió. Solo toleró unos sorbos de bebida energética y pasó la mañana entera mirando, sin mirar, a través del ventanal de su habitación. A las doce salió con rumbo al restaurante donde comería con Jaimes.

Caminó a través del parque en el que tantas veces había corrido y se sintió nadie, la nada, inexistente. Recorrió la caminería central, la misma que aquel domingo encontró tachonada de bancos de otra época, bancos que antes de ese día nunca estuvieron, y después de ese día, nunca han vuelto a estar. Esto lo llevó a pensar en Joel y en Roderick, pues con ambos se topó allí mismo. Se dijo que si hoy veía a alguno de ellos, le diría que ya sabía toda la verdad, que había tardado en entender o, mejor dicho, se había resistido mucho a entender, pero ya había sido suficiente agonía.

Río en voz alta ante la paradoja que acababa de expresar: la agonía era, en este caso, posterior al final, en lugar de algo previo, el duro proceso de adaptarse a la convicción de estar muerto.

¿Qué se supone que le diría Roderick en ese caso? Seguro se burlaría de su lentitud para entender, solo comparable con su lentitud para correr. Pero tal vez no, quizá volvería a ser su fraternal compañero de la infancia y adolescencia, ahora que ya había desechado los embelecocos del trance.

Y del trance (no del que había experimentado en los últimos tiempos, sino del que pasaba en ese momento) lo sacó un balonazo. Pateada por un potente futbolista de unos quince años, la pelota se estrelló en el rostro del Corredor sin que él pudiera hacer ni tan siquiera el intento de esquivarlo. Le dio de lleno entre el ojo derecho, la mejilla, la nariz y la oreja y tuvo el efecto de *knock down*. Casi perdió el equilibrio, pero lo recuperó, y luego puso la rodilla derecha en el suelo y se apoyó en una papelera. Se acercaron el chutador

y dos jugadores más y le preguntaron cómo estaba. El Corredor lucía mareado, pero no era nada grave. Intentó sonreír. Los chicos estaban entre asustados y con ganas de burlarse. El Corredor se incorporó, se limpió la cara con su pañuelo y dijo

–Sigan, no pasó nada.

Tan pronto llegó a la puerta este del parque comprendió que se le estaba hinchando el rostro, pues sintió la mejilla y el pómulo tensos, igual que aquella vez que se le complicó la extracción de una muela cordal. En el camino a la pizzería, y luego ya dentro del establecimiento, comprobó que la gente lo miraba con foco en el lugar de la cara donde le había golpeado el balón. Seguro pensaban que le habían dado un puñetazo en medio de alguna riña.

Por fortuna, Arthur's era un sitio un poco oscuro, así que no llamaba demasiado la atención. Cuando el Corredor llegó al lugar, ya Jaimes estaba instalado en una mesa en un rincón, tomándose una cerveza. Lo recibió con una sonrisa que el Corredor nunca le había visto. Tuvo la impresión de que, en lugar de la suya, llevase ese día una dentadura postiza que le venía un poco grande. Algo absurdo, desde luego.

Jaimes se deshizo en agradecimientos. La providencial llamada lo había salvado.

–No quiero que se entienda mal, pero en ciertas culturas, creo que mi vida ahora te pertenece.

–No es para tanto, yo no hice nada –dijo el Corredor, muy azorado.

–Claro que sí. De no haber sido por ti, ahorita estaría dos metros bajo tierra. O me estarían cremando, porque yo nunca había pensado en eso, hasta anoche, pero creo que voy a dejar instrucciones para que me cremen.

–Interesante –dijo el Corredor, por decir algo.

–¿Y tú? –preguntó Jaimes.

–¿Yo qué? –replicó el Corredor.

–¿Que si has decidido lo que prefieres entre entierro y cremación?

El Corredor caviló. No llegó a responder porque Jaimes reparó por fin en el golpe del rostro y lanzó una nueva pregunta:

–¿Qué te pasó en la cara?

El Corredor sintió cierto alivio y comenzó a contarle la curiosa historia del balonazo perdido.

Jaimes sonreía de nuevo con esa dentadura que parecía recién puesta. Ambos tomaban cerveza y comían pizza. Ambos estaban pensando que el otro era una improbabilidad. El Corredor, en rigor, pensaba que los dos eran improbabilidades. Se pescó a sí mismo diciendo: «El pobre Freddy, aún no ha entendido nada. Ya lo entenderá». Mientras pensaba esta frase miró hacia la barra del Arthur's. El maestro pizzero había abierto el horno de leña y allí una fiera llamarada se sacudía como un látigo incandescente.

El Corredor acumuló valor. Le parecía demasiado indiscreto hablar del informe con Jaimes justo aquel día, pero seguía tan impactado que no aguantaba el impulso de hacerlo. Le dijo:

–Oye, supongo que hoy estás libre, y no quiero fastidiarte con algo de trabajo, pero comprenderás que el informe que me enviaste me dejó muy mal...

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

—¿Te refieres al periodismo? Sí, he quedado libre de eso. Pero ayer mismo, después del incendio, tuve un extraño impulso. Fui a la universidad y acepté un trabajo de profesor que me habían ofrecido. Empecé hoy mismo. Te repito que fue algo impulsivo. No sé por qué, pero al contarme lo del balonazo, me sentí identificado. Fue algo así.

El Corredor estaba ahora más estupefacto. No lograba articular una frase coherente. Jaimes hablaba, pero sus palabras se extraviaron en el camino. En algún momento consiguió hacer una pregunta pertinente:

—¿De qué estás dando clase?

—Filosofía. Es lo que siempre quise ser: un filósofo.

CAPÍTULO 56
DE TALES A HEIDEGGER
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Luego de revelarse como gran estudioso de la filosofía, Jaimes no habló de otro tema en el resto del almuerzo. Se remontó hasta Tales de Mileto y Pirrón de Elis; pasó por Sócrates, Platón y Aristóteles, se devolvió para referirse a Pitágoras y luego dio grandes saltos para disertar con pasión sobre los escolásticos y, como si hubiese tomado una autopista del pensamiento, pasó por Kant, Hegel, Marx, Nietzsche, Heidegger y Foucault. Se expresaba con una erudición casi molestosa, y el Corredor tuvo la impresión de estar ante un pozo de petróleo recién reventado y no había manera de parar el chorro que se proyectaba varias decenas de metros sobre las copas de los árboles. Lo que más le impresionaba era que nunca hubiese imaginado a Jaimes en el trámite de analizar grandes tratados filosóficos. Sonrió al pensar en lo opuesto que era su trabajo como reportero de crímenes en un pasquín de baja ralea.

—¿Qué te hizo gracia? —preguntó Jaimes, en un paréntesis de su clase magistral.

El Corredor se sintió avergonzado. Jaimes había percibido la sonrisa como una burla o algo así. Esa no había sido su intención, así que resolvió decirle la verdad.

—Pensaba que eres un erudito en filosofía, y que ese trabajo en el periódico era muy poca cosa para ti. Se desperdiciaba tu talento.

Jaimes se apoyó en la opinión del Corredor para proseguir con sus disertaciones. Recuerda lo que dijo Leibniz, en la *Teodicea*: que jamás ocurre algo sin que haya una causa o al menos una razón determinante, es decir, algo que pueda servir para dar razón a priori de por qué algo existe y por qué existe de esta manera más bien que de otra manera.

Esta vez, el Corredor no sonrió. Se quedó sin reacción. Jaimes se desvió por el rumbo de su última cita, y recaló en el principio aristotélico de no contradicción, e insistió mucho en que se refería, más que nada, a su enfoque ontológico.

Terminaron de comer, Jaimes pagó la cuenta y salieron del Arthur's. El Corredor, aparte de impresionado por el giro de Jaimes, estaba frustrado porque no habían abordado el tema de "su" informe. Al salir a la calle había una luz solar a máxima potencia que los dejó a ambos deslumbrados. Jaimes se puso unos lentes oscuros. El Corredor se animó a plantear el tema; tal vez tendría suerte de obtener alguna versión del ahora exreportero de página roja. Lo hizo con toda la sutileza de la que fue capaz:

—¡Oye, buen amigo!, al final no hablamos del tema de mi informe.

Jaimes pareció no entender, aunque el Corredor tuvo dudas acerca de su verdadera reacción, pues los cristales de los lentes eran tan oscuros que no se le veían los ojos.

—¿De cuál informe me hablas?

—Del que me enviaste por correo... Ya sabes, el de Medicina Forense.

—Hermano, ya te dije que todo eso quedó atrás. Ahora digo, con Kant, "ser no es evidentemente un predicado real, es decir un concepto de algo que pueda añadirse al concepto de una cosa. Es sencillamente la posición de una cosa o de ciertas determinaciones en sí".

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

El Corredor se sintió desconcertado e irascible. Era algo egoísta de parte de Jaimes no querer hablar de ese tema. Trato de expresarlo sin evidenciar su molestia.

–Lo que pasa es que ese informe no se refiere a tu ser, sino a mi ser. ¿Podríamos, en algún momento, dedicarle unos minutos?

–Sí. Podríamos, amigo.

CAPÍTULO 57

LA PIEDRA DE PENSAR 1
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor y el Filósofo bajaron juntos la cuesta de la morgue. Al llegar a la encrucijada junto al río, se supone que cada uno tomaría una vía diferente, aunque el Corredor sabía que ya el Filósofo no iría al periódico. Ya no tenía nada que hacer allí.

En la bifurcación, el Filósofo dijo:

–Oye, se me ocurre algo: si tienes tiempo, puedes venir conmigo a la clase que debo dar en la universidad.

Al Corredor no le llamaba demasiado la atención una clase de Filosofía. Pero calculó que si lo acompañaba, tal vez podría sacarle algún dato sobre su informe.

–Sí, tengo tiempo. Iré contigo.

Caminaron hasta el campus, y una vez dentro, se dirigieron a paso relajado hacia la Escuela de Filosofía. La clase sería dos horas después, así que podría ser su oportunidad para extraer algún dato. El Corredor pensó invitarlo a un café, pero el Filósofo se adelantó y, señaló una roca que emergía de la tierra en un amplio solar de suelo desnudo. Dijo:

–Siempre he querido sentarme en esa piedra. ¿Me acompañas?

El Corredor accedió. El Filósofo entró gozoso a esa especie de gran jardín descuidado, con la actitud de un niño al que le han dado permiso para jugar fútbol en un descampado. Casi corrió y se subió a la piedra, sentándose en ella.

El Corredor llegó unos segundos después y se quedó de pie, junto a la roca. No había espacio para dos personas allí, a menos que estuvieran muy juntas y eso iba a verse raro, aun en una zona frecuentada por librepensantes.

El Filósofo miraba hacia el horizonte lejano, enmarcado por la montaña de Todosnadie. El Corredor reparó entonces en el hecho indiscutible de que era una espléndida tarde. El cielo era de un azul que hacía pensar en lo maravilloso de la vida, en tiempos despreocupados, infantiles, simples. El Filósofo asumió una pose como la de la escultura de Rodin y dijo:

–Lo sabía, siempre lo supe. Esta será mi piedra de pensar.

El Corredor trató de no impacientarse. Volvió a mirar el pictórico contraste de la paleta de verdes de Todosnadie con el rotundo azul celeste y sus nubes blancas risueñas. De súbito lo acometió una tremenda angustia: ¿cómo es que alguien decide matarse en un mundo tan hermoso?

El Filósofo salió de su trance y comenzó a disertar. Actuaba como si fuese una máquina de exponer temas filosóficos y alguien le hubiese echado una moneda.

–Hoy debemos diseccionar a Heidegger, el filósofo del *dasein*, del ser ahí, una genuina genialidad, valga la cacofonía. El “ser ahí” nos habla de que no se trata solo de ser, sino también de estar y de trascender. Tal vez por eso, en inglés se dejaron de boberías y es un solo verbo, ser y estar, digo. Los analistas dicen que el *dasein* nunca acaba, nunca se

completa, siempre está en la esfera de lo posible. El carácter inacabado es constituyente de su esencia. Entonces, no podemos aspirar a definir una totalidad en lo inconcluso por naturaleza.

Observó un punto lejano, en las copas de unos árboles distantes, hacia los lados del Bosque Botánico. Luego miró al Corredor a los ojos, como si fuera un niño en el jardín de infancia. Preguntó:

–¿Debemos inferir que el *dasein* solo se realiza y completa con eso que se conoce como la muerte?

El Corredor se sintió acorralado por partida doble. Por un lado, aquel profesor espontáneo lo interrogaba sobre algo de lo que él no tenía criterio alguno. Por el otro, había dicho la palabra clave, sobre la que ambos deberían hablar muy en serio ahora.

–No pongas esa cara. Es una pregunta retórica, parte de mi estilo de dar clase. La respuesta, a todas luces, es no. Heidegger creía que el *dasein* no experimenta la muerte propia.

Se hizo el silencio verbal y el plano auditivo lo coparon los pájaros. Cientos de ellos, tal vez miles. A lo lejos se oían las risas y voces de varios estudiantes.

–Freddy, por favor, hablemos del informe –se atrevió el Corredor a pedir. Su voz era suplicante, casi plañidera.

El Filósofo bajó de la piedra, se sacudió el pantalón y caminó, como si quisiera llegar a ese horizonte que había oteado desde su improvisado púlpito.

–Me gustaría ayudarte. Lo voy a hacer, pero ahora necesito estar concentrado en la Filosofía. Dame un par de días hasta que pueda asentarme.

–De acuerdo. Total, ya que he esperado tanto, qué importan unos días más.

–Gracias. ¿Vas a venir a la clase?

–Seguro.

CAPÍTULO 58

LA PIEDRA DE PENSAR 2
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor dejó pasar varios días, durante los cuales no pudo evadir la tentación de leer filosofía. Fue de un lado a otro, en una especie de curso veloz para principiantes, aunque, impresionado por la disertación del Filósofo en la clase universitaria, se concentró bastante en Heidegger.

Pasados los días, tuvo el impulso de llamar al teléfono de Jaimes, y cuando esperaba oír su voz lanzándose con alguna reflexión profunda, oyó la de una mujer que interrogó algo mucho más simple:

–¿Quién le llama?

El Corredor se identificó, no muy seguro de que fuese buena idea. La mujer suspiró y dijo:

–Señor, se ve que usted no lee mucho los periódicos ni ve televisión. Freddy murió hace un mes. En un incendio.

–Lo siento, lo siento mucho –dijo el Corredor en verdad apenado–. ¿Usted es familiar?
–Soy la viuda.

–Reciba mis condolencias –dijo en tono mecánico el Corredor, y experimentó unas inaguantables ganas de reír a carcajadas, por lo que se despidió y colgó sin esperar otra frase de la mujer. “¿Un mes...? ¿Cómo que un mes?», se preguntó.

Decidió que si quería ver a Jaimes tendría que ir a buscar al Filósofo a la universidad. Por supuesto, fue al trote. Entró al campus por el lado opuesto al de la vez anterior, es decir, por el portal contiguo al Bosque Botánico.

El Corredor conocía esa ruta por haberla usado innumerables veces, pero siempre en fines de semana o días feriados. Nunca había corrido por esos lados en horas de clase. La experiencia fue desagradable. Varias veces debió frenar y caminar debido a la caprichosa manera de andar de los estudiantes. Varios de ellos, además, le dedicaron miradas de fastidio, burla y hasta de desprecio, como si correr fuese algo muy fuera de lugar o de tiempo.

Logró superar los atascos humanos y se encaminó a una explanada en la que la arquitectura del recinto reclamaba grandiosidad, aunque sin lograrlo del todo. Desde allí se descendía al descampado de suelo pelado donde estaba la piedra de pensar del Filósofo. El Corredor la avistó desde lo lejos. Le dio la impresión de ser el lomo de un animal mitológico.

Pasó junto a la roca, pero no había ni un alma en todo el solar; debía ser porque a esa hora el calor era inmisericorde. Pensó en detenerse a esperar, pero tenía muchas ganas de seguir corriendo, así que salió del campus y se dirigió hacia el circuito de los militares, que estaba a unos tres kilómetros.

Allí lo sobrecogió una extraña sensación: no había vuelto al circuito de los militares a esas horas, con el sol encendido a toda su potencia, desde aquel primer día, cuando

corrió con ropa de calle y le llamó la atención a todos los presentes. Esta vez, en cambio, era solo otro trotador aunque la hora resultaba un poco extravagante.

Dio un par de giros al circuito y emprendió el retorno sobre la misma ruta de ida. En pocos minutos estuvo de nuevo en la ciudadela universitaria. Se dirigió al descampado y entonces vio al Filósofo sentado en lo alto de la piedra.

Se aproximó con una amplia sonrisa, esperando que el Filósofo se sintiera agrado por su interés en oír sus disertaciones. El Filósofo, sin embargo, sonrió con cierta cautela y dijo:

–¿Sabes cuál es una de las paradojas de mi vida? Pues que puedo recordar parrafadas enteras de los *Diálogos* de Platón o de pensadores tan abstrusos como Hegel o Foucault, pero casi nunca puedo recordar los nombres de mis alumnos.

El Corredor, que había empezado a hacer algunos estiramientos, se detuvo a medio camino en uno de ellos y miró al Filósofo. En su actitud había una pregunta implícita.

El Filósofo trató de ser más directo:

–Lo que quiero decir es que tu cara me resulta familiar, pero no la conecto con un nombre. ¿Fuiste o eres mi alumno?

El Corredor negó con gestos. Primero quiso pensar que Jaimes estaba en son de broma, pero luego terminó aceptando que no era así. Hablaba en serio. La pregunta quedó colgando largos instantes hasta que el Corredor contestó:

–No un alumno formal, pero ayer estuve oyéndote en este mismo lugar. Dijiste que habías encontrado tu piedra de pensar.

El Filósofo miró hacia la lejanía, repitiendo uno de sus gestos del día anterior, caviló unos segundos y dijo:

–Bueno, es cierto que dije eso. Pero no fue ayer, sino hace un mes, casi. ¿Ese día también llegaste aquí corriendo?

El Corredor se repetía la pregunta “¿un mes?, ¿cómo que un mes, si fue ayer?”, la misma pregunta que le dejó la escueta conversación con la viuda. Mientras el Filósofo esperaba la respuesta.

–¿Un mes?

–Sí, estoy seguro, porque fue el día que di la clase de Heidegger. Hace un mes, ni un día más ni un día menos... Pero, entonces, ¿qué me dices?

–¿Qué digo de qué?

–Pregunté si ese día también viniste corriendo.

–No, pero no tiene importancia.

El Corredor evaluó por un segundo si debía decirle que habían almorzado juntos y llegado allí en una larga caminata. Prefirió no hacerlo, sino seguirle la corriente, como suele decirse.

–Pues, dime, ¿qué se te ofrece? –preguntó el Filósofo.

El Corredor reflexionó. ¿Qué podía decirle? Parecía evidente que aquel hombre a quien había conocido como periodista de páginas sangrientas y ahora era un iluminado profesor universitario de Filosofía, había cruzado el río del olvido. De nada serviría buscar en él los viejos temas de interés, como informes sobre muertes trágicas y

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

otras desgracias cotidianas. Además, ¿por qué habría él de querer rebuscar en esos archivos sepultados, si ahora era un ser maravilloso que pensaba sobre una roca?

CAPÍTULO 59

PARA SIEMPRE
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

De regreso a su casa, atravesó una vez más los pasillos que daban hacia el Bosque Botánico. Otra vez había un inoportuno tránsito de estudiantes, al entrar y salir del campus. Se lanzó a correr por la calle en un tramo en el que los vehículos iban lento, también por exceso de tráfico. Cuando pudo tomar un sendero despejado tuvo la convicción de haber perdido para siempre a su amigo Freddy Jaimes.

El sol le daba directo en los ojos, pues corría de este a oeste y eran cerca de las cinco de la tarde. A pesar de ese derroche de luminosidad, la expresión “para siempre” fue como una luz de alarma encendida en medio de una noche muy oscura.

“¿Por qué dices para siempre?”, se preguntó a sí mismo. Dio tres o cuatro trancos en silencio mental, cavilando una respuesta, y luego se contestó: “porque es obvio que ha dejado de ser él. En la práctica es otra persona”.

Unas diez zancadas más y se hizo otra pregunta: ¿por qué a él le ocurre eso, pero yo sigo a mitad de camino? ¿Qué tengo yo de diferente, que no atravieso el río del olvido?”.

Se concentró a la vez en buscar una respuesta y, a la vez, en correr bien. Se experimentó en su dualidad mente-cuerpo como pocas veces antes. Recorrió unos 300 metros en esa suerte de comunión. Sus piernas eran potentes remos que cortaban sin dificultad las aguas y movían una galera que navegaba con gran garbo en un mar tranquilo como un plato. Los brazos oscilaban como el cabezal de un balancín petrolero. La respiración era un proceso fluido y enérgico.

En la exaltación del esfuerzo, vino la epifanía: “No he atravesado el río del olvido porque soy un alma en pena”.

CAPÍTULO 60

ESPÍRITUS EXTRAVIADOS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor leyó sin descanso acerca de las razones por las cuales un alma podía quedar en pena. Supo de varias culturas africanas según las cuales eso les ocurre a los infortunados que no son despedidos en forma digna por seres queridos, porque mueren en soledad o por la razón que sea.

Una mujer con turbante de piedras incrustadas y ojos sobreactuados dijo, muy convencida, en un video en internet, que los espíritus extraviados eran, sin excepciones, gente que cargaba con culpas por haber asesinado a alguien sin recibir castigo en la esfera humana. “No me refiero a los criminales sin remordimientos. Esos no penan por acá, van directo al fogón. Hablo de los que saben que no pueden entrar al cielo. La culpa es un fardo demasiado pesado”.

El Corredor levantó la mirada de la pantalla. Vio el blanco manchado del techo de una forma en la que antes jamás la había visto. “Tengo que averiguar qué clase de despedida tuve, si la tuve. O tal vez mi rollo es que maté a alguien y no aguanto la pena».

De inmediato abrió dos nuevas líneas de investigación. Trataría de averiguar qué tipo de ceremonias habían realizado luego de aquel tétrico desenlace; y también revisaría con cautela su historia para encontrar su crimen. Lo primero que se le venía a la cabeza era que él, y no Juan Luis, podía haber atropellado a Roderick. Eso explicaría, con tinte inequívoco, por qué sus primeras experiencias de alma en pena habían sido aquellos contactos con él.

CAPÍTULO 61
DESDE TÁNTALO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

La convicción de ser un alma en pena le arruinó la que pudo ser una de sus mejores faenas en mucho tiempo. Todo se descompuso al mismo tiempo. Comenzó a dolerle el segundo dedo del pie izquierdo, cada vez que lo apoyaba en el suelo. También protestó la rodilla del mismo lado. Sufrió una especie de gripe repentina, comenzó a destilar moco muy líquido y le salieron lágrimas como llorara con desconsuelo. Hasta tuvo una punzada en el costado, algo que no le ocurría desde sus tiempos de principiante. Tuvo que parar.

Se sacudió la nariz para detener el flujo, pero era como un manantial. Tampoco dejaba de expulsar lágrimas. Nunca antes una gripe se había apropiado de él de una forma tan violenta. Tenía, además, un gran cansancio. Sentía el deseo irrefrenable de acostarse en uno de los bancos de concreto del parque y dormir varias horas.

A duras penas caminó hacia su casa, casi arrastrando los pies y tropezando a veces por no alzarlos lo suficiente en algún paso. La ruleta enloquecida de su mente se detuvo de pronto en la imagen de la manifestación frente al hospital Privado. ¿Estaría aún allí? Según el señor con el que habló, en realidad no se van nunca.

Como no tenía ya fuerzas para dar un rodeo, debió pasar por el puesto de Herme y él, por supuesto, comentó el deplorable aspecto de enfermo que tenía.

—¿Cómo se te ocurre salir a correr con semejante peste? —preguntó, en tono paternal.

El Corredor pensó en explicarle que hacía apenas unos minutos gozaba de plena salud, pero le pareció que sería demasiado cuesta arriba. Declinó y se limitó a encogerse se hombros. Herme le ofreció un pequeño vaso de plástico con lo que, por el olor, era ron con jugo de limón. Se lo zampó de un trago. Le hizo el efecto de una cachetada. Herme seguía reclamándole por hacer ejercicio en esas condiciones, y el Corredor se decidió a pasar a la ofensiva:

—Herme, tú que sabes tanto de tantas cosas, ¿qué sabes sobre las almas en pena?

—No mucho —respondió sin dejar pausa—. En literatura y mitología hay un largo expediente. Tántalo, el esposo de Clitemnestra, asesinado por Agamenón, le salía a su propia viuda. Penélope veía a su hermana muerta. Aquiles se salía de su tumba por las noches. En algún lado leí que los muertos insepultos, los muertos demasiado jóvenes, los que mueren sin los sacramentos o sin estar arrepentidos, y los que mueren de muerte violenta, como los asesinados, los suicidas, los ahogados, los ejecutados son candidatos a aparecidos. Ah, también leí que los muertos a los que les profanan las tumbas y a los que dejaban dinero enterrado eran almas en pena hasta que alguien encontrara la plata. Digo esto en pasado porque ya nadie deja plata enterrada.

Herme parecía haberse activado en la disertación, como si su cerebro hubiese recopilado todo lo que sabía al respecto y ahora su boca se dedicara a ametrallar datos.

—Leí en una revista el aporte de un exorcista, creo que se llamaba Gabriele Amorth,

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

quien dijo que las “almas en pena” son difuntos que aún no han encontrado su lugar en el orden de la vida eterna, pero también hay quien menciona las “almas guía”, que no penan, sino que ayudan a los vivos. Decía ese padre que el debate al respecto estaba abierto para los teólogos, aunque la doctrina de la Iglesia es que hay una única vida en la tierra y luego iremos al cielo o al infierno, eternos ambos.

—¡Uf, Herme, lo que dije: sabes de todo! No entiendo qué haces aquí.

—¿Aquí dónde? —preguntó con su aire pícaro—. ¡Aquí, vendiendo libros y revistas viejas!

—¿Y te parece poco?

CAPÍTULO 62

INCISO SOBRE CORRER CON FILOSOFÍA

Estoy convencido de que solo cuando el ser humano entra en movimiento—por su propia energía, no porque vaya a bordo de un vehículo— es cuando puede, en verdad, pensar.

No es una tesis nueva. Por el contrario, es tan antigua como Aristóteles, quien hablaba con sus discípulos no mientras corrían, pero sí mientras caminaban. Dicen que de allí viene el apelativo de peripatético, que en griego significaba algo así como “el que pasea”.

A pesar de la fuerza aristotélica, la concepción opuesta parece que se ha impuesto. La inmovilidad contemplativa del filósofo tiene mejor reputación que deambular. Los pensadores icónicos son esos cuyos cuerpos permanecen estáticos, mientras por dentro les ocurren increíbles fenómenos de ebullición intelectual.

Pero, ¿quién puede demostrar que esa parálisis física no es, más bien, un obstáculo, un freno para el verdadero fluir de las ideas?

Otra imagen típica del filósofo—sobre todo los del siglo XX— es la del bohemio que bebe y fuma en un bar de París (o de cualquier otra ciudad que, en cualquier caso, ha de tener aires parisinos) mientras su séquito se asombra de la brillantez de sus cavilaciones. Ese estilo, desde luego, también está reñido con la pretensión de mezclar reflexión trascendente y deporte.

En mis muy superficiales operaciones de rastrillaje filosófico (tratando de entender al experiodista de página rojas), he sabido de las paradojas de Zenón, un señor que afirmó, 400 años antes de Cristo, que el movimiento es una ilusión, que la tortuga siempre le ganará a Aquiles, si parte con alguna ventaja, y que las flechas, en realidad, no se mueven. ¡Cómo se ve que no era corredor este Zenón, porque vaya que un corredor sabe que el movimiento existe y que las tortugas nunca le ganan a los Aquiles. Y seguro que a Zenón tampoco le tocó luchar en las guerras de su tiempo, que eran con arco y flecha.

Por fortuna, la filosofía da para todo y hay grandes nombres en su historia que pueden utilizarse, muy por el contrario, para avalar la tesis de que el movimiento físico—correr, por ejemplo— es un activador de la máquina de pensar. Sin remontarnos demasiado atrás, podemos decir que el atleta es el superhombre de Nietzsche y sus carreras cotidianas tienen algo del eterno retorno.

Por lo demás, hay seres excepcionales que se desenvuelven con igual eficiencia en los terrenos del esfuerzo físico y el intelectual. Y esos individuos dicen que el punto en común es que todo, en realidad, es una competencia, solo que en deporte esto se asume sin rodeos, mientras que en otras actividades se oculta tras disfraces y máscaras.

Por cierto: este escrito es la reproducción más fiel posible de lo que acabo de pensar corriendo.

CONVENCER A EDUVIGIS

LOURDES

(EPISODIO RECONSTRUIDO)
ESPACIO PARA EL 7.º EPIGRAFE

El Corredor llegó al parque antes del amanecer. Los pájaros más madrugadores comenzaban a entonar sus cantos. Hacía algo de frío. Dio un par de vueltas al trote lento y luego se detuvo para hacer estiramientos y movimientos de taichí. Estaba en un lugar recóndito, pero presintió que Eduvigis Lourdes se acercaba. Lo experimentó como una señal que se hacía más fuerte cada momento, como si estuvieran conectados por una corriente secreta. Esa sensación fue el elemento que le faltaba para estar seguro. La conexión era paranormal. Y cuando la palabra *paranormal* cruzó su mente, le dieron unas incontenibles ganas de reír. “¡Paranormal!”, dijo en voz alta, justo en el momento en que la erótica figura de Eduvigis Lourdes despuntaba al contraluz del alba.

Se mantuvo haciendo sus ejercicios hasta que la chica estuvo a su lado. Lo invadió el aroma inconfundible de su perfume mezclado con las emanaciones de su cuerpo de abeja reina. Le dio al Corredor el típico beso cerca de la boca y lo hizo lucubrar, una vez más, en cómo sería el sexo con aquella atleta. Esa línea de pensamiento anulaba a la anterior. Era absurdo pensar que aquel vibrante ser, rebosante de energía y hormonas era una tipa muerta. La expresión “tipa muerta” le produjo el mismo efecto que “paranormal”, y soltó un borbotón de risa, casi un graznido. Eduvigis Lourdes preguntó, extrañada, si tenía algo raro en el rostro. El Corredor lo negó y ella preguntó el motivo de su risa. “No me hagas caso, a esta hora hago cosas raras”, respondió. Ella lo miró con su picardía característica y le dijo que, por lo pronto, lo único que debían hacer era correr. El maratón se correría dentro de tres meses, lo que significaba que estaban justo en el tiempo de entrar en la fase seria del entrenamiento. El Corredor asintió y empezaron a correr.

Al Corredor le producía un gran orgullo correr con Eduvigis Lourdes. En primer lugar porque ella corría de verdad, era una auténtica atleta, y poder llevarle el paso era una proeza que demostraba cuánto había logrado avanzar en este deporte. Pero lo que más le gustaba de correr con ella era la envidia que despertaba entre los otros corredores por andar al costado de tan prodigiosa hembra. Una vez, uno de ellos se aventuró a cortejarla, al trote, interrumpiendo la conversación que sostenían. Era un hombre pequeño y musculoso, con más apariencia de boxeador que de maratonista. Ignoró al Corredor y pretendió pavonearse con Eduvigis Lourdes. El Corredor se angustió con la duda de cómo debía reaccionar. Si le pedía al hombre que los dejara en paz, la situación podía derivar hacia la violencia, hacía una especie de lucha por la hembra en celo, que puede verse en Animal Planet. Además, quién era él para reivindicar derechos sobre Eduvigis Lourdes. ¿Y qué pasaría si ella, tan coqueta que era, le daba alas al sujeto? En esas disquisiciones estaba el

Corredor cuando Eduvigis Lourdes, sin palabras anestésicas previas, le dijo al hombre: “¿Sabes qué?, ¡eres un idiota, vete a la mierda!”. El corpulento pareció desinflarse cual si estuviera relleno de aire y alguien hubiese abierto la válvula. Su sonrisa se borró, luego de quedarse congelada unos segundos. “¡Ta bien, mami”, alcanzó a decir y corrió hacia un costado. Por un segundo le disparó una terrible mirada al Corredor, que también estaba atónito.

—¿Conoces a ese tipo?, ¿te había molestado antes? —preguntó el Corredor, y Eduvigis Lourdes, con una expresión divertida, contestó:

—¡No, primera vez!, pero a esos duendes engraidos hay que frenarlos desde el principio.

Ya habían recorrido la mitad de la primera vuelta cuando el Corredor retomó la decisión de plantearle a Eduvigis Lourdes su muy acabada tesis del cambio de plano. Aprovechó un alto en el parloteo de ella (hablaba sobre una situación incómoda que se había presentado en la oficina) y le dijo:

—Edlu, hay algo de lo que quiero que hablemos.

Ella lo miró y, con gran naturalidad, lo invitó a que dijera de qué se trataba.

—No, mejor luego de que paremos —dijo el Corredor. Ella se encogió de hombros y siguió con sus temas.

Pararon junto a un gran espejo de agua invadido por plantas flotantes en flor. Se sentaron en el suelo a estirarse mediante un ejercicio conjunto. Con las piernas abiertas en forma de V, apoyados los pies de uno contra los del otro y tomados de las manos, se halaron por turnos. Primero haló Eduvigis Lourdes y el Corredor sintió como si de los músculos y huesos salieran chispas y llamaradas. Luego le tocó a él halar a Eduvigis Lourdes y ella se estiró como lo hubiera hecho un gato, sin mostrar ningún esfuerzo ni dolor. Desde esa posición podía verle buena parte de sus tetas hechas, como suele decirse de las operadas. Cuando ambos aflojaron, Eduvigis Lourdes preguntó de qué quería hablarle y el Corredor se quedó por momentos sin palabras. Era tan difícil plantearle a alguien un asunto de ese calibre.

Resolvió intentar por la vía de la mayéutica. Le preguntó a Eduvigis Lourdes si buena parte de “las cosas” que le habían pasado en los últimos tiempos no le parecían de verdad extrañas. De inmediato se recriminó por decir “las cosas”, una absoluta vaguedad. Eduvigis Lourdes, luego de tomar un largo sorbo de agua, preguntó:

—¿Qué cosas?

Era de esperarse que lo preguntara. Tenía que ser más certero en los términos.

—Me refiero a que nos han pasado situaciones que no tienen explicación, ¿no te parece?

—dijo el Corredor, pero Eduvigis Lourdes estaba en otra frecuencia.

—¿Qué situaciones? No te entiendo.

El Corredor se sintió acorralado. O lanzaba lo que tenía por dentro de una buena vez, o quedaría mal ante Eduvigis Lourdes y, lo peor, frustrado ante sí mismo. Respiró profundo y dijo:

—Edlu, yo pienso, creo que desde hace ya varios meses... tal vez años, que estoy muerto.

El Corredor pensó que la frase sonaría profunda como un toque de gong, pero más bien tuvo un sonido poco agraciado, como la carcajada sofocada que le había provocado

la palabra *paranormal*. Eduvigis Lourdes abrió muchísimo los ojos y pareció estremecerse en lo más íntimo, pero luego resplandeció su sonrisa fatua, cual si pensara que el Corredor andaba en tono de chanza.

–Pues, si muerto corres bastante duro, no quiero imaginarme cómo serías vivo –dijo y, como siempre, al Corredor le pareció que la palabra *duro* estuvo dicha con doble sentido.

El Corredor se vio a sí mismo deconstruido, convertido en pequeñas olas del espejo de agua, deslizándose como un manojito de colores entre los nenúfares. Pensó que si dejaba que Eduvigis Lourdes convirtiera el asunto en una broma, ya habría perdido la oportunidad de tratar el tema con la gravedad que amerita. Así que optó por jugarse sus cartas más pesadas. Le puso un dedo en los labios como para borrar su sonrisa y le dijo: –Hablo muy en serio, y ¿sabes qué?, Yoly también está muerta.

Esta vez, Eduvigis Lourdes no sonrió. Se quedó en el momento de mirada de miedo. El Corredor pensó en sostenerle la mirada hasta que accediera a hablar del tema con la necesaria seriedad, pero fueron interrumpidos por un enorme perro ocre que llegó a gran velocidad y se introdujo en el espejo de agua a darse un baño. Al hacerlo, salpicó al Corredor y a Eduvigis Lourdes. El dueño venía muy tranquilo. Tenía la típica actitud de los dueños de perros que creen que todas las acciones de su animal son, de por sí, graciosas y dignas de encomio. “¡Daddy, Daddy, sal de ahí, que eso está prohibido!” dijo el hombre, dando por descontado que su manera de tratar al perro (un golden retriever, según diría después Eduvigis Lourdes), también era graciosísima. El perro, por supuesto, no le hizo caso hasta después de un buen rato. Eduvigis Lourdes y el Corredor se levantaron y fueron a sentarse unos metros más allá. El dueño del perro hizo un mohín de desagrado. –¿Qué es lo que dices tú, loquito? –preguntó Eduvigis Lourdes, con una voz que parecía a punto de quebrarse. Luego intentó esbozar su sonrisa y especuló acerca del daño que le causaba el exceso de entrenamiento. Me gusta que quieras correr el maratón, pero no que vayas a terminar mal de la cabeza –expresó con un gesto indescifrable.

El Corredor la tomó por un brazo. Esa no era en absoluto su manera de tratar con ella. Los contactos físicos siempre eran promovidos por Eduvigis Lourdes y su particular sentido de la proxemia. Pero esta vez el Corredor estaba determinado a que su compañera de entrenamiento lo escuchara de verdad. Ella sabía de qué le hablaba, pero se hacía la desentendida porque no quería admitir la verdad. Ya él mismo había pasado por esa etapa y comprendía que era muy difícil.

Eduvigis Lourdes miró la mano del Corredor asiendo su brazo izquierdo y él reaccionó soltándola y pidiéndole perdón.

–No fue mi intención, pero es que quiero que me entiendas porque esto te involucra a ti también, Edlu –le dijo. Ella adoptó una expresión de auténtico terror. Amiga, yo creo que todos estamos muertos, incluso tú.

Eduvigis Lourdes se contorsionó como si hubiese recibido un choque eléctrico.

–¿Pero, qué te pasa, hombre, por qué me dices esas cosas? –dijo en voz alta, con entonación parecida a la que había empleado con el acosador, al punto de que una joven que paseaba a su niño de dos o tres años, volteó a mirar. Sus miradas chocaron y la joven se retiró fingiendo que hablaba con el pequeño.

El Corredor se mandó con una larga explicación acerca de todo lo que él había “vivido” luego de su presunto suicidio. Le contó de sus extraños contactos con Roderick y Joel, de sus experiencias con tiempos dislocados. Ella negaba y reía nerviosa.

El Corredor la emplazó a recordar lo que sabía de aquel día en la empresa, cuando en teoría se había lanzado desde la azotea y se había roto como un melón sobre el pavimento. —¡Anda, tú que has hablado con Yoly y otra gente que estaba allí, dime que eso no pasó, o, mejor dicho, dime qué paso!

Eduvigis Lourdes lucía confundida, como al borde de un hundimiento mental.

—Yo no sé qué pasó, amigo, solo supe lo que dijo la gente, y ya sabes cómo hablan en las oficinas. Yo al principio también creí que te habías suicidado, pero luego Yoly me dijo que Yousef te había convencido, que te había llevado a tu casa y te habían dado un reposo psiquiátrico... y luego, bueno, nos encontramos de nuevo contigo, renovado, sano ¡y hasta atleta!

La muchacha dijo estas palabras y pareció que se aterrorizaba más. Dicho así, la teoría del Corredor tenía lógica. En realidad, sí se había suicidado, solo que había regresado de la muerte. Se notaba que aquello le provocaba oleadas de escalofrío.

El Corredor le explicó cómo fue que él mismo se había negado a aceptar la realidad por un tiempo indefinido, durante el cual lo único que hacía era correr. No trabajaba, no hacía nada de lo que hacen las personas normales. ¿Cómo se explicaría algo así? Eduvigis Lourdes insistió en que lo que se decía era que él estaba de reposo psiquiátrico.

—Tal vez te dieron unos medicamentos que te borraron ese tiempo, lo que no significa que estés muerto, querido.

Aunque comenzó a sentirse exhausto, el Corredor hizo un esfuerzo más. Le dijo a Eduvigis Lourdes que prestara mucha atención. Cuando él reapareció en la vida de Yoly y, por tanto, en la de ella, ninguna de las dos había muerto.

—Pero ya estaban en sus últimos días en esa existencia y, por tanto, se les facilitaba el contacto con seres como yo. Luego vino el accidente.

Eduvigis Lourdes tembló y se puso pálida.

—¿Cuál accidente? —alcanzó a decir antes de que los ojos se le anegaran.

El Corredor sintió, de pronto, un gran arrepentimiento. Lo había arruinado todo, era un verdadero estúpido. Qué más daba estar vivos o muertos si disfrutaban de una bella amistad y los dos tenían unos cuerpos rebosantes de salud. Y el de Eduvigis Lourdes, rebosante también de erotismo puro. Ya no había manera de volver atrás. Casi seguro que Eduvigis Lourdes se negaría a volver a verlo y si ella le contaba a Yoly, era muy posible que también decidiera alejarse de semejante demente.

Ya estaba a punto de pedirle perdón a Eduvigis Lourdes y rogarle que olvidara toda aquella conversación nefasta, cuando la chica, tras enjugarse las lágrimas le hizo una pregunta que parecía darle al menos el beneficio de la duda a sus teorías.

—Bueno, de acuerdo, te creo que tú estás muerto, por aquello del día del suicidio, pero explícame de qué accidente me hablas.

—Ustedes iban a correr el Biatlón de los Llanos una mañana de sábado. Yoly manejaba y ya tú sabes que lo hacía a gran velocidad. En la curva de Las Mielles, un autobús les invadió

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

la vía y Yoly no tuvo tiempo de reaccionar. Fueron a dar a un barranco. Tú falleciste en el acto. Yoly está vegetativa en el hospital de San José –soltó el Corredor con una precisión digna de un parte de prensa.

–¿Cómo sabes todo eso? –preguntó Eduvigis Lourdes con aire abatido.

–Se lo dijo a mi primo un mensajero de la empresa y yo, además, pude verlo en internet. Si quieres te lo paso a tu correo –dijo.

Eduvigis Lourdes pareció recuperar el buen humor.

–Así que somos muertos que usan internet, qué gracioso.

El Corredor le dijo que hay muchas cosas que no se comprenden ni siquiera después de un tiempo y que el acceso a internet es una de ellas.

–Es como si fuera una ventana interdimensional –explicó, aunque él mismo no digería aún ese concepto.

Eduvigis Lourdes ya estaba dominada por las tremendas incertidumbres, así que preguntó de nuevo.

–¿Por qué vemos a los otros corredores... todos están muertos también?

El Corredor no respondió de inmediato, sino que la miró muy largo y dijo:

–No creo que todos nos vean. Lo que pasa es que nosotros queremos creer que nos ven.

CAPÍTULO 64

LA HERMANA OLVIDADA
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor se levantó como de costumbre a las tres de la madrugada. Se puso sus ropas de correr y salió de manera casi automática a hacer su recorrido habitual por la avenida de dos niveles, el Club de Campo y las urbanizaciones del norte. Hubiese sido una faena sin nada especial que reseñar, salvo que mientras trepaba por una calle escarpada, en medio de un silencio solo roto por los ladridos de los perros que despertaban a su paso, el Corredor recordó que tenía una hermana.

Fue tal la sorpresa que se dio a sí mismo que se detuvo en seco, como si para pensar en su hermana fuese necesario estar quieto. Lo que le sacudió fue sobre todo eso: que cayó en cuenta de que la había olvidado. ¿Cómo era eso posible, si él había tenido siempre una bella relación con su hermana. “¿Hace cuánto tiempo que no pensaba en ella?”, se interrogó, y tras detenerse otra vez, hizo cálculos mentales laboriosos, hasta que llegó a la conclusión provisional de que había dejado de recordarla por al menos un año. “¡Dios mío, qué pensará ella de mí!”, se recriminó.

Logró reanudar la marcha; ya de regreso en su ruta de noche cerrada, no dejó ni un momento de pensar en la hermana. Entre otros pensamientos, reflexionó sobre por qué ella tampoco se comunicó nunca en este tiempo. Y por qué él no la llamó a ella, por ejemplo, luego del accidente con la mancuerna. ¿No es acaso cierto que hasta las personas que viven alejadas de sus familiares, incluso en el caso de que se han distanciado por un disgusto, si surge una emergencia lo primero que hacen es llamarlos? ¿Por qué él, al estar en aquel aprieto no pensó en su hermana? Claro que no estuvo mal su decisión de entonces, pues fue lo que marcó el regreso de Yoly, pero ¿por qué ni siquiera se le ocurrió llamar a su hermana cuando repasó las opciones que tenía? ¿Hubo algún desencuentro entre ellos? “Es inexplicable”, se dijo a sí mismo mientras pasaba justo por el lugar donde había visto la escena de la joven Wilkins, la mujer asesinada. De esa manera, la ruta parecía haberle respondido que todo en su existencia era inexplicable.

Lo único que logró sacarlo de la concentración que había mantenido en el tema de su hermana fue el ambiente agitado que había aquella madrugada en la avenida de dos niveles, uno de cuyos tramos funcionaba desde tiempos muy remotos como Zona Rosa. La policía, al parecer, había decidido hacer una gran batida contra las prostitutas y los travestis, así que había gran cantidad de vehículos y un montón de hombres con uniformes de camuflaje, botas, chalecos antibalas, armas largas y cascos que evocaban las películas sobre nazis. Muchos de los policías llevaban lentes oscuros, a pesar de que era noche cerrada. Algunos parecían llevar puestas, como si se tratase de otra parte de la indumentaria, unas sonrisas entre burlonas y despectivas. También había varias mujeres policía, con la misma facha. El Corredor pensó en cruzar la calle y evadir la zona del tumulto, pero se encontraba en medio de un tramo en el cual no había pasos peatonales hacia la pista sur. Él sabía que su presencia como corredor a esas horas de la

madrugada siempre era sospechosa, pero lo resultaría más en este caso, dada la jarana que estaba armada. Se anticipó a la escena en la que se vería envuelto: la policía le ordenaría detenerse y le preguntaría qué hacía a esas horas por esa zona. “¿Buscando putas, jefe?”, lanzaría alguno de los funcionarios con sonrisa cínica incorporada. Mientras elaboraba una respuesta para ese tipo de preguntas, vio venir a otra gente corriendo, pero no de manera deportiva, sino la típica carrera de un tumulto. Una mezcla muy peculiar de gritos avanzaba con el tropel. Algunos eran gritos histéricos, salidos de gargantas femeninas o impostados como tales. Otros eran hoscos y masculinos, aunque salieran de fisonomías de mujer. El Corredor tuvo que detenerse y pararse en una entrada de estacionamiento. Vio pasar al grupo en fuga. Eran unas diez personas, en apariencia hombres vestidos como mujer. En la manera de correr se les notaba, a pesar de que algunos de ellos tenían pechos y avanzaban agarrándose los, como si llevaran a un bebé en brazos. Otros corrían descalzos, llevando en las manos los zapatos de grandes tacones. Algunos reían, como si aquello fuera parte de un juego del que disfrutaran. Detrás de esas personas venían unos veinte policías, una parte de ellos trotando muy despacio, y la otra en motos, con un gran ruido. Las luces de las cocteleras llenaban la avenida de destellos rojos y azules. Más atrás, en dirección contraria a la vía, avanzaba un pequeño camión en el que llevaban a quienes ya habían sido detenidos. Al Corredor le pareció una carroza de Carnaval, pues a través de los barrotes de la plataforma, mujeres y hombres con exceso de maquillaje, trajes de lentejuelas, bikinis dorados o plateados o pantalones tan ajustados como otra piel, emitían toda clase de chillidos. El camión se detuvo justo frente al lugar donde estaba el Corredor, pues dos policías traían, tomado por los brazos, a un jovencito andrógino que apenas vestía una especie de *babydoll* transparente y caminaba con gran dificultad sobre unas sandalias rojas. Lo hicieron subir al camión entre sonoras nalgadas y frases denigrantes. “¡Agarraron a la Pichina!”, gritó una falsa mujer, y otra, dirigiéndose a los agentes: “¡Déjenla quieta, malditas ratas, ella es menor de edad!”. Un policía reparó en el Corredor, vio la hora en un enorme reloj que llevaba en la muñeca, y dijo: “Es como muy temprano para correr, amigo, mejor devuélvase para su casa”. Sonrió y siguió detrás del camión.

El Corredor pudo reanudar su carrera y sintió que lo hacía sobre un campo de batalla humeante. Sobre el mugriento suelo había basura regada, botellas rotas y un zapato estrambótico que seguro había pertenecido a uno de los travestis que habían pasado corriendo con los pies descalzos.

Superado el escollo, volvió la paz recelosa de la madrugada y volvió también el recién recobrado recuerdo de la hermana.

La alegría de aquel reencuentro memorístico con su hermana le hizo dar largas y enérgicas zancadas. El aire frío de la madrugada entraba y salía con esa fluidez que solo llega después de mucho entrenamiento, y su cuerpo avanzaba a paso eficiente, apenas rozando el asfalto. Bajaba por una rampa de forma curvada que conectaba a la avenida de dos niveles con las amplias aceras del hotel Aurora cuando, en una típica maniobra de su mente azogada, comenzó a cuestionarse: ¿De verdad tenía una hermana o era algo que se le acababa de ocurrir?

La pregunta estropeó el ritmo atlético de su carrera, como si a una bicicleta se le hubiese roto la cadena. De nuevo, casi se detuvo para pensar en su hermana. Claro que tenía una. Era una chica linda, bajita, algo regordeta, con simpatía para derrochar. Varias veces se peleó con sus amigos porque la miraban de manera lasciva, en especial en el tiempo en que, casi que de la noche a la mañana, le crecieron unas hermosas tetas. El grato recuerdo de su hermana adolescente, acosada por “esos malditos sádicos”, le permitió recobrar velocidad y consistencia. Pero, por lo visto, las dudas eran como un péndulo gigantesco: se alejaban por unos segundos y luego volvían a zarandearlo, una vez del lado izquierdo; otra, del derecho.

“¿Cómo se llamaba mi hermana?”, preguntó alguien dentro de su cabeza y, de inmediato corrigió el tiempo verbal: “No es *cómo se llamaba*, sino *cómo se llama*”. Avanzó dos, tres, cuatro, cinco trancos, y la mente no le devolvía el nombre. Se paró en seco. Estaba aterrorizado. “¿Cómo es posible que alguien no se acuerde del nombre de su propia hermana? Eso puede pasarle a uno con viejos amigos, con un primo, quizá... pero no con tu hermana, con la que viviste esos años en los que la cabeza está fresca y es inocente”. A duras penas terminó el recorrido, entró al edificio, pasó junto al puesto vacío del vigilante (que, de seguro, dormía al otro lado de la caseta), subió a su apartamento y se metió de cabeza en el armario donde guardaba papeles y fotos de otros tiempos. Tenía que encontrar alguna de su hermana y eso, tal vez, le ayudaría a recordar su nombre.

El trabajo de remover archivos y álbumes familiares fue lacerante. Comprobó que los de su hermana no eran los únicos recuerdos desleídos. Tampoco podía precisar los nombres de otras personas, a las que tan solo identificó como tías, tíos, madrina, padrino, la vecina que era simpática, alta y flaca y tenía un marido de medio tiempo, bajo, gordo y antipático. Del deslave se salvaban su madre y su padre, cuyos nombres anotó en un papel, para luego escribirlo en la computadora. En algún momento, el péndulo volvió a darle en la sien y tuvo dudas sobre si esos eran los verdaderos nombres, pero encontró una fotografía en la que ambos aparecían con él, aún muy pequeño, tal vez de cuatro o cinco años. En el respaldo de esa foto habían escrito algo con una primorosa letra corrida, pero al parecer algún líquido le había caído, haciendo que la tinta se corriera. Solo podía leerse: “ngo y María Auxil” y luego se veía una especie de sello con la fecha, también medio borrada. El Corredor, armado con una lupa, concluyó que era del 12 o el 22 de junio de 1978.

“¡Mauxi!”, gritó, y su propia voz le sonó como proveniente de un remoto pasado, como salida de una escena infantil en la playa, con los padres. Luego de asediar aquel dato, había logrado tomar control de él: su hermana se llamaba (“se llama”, volvió a corregirse) María Auxiliadora, igual que su madre, pero desde pequeña, en la familia la llamaron Mauxi. Entró en la computadora y, en el buscador, puso “Mauxi”. El programa se tomó sus buenos dos o tres minutos, durante los cuales mostró un absurdo reloj de arena (ironías informáticas, sin duda). Al final de aquel suspenso, ofreció varios archivos, todos de la carpeta de imágenes. Abrió el primero y la imagen de una linda muchacha con una espléndida sonrisa se le plantó en la pantalla. El Corredor se

emocionó tanto como si acabara de abrir la puerta y ella estuviera allí, de cuerpo entero. Hasta sintió que le decía algo como “¡Pero, dónde te habías metido, mi Gordito?!”. Y la remembranza cobró entonces una vida tersa, luminosa, fresca, con una calidad casi de momento presente. “Ella me decía *mi Gordito*”, expresó en voz alta, como para dejar constancia de aquel fognazo de la memoria, y pensó que en su infancia había sido fofo y cachetón, aunque no gordo, dicho con propiedad.

Como si hubiese logrado perforar un pozo en una roca dura, las reminiscencias comenzaron a brotar a chorros. Le trajo de vuelta las sensaciones de ahogo inminente que sufrió las primeras veces que intentó correr. En ellas siempre aparecía la figura burlona de Roderick, en la delantera y, luego, ufanándose de su superioridad atlética. “Claro que te gano: eres un gordo-manteca”, decía.

También brotaron impresiones más recientes de su hermana, graduándose en el liceo, al volante de un carro, vestida con bata blanca y estetoscopio colgado... ¿Era médica su hermana? Allí se detenía el borbotón del pozo. Eso no lo recordaba en absoluto.

Recostó la cabeza en lo alto del espaldar de la silla. Se dijo que iría con calma, que ya aquella madrugada había logrado bastante al recordar que tenía una hermana y averiguar cómo se llamaba (“cómo se llama”, se corrigió una vez más). Ahora merecía descansar un poco. Se quedó dormido.

CAPÍTULO 65
REVENTÓN
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Al despertar, tuvo de nuevo la sensación de no estar seguro sobre si los últimos acontecimientos y pensamientos habían ocurrido en el contexto de la realidad o en medio de un caprichoso sueño. Se propuso reconstruir lo ocurrido paso a paso y pensó que la mejor manera de hacerlo era escribir todo en la computadora. Fue una vía muy extraña, pues nunca se había preocupado mucho por escribir. Lo suyo habían sido siempre los números, primero en hojas de cálculo de papel, y luego en Excel. Hasta ese momento, lo único que había hecho era recopilar materiales escritos por otros y anotar algunas cosas en su cuaderno. Se puede decir que no conocía los documentos Word. Pero comenzó a escribir y experimentó una fluidez extraordinaria, al punto de que inició la tarea alrededor de las nueve de la mañana y se levantó de la silla pasadas las once de la noche. No fue un parto con dolor ni un tránsito traumático, sino una especie de reventón de un pozo petrolero gigante. Ni siquiera tuvo ganas de orinar, como tampoco hambre ni deseos de estirar las piernas. Escribió como si deseara pagar una deuda histórica, como si hubiese sido siempre un escritor vocacional, pero la certeza hubiese estado soterrada bajo intrincadas capas geológicas.

Escribió de un tirón, sin parar a revisar ni releer, sin corregir ni borrar nada, en un continuo de contumaz empeño. Escribió como quien corre sin cansancio y la ciudad donde vive, de pronto, le resulta pequeña, así que toma la carretera y sigue corriendo hacia los suburbios, y luego hacia otras ciudades que alguna vez parecieron remotas. Escribió sin reparar en lo que dejaba atrás, sin considerar la necesidad de volver, en una psicodélica ruta hacia cualquier parte.

Desde ese día en adelante, no dejó de escribir sus experiencias. Escribir se convirtió en un corolario imprescindible de correr. Tan pronto regresaba, la mayoría de las veces sin antes bañarse o comer, se sentaba frente a la computadora y soltaba impresionantes chorros de palabras que se acumularon en gigantescos archivos. De manera simultánea fue tornándose experto en el manejo del procesador de texto, así que apenas unas semanas después de haber cruzado aquel umbral, llegó de correr con la inquietud de saber cuánto había escrito aquella primera vez, pulsó el contador de palabras y este le dijo que se había largado más de cuatro mil. Luego revisó un archivo en el que había compendiado todo lo tecleado desde entonces y encontró que ya tenía escritas más de cuatrocientas mil. “Una larga novela”, se dijo.

CAPÍTULO 66

HERME, EDITOR
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor durmió sin sobresaltos aquella primera noche y, como cosa curiosa, no despertó a las tres de la madrugada, sino cerca de las siete, muy descansado, como si al haber escrito aquel enorme texto se hubiese vaciado por completo y su mente recalentada hubiese logrado equilibrarse. Se levantó de buena gana, hizo café y tomó una taza mientras, desde la ventana del lavadero, miraba a la gente moverse con agitación creciente por la avenida. Luego se animó a desayunar, a sabiendas de que eso postergaría la hora de salida a trotar al menos hasta las nueve o las nueve y treinta. Decidió que si salía a esa hora, o un poco después, haría intervalos de 10 x 400 en la pista del parque. Con eso compensaría su falla a la cita cotidiana de las tres de la madrugada. Y es que el Corredor había llegado al nivel de considerar aquella excusión fantasmal como una especie de ritual obligatorio, un placer personal exclusivo, algo que no hacía ninguno de los otros dos millones y tantos de habitantes de la ciudad. Comió sin límites, como si el maratón de escritura (así lo llamó) lo hubiese dejado con los tanques vacíos. Luego se devolvió a la cama y durmió una deliciosa siesta matutina.

Al despertar eran casi las nueve, así que se levantó en automático, determinado a vestir las ropas de correr y acometer su faena de intervalos. No obstante, experimentó la necesidad de ponerse una ropa cualquiera y salir solo a deambular por las calles aledañas. Se dijo que era una buena ocasión para comprar algunas cosas que necesitaba en casa, como unos bombillos para la habitación donde había montado su propio gimnasio, con pesas, mancuernas, ligas y un viejo aparato multifuerza que había comprado años atrás, en uno de sus arranques de acondicionamiento físico (que nunca pasaban de los tres meses, a lo sumo). Salió con aire despreocupado y comenzó a caminar por la avenida. Lo hizo en dirección contraria al puesto de Herme porque no quería toparse con él. Visitó una gran tienda que vendía artículos del hogar, ferretería, regalos, deportes y otra variedad de ramos. Compró tres bombillos y aprovechó para llevarse también una mancuerna de cinco kilos y un chaleco fluorescente que podría usar en sus troles a oscuras.

Como la compra era un poco incómoda para transportarla, resolvió regresar directo a su casa, dejar las cosas y salir de nuevo, para ir esta vez hacia un pequeño mercado popular donde compraría algo para prepararse un almuerzo especial. Lo hizo, y mientras caminaba reflexionó que se tenía impresionado a sí mismo con tan excelente humor. En el mercadito compró medio kilo de jurel y variados condimentos. Iría a su casa y freiría el pescado y comería todo cuanto le provocara junto con una buena ración de arroz blanco. Cuando traspuso la reja del mercado y se disponía a caminar rápido hasta su casa, oyó la voz cantarina de Herme, quien conversaba con una vendedora de lotería. Si hubiese estado tan poco sociable como de costumbre, habría hecho lo posible por evadir el contacto, pero aquella mañana hizo lo contrario: al pasar le dio a Herme una

palmada en la espalda, al tiempo que le decía: “Mi buen amigo, Herme”. El librero abrió su gran sombrilla-sonrisa y abrazó al Corredor. Se despidió de la vendedora de lotería con frases de doble sentido que hicieron reír a varios de los presentes. Caminaron juntos y el Corredor estaba tan feliz, tan liviano, que invitó a Herme a almorzar en su casa. “Voy a hacer jurel frito”, dijo y le sugirió pasarse por su casa en una hora o un poco menos. Si no tenía nada que hacer y así lo prefería, podía irse con él de una buena vez y ayudarlo a cocinar, o sentarse allí a esperar la comida, saboreando una cerveza fría. Herme sonrió de una manera que al Corredor se le antojó llena de significados. Podría ser que daba por confirmado su pronóstico de que, más temprano que tarde, el Corredor dejaría de ser huraño y aceptaría su amistad sin remilgos. También podría ser que el jurel le hacía brotar a Herme su personalidad de pescador. Cuando llegaron al apartamento del Corredor, Herme dejó claro que no se limitaría a esperar para almorzar, sino que participaría en la elaboración del menú. Con gran destreza elaboró un estupendo aliño y picó tomate, cebolla, repollo y zanahoria, para hacer una fresca ensalada que al Corredor le recordó sus visitas a la playa con sus padres y su hermana.

La remembranza retumbó como una campana festiva y animosa. Sin pensarlo mucho le dijo a Herme:

–Oye, Herme, ¿yo te había dicho que tengo una hermana?

Herme detuvo el ducho movimiento del cuchillo, miró al Corredor con unos ojos como platos y dijo:

–No, nunca me has hablado de nadie de tu familia... bueno, salvo Yoly, aunque ella todavía no es de tu familia.

El Corredor sabía que no se lo había dicho. Su pregunta había sido un mero giro retórico para comenzar a tocar el tema. Le contaría la forma extraña en que había recordado a Mauxi y eso le daría el pie para decirle que había pasado el día anterior ametrallando letras en la computadora, una actividad en la que no tenía ninguna experiencia. Era algo que le gustaba hacer en sus pocas tertulias: crear el ambiente para que el tema del que en realidad quería ocuparse aterrizara sin contratiempos, sin brusquedades. Todo iba muy bien, pero –una vez más– Herme se le adelantó. De pronto, casi interrumpiéndolo, le preguntó:

–¿Tú no escribes las cosas que te pasan, chico?

Y el Corredor casi pierde su soplo de buen humor. Vio a Herme como si no hubiese comprendido la pregunta, pero sí que la había comprendido. Herme entornó los ojos y sacudió la cara de una manera caballuna, mientras preguntó si acaso había dicho algo inconveniente o necio. El Corredor se repuso del chasco y la contrariedad que le produjo el adelanto de Herme al tema estelar. Estaba de tan buen talante que resolvió, en cambio, mostrarse asombrado con la coincidencia.

–No, amigo, por el contrario: es que me fascina cuando te anticipas a algo que te voy a contar; parece que tienes la capacidad de leer la mente.

Herme hizo un gesto infantil, como de “¡sí, así de genial soy yo!” y el Corredor pudo explayarse en su increíble debut en el campo de la literatura. Herme escuchó todos los detalles de la extraña hazaña casi sin interrumpir, lo que dejó boquiabierto al Corredor,

pues cortar el hilo de cualquier conversación parecía ser uno de sus pasatiempos favoritos. El prolijo recuento del Corredor se prolongó hasta que ya almorzaban. El Corredor explicaba cómo era que no podía parar de escribir “ni siquiera para mear” y Herme masticaba con gran gusto enormes bocados de jurel y arroz. Cada vez que el Corredor añadía algún dato sobre su auspicioso primer día como escritor, Herme balbuceaba alguna palabra o hacía algún gesto de admiración que parecía mezclarse con sus expresiones glotonas de regusto por la comida. Una vez que dejó el plato limpio y bebió el último sorbo de cerveza, se limpió los labios con el dorso de la mano y volvió a impactar al Corredor:

–¿Sabes, chico?, yo tengo un pequeño sello editorial. Ya he publicado varios libros... incluso uno de los que te presté la semana pasada es de mi sello. Es el de los *Universos paralelos*... Así que si te pones a escribir, yo te puedo publicar el libro.

El Corredor, que aún comía porque había pasado la mayor parte del tiempo hablando, casi se atraganta. Detuvo el tenedor, que en ese momento avanzaba seguro hacia su boca. Miró a Herme con incredulidad, incluso sonrió con un cierto matiz despectivo. –¿Tú, editor? –dejó salir-. ¿Y en tus ratos libres eres librero de libros viejos?... Caramba, vaya que eres un tipo excéntrico, Herme.

Tan pronto lo dijo, el Corredor sintió que sus palabras habían sido de una insolencia innecesaria. Total, quién dijo que alguien no podía tener un sello editorial y llevar una vida paralela como vendedor de libros viejos. La noción de paralelismo, que estaba en el título del libro mencionado por Herme y también en su reflexión, se alargó varios segundos, como una nota en un diapason. Además, estaba claro que Herme no era un simple buhonero, sino un tipo que manejaba unos cuantos códigos secretos, orientados a clientelas selectas. Trató, entonces, de enmendarse. Expresó que no había querido ser ofensivo, sino que le parecía raro que alguien tuviese dos actividades económicas tan disímiles. Herme, que parecía ocupado con una fibra que se le había trabado entre los dientes, miró al Corredor y dijo:

–¿Por qué disímiles?... Los dos oficios tienen que ver con lo mismo.

El Corredor concedió:

–Cierto, son dos trabajos con libros, pero...

Herme interrumpió, a su manera, mientras se levantaba de la silla:

–No solo por los libros coinciden.

El Corredor, una vez más paralizado por los acertijos de Herme, preguntó en qué más coincidían, pero Herme cerró el asunto con una frase más:

–Ya lo entenderás. Por lo pronto solo ten en cuenta que si quieres escribir tu novela, yo seré tu editor. Soy el único que puede serlo.

Herme se marchó casi de inmediato porque tenía cosas que hacer. El Corredor quedó lavando los platos y analizando su última frase. Quedaba claro que él tenía la posibilidad de decidir si escribía o no la novela, pero si decidía que lo haría, con toda seguridad Herme sería el editor. Era como si su libre albedrío tuviera un lindero bien marcado por un Herme agrimensur. Terminó de lavar los platos y casi corrió hasta la computadora para escribir todo lo que acababa de ocurrir. No iba a hacer énfasis en los hechos, pues

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

se trataba apenas de una compra en una tienda y un mercadito, y de la preparación de un modesto almuerzo, compartido con un amigo. Lo que quería contar era lo que le pasaba por dentro: cómo era que, de manera tan súbita y desprovista del dramatismo que se supone inherente a esa clase de metamorfosis, se había convertido en un novelista.

CAPÍTULO 67

DESLAVES REMOTOS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

La conversación con Eduvigis Lourdes fue como un deslave en una zona remota, que hace mucho tiempo los había sufrido a menudo, pero de la que nadie había vuelto a hablar en años.

El Corredor evocó o imaginó (no sabría precisarlo) una carretera abandonada tras la construcción de una gran autopista. Se había degradado a una ruta atribulada de zarzas y raíces siniestras, pero, de pronto, volvió a ser un lugar por efectos de un cierre en la vía nueva. Entonces, rescatada de modo forzoso en la memoria colectiva, sufre un caprichoso desastre.

Llegó molido al apartamento por el esfuerzo físico y por los mazazos emocionales que había recibido. Se desplomó en una vieja silla playera de lona y trató de cuantificar los daños. Puso en su cabeza el inicio de la película de su conversación con Eduvigis Lourdes y, de inmediato, le llegó su olor a mujer hipersexual (¿quién más se pondría un perfume así para ir a sudar a un parque?). En primer plano, como si hubiese estado apenas a centímetros de ella, vio su cara babilónica cuando le preguntó: “¿Tú en verdad no sabes por qué Yoly te dejó?”. Él había respondido: “No, aún no me lo explico”, y luego de un silencio muy irritante, había añadido (razón por la que se sintió bastante idiota): “Tal vez fue por el triatlonista”.

Eduvigis Lourdes había sonreído apenas entonces antes de decirle que el triatlonista no era más que un tipo que estaba bueno, que Yoly, a lo sumo, lo habría tratado como un objeto sexual.

Aquel fue un golpe rudo. Tal vez Eduvigis Lourdes pensó que al llamarle “objeto sexual” lo había descalificado. Resultaba obvio que a pesar de su manifiesta experiencia en ese campo, no entendía aún a cabalidad la mentalidad masculina. Esa imagen desató en el Corredor una marejada de celos puros. Eran de esos celos primitivos, ancestrales, animales, que se sienten cuando la pareja real o potencial prefiere a otro individuo por motivos carnales.

El Corredor, sentado en su silla de playa, vio en la película su propia cara adolorida, triturada, con una expresión casi de ahogo, de asfixia. Tomó aire, como le había enseñado el entrenador para estabilizarse luego de una cuesta empinada. Y pensar que aquel no era ni por asomo el porrazo más fuerte que le esperaba aquella mañana espléndida y atlética, llena de vida. “Mira, tengo muchos días tratando de decirte esto, pero a la hora de la verdad, no me atrevo, lo tengo atragantado”, dijo, y como siempre, la frase tuvo una especie de sentido pornográfico subliminal. El Corredor no estaba de humor para deleitarse en esas imágenes ocultas, así que hizo acopio de valor y le pidió que se franqueara, “sea lo que sea”. La expresión pareció tener en Eduvigis Lourdes un efecto de bálsamo de la verdad. Fue entonces cuando le contó que Yoly había conocido a una persona de San Germán, por casualidad como ocurren estas cosas, y que esa persona

le había contado “todo” a Yoly. El Corredor volvió a evocar el perfume de Eduvigis Lourdes al pronunciar la palabra “todo”, como si esas dos sílabas tuviesen una secreta conexión con la invasión olfativa. Pudo balbucear la pregunta de qué significaba “todo” y Eduvigis Lourdes lo miró con expresión de “tú sabes, no te hagas el loco”. Tuvo que rogarle que fuera lo más explícita posible y luego casi se arrepintió porque la sinceridad le dolió en el fondo del alma.

Eduvigis Lourdes le dijo que el personaje de San Germán era un zafio, un tipo que parecía un delincuente mal regenerado. No recordaba cómo Yoly había entablado conversación con semejante sujeto. Lo cierto es que le había confiado a Yoly el dato de que el Corredor había sido el culpable de la muerte de uno de sus amigos. Lo había atropellado con un jeep.

El Corredor se aferró a la armazón de madera de la silla de playa. Apretó tan fuerte que le dolieron las manos. Siguió pasando la película, en una especie de cámara lenta cuya finalidad parecía ser la tortura. Lo peor de todo había sido su reacción: se puso colorado, sudó como si estuviese en medio de una serie de tiempos suicidas, tartamudeó... es decir, hizo todas las señas posibles para confirmar aquella versión.

Cuando logró serenarse (aunque se sentía mareado), logró preguntarle a Eduvigis Lourdes qué había pensado Yoly de aquello. Eduvigis Lourdes comenzó a rememorar varios aspectos que Yoly había enumerado. Lo primero que dijo fue que ella no había creído ni una palabra. “Dijo que tú eras un tipo demasiado íntegro, que si ese hubiese sido el caso, tú habrías asumido la responsabilidad. Se podían decir muchas cosas de ti, pero no que eras cobarde para ese tipo de asunto”. Tras terminar con prisa el cuento, Eduvigis Lourdes recordó que Yoly había estudiado varios semestres de Psicología, carrera que abandonó debido a sus éxitos como mujer de negocios. Los conocimientos que había adquirido le bastaban para saber si alguien era o no un asesino. Al Corredor le dieron unas inaguantables ganas de reír cuando terminó de escuchar la disertación pseudoacadémica de Eduvigis Lourdes. Se la imaginó desnuda en medio de un salón de clases universitarias. Le salió una rara carcajada, que terminó con un nudo en la garganta, como si el llanto viniese detrás de la risa. Eduvigis Lourdes lo miró un poco desconcertada y le preguntó si quería que siguiera. El Corredor trató de recomponerse de su acceso de risa-llanto y le pidió, por favor, que sí, que siguiera, que le dijera qué más había comentado Yoly. Ella entornó los labios como si hubiese chupado un limón y dijo que Yoly le había hecho una suerte de declaración de principios. Ella no era moralista. Además, podía entender que si a un muchacho tan joven le ocurre un accidente así de horrible con un amigo, era comprensible que hubiese hecho todo lo posible por no caer preso. Ya era suficiente con una vida arruinada. Ella no iba a hacer de la situación una tragedia griega.

El Corredor dudó mucho que aquel hubiese sido el tono de la opinión de Yoly. Más bien se imaginaba una descarga escatológica, algo como “imagínate, ese bicho es un criminal, con razón siempre parece que guardara un secreto”. El Corredor había escuchado una vez a Yoly hablando así de un hombre que trabajaba en una empresa aliada, que tuvo un accidente de tránsito en el que murió su esposa. La versión oficial es que ella manejaba,

pero todo el mundo decía que era él y que lo arreglaron todo con los policías y jueces, para que no fuese detenido. Solo puede decirse que Yoly y una amiga de su mismo plante lo molieron a palos sin el menor asomo de piedad. En suma, era muy posible que aquella revelación lo hubiese hundido por completo en la valoración de Yoly.

El Corredor se perdió en las remembranzas y Eduvigis Lourdes, contrario a su costumbre, guardó silencio. Cuando el Corredor subió a flote del profundo pozo de los recuerdos se percató del bache que había cortado la conversación. Quién sabe cuántos segundos o minutos habían pasado. Miró a Eduvigis Lourdes y ella también estaba avergonzada, cosa que hasta entonces no habría creído posible. Se sentía en el aire el peso de las verdades que habían aflorado desde aquellos libidinosos labios. Ella debió ver que el Corredor estaba a punto de derrumbarse, como un viejo edificio azotado con una bola de acero, pues se le arrimó al lado, le pasó el brazo sobre el hombro y le dijo algo de una profundidad también inusitada (ese día todo era inesperado en Eduvigis Lourdes): “Lo importante es la persona que has sido en cada época. Quien te quiera, tendrá que comprarte con todo, pero a veces la gente necesita madurar para eso. Yo creo que Yoly lo va a lograr, pero tal vez tenga que vivir antes algunas otras experiencias”.

Cada palabra que pronunciaba Eduvigis Lourdes, incluso estas tan auspiciosas, tenían el efecto de un nuevo martillazo. Visto como ella lo veía, habría que esperar a que Yoly se conformara con tener como novio a un cobarde que mató a su mejor amigo y eludió la responsabilidad, o bien a que abriera lo suficiente su mente como para admitir una relación con un ser tan dudoso. De cualquier manera, era deprimente.

Eduvigis Lourdes y el Corredor no pudieron hablar más aquel día. A los dos les quedó como un hartazgo, un cansancio absoluto. Cuando se despidieron en la entrada, con un beso casi en los labios (así eran siempre los de ella), ambos caminaron tristes y cabizbajos, cual caballos extenuados o enfermos. El Corredor llegó al apartamento y se dejó caer en la silla de playa, sin bañarse ni comer nada. Luego de pasar la película completa se quedó en blanco, mientras miraba la nada por la ventana.

Lo peor de todo es que aquella versión de la muerte de Roderick podría ser cierta, aunque él no lograba reconstruir los hechos de esa manera, vaya Dios a saber por qué.

CAPÍTULO 68
EL NACIMIENTO
DEL CORREDOR
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Eran las dos y treinta de la tarde y todos habían regresado de almorzar y estaban en silencio, enfocados en sus trabajos y tratando de vencer el sopor de esa hora. Ahora recuerda que sintió que todos los miraban. Yoly había entrado como un huracán, había atravesado el enorme corralón atestado de escritorios, dirigiéndose a su cubículo de subgerente. Entró y cerró la puerta de inmediato. Él iba varios pasos más atrás, resoplando por el esfuerzo; su intención era entrar también al cubículo, pero Yoly fue cortante. La gente salió del sopor y murmuró. Seguro se burlaban de él. No tuvo más alternativa que seguir hacia el fondo de la oficina, como si su intención no hubiese sido seguir a Yoly, sino buscar café.

Cuando se sirvió, la mano le temblaba tanto que lo derramó y se quemó los dedos. Lanzó una maldición y la señora de la limpieza sonrió y le pasó una servilleta. “Gracias”, dijo, y sintió que su voz era aflautada por el dolor que llevaba clavado en medio del pecho. Tomó el café, respiró profundo y regresó sobre sus pasos hasta llegar al puesto de trabajo. Se sentó y activó la computadora. Su amigo Yousef pasó al lado y lo miró con cierto aire de conmiseración, como quien ve a un gato enfermo.

—¿Todo bien? —preguntó, y él masculló un sí casi inaudible, pues no quería que se le notara lo aflautado de la voz.

Varios compañeros comenzaron a levantarse para asistir a una reunión. Fueron llamados todos los de la línea de jefes y subjefes departamentales, salvo él. Entendió que la reunión era convocada por Yoly, pues ella salió del cubículo y caminó de nuevo muy rápido hacia la sala de conferencias. Esperó unos larguísima minutos a ver si Ofelia, la secretaria de Yoly, lo convocaba. No lo hizo. Desde su puesto podía ver la sala de reuniones llena. Había tanta gente que al menos diez o doce estaban de pie. De pronto salían risas entusiastas, era obvio que se trataba de una reunión muy cordial. Pasó Iraida le preguntó por qué no estaba en la reunión. Él se encogió de hombros y dijo que no fue convocado.

—Ah, qué raro —dijo Iraida y siguió, tras hacerle un gesto perspicaz a la chica ubicada en el escritorio de al lado.

Ya no aguantaba más. Se levantó y salió al área de los ascensores. Había varias personas esperando, así que cruzó hacia las escaleras. Pensó en bajar, pero dos de las personas que esperaban se proponían hacerlo, así que fue hacia arriba. Las dos personas pusieron cara de extrañeza, pues nadie usaba esas escaleras para subir, ya que las dos plantas de arriba estaban desocupadas y luego solo estaba la azotea. Sintió que el mundo entero lo atosigaba. Todos eran como un público que, a coro, se burlaba del pobre hombre abandonado por una novia que era demasiado para él.

Pasó por los dos pisos desocupados, casi a oscuras y llegó hasta lo más alto. La puerta estaba cerrada, pero por los bordes del rectángulo pasaban unas filosas cuchillas de luz. Se aferró al picaporte, dando por hecho que estaría cerrado con llave, pero sintió que cedía y lo interpretó como una señal.

La puerta se abrió y un impresionante cielo azul le saltó encima. Soplaban un viento fabuloso para elevar cometas. Ya había estado en esa azotea un par de veces, junto a varios compañeros, viendo los incendios forestales en las laderas resacas de Todosnadie. Se acercó al muro exterior y miró hacia la calle. Abajo se veía la actividad burbujeante de los camioneros y sus ayudantes que cargaban la mercancía que distribuirían al día siguiente. Sufrió una especie de vértigo, no tanto en lo físico, sino en lo moral. Le pasó a toda marcha la cinta de Yoly en su cortante monólogo de sobremesa. Habían sido una carnicería despiadada. Faltó poco para que le dijera que lo dejaba porque ella era mucha mujer para un tipo como él. La diplomacia no era uno de sus atributos. Estaba claro que tenía otro novio, tal vez el triatlonista, lo cual cargaba su desprecio de un elemento físico que lo hacía todavía más humillante. El cuerpo, al fin y al cabo, era todo. La misma verdad de toda la vida, pero de la que siempre creemos huir, con nuestras pretensiones de espiritualidad o intelectualidad.

El dolor también era físico. Un dolor no metafórico en el pecho, el estómago revuelto, a punto del vómito y una punzada en la garganta, como si la tuviese atravesada con una larga espina. Se sintió a sí mismo sollozando, percibió la inundación en los ojos y sintió cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas y le mojaban la camisa. Sin pensar se subió al muro, se sentó en él, hizo un rápido movimiento para pasar las piernas hacia el lado exterior y durante unos segundos contempló de nuevo la calle en ebullición. Tal vez alguien lo estuviera viendo a él desde allá abajo, desde alguno de los vehículos o desde el edificio de enfrente. Debía verse como algo insólito, aquel hombrecito (en ese momento se sentía como un hombre pequeño, en todo sentido), con sus ropas de empleado de oficina, su corbata barata, sus zapatos puntiagudos, allí sentado. ¿Qué haría ese señor allí—seguro se preguntaría la gente—. ¿Será que van a instalar una antena o algo, o será que es un loco y se va a matar?

No pasaron treinta segundos antes de que su presencia fuera percibida por uno de los ayudantes de camionero. Comenzó a señalar hacia arriba y unos instantes después, la calle entera estaba a la expectativa. Uno de los conductores lo reconoció y comenzó a gritarle y a gesticular. No alcanzaba a oírlo, pero suponía que le preguntaba qué hacía allí, que si necesitaba ayuda. Los vehículos comenzaron a detenerse y sus conductores y pasajeros, a sacar las cabezas para mirar hacia lo alto. No tardaron mucho en aparecer los rostros de los compañeros de trabajo de la misma planta y luego, los de los pisos más bajos. En unos minutos, casi todo el personal de la empresa estaba en la calle, con los cuellos estirados y los ojos brotados, como palomas que esperan a que les arrojen algo de comer. Algunos, igual que el camionero, le gritaban cosas que ahora eran más ininteligibles porque la calle se había llenado de un bramido sostenido, como de estadio deportivo.

Habrían pasado diez minutos desde que todo aquello comenzó cuando sintió una

voz detrás de sí. Era la de Yousef, quien hablaba con amable prudencia desde la puerta de la escalera. Le preguntaba qué le pasaba y le rogaba que se bajara de allí, pues tenía muy nervioso a todo el mundo.

–Mi pana, mi pana, no vayas a cometer una locura, hermano, la vida es bella... puede que ahora no te parezca, pero es bella –le dijo.

Él sintió que las lágrimas volvían a anegarle los ojos y a correr por las mejillas. El sabor salado lo impresionó. Yousef se había acercado unos pasos. Al sentir al amigo demasiado cerca, hizo un movimiento brusco que provocó un respingo colectivo abajo y un gran remezón en Yousef.

Saltó entonces hacia el lado de la azotea, se limpió el fundillo del pantalón con ambas manos. Caminó hacia Yousef y le dijo, con la voz todavía más aflautada que antes:

–No pasa nada, chico, solo me iré a casa temprano hoy, no ha sido un buen día.

∞

Yousef mismo se encargaría luego de contarle la conmoción que causaron aquellos sucesos en el mundillo de la oficina. Yoly se convirtió en la cresta de una furiosa ola de comentarios y chismes. Sus amigos y admiradores la apoyaron, diciendo que la actitud del exnovio era la más clara demostración de que ella tuvo razón de dejarlo. Era un tipo de personalidad débil, un pelele que no se merece a ese mujerón. Los enemigos y adversarios la culpaban del casi suicidio, la catalogaban de mujer fatal y se preguntaban cuánto tiempo pasaría antes de que el triatlonista corriera con la misma suerte, la de ser desechado como una servilleta.

Durante los días siguientes a esos extraordinarios acontecimientos, estuvo ausente, por reposo psiquiátrico y Yoly tuvo un conveniente viaje a tres ciudades, para impartir un seminario de ventas. El jefe, Manuel Aranda, expresó su confianza en que ese tiempo sería suficiente para calmar las aguas y que ambos pudieran regresar a sus trabajos, pues apreciaba la labor de los dos. Al menos, eso fue lo que le dijo a la gerente de Personal.

En cuanto a él, los eventos habían tenido en su cabeza un efecto difuso. Recordaba algunos hechos con nitidez y otros, a duras penas. Por ejemplo, tuvo clara la escena hasta que se bajó el muro y le dijo lo que le dijo a Yousef, pero luego todo quedó muy confuso. No recordaba con certeza cómo fue que abandonó el edificio. Al intentar reconstruir los hechos ha llegado a la conclusión de que, acompañado de Yousef, bajó hasta el estacionamiento y tomó su carro. Supone que Yousef le hizo el favor de ir por sus llaves y su chaqueta y se los llevó hasta el sótano, pues de lo que sí está seguro es de que no pasó de nuevo por la oficina. Eso hubiese sido demasiado traumático en ese momento. Recuerda a Yousef ofreciéndose para manejarle el carro y llevarlo hasta la casa, y recuerda que rechazó la propuesta y diciéndole que se quedara tranquilo, que él se iría derecho, sin inventar nada raro.

Tampoco recordaba con precisión cómo fue que atravesó media ciudad y llegó hasta el complejo deportivo de los militares, pero lo cierto es que lo hizo. Estacionó el carro en un área dispuesta para los civiles, bajó del carro y caminó hasta la zona donde cientos de personas suelen correr, solo que a esa hora (tres y media, más o menos) apenas si había dos o tres corredores y otros tantos ciclistas y patinadores. El sol seguía con

una potencia casi similar a la del mediodía. Sintió unos deseos irresistibles de correr alrededor de aquel circuito y, sin demasiados preámbulos, comenzó a hacerlo. Zapatos de calle puntiagudos, pantalón de gabardina, camisa manga larga y corbata no eran el atuendo más adecuado para iniciarse en las lides del trote, pero estaba tan determinado a empezar, que muy rápido se encontró haciéndolo. Notó que la gente que iba en los automóviles, las parejas que retozaban en la grama y los pocos corredores, ciclistas y patinadores lo miraban raro. Pero, tal vez por ser la segunda vez en la misma tarde que era el centro de la atención, los ignoró por completo.

Logró darle tres vueltas al circuito, que tendría unos mil doscientos metros y, desde luego, terminó con la camisa empapada, pegada al cuerpo como si le hubiesen vaciado encima un tonel de agua. Volvió al carro ante la mirada extrañada de los soldados cuidadores. Se sentía acelerado, saturado de emociones extremas. Se fue directo al centro comercial y así, con el demencial aspecto que cargaba encima, entró a la primera tienda deportiva que encontró y compró varios *shorts*, franelas, zapatos de correr y medias. Cuando salió, con varias bolsas y una amplia sonrisa, los vendedores tertularon sobre cómo esta ciudad no cesa de echar a las calles gente loca. Recuerda entre nebulosas haber llegado a su casa, haberse quitado todas sus empapadas ropas de trabajo, haberse dado un largo baño y luego, haberse puesto su nueva indumentaria.

Entonces, el Corredor se había mirado al espejo y había dicho lo primero que se le había ocurrido: Ha comenzado mi vida nueva.

CAPÍTULO 69
INCISO SOBRE
CORRER Y ESCRIBIR

Antes (sea lo que fuere que esta palabra significa) no corría ni escribía.

Un día (aquel día) empecé a correr y fue como si todos esos kilómetros hubiesen estado dentro de mí, esperando el momento de brotar.

Nació un manantial que a veces es muy poderoso, un chorro que se remonta cientos de metros sobre la cresta de la montaña que lo cobija; y otras, es apenas un barniz cristalino que se desliza sobre piedras ya muy pulidas.

Eso sí, desde ese momento nunca ha cesado, lo que ya parecía ser suficiente milagro, pero luego sobrevino otra virtud desconocida en la etapa (o como se llame) anterior: escribir.

Y entonces está pasando lo mismo que con el correr, es decir, que ha surgido una corriente perenne, a veces furiosa; a veces leve, pero sin tregua, que me ha traído hasta aquí, dicho sea sin metáfora, porque escribir es igual a correr, al menos en esto de que nunca estás en el mismo lugar-tiempo. Cada palabra, como cada zancada, modifica el punto desde el que miras el mundo.

Ahora corro y escribo, escribo y corro con una velocidad y una resistencia irrefrenables.

Todos los días encuentro similitudes en la médula de ambos verbos. Tal vez la primera que constaté es que son dos actividades que podría hacer sin ninguna razón. Incluso, con muchas razones en contra, como si fueran dos perversos vicios.

Cierto es que algunos corren para ganarle a otros individuos; o para bajar de peso; o para lucir su físico en mercados de carne humana o de ilusiones de felicidad. Cierto es también que muchos escriben para ganar dinero, fama o afecto de amigos y desconocidos. Pero yo, en esta etapa de los grandes manantiales, correría y escribiría aunque hacerlo no tuviera ningún beneficio. En rigor, lo he estado haciendo así todo este tiempo.

A veces fluido, a veces forzado, correr y escribir, escribir y correr, son en esencia lo mismo. Aún no se pueden hacer las dos al mismo tiempo, pero ya lo lograremos.

OCTAVO TRAMO (DE 42 A ∞)

CAPÍTULO 70

LAS GOTAS DE LA MEMORIA

(EPISODIO RECONSTRUIDO)

ESPACIO PARA EL 8.º EPÍGRAFE

Una de esas mañanas resplandecientes que llegan justo después de una madrugada de lluvia, Eduvigis Lourdes se presentó al entrenamiento con un secreto en su koala.

–Es algo que solo voy a compartir contigo...Ven que te muestro lo que tengo–le dijo el Corredor con sus encantos seductores al máximo. Ese día no vestía una de sus indumentarias de mujer fatal-corredora. Más bien lucía como si se hubiese puesto lo primero que encontró en una habitación muy desordenada. Pero igual deslumbraba tanto como la mañana misma.

Tomó de la mano al Corredor para llevarlo aparte del grupo. Allí, varios se quedaron cuchicheando acerca de la pareja. Junto a un pequeño árbol en flor, abrió el koala y haló al Corredor para que mirara lo que había dentro.

Mientras se deleitaba con los olores de Eduvigis Lourdes, el Corredor lucubró que quizá fuera un preservativo, en cuyo caso, ella lo invitaría a dejarse de remilgos y tener una faena de pecaminoso y traidor sexo.

No era eso.

El secreto era un mínimo frasco con gotero.

–¿Qué es esto, Eclu? –preguntó un poco decepcionado.

Eduvigis Lourdes sonreía con un encanto infantil.

–Son las gotas del doctor Pluvio.

El Corredor no había oído hablar de las gotas ni del doctor. Interrogó con el gesto característico de quien no sabe nada de lo que le hablan.

–¿No has oído hablar de las gotas del doctor Pluvio? –dijo Eduvigis Lourdes, con rostro de incredulidad–. ¡Hay que ver que tú eres bien caído de la mata!

–Así soy yo, en todos los sentidos –bromeó el Corredor–. Ilústrame.

–El doctor Pluvio es un genio de la medicina natural y un gran corredor. Inventó estas goticas... Te pones cinco o diez debajo de la lengua antes de correr y te vuelves una máquina.

Eduvigis Lourdes hizo el gesto de levantar la lengua y, desde luego, fue casi pornográfico. No podía ser de otra manera.

–¿Entonces me estás proponiendo que nos droguemos?

–¡No, chico, qué fastidio contigo! –respondió ella dándole un flojo puñetazo en el brazo– No es una droga, es algo natural.

–La marihuana también es natural. Y es droga–porfió el Corredor, con una risita de triunfo.

–No seas bobo. Esto no es droga. Es solo un complemento natural. Pero si no quieres usarla, es tu problema. Yo las voy a probar hoy–dijo Eduvigis Lourdes y puso cara de novia disgustada. Cerró el koala y se encaminó de regreso al lugar donde el grupo seguía parlotando. El Corredor la detuvo.

–No te pongas brava, chica. Está bien, vamos a endrogarnos...¡Perdón!, quise decir, vamos a probar las gotas.

Ella impostó cara de rabia, que luego se trasmutó en alegría. Se abalanzó sobre el Corredor y le estampó uno de sus típicos besos en la comisura de los labios.

–¡Bien!, voy a ponerme las mías en el baño, y luego te doy el frasquito para que tú hagas lo mismo. No dejes que nadie te las vea.

Todo estaba marcado por la típica impronta erótica de Eduvigis Lourdes. El Corredor se sentía implicado en una aventura íntima. Fueron al baño, primero Eduvigis Lourdes y luego el Corredor y luego se vieron afuera, junto a los demás del grupo, intercambiando miradas y sonrisas cómplices.

Sea porque las gotas sublinguales del doctor Pluvio eran efectivas o por algún tipo de efecto placebo, lo verdadero es que Eduvigis Lourdes y el Corredor esa mañana arrancaron en gran forma. En la primera vuelta estuvieron unos pasos delante del pelotón del grupo de entrenamiento, pero ya para la segunda se desprendieron de este y anduvieron a paso de campeones.

–¡Déjate de vainas, Edlu, esto es droga! –comentó el Corredor mientras avanzaban por un paraje solitario del recorrido.

–¡Nada de eso, pero se siente divino! –respondió Eduvigis Lourdes.

Lo siguiente que recuerda el Corredor de esa primera experiencia del trote psicodélico es una especie de sismo memorioso. Los yacimientos de sus recuerdos rompieron sus prisiones geológicas y brotaron como lavas en medio de la más venturosa de sus jornadas de trote.

Y todo parece indicar que lo primero que pugnaba por salir a la superficie era la noche en que todo se torció.

El Corredor, bajo los efectos de las poderosas gotas, se adelantó incluso a Eduvigis Lourdes, quien intentó en vano mantenerse a la par.

–¡Coño, ¿cuántas gotas te tomaste?! –fue lo último que le oyó decir, antes de dejarla atrás por unos considerables veinte metros, que luego se hicieron cien, ciento cincuenta, y luego media vuelta al parque.

Ya en la soledad de aquel maravilloso fogueo, con el cuerpo en increíble comunión con la naturaleza, el borbotón de memoria le trajo la escena, fragmentada, como un espejo roto, pero más completa que nunca antes.

Comienza con Roderick piloteando una moto Mini Enduro por la autopista. El futuro Corredor va en el puesto del copiloto del Toyota Land Cruiser de Juan Luis. Han bebido bastante y se dirigen al terreno baldío para disparar.

Juan Luis, acicateado por Roderick, había tomado “prestado” el revólver de su padre, un Smith & Wesson 38. Roderick conoce un lugar donde se puede disparar sin despertar revuelo, sobre todo en aquella noche de fuegos artificiales, pues era el día de San Germán, 28 de mayo.

Abandonan la autopista y entran al lugar, que está a oscuras. La pequeña moto tiene un faro bastante débil que apenas proyecta un esmirriado cono de luz. Roderick deja que Juan Luis lo iguale para que sean las potentes luces del rústico las que alumbren el camino. Hablan a gritos, se gastan bromas.

(El Corredor avanza a un ritmo de 4,1 minutos por kilómetro, muy por encima de su nivel. Eduvigis Lourdes ya ni se ve en el horizonte).

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Lo primero que hacen Juan Luis, Roderick y él aquella noche es dispararle a unas latas de aceite de motor que encontraron en el monte. Cada uno disparó tres veces. Juan Luis y Roderick acertaron dos cada uno. El futuro Corredor ni una sola vez. Se burlaron mucho de su pésima puntería. Luego, Roderick propuso disparar en movimiento. Él lo haría desde la moto; Juan Luis y su poco hábil copiloto, desde el Toyota. Le dispararían a unos carteles de advertencia que habían puesto los constructores de la urbanización abandonada.

El Corredor cree haber dicho que él no lo haría. Si no podía darle a una lata afincado en un lugar fijo, menos podría atinarle a un blanco si iba en movimiento. Entonces Juan Luis hizo algo de verdad inesperado: le dijo al Corredor que manejara el Toyota, mientras él, desde el puesto de la derecha, dispararía el arma.

El Corredor no podía creerlo. Juan Luis no le prestaba ese carro a nadie. Solo su afán de disparar el revólver lo llevó a hacer esa concesión. El futuro Corredor aceptó encantado. Recorrieron varias veces la agreste avenida de tierra apisonada, mientras Juan Luis disparaba contra el cartel, con medio cuerpo fuera de la ventanilla. Roderick iba al lado, en la moto, celebrando las piruetas del amigo.

Luego le tocó el turno a Roderick, quien disparó el revolver desde la moto en movimiento, como un vaquero en un *western*.

En la tercera vuelta, algo se movió en una de las futuras manzanas industriales, tras la cerca de púas enmarañadas de monte y basura.

—¿Viste eso? —preguntó Roderick desde la moto.

—Sí, debe ser un perro —comentó Juan Luis.

Le preguntaron al Corredor si había visto algo, pero él solo iba concentrado en la precaria carretera y en no atropellar a Roderick, que iba al lado haciendo maniobras caprichosas e innecesarias. Juan Luis dijo, casi ordenó:

—Vamos a devolvernos a ver qué es.

El todavía no Corredor redujo la marcha del Land Cruiser, dio la vuelta en redondo, para lo cual tuvo que retroceder un par de veces y volvió al lugar donde habían percibido el movimiento.

—¡Ahí está! —dijo Roderick.

Entonces, en un instante parteaguas, Juan Luis sacó el cuerpo una vez más por la ventanilla y disparó al supuesto perro no una, sino tres veces.

(El Corredor pasaba de nuevo, en solitario, por el lugar del que habían partido todos los del grupo. Se sintió como un imbatible maratonista de élite, fuera de lote. Pero lo prodigioso no era tanto eso, sino la avalancha de recuerdos).

Clarísima fue en su memoria la escena de los tres fognozos seguidos y, en el lado de la sombra rampante, un grito seco y un movimiento interrumpido de súbito.

—¡Le diste!—gritó Roderick, casi derrapando con la moto para devolverse a ver.

El aún no Corredor debió hacer de nuevo la maniobra de la vuelta en U para regresar. Cuando estaba en medio de ella, él y Juan Luis vieron a Roderick con las manos en la cabeza y cara de pánico. Daba alaridos.

El Toyota se detuvo a su lado con un chirriante y arenoso frenazo, Roderick estaba pálido.

—¡Es un tipo, Juan, y lo mataste!

—¿Un tipo, pero qué hace a estas horas en este lugar?

—Creo que estaba trotando. Está vestido como esos locos que corren.

En la escena rediviva, Juan Luis se baja del Toyota, avanza hacia el lugar donde estaba la sombra y repite la escena de Roderick, con saltos desesperados y manos en la cabeza. Vuelve a toda prisa y da órdenes:

—¡Vámonos de esta mierda, rápido!

Se sienta en el puesto del copiloto, mientras el futuro Corredor trata de calmarse para manejar el Toyota en dirección a la autopista.

—¡Mejor maneja tú! —casi le ruega a Juan Luis, pero Roderick no lo cree buena solución porque Juan Luis está histérico y llora como una criatura.

—¡No, sigue manejando tú; Juan no puede!

Roderick enciende la moto mediante una enérgica patada y se va adelante. El todavía no Corredor avanza a la zaga, con nerviosos cambios de velocidad. Era entonces muy novato en eso de manejar y nunca había conducido un rústico.

Llegaron a la salida a la autopista. Roderick logró ingresar por el hombrillo, pero el futuro Corredor esperaba una oportunidad para incorporarse con el Toyota. Juan Luis le gritaba que se apurara y lo insultaba sin parar. Por fin lo logró. Primera, segunda, tercera... Roderick se había parado a esperarlos.

(El Corredor estaba ya por llegar al lugar donde había comenzado a tomar ventaja de Eduvigis Lourdes. Creyó sentir su perfume entre los frescos aires de los arbustos. Ella, en realidad, apenas completaba la tercera vuelta. Las gotas del doctor Pluvio, al parecer, surtieron en ella un efecto menos duradero que en el del Corredor).

La lava volcánica del recuerdo no paraba. Comenzaron a andar por la autopista. Juan Luis quería que el futuro Corredor acelerara y tomara el canal izquierdo para estar junto a la ribera del río Central y que él, entonces, pudiera lanzar el revólver hacia la sucia corriente. El inseguro conductor no quería hacerlo. Le parecía complicado y riesgoso.

—Entonces párate en el puente de Vista Grande y espera a que yo lo tire al río.

El futuro Corredor está a punto de contagiarse del ataque de nervios. No sabe qué hacer. Ya se acerca el puente donde Juan Luis quiere parar y él no ha disminuido la velocidad.

—¡Te dije que te pares en el puente, maricón! —berrea como el niño malcriado que era y, de un modo tan imprevisible como cuando le disparó al celaje del supuesto perro en la urbanización inconclusa, tomó el volante del Land Cruiser y lo giró a la derecha, sin que el futuro Corredor pudiera evitarlo.

(El Corredor va embalado. Cada dos por tres adelanta a algún trotador y hasta a algunos de los corredores de la élite del parque. Sus movimientos son de una asombrosa plasticidad y eficiencia mecánica. Está comprobado que las gotas son milagrosas en más de un sentido).

Lo siguiente que vieron el aún no Corredor y Juan Luis fue la moto y a Roderick volar hasta la cuneta de la autopista.

El bandazo del Land Cruiser fue causado por la tercera mano en el volante, sinónimo de *accidente*, según el padre del futuro Corredor. El dueño de esa mano no consideró el hecho de que Roderick avanzaba en su pequeña Mini Enduro apenas unos metros delante del rústico.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Por tercera vez en la noche, las escenas de saltos desesperados y manos en la cabeza. Roderick desportillado y sangrando y Juan Luis gritando que hay que irse porque ahora sí se nos terminó de desgraciar la vida.

(El Corredor va a un ritmo insostenible, inverosímil, algo parecido al de un rematador en una posta de 4 x 400. Por ello sintió el impulso de mirar su mano derecha y echó de menos el testigo. Fue solo un instante, pues volvió a su tolvanera de recuerdos).

Juan Luis no quiso levantar a Roderick y llevarlo al hospital. Se meterían en un rollo horrible, sobre todo después de “lo otro” que había pasado. El futuro Corredor decía que si no lo llevaban iba a morir allí, en esa cuneta.

Juan Luis dijo que él se iría del sitio, que buscaría un teléfono para pedir ayuda. –Si quieres, te vienes conmigo. Si no quieres, quédate... Pero piensa bien en lo que le vas a decir a la policía –dijo Juan Luis–. Y recuerda que tú ibas manejando. Tú lo atropellaste. No se te olvide.

El futuro Corredor estaba en *shock*. No podía ni quería discutir, pero era claro que sin esa tercera mano en el volante, el arrollamiento no habría ocurrido.

Juan Luis subió al Toyota y se marchó con un gran chirrido de cauchos. El futuro Corredor quedó allí, en esa cuneta, al lado del cuerpo maltrecho de Roderick y a pocos pasos de la moto que, aun torcida, seguía con el motor en marcha.

Un fognazo más de la memoria volcánica y oyó a Roderick preguntarle: –¿Chamo, mi mamá sabe?

Y se oyó a sí mismo diciéndole que no, que se quedara tranquilo, que apenas llegara la ayuda y lo llevaran al hospital, él iría a avisarle.

Luego, experimentó un súbito impulso. La ayuda no vendría por sí sola. Él tendría que buscarla. Comenzó a correr en dirección a San Germán.

Y allí calzó el único recuerdo que tenía acerca de ese día antes de ponerse bajo la lengua las gotas del doctor Pluvio: el de él mismo corriendo y sollozando, en dirección contraria al tránsito de la autopista, frente al rojo vivo de la caldera de la fábrica de tubos.

(Quería dar la tercera vuelta para revisar lo que pasó después, pero vio a Eduvigis Lourdes, encorvada a la vera de la pista de trote, como si vomitara, así que detuvo su delirante carrera).

–¿Qué te pasó, Edlu?

–Aparte de que me dejaste botada, creo que las gotas me cayeron pésimo –dijo Eduvigis Lourdes, con cara de niña mimada enferma. Su autoestima atlética estaba bastante lastimada.

El Corredor la abrazó, le pidió perdón por “dejarla botada” y le contó que, además de convertirlo en un *crack*, las gotas le habían disparado un montón de recuerdos. No quiso darle detalles porque Eduvigis Lourdes se veía como un boxeador al borde del nocaut.

CAPÍTULO 71
EN EL JARDÍN DEL EDÉN
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Cuando el Corredor y Yoly llegaron aquella mañana dominical de su corrida larga previa al medio maratón del Valle Alto, habían andado a tope por dieciséis kilómetros, pero eso no impidió que, tan pronto entraron al apartamento, comenzaran a desnudarse y en cuestión de instantes estaban amándose cual fieras, casi haciéndose daño, en el suelo, en los muebles de la sala, en una mesa que el Corredor despejó arrojando al piso libros, periódicos, revistas y documentos, casi todos referidos a “su problema”. Luego llevaron esa suerte de batalla entre depredadores a la ducha y después a la cama, donde durmieron como troncos hasta bien entrada la tarde.

El Corredor despertó y contempló largo rato el fabuloso cuerpo desnudo de Yoly. Cuánta razón tenía ella, en su anterior etapa, cada vez que le decía cosas como “Ojalá tú corrieras” o “¡Lástima que tú no corres!”.

Las primeras veces fue un reclamo respetuoso de las diferencias, casi tierno, aunque Yoly no se caracterizaba por la ternura. Luego fue como una sugerencia de cambio, una advertencia del rumbo que debía tomar para que la relación no naufragase. Y cerca del final, era ya un reproche abierto, una queja, una frase que podría reemplazarse por “¿qué carajo hago yo con un tipo así?”.

Yoly seguía dormida mientras el Corredor reflexionaba sobre por qué algunos amores, algunas amistades, incluso algunas conexiones de padres con hijos o entre hermanos solo funcionan después de sobrevivir a un gran trauma. “Si es que sobreviven”, dijo en voz alta justo cuando Yoly abría los ojos.

Ella pareció necesitar unos segundos para ubicarse en el mundo, cual si no procediera del sueño sino de una prolongada hibernación. Tal vez fue por eso que en vez de preguntar, como lo hubiera hecho cualquier persona, “¿qué hora es?”, Yoly emplazó al Corredor con una inquietud más sustancial: “¿Qué estamos haciendo aquí?”.

El Corredor sonrió y buscó una respuesta adecuada. Pensó en decirle: “en este momento, nada, pero antes hicimos de todo”, pero se abstuvo porque Yoly iba a pensar que estaba alardeando (y lo estaba). Optó por un diplomático y utilitario: “Ahora, nada, pero deberíamos comer. Me muero de hambre. ¿Tú no?”.

La respuesta bajó a tierra la deliberación. Fueron a la cocina y devoraron cuanto resto de comida encontraron. Se tomaron dos cervezas que les supieron a néctar paradisíaco y luego un aromático café con unos pequeños trozos de chocolate.

El Corredor era tan feliz, en términos absolutos, que se sintió en el jardín del Edén y pensó en que todo ese tiempo de solitarias carreras, en el éter de la madrugada habían sido como el pago previo para el enorme premio de la dicha en estado puro.

Estaba embebido en esos pensamientos cuando Yoly, que había ido al baño, lo llamó desde la sala. El Corredor la vio en el piso, curioseando los libros y papeles que él había tumbado de la mesa.

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

–No me has hablado de tus nuevos temas de interés. Eres toda una caja de sorpresas –dijo.

El Corredor se dispuso a recoger todo para evitar que Yoly viera los materiales de la investigación sobre Roderick. No quería estropear el momento al colocar de nuevo entre ellos al influjo de este personaje. Lanzó una frase distractora:

–No sé por qué están en el suelo estos papeles. Yo no soy tan desordenado.

–¿No sabes, eh? –Yoly le siguió la corriente.

CAPÍTULO 72

CANSADO DE FANTASMAS
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

El Corredor casi había perdido el interés por sus amigos de los suburbios de la realidad, Roderick y Joel. Podríamos decir que se había cansado de sus fantasmas y su facultad de entrar en contacto con ellos parecía haberse extinguido.

A veces sentía que era como si se le hubiese agotado una batería. Su vida llegaba a una especie de normalidad hasta el punto de que pensaba en esos encuentros como algo remoto. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquel trote con Roderick cuando, sin explicación alguna, terminó metido en un espejo de agua y golpeándose contra el pedestal de una estatua. No lograba precisarlo.

Una mañana, corriendo bajo una intensa llovizna, tuvo una rara epifanía. “Creo que he comenzado a olvidarlos”, se dijo.

CAPÍTULO 73

CIFRAS DEL TIEMPO PERDIDO
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Mientras trotaba por el sendero de Todosnadie, el Corredor comenzó a formular una operación matemática: ¿cuántas veces podría haber salido a correr si hubiese comenzado a hacerlo diez, quince o veinte años antes de aquel día en que lo hizo, en ropas de calle, en el circuito de los militares?

Su cabeza de contador hizo ebullición. Si hubiese corrido a razón de seis días por semana, habrían sido 312 al año, así que hablaríamos de 3120, 4680 o 6240 veces. Sin duda, con ese rodaje, él sería hoy un gran atleta, muy superior a lo que había logrado en... ¿cuánto? Una vez más, la duda del tiempo transcurrido lo fastidiaba. Estaba harto de eso.

Estaba claro que eran cifras irreales, pues no contemplaban la posibilidad de una enfermedad, una lesión, un viaje o cualquier indisposición que lo hubiese alejado de ese ritmo frenético de seis veces por semana, aunque, a decir verdad, en esta nueva etapa suya, corría los siete días y, con frecuencia lo hacía más de una vez por día, como los grandes maratonistas de élite. Era increíble.

Se animó a calcular cuántas veces habría corrido de no haber fallado ni un día: serían 3652 en diez años (contando dos bisiestos), 5478 en quince años (con tres bisiestos) y 7305 en veinte años (incluyendo cinco bisiestos). Con el fluir de los números perdía la noción de la velocidad, iba al máximo de su potencial cardiovascular. Se dio cuenta porque venían tres jóvenes en dirección contraria, retozando con una alegría simple, y cuando notaron la velocidad a la que se desplazaba el Corredor, se apartaron como lo hubiesen hecho ante un toro que recién sale al ruedo o un caballo desbocado. Uno de ellos dijo: “¡Coño, ese viejo corre demasiado rápido!”.

Tuvo una sensación extraña: le molestó que se refirieran a él como un viejo, pero a la vez se enorgulleción, pues esos jovencitos reconocían así que él, a su edad —¿cuál sería?— era superior a ellos en el plano atlético.

Bajó la velocidad y recalculó. Se dijo que nadie corre con tanta disciplina. Nadie, salvo el corredor incansable, claro, pero ese tipo está loco. O, mejor, dicho, más loco que el promedio.

Hizo un estimado basado en correr un día sí y uno no. En términos gruesos eran unos 180 días al año, es decir, 1800 en diez años; 2700 en quince años; 3600 en veinte años, unas cantidades muy significativas de entrenamiento que él no había realizado.

Agotado, más por este pensamiento deprimente que por el enorme esfuerzo desplegado, se detuvo en uno de los tantos balcones naturales panorámicos del sendero. La vista de la ciudad era electrizante. Se le apreciaba como lo que era: un ser vivo colectivo, hecho de millones de almas activas y pasivas, actuales y pasadas, cambiante cada segundo, rugiente y silenciosa a la vez. Sintió que había perdido demasiado tiempo y ya no había forma de recuperarlo, por más que se pasara días enteros corriendo sin descanso, una imposibilidad fisiológica, por lo demás.

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

Bajó del sendero de seguridad de Todosnadie casi al atardecer, sufriendo como si le hubiesen dado una golpiza. La convicción de que había desperdiciado los mejores años le pesaba como un morral cargado de piedras. Los músculos de la espalda estaban tensos y ninguna de sus exhortaciones había logrado algo de relajación. Tuvo la sensación de caminar encorvado, como si de pronto hubiese pasado a tener 80 años.

Tan pronto llegó a la zona urbanizada, utilizó como espejo los vidrios del primer automóvil estacionado que encontró. No, no era un anciano, pero tenía unos rasgos de fracaso en el rostro, como si los hubiese dibujado un enemigo. Además, volvió a sentir la escalofriante sensación de no ser la persona reflejada.

CAPÍTULO 74
HALO FATAL
(EPISODIO RECONSTRUIDO)

Aquella mañana, de entrada, tenía un halo fatal. Yendo hacia el Parque Oriental, apenas con las primeras luces del día, vio atropellar a un perro. Era un border collie blanco y negro que se zafó del control de su dueña, una señora de unos 70 años, saltó a la vía y recibió un golpe seco del parachoques de un pequeño bus repleto de pasajeros.

La muerte fue instantánea. Solo se oyó un chillido del perro que duró una fracción de segundo. Varios de los pasajeros salieron a mirar. Algunos peatones, así como el Corredor, fueron testigos del drama de la señora, que bajó a la calzada con mucha dificultad, pues caminaba auxiliada con un bastón de cuatro patas, y trató de auxiliar al animal, que estaba desmadejado y manaba sangre por algún punto de la cabeza. La gente la miraba con mucha compasión. Ella se sentó en la acera y siguió acariciando al perro, sin pronunciar palabra alguna. El Corredor creyó ver grandes lágrimas que bajaban por sus mejillas y pensó en la imagen viva del dolor que nos causa la muerte de otro ser, que es también la nuestra propia, al menos en parte. Un buen fotógrafo habría captado el momento. Él podía hacerlo con su celular, pero no se atrevió porque hubiese lucido como aprovechando un trance trágico de la señora. Reflexionó sobre esta paradoja: para lograr una fotografía sensible muchas veces hay que parecer insensible.

Siguió su camino y le martilló en la cabeza la expresión “lo mataron como a un perro”, tantas veces usada y no pudo evitar que le pasara de nuevo la película de Roderick, atropellado también aquella remota noche.

Con tal caravana de pensamientos funestos, entró al Parque Oriental por la puerta del estacionamiento y avanzó hacia la zona donde se reunía el grupo de Eduvigis Lourdes. No hizo falta que llegara al punto de encuentro habitual porque la vio caminar lento, como si ya hubiese corrido su ración de kilómetros diarios o, tal vez, como si estuviese lesionada. Se preocupó y fue hacia ella.

Eduvigis Lourdes pareció percibir, sin necesidad de mirar, que el Corredor se acercaba. Giró hacia él y entonces fue evidente que lloraba. Era la segunda persona que veía en ese estado en apenas unos minutos. ¿Qué tipo de día era aquel?

El Corredor se detuvo junto a Eduvigis Lourdes, le preguntó qué le ocurría y le pasó el brazo sobre los hombros. Ella olía a esa mezcla tan suya de perfume, sudor y partículas eróticas, pero esta vez había un ingrediente más que rompía la armonía, un vaho sulfatado, una esencia de flores rancias.

El Corredor sintió el deseo irresistible de acunar a Eduvigis Lourdes como si fuera una niña pequeña. Incluso, así la llamó:

–Pero, ¿qué le pasa a mi niña linda, qué me le hicieron?–dijo, mientras hundía su rostro en el cabello ensortijado de la chica. Ella se largó a llorar sin contención, como si las palabras del Corredor hubiesen quitado el tapón de un gran tanque

de lágrimas. Hablaba Eduvigis Lourdes, pero era tal la alteración causada por su llanto que nada se le entendía.

A duras penas, el Corredor captó que algunas de las ristas de sollozos tenían sentido interrogativo. Ella le preguntaba algo y no tenía ni pista de qué era. La separó un poco de sí, le tomó la cara con ambas manos, la miró a los ojos y le dijo: –Amiga, para responderte tengo que entender lo que dices. No he captado nada. Trata de calmarte para que pueda entenderte.

Ella asintió, hizo un esfuerzo para serenarse. Por fin, le salieron palabras comprensibles.

–Anoche me dijeron que Yoly está muerta, y yo sé que tú eres el único que puedes explicarme lo que nos pasa... Sé que has tratado de hablar de eso y yo no te he dejado, no te he querido creer, pero ahora lo necesito... ¡Por favor!

–¿Quién te dijo que está muerta? –interrogó el Corredor a Eduvigis Lourdes mientras la asía por ambos brazos.

–La hermana, Sofía, la que vive en el extranjero. ¿Recuerdas que el número de Yoly salía como fuera de servicio? Sofía lo reactivó. Ayer recibí un mensaje de voz de ese número. Me alegré al creer que era Yoly, pero era la hermana. Era un mensaje para todos sus contactos, diciendo que Yoly...

Eduvigis Lourdes no pudo seguir. Lloraba sin freno. El Corredor la dejó recostarse en su hombro. Un momento después, logró continuar:

–Dijo que Yoly había fallecido y que, luego de tanto tiempo en estado vegetativo, aquello era una bendición de Dios... No entiendo nada, vale. ¿Cómo es eso de tanto tiempo en estado vegetativo, si apenas la semana pasada estaba aquí corriendo más que nosotros?

El Corredor se había paseado muchas veces por la hipótesis de que Yoly también hubiese fallecido, en particular desde aquel fatídico día en el que Herme le dijo que si ella vio a Roderick trotando a su lado era porque también había cambiado de plano o estaba por hacerlo. Pero ni aun así estaba preparado para asumir ya la idea formal. Los mecanismos de negación son muy complejos. Con decir que son de las pocas cosas más fuertes que la muerte.

Entonces tuvo una reacción inexplicable, incluso para sí mismo. Soltó a Eduvigis Lourdes, se separó de ella como si fuera portadora de un mal contagioso y empezó a correr a campo traviesa. Eduvigis Lourdes se quedó unos segundos paralizada, le gritó que volviera, que se detuviera, pero al notar que el Corredor no iba a hacerlo, comenzó ella a perseguirlo.

El Corredor había sacado unos veinte metros de ventaja, pero Eduvigis Lourdes era una atleta consumada. Corría con gran intensidad a pesar de que no había dejado de llorar. El Corredor tomó el sendero que bordeaba el lago artificial. Eduvigis Lourdes no le daba tregua. No por casualidad, la única vez que la había derrotado fue cuando ingirió las gotas del doctor Pluvio. Podía oír su respiración unos trancos más atrás. Intentó ir más rápido, pero estaba al tope de su capacidad. Tomó la ruta de la valla exterior, junto a la autopista. Era una zona muy solitaria,

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

casi nadie corría por ese lado. Eduvigis Lourdes estaba cada vez más cerca. Volteó a verla y apreció el rictus se su cara, mezcla del gran esfuerzo y del llanto represado. El segundo que miró atrás fue suficiente para que tropezara y estuviera a punto de caer. El desequilibrio le permitió a Eduvigis Lourdes alcanzar al Corredor. Ninguno de los dos podía hablar. Se abrazaron. Lloraron.

El Corredor le ofreció a Eduvigis Lourdes su explicación, fruto elaborado con todo aquel largo periplo de lecturas guiadas por Herme, navegaciones interminables en internet, consultas con psiquiatras, la médium, la pitonisa, la mujer de los ángeles, Osvaldo, Serbio, sus visitas a San Germán y sus dantescas inmersiones en sí mismo.

Eduvigis Lourdes lo oía angustiada, sin dejar de llorar. Con cada posible explicación aportada por el Corredor, ella entendía menos. El Corredor recordó el rostro del pasante que le habían asignado en la compañía unos días antes del viraje que había dado su existencia. Él trataba de explicarle matemáticas financieras y mientras más le explicaba, menos entendía.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

CAPÍTULO 75
INCISO SOBRE
EL DÍA DEL JUICIO FINAL

La gente no puede saber qué día le toca morir. Claro, salvo quienes deciden precipitar ese momento—y alcanzan el éxito, dicho sin ironías—. Pero incluso estos últimos tampoco saben cuándo será eso que podríamos llamar el hipotético día del juicio final.

Nadie sabe cuánto tiempo pasará a la espera de lo que se entiende como el siguiente paso. Ni siquiera se sabe, en verdad, si el tiempo es una variable a considerar en ese plano (o como quiera que se llame).

Tal parece que, después de haber sido todo, el tiempo no es nada.

CAPÍTULO 76
EL GRAN MARATÓN
(DE LA BITÁCORA DEL CORREDOR)

La noche previa al Gran Maratón, Yoly y yo decidimos que cada uno dormiría en su casa. Así evitaríamos tener sexo, trasnocharnos y llegar debilitados a la partida. Nos prometimos compensarnos luego de la carrera, si es que quedaba algo de nosotros después de semejante esfuerzo.

Yo me imaginé que nos bañábamos juntos, entredevorándonos bajo la lluvia beatífica de la ducha y luego pasábamos horas en una especie de segundo maratón de amor carnal, tal como la mañana del medio maratón de Valle Alto. Con semejantes ensoñaciones tampoco fue mucho lo que logré descansar. A las seis de la mañana, cuando Yoly y Eduvigis Lourdes pasaron buscándome, ya yo tenía rato con todo preparado.

Mi orgullo machista estaba a tope porque llegué al punto de largada acompañado por dos de las mujeres más bellas y sensuales del maratón. Podía ver la envidia en las miradas de casi todos los otros hombres, en especial la de esos que presumen de su gran físico. También era visible el recelo de las mujeres.

En la cola de los rezagados para la entrega del número estuvimos bromeando y jugueteando entre los tres. Dándole continuidad a mis fantasías de la noche anterior, imaginé que, finalizado el maratón, no me iría solo con Yoly, sino con las dos, y pensé en esas religiones en las que la noción de cielo para el hombre que se martiriza en su vida terrena es tener su propio harem para toda la eternidad.

En esos revuelos andaba cuando me percaté de que quien chequeaba la lista de los corredores rezagados era un señor muy parecido a Herme. Todavía estábamos lejos (la cola de rezagados era larga y lenta), pero en la medida en que avanzamos, me convencí de que no era un señor parecido. Era Herme. Pese a mi ya largo e intenso entrenamiento en materia de casualidades, causalidades y sincronicidades, verlo allí me dejó de una pieza. ¿Qué tenía que ver ese vendedor de libros viejos con la organización del Gran Maratón? Herme no paraba de impresionarme.

Al llegar al escritorio donde Herme chequeaba las listas y entregaba los dorsales, me le planté enfrente con una gran sonrisa y le pregunté:

—Herme, ¿se puede saber qué haces tú aquí?

—¿Tienes una hora en la cola y no sabes para qué estoy yo aquí? ¡Qué tipo tan raro eres, Corredor! —respondió.

Nos gastamos bromas. Yo les dije a Yoly y a Eduvigis Lourdes que Herme era un sabelotodo, pero que no le conocía esta faceta.

—Yo tampoco te conocía tus bellas compañías —dijo Herme, galante, y yo, henchido de orgullo, les presente a las muchachas. Herme se levantó de la silla para darles la mano y hacer un gesto regio, como si fuera a besárselas, pero sin hacerlo.

Chequeó las listas y nos entregó los números. Luego se levantó y gritó: —¡Ah, Toñito... Ah, Toñito!

Antonio apareció como de la nada y Herme le pidió que siguiera atendiendo a los atletas porque él iba a hablar algo con su amigo, el Corredor.

Me pasó su brazo regordete por los hombros y me hizo caminar lejos de Yoly y Eduvigis Lourdes, quienes nos miraban con aire divertido. Me dijo al oído:

—¡Qué bellas están tus mujeres!

Me sentí halagado por esa manera de llamarlas, pero le dije:

—¡Vamos, Herme, sabes que no son “mis mujeres”!... En todo caso, Yoly, pero la verdad es que ni siquiera ella...

—Claro que lo sé, Corredor, es solo por verte la cara de felicidad. Si algo se aprende en estos trances es que, al final, nadie es de nadie.

En ese momento sentí por Herme un auténtico afecto y una gigantesca admiración. Era un verdadero sabio, un filósofo andante. Lo tomé de un brazo y lo interrogué:

—Pero, ahora sí, en serio, dime qué haces tú aquí. Yo sé que no tienes nada que ver con la organización de la carrera.

Herme se quedó circunspecto, algo muy inusual en él. Parecía meditar la respuesta. Lo estaba.

—Es que quería verte antes de la partida.

—Está bien, pero ¿por qué?

Volvió a meditar.

—Veo que aún te falta un detalle por entender —hizo una pausa subrayada por el agitado escándalo de los corredores con sus cuerpos colmados de epinefrina—. Te explico: esta es tu carrera final o, si prefieres, la carrera final del Corredor que escogiste ser. Cuando pases la meta, ya no te acordarás de mí... Ni de nadie. Ni siquiera de esas mujeres tan bellas...

—¿Entonces, ahora sí me voy a morir?

—Es una manera precaria de decirlo. Yo prefiero decir, parafraseando a Toñito, que se te va a borrar el disco duro y vas a quedar como nuevo, listo para empezar de cero, aunque con algunos metadatos para hacerlo mejor la siguiente vez. En eso consiste esta vaina.

Me sentí mareado, al punto de tener que agarrarme de Herme. Él me sostuvo con sus manazas de pescador en ambos brazos. El contacto pareció disolver el malestar. Lo miré a los ojos y pregunté:

—¿Y a ti por qué no se te ha borrado el disco duro? ¿Eres una especie de maestro ascendido, un profeta, un buda... o eres Dios?

—¡No, qué va! Solo soy un vendedor de libros viejos —exclamó, y la sombrilla de su sonrisa se abrió como si estuviera nueva, bajo el más intenso sol tropical.

EPÍLOGO DEL CORREDOR

Por alguna extraña razón, la partida demoró mucho más tiempo de lo debido. Fue tanta la espera que, Toñito mediante, pude valerme de una computadora para escribir esta especie de capítulo final y enviárselo por correo a mi hermana, junto con todas las instrucciones confidenciales para encontrar el resto del material y ponerlo en manos de un escritor que trate de darle forma. No estoy seguro de que eso sea posible, pero qué más da intentarlo.

Antes de que “se me borre el disco duro, salvo algunos metadatos”, debo decir que solo lamento dos acciones que hice en mi tiempo: cualquiera que haya sido mi rol en el accidente de Roderick (es una de esas dudas no resueltas, qué se le va a hacer) y lanzarme de aquella azotea.

Lo demás que lamento es lo que no hice en ese tiempo, sino que traté de hacerlo, de una manera apresurada y loca, en este colofón que ahora termina: correr, dialogar con las mariposas y filosofar acerca de los confines del mundo.

Ah, claro, y también lamento no terminar la carrera con un maratón de sexo en trío. Será la próxima vez.

EPÍLOGO DEL ESCRITOR

Como se habrán dado cuenta, este relato ha sido escrito a cuatro manos, en dos tiempos muy distintos.

Las dos primeras manos son las del protagonista, que se las arregló para escribir su historia desde su febril imaginación o desde un universo paralelo –yo, luego de leerla muchas veces, sigo sin saberlo; para mí es un gran misterio– y pudo llegar en su narración hasta el lugar de partida del Gran Maratón.

Las otras dos manos son las mías, un escritor a sueldo, contratado por María Auxiliadora, Mauxi, la hermana del protagonista, albacea de tan singular tesoro que –para quien quiera creer– proviene del más allá.

Es evidente que el Corredor pocas veces había utilizado los procesadores de palabras, salvo para escribir escuetos informes, llenos de vocablos técnicos sobre aspectos contables. Era una de las recriminaciones que le había hecho Yoly, igual que varias de sus novias anteriores a ella: no sabía expresar sus sentimientos ni en palabras habladas ni por escrito. Y una mujer, por moderna y liberada que fuese, necesita palabras bien dichas.

Aquella tarde, después de correr en el sendero de la montaña, tan cerca de la ciudad, pero con tanta sensación de estar en la selva profunda, experimentó el irrefrenable deseo de registrar su historia. En otra ocasión, abrió un documento y comenzó a acumular todo lo que averiguó. Luego, de un instante para otro, de modo insólito, se puso a teclear y sintió como si hubiese traspasado un portal dentro de sí mismo. Una inédita elocuencia soplaba como un ventarrón ululante desde lo profundo de su ser y, sin tropiezos significativos, se trasladaba a la pantalla a través de sus dedos saltarines.

Escribió, escribió, escribió. Escribió tanto que, día tras día, miraba el reloj de la computadora y eran las dos de la madrugada; no había descansado ni un segundo, no había comido, no había bebido agua, no había ido al baño. En cierto momento consultó el contador de palabras y estaba rozando las cien mil. Había largado más de seiscientos mil caracteres, luego de no haber escrito más que tontas cartas y trabajos académicos eunucos durante toda su vida. ¿No era aquello un prodigio? La única razón de aquel cambio tenía que ser el trote. El haber adquirido el hábito de correr con regularidad no solo le había traído una incuestionable mejoría física, sino que también había hecho aflorar en él una faceta intelectual desconocida de su persona, una capacidad de la que nunca mostró ninguna señal, un talento dormido.

Desde aquellos días, y no porque se lo haya propuesto con formalidad, sino porque así comenzó a pasar, el Corredor habría de escribir todo el tiempo, casi siempre largos textos con la narración de su renovada existencia. Casi todo lo que le ocurrió en el tiempo que estuvo haciéndolo giró alrededor del eje del correr. Son pocos los episodios de su bitácora en los que no hay referencias a la actividad atlética.

La bitácora del Corredor fue rescatada por su hermana, quien la puso en mis manos para elaborar una novela. Con ella tuve que firmar un contrato, más moral que legal, según el cual nunca lo identificaría con su nombre completo. También debía cumplir su última voluntad (bueno, esto es un decir) de que solo algunos

fragmentos se publicarían en primera persona, mientras lo fundamental debía ser transformado en alguna forma de narración más impersonal. Fue mucho lo que tuve que desechar con gran dolor, porque eran párrafos hermosos y bien escritos, pero, ya quedó dicho, la condición impuesta era clara.

Antes de asumir ese compromiso, le dije a la hermana del Corredor que tenía que hacer algunas investigaciones propias. Las hice y pude constatar que todas las personas mencionadas fueron parte del tiempo relatado en la bitácora. En cuanto a la forma como ocurrieron los hechos clave, encontré siempre espesas nubes de misterio, complicadas contradicciones, versiones multiplicadas en juegos de espejos.

Muchos de los hechos narrados han sido para mí tan extraordinarios e indescifrables como lo fueron en su momento para el Corredor y como lo serán, de seguro, para cualquiera que los conozca de ahora en adelante. Uno de los aspectos inexplicables es cómo logró el Corredor dejar este testimonio de sus andanzas por los umbrales entre mundos. La hermana tampoco lo sabe o, quizá, prometió no decirlo. Ella me dijo que tenía la esperanza de que el relato, convertido en novela, pueda abrir caminos al entendimiento de algunos de los secretos más profundos de nuestro ser, una pretensión que, de entrada, me resultó demasiado ambiciosa, casi arrogante. Al escribir este intento narrativo, sin embargo, he ido adquiriendo la misma ilusión. Al finalizar el trabajo, ambos sospechamos que, aunque sean pocos sus lectores, comenzarán a aparecer las coincidencias y las sincronías. Y estamos seguros de que el mundo será un lugar mejor cuando comprendamos lo que, durante milenios, no hemos querido comprender.

Quiero aclarar que mi función fue más que nada mecánica: transcribir los enormes archivos del protagonista en su recorrido desde el día en que se topó con su viejo amigo en el parque hasta los momentos previos al “borrado de su disco duro”. Como encargado de darle cariz literario, solo tuve que ocuparme de reconstruir o crear aquellas escenas que el protagonista no presenció y, por tanto, no narró ni describió. También me permití algunas licencias creativas para rellenar burbujas. No sé si con ello enriquecí o menoscabé el relato. Si fue lo segundo, me disculpo con todos los involucrados y con ustedes, lectores.

Y, para ser precisos, tomándome una última licencia literaria, decidí contarles, a puro pulso, las incidencias del Gran Maratón, que el protagonista no pudo incluir en su testimonio porque ya estaba en marcha la mencionada operación de borrado. Queda claro que este epílogo de los dos epílogos no es más que una hipótesis, una lucubración. Si el lector lo prefiere, no lo lea. Dé por terminada la historia en este punto. No pasa nada.

EPÍLOGO DE LOS DOS EPÍLOGOS

Superados los enredos de la inscripción de rezagados, surgen otros con la ubicación en el punto de largada. Pero al final terminan partiendo junto a miles de otros hombres y mujeres, una marea de cuerpos ansiosos de derrochar energías.

La carrera comienza a discurrir. El Corredor, Yolanda y Eduvigis Lourdes parten de lugares diferentes pues eran distintos sus tiempos clasificatorios. Sin embargo, comienzan a buscarse entre sí luego de la partida. Es una tarea compleja pues hay miles de maratonistas, algunos muy ágiles y rápidos, y otros, sin ofender, lentos y torpes.

Enfrentan un largo tramo recto y en bajada, así que quienes están en el tráfico del maratón pueden ver la enorme y multicolor corriente humana que los antecede. Son cientos, tal vez miles los que avanzan quinientos, tal vez ochocientos metros más adelante. Es alucinante la velocidad con la que van los atletas de élite.

Al llegar al fondo de la explanada, unos rigurosos auxiliares del maratón, con vistosos uniformes púrpura, van separando a los corredores en dos grupos, según parece guiándose por los dorsales que los participantes llevan en el pecho: a casi todos los dejan seguir derecho por lo que luce como la ruta original de la competencia. A una pequeña porción le dan amables pero inflexibles instrucciones para que tomen la vía alterna. Hay mucha confusión, pero a través de megáfonos, los auxiliares indican que ambas rutas valen lo mismo, al final se unirán de nuevo. Solo que quienes tienen los seriales largos deben seguir por la alterna.

Se conforma entonces una especie de pelotón extraviado, que avanza por calles y avenidas muy lejos de la ruta original. El Corredor lo asume con serenidad, pues ya había descargado su texto de despedida, gracias a Toñito. Otros de los integrantes de este pelotón están furiosos porque fueron embaucados por los vigilantes; o muy angustiados porque aquellas calles y avenidas no parecen ni siquiera ser parte de la ciudad.

Corren y corren durante un tiempo que parece no avanzar. De pronto, el Corredor se maravilla cuando ve a Terry Fox, corriendo con su pierna artificial, rodeado de admiradores; también ve a Emil Zatopek “la Locomotora Humana”; y a James Fixx, el hombre que escribió sobre el aerobismo y murió de un infarto. También creyó ver a dos ídolos locales, Héctor Thomas y Hortensio Fucil, corriendo con depuradísimo estilo a gran velocidad.

El Corredor, con la emoción de un niño, les indica a Yoly y a Eduvigis Lourdes quiénes son esas grandes leyendas del deporte. Entonces se percata de que al hacerlo ahonda la incertidumbre que las carcome.

Con su resolución característica, Yoly dice que no va a seguir por ese sendero de los muertos. Sostiene que ella está muy viva, que va a regresar hasta la encrucijada donde estaban los auxiliares vestidos de púrpura y les va a armar uno de sus ruidosos líos para tomar la vía del verdadero maratón, o se va a ir por una de las muchas calles transversales que hay a ambos lados.

—Alguna tiene que desembocar en la ruta del maratón... ¿Vienen conmigo?— expresó sin dejar espacio a dudas de que lo haría con o sin compañía.

El Corredor dijo que él, por su parte, seguiría, que ya no había vuelta atrás. Que lo había entendido todo y que no servía de nada seguir en negación. Eduvigis Lourdes, en cambio, era consumida por la angustia. El Corredor no la había visto tan desencajada desde su conversación del Parque Oriental. Era evidente que no sabía qué hacer: si irse con Yoly a intentar el regreso o seguir con el Corredor hacia donde fuera que llevara esa desquiciada carrera.

Cada dos por tres veían corredores devolviéndose, con el mismo espasmo de incertidumbre y terror en el rostro; otros se desviaban por las calles laterales y otros más trataban de trepar por los vallados de lo que parecían ser grandes y frondosos jardines o huertos. Algunas personas, tras devolverse o tomar esas vías alternas, regresaban a la ruta de los extraviados y decían, con voces desesperadas, que esas bocacalles no tenían salida, y que la ruta por la que habían transitado antes ya no parecía ser la misma, como si se desgastase con los pasos.

El Corredor, Yoly y Eduvigis Lourdes se pusieron de acuerdo. Las dos mujeres se devolverían a explorar las posibilidades del retorno o de encontrar salida por una calle transversal. El Corredor seguiría, al paso más lento posible. Así, ellas podrían retornar a avisarle si habían encontrado la salida. Si pasaba cierta hora y no encontraban nada, pues volverían y lo alcanzarían de una u otra forma. Ya se las arreglarían.

Así lo hicieron, aunque los términos eran muy movedizos y los relojes de los tres habían caído en una especie de estado catatónico, como afectados por un virus informático o una tormenta solar. Podían estar despidiéndose para siempre, pensó el Corredor, y de seguro también las dos mujeres.

El Corredor redujo la velocidad de su paso a un trote apenas un tris más rápido que caminar. Así que lo rebasaban muchos corredores de todas las edades.

Estuvo a la par de él un señor que lucía muy confundido (más que el promedio). —¿Usted entiende algo de esto?— preguntó con la voz muy sofocada.

El Corredor sí entendía, pero prefirió no entrar en honduras con un desconocido. Fingió estar igual de confundido e interrogó al señor cómo había llegado al maratón. —Yo me preparaba desde hace seis meses. Es mi primer maratón, ¿sabe? Pero la semana pasada estaba en el Gran Parque, en una sesión de cuestras, y se me puso todo negro, como si me hubiese quedado ciego. Solo oía a la gente que hablaba a mi alrededor. Creo que me llevaron al hospital. De pronto aparezo en este maratón, pero no es el maratón para el que me inscribí. Se lo digo con conocimiento de causa porque hice la ruta dos veces en estos seis meses, y no es esta.

El Corredor recordó una mañana calurosa en la que un corredor cayó fulminado por un infarto en el Gran Parque. Tal vez fuera este caballero, aunque esto no había ocurrido la semana anterior, sino hacía varios meses. Sin embargo, no tendría nada de raro que fuera él, dada la ya experimentada ductilidad del tiempo en estos confines. Estaba sumido en esos cálculos cuando el señor lo increpó de nuevo:

—¿Entonces, usted entiende algo?

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

–No, nada –mintió con piedad, a sabiendas de que el hombre infartado tardará semanas, meses o tal vez años en admitir su nuevo estatus.

∞

Luego, el Corredor estuvo un rato en compañía de otro señor lento. Dijo llamarse Esteban, pero el Corredor tuvo la sensación de que el nombre acababa de ocurrírsele. –En verdad, ya no me importa –dijo el Corredor cuando Esteban le hizo la pregunta crucial, como había terminado por llamarla.

Iban trotando con legendaria calma por una zona donde habían comenzado a construir torres de oficinas ultramodernas, con un derroche de recursos que llevaba a pensar en gente que no sabe qué hacer con el dinero.

Casi todos los antiguos caserones y los edificios de mediados del siglo XX habían sido demolidos y, por los momentos, solo había obras en desarrollo, protegidas por cercas de madera, metal o restos de las antiguas fachadas derruidas a medias. En varios tramos se vieron obligados a trotar por la calzada, pues la acera estaba obstaculizada con materiales de construcción u obreros tomando un descanso.

Era extraño que trabajaran en domingo, el típico día de casi todos los maratones. En otro momento, al Corredor aquello le hubiese resultado incomprensible, tanto como los bancos con arabescos de hierro del parque aquella mañana o como la autopista del Sur en obras y los autobuses mofletudos de la plaza Del País. Esta vez no iba a enredarse con esas aparentes alteraciones del eje témporo-espacial. Ahora sabía que podía pasar, sin conflicto, que él y Esteban estuviesen en el domingo de aquel maratón y los obreros en un día cualquiera de la semana.

–¿Cómo sabes que no te importa? –preguntó Esteban con cierto tono de reto.

–Porque no me duele. Antes me dolía...

∞

Hay un gran cartel con el número 42, pero la carrera del lote especial pasa de largo. Ya debería estar cayendo la tarde y siguen corriendo por cañaverales y zonas industriales interminables. Quienes aún no se han adaptado –como el maratonista infartado– se quedan en alguna parte del camino e intentan en vano volver al maratón original, mientras que quienes ya han aceptado su nueva realidad, entre ellos el Corredor, tratan de disfrutar de esa especie de invulnerabilidad física que ahora es su atributo y siguen corriendo sin dolores ni ahogos.

El Corredor se siente sereno; solo guarda una leve esperanza de que Yoly y Eduvigis Lourdes también hayan entrado en ese estado de conciencia y puedan reencontrarse antes de que anochezca, aunque el sol no da señales de querer ocultarse. Cada cierto tiempo mira hacia atrás esperando verlas venir.

Luego de kilómetros y kilómetros y horas y horas de carrera, el Corredor traba amistad con un hombre que corre con un depuradísimo estilo. Parece flotar. Le recuerda un poco a Anselmo, con el que se bañó desnudo en aquel lugar parecido a Todosnadie, pero no cree que sea él. Conversan tranquilos, como si no estuvieran en medio de un maratón, sino saboreando un café en la terraza de una pastelería. El Corredor se siente en confianza y le expresa su deseo de que las muchachas regresen a la ruta.

—No hay que presionar a nadie para que dé el paso. No sirve de nada. Además, no hay apuro porque aquí la distancia y el tiempo no tienen límites.

Un rato después, el depuradísimo atleta pide permiso y acelera a fondo, con un mínimo esfuerzo y se aleja como un holograma hacia el horizonte de la ancha avenida sin tránsito.

El Corredor siente que avanza a un paso que jamás había alcanzado, algo que estima en 3,5 minutos por kilómetros, una velocidad que lo habría metido entre los de élite en la ruta regular, impresionante si se considera que ya debía tener más de cuatro horas en actividad y tal vez más de ochenta kilómetros recorridos.

∞

Pasan por una especie de malecón junto a un río que el Corredor no reconoce (no es el río Central, porque su corriente es limpia, casi cristalina) cuando ve venir, en dirección contraria a alguien que viste muy parecido a Roderick. El sol hace que salgan pequeños destellos de su gorra de beisbol. El Corredor exclama un sonoro: “¡Qué demonios hace aquí... y de regreso!” y mantiene la vista centrada en la figura que se acercaba.

Es Roderick, ya no cabía duda. Avanza con su cadencia de corredor eficiente a pesar de estar pasado de peso. Va con sus ropas anticuadas, como si acabara de salir de los años noventa. Ya a poca distancia pudo notar que, incluso, porta su expresión burlesca habitual.

El Corredor entra en conflicto. ¿Qué tendría que hacer ahora? ¿Se limitaría a saludar a Roderick y a dejarlo seguir en su regreso hacia la ruta original, tal como había hecho con Yoly y Eduvigis Lourdes, o debe acompañarlo un rato para saber por qué regresaba? Siente una mezcla de angustia con rabia: “Roderick siempre encuentra la forma de complicarme la vida”, se comenta y luego ríe de los extraños significados que puede adquirir la palabra *vida*.

Ya están a tiro y el Corredor aún no había decidido qué hacer. Todo dependerá —una vez más— de lo que diga o haga Roderick. “Como en los viejos tiempos”, pensó.

Y lo que hace Roderick es detenerse y hacerle una seña al Corredor para que también frene. El Corredor —porque nunca puede hacerlo de otra manera— se detuvo. Quiso preguntarle a Roderick por qué estaba devolviéndose, si era que aún no había comprendido aquello del río del olvido y de borrar el disco duro, salvo algunos metadatos. Pero Roderick es más rápido en tomar la palabra:

—¡Óyeme algo, Domingo!, te lo digo ahora porque tal vez no nos veamos en mucho tiempo: tú no debías ir manejando esa noche. Juan Luis nunca prestaba ese carro. Él era siempre el que manejaba, pero tampoco fue tu culpa por ir manejando. Ese idiota no debió mover el volante. Él lo sabe. Yo mismo se lo he dicho. Además, él mató al pobre hombre que iba trotando, pero no te olvides de algo: la estupidez de ir al terreno a disparar fue mía, yo fui quien lo convenció de sacar el revólver de su casa e ir a echar tiros. Así que si vamos a repartir culpas, ¡la mayor parte fue mía, coño, la cagué! Así era esa vida. ¿Está claro, Dominguín? —dice, y le da un abrazo brusco, como el del primer día en el Gran Parque.

El Corredor no puede decir nada porque tiene un nudo en la garganta. Roderick ha reanudado su carrera en dirección contraria.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

El Corredor acopia fuerzas y grita:

–¡Oye, Roderick, ¿por qué te devuelves?!

Parecía que no iba a responderle, pero se detiene, comienza a trotar de espaldas, con gran maestría, y contesta:

–Ya he corrido en este maratón muchas veces –sonrió sin burla por primera vez desde que el Corredor comenzó a verlo, tal vez por primera vez incluyendo su época de vida–. Pero aún no logro pasar. Tal vez soy de los que *nunca* van a cruzar el río.

El Corredor siente el impulso de ir hacia Roderick y seguir haciendo preguntas, pero este le hace un gesto cortante con la mano.

–No, tú sí debes seguir. Tú eres de los que sí lo pasan.

El Corredor queda allí indeciso entre seguir o devolverse detrás de Roderick, sobre todo ahora que ya su amigo del alma lo ha absuelto.

Roderick ha tomado gran ventaja, pues va a un paso de récord olímpico, pero el Corredor está a punto de intentar alcanzarlo, cuando lo interrumpe un hombre que dijo llamarse Isaias. Es muy sociable y parlanchín:

–¡Epa, loco, ¿qué pasó con los dos mujeronos que estaban contigo?! –pregunta mientras hacía gestos soeces.

El Corredor pone cara de desaprobación y el sujeto se disculpa.

–No fue mi intención, loco, te lo juro. ¿Cómo te llamas?

El Corredor acepta las disculpas e intenta descifrar otro enigma. Roderick acababa de llamarlo por su nombre, pero no logra recordarlo. Mira hacia la dirección en la que se fue Roderick. Ya de él no queda ni el rastro.

–¿No te acuerdas? Es normal, es un número endiabladamente largo. Lo tienes allí, en el dorsal, y tienes que aprendértelo de memoria. No es permanente, pero siempre es bueno saber cómo se llama uno.

El Corredor estaba confundido. El parlanchín le señala el pecho:

–Mira, te llamas D512NB88W. Yo me llamo B252AX123T. ¿No te parece ridículo?

–Sí, muy complicado, pero ¿tú dices que es temporal?

–Claro; como en todo maratón, vale hasta que termine la carrera.

–¿En el kilómetro 42, entonces? Pero ya lo pasamos, creo... porque vi el cartel y porque tengo la sensación de que ya hemos corrido como cien kilómetros.

–¡Uf!, claro que ya pasamos el tope para mortales. Esta es una distancia de verdad larga. Hay quien dice que infinita, pero con la ventaja de que el tiempo para hacerla es eterno. Así que no hay angustia posible.

B252AX123T se despide, dice que va a ir más rápido, a 3,1 minutos por kilómetro. Ahora que, por fin, podía hacer tamaña proeza, no iba a desperdiciar la oportunidad. No parece que pueda, pues luce incluso fuera de forma, pero tan pronto acelera da la impresión de ser impulsado por un motor fuera de borda.

∞

Al Corredor no le apetece intentar una carrera tan desaforada. Además, al voltear una vez más cree ver al fondo del malecón la figura de Edivigis Lourdes. “Tal vez sí encontraron la ruta de retorno y vienen a buscarme”, se dijo. Pero Edivigis Lourdes viene sola.

Se mantiene con estiramientos y pequeños saltos hasta que llega Eduvigis Lourdes. Está más hermosa que nunca y, muy propio de ella, se le arroja encima. Se dan un abrazo prolongado. Cuando se apartan apenas un poco, el Corredor pregunta por Yoly. –Ella sigue buscando la manera de regresar. Todavía no está lista –soltó Eduvigis Lourdes. Se podía percibir que había ensayado esa respuesta en el trayecto.

–¿Y tú sí? –preguntó el Corredor.

–Ya me convencí de que era cierto todo lo que tú me habías dicho. Ahora, aunque tengo mucho miedo, quiero acabar esta carrera contigo.

Como siempre, el Corredor da a las palabras de Eduvigis una impronta voluptuosa. Piensa que, al ser algo parecido a los momentos previos al fin del mundo (al menos para ellos dos, para su historia juntos), lo natural sería bajar a la ribera del extraño río –¿sería aquel el del Olvido?– y hacer el amor con ella, a cielo abierto, sobre todo ahora que Yoly se había quedado buscando salidas inexistentes.

Cuando comienzan a bajar del malecón a la orilla, cavila sobre la expresión “hacer el amor”, que acababa de utilizar. No se le hubiese ocurrido usarla hace algunos meses (¿o será años?) porque al principio solo veía a Eduvigis Lourdes como un símbolo sexual y como “la amiga de Yoly”.

Mientras los pies de ambos comienzan a hundirse en las suaves y húmedas arenas del río, ahora tiene una sensación como si ya no recordase el nombre de aquella novia que lo condujo al salto al vacío. Tampoco, en verdad, está seguro de quién es su compañera en ese trote junto al inmenso río. Ni siquiera tiene claro su propio nombre, si es que alguna vez tuvo alguno, ni ha querido memorizar el extraño serial que lleva en el pecho.

Experimenta una emoción raigal, cual si ellos dos, ahora ya hundiendo sus pisadas en el borde fangoso del río, fueran los fundadores de una nueva especie de seres libres de miedos y de culpas. Como si ella fuera, a fin de cuentas, el verdadero amor de su vida.

La cantarina voz de Eduvigis Lourdes lo saca de sus ensueños:

–Mira, allá, en aquel recodo: los corredores se están bañando en el río. Vamos a seguir corriendo hacia allá a ver qué hay.

–¡Vamos! –aceptó el Corredor.

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

Caracas, 04 de septiembre de 2021 (un sábado a ratos soleado, a ratos lluvioso)
Caracas, 01 de diciembre de 2021 (un típico día espléndido de finales de año)

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

EPÍGRAFES PARA COLOCAR (AL GUSTO) EN CADA TRAMO

Si esto es un sueño, entonces toda la vida lo es.
Parlamento onírico del ingeniero aeronáutico italiano Gianni Caproni a su admirador japonés Jiro
Horikoshi en la película El viento se levanta, de Hayao Miyazaki

La muerte es la privación de todas las sensaciones.
Epicuro

La muerte es la continuación de mi vida sin mí.
Jean-Paul Sartre

¡No temas!, con la muerte dejas de ser algo que mejor hubiera sido no haber empezado a serlo.
Arthur Schopenhauer

No existe la muerte natural. Para cada hombre, la muerte es un accidente.
Simone de Beauvoir

Tengo miedo a la inmortalidad. Estoy cansado de ser Borges.
Jorge Luis Borges

No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio.
Albert Camus

Nada hay, pues, temible en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada temible hay en el no vivir.
Epicuro

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

EPÍGRAFES PARA TODOS LOS EPÍGRAFES (O SEA, LOS DE CIORAN)

El paraíso no era un lugar soportable, de lo contrario el primer hombre se hubiera adaptado a él; este mundo tampoco lo es, ya que en él se añora el paraíso o se da otro por seguro. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? No hagamos nada, no vayamos a ningún sitio, así, sin más.

Emile Cioran

La muerte más profunda, la verdadera muerte, es la muerte causada por la soledad, cuando hasta la luz se convierte en un principio de muerte. Momentos semejantes nos alejan de la vida, del amor, de las sonrisas, de los amigos-e incluso de la muerte-. Nos preguntamos entonces si existe algo más que la nada del mundo y la nuestra propia.

Emile Cioran

La vida es un salto a la nada. Se muere día a día, en la soledad y la desesperación.

Emile Cioran

ÍNDICE

Un ojo con sombra amarilla	11
Apagones mentales	15
Igualitos	19
Bancos con arabescos	21
El cuaderno del Corredor	25
En moto	27
La mancuerna (luxación de Lisfranc)	29
Retorno tras la fractura	33
Acá el tiempo no rinde	37
Una señal (campanas)	39
Caballos	41
Herme	45
Inciso de la escolta de mariposas	47
Yoly lo ve	51
Desnudos en el campo de golf	55
La rara muerte de la joven Wilkins	59
El Corredor se fascina con C. G. Jung	67
La prostituta sigue envejeciendo rápido	71
El Corredor Incansable	73
Velando al Corredor Incansable hospitalizado	77
Escapar corriendo	79
La extraña Elisabeth	81
“Una médium”	83
Inciso sobre la cámara rápida	89
La Pitonisa	91
Con Isabelica, sin Herme	97
La protesta	101
Cotard	105
Recuerdos en ráfagas	113
Secuela del encuentro con la médium	117
Ángeles	119
Eva, la Atleta	127
La silueta	133
Inciso con Anselmo	135
En la playa	139
¿Al padre o al hijo?	145
En el callejón del Arco	149
Encuentro bajo la superluna	153
Toñito	157
La base de datos	159

ESA LARGA, INFINITA DISTANCIA

“Ladrones de almas”	165
Inciso sobre las cargas inexpulsables	171
Un oidor de dios al trote	173
El megadocumento	181
El espanto de Raca	185
El cíclope	187
El padre Serbio	189
El día del punto y aparte	197
Un almuerzo con Herme	201
Inciso de la mente adentro	211
Freddy Jaimes, periodista de crónica roja	213
Jaimes recuerda detalles	225
El incendio	231
El informe	239
¿Entierro o cremación?	241
De Tales a Heidegger	245
La piedra de pensar 1	247
La piedra de pensar 2	249
Para siempre	253
Espíritus extraviados	255
Desde Tántalo	257
Inciso sobre correr con filosofía	259
Convencer a Eduvigis Lourdes	261
La hermana olvidada	267
Reventón	271
Herme, editor	273
Deslaves remotos	277
El nacimiento del Corredor	281
Inciso sobre correr y escribir	285
Las gotas de la memoria	287
En el jardín del Edén	293
Cansado de fantasmas	295
Cifras del tiempo perdido	297
Halo fatal	299
Inciso sobre el día del juicio final	303
El Gran Maratón	305
Epílogo del Corredor	307
Epílogo del escritor	309
Epílogo de los dos epílogos	311
Epígrafes para colocar (al gusto) en cada tramo	318
Epígrafes para todos los epígrafes (o sea, los de Cioran)	319

Edición Digital
Noviembre 2022
Caracas-Venezuela

“Incapaz de expresar con claridad sus sentimientos y después de una humillante ruptura amorosa, presa de la desilusión y la zozobra, el protagonista de esta historia se ve acosado por reiterados e inexplicables sucesos que lo llevan a dudar hasta de su propia existencia. Siguiendo un repentino mandato del subconsciente, emprende febril carrera en el parque cercano. El *jogging* parece liberarlo de un peso inescrutable y resuelve convertirlo en rutina”.

“Tales son los temas centrales abordados en esta apasionante novela, narrada a cuatro manos en primera y tercera persona y estructurada cual damero fascinante que atrapa de inmediato en su laberinto al lector o la lectora. Sabia y sobrecogedora, punto nodal entre el *thriller* psicológico y el realismo fantástico, oscilando entre filosofía y esoterismo, psiquiatría y religión, penetrar en su trama significa sumergirse en la Gran Interrogante de toda materia consciente, puesto que en ella se bifurca el camino que es al mismo tiempo uno y otro, un antes, un ahora y un después en la gran cosmovisión en donde los contrarios se concilian”.

Gustavo Pereira



ISBN: 978-980-212-642-2

